

FUENTES PARA LA HISTORIA DE LA REPÚBLICA
Volumen XLI

FUENTES PARA LA HISTORIA SÍSMICA DE CHILE (1570-1906)

Estudio preliminar, recopilación, transcripción y notas
Alfredo Palacios Roa



dibam

DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS,
ARCHIVOS Y MUSEOS

EL PATRIMONIO DE CHILE



CENTRO
DE INVESTIGACIONES
DIEGO BARROS ARANA

FUENTES PARA LA HISTORIA SÍSMICA DE CHILE
(1570-1906)

ESTUDIO PRELIMINAR, SELECCIÓN, TRANSCRIPCIÓN Y NOTAS
ALFREDO PALACIOS ROA

© DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS. 2016
Inscripción N° 271.946

ISBN 978-956-244-374-6 (título)
ISBN 956-244-001-X (colección)

Derechos exclusivos reservados para todos los países

Director de Bibliotecas, Archivos y Museos y
Representante Legal
Sr. Ángel Cabeza Monteiro

Director del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana y
Director Responsable
Sr. Rafael Sagredo Baeza

Editor
Sr. Marcelo Rojas Vásquez

Corrección de Textos
Sr. Alfredo Palacios Roa

Índice Onomástico
Srta. Kassandra Hernández Larrea

Fotografía de Portada
*Vista panorámica de la bahía de Valparaíso después del terremoto en 1906.
Archivo Fotográfico de la Biblioteca Nacional de Chile*

Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos
Av. Libertador Bernardo O'Higgins N° 651
Teléfono: 223605283
www.barrosarana.cl
Santiago de Chile

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE

**FUENTES PARA LA HISTORIA DE LA REPÚBLICA
VOLUMEN XLI**

**FUENTES PARA LA HISTORIA SÍSMICA DE CHILE
(1570-1906)**

ESTUDIO PRELIMINAR, SELECCIÓN, TRANSCRIPCIÓN Y NOTAS
Alfredo Palacios Roa



CENTRO
DE INVESTIGACIONES
DIEGO BARROS ARANA

“Sin duda alguna, sería mucho más poético cernerse en las serenas regiones de la ciencia en la que no tiembla y dejar a un lado la fatigosa redacción del Boletín en que se repiten hasta la saciedad las palabras: temblor, sacudida y remezón.

Pero, ¿cómo entonces se resolverá más tarde el problema fundamental de que debe preocuparse el Servicio Sismológico, si no se acumulan observaciones concretas para destindar con exactitud las regiones más o menos peligrosas del país? Que si en un porvenir tal vez alejado nos esté permitido descansar de esta tarea molesta con intentar descubrir porqué tiembla más en los desiertos del norte que en las selvas del sur y más a orillas del Pacífico, que al pie de la cordillera, nos tendremos por muy felices, en esto no cabe duda, porque el tema presenta bastante interés para un investigador que desea quedar sismólogo”.

Fernando Montessus de Ballore, 1912

PRESENTACIÓN

Chile es un país sísmico por antonomasia; no solo porque los primeros soldados, cronistas, historiadores y viajeros lo han señalado en innumerables ocasiones sino porque su constitución geológica así lo comprueba. De hecho, la particular ubicación del territorio chileno en el denominado “Cinturón de Fuego del Pacífico” –lugar donde se concentran algunas de las zonas de subducción más activas e importantes del planeta–, en el presente lo han convertido en lugar “más sísmico del mundo”¹.

Ahora, si bien el estudio de los movimientos telúricos recibió especial atención por parte de los primeros eruditos nacionales (como, por ejemplo, del abate Juan Ignacio Molina y del cronista jesuita Felipe Gómez de Vidaurre)², conforme pasaron los siglos el interés por estudiar, describir y analizar este tipo de fenómenos de manera sistemática se desvaneció, al punto que, en 1999, en la prensa diaria se reconocía “la falta de datos sobre el peligro sísmico”³ en un territorio vulnerable como el chileno.

Por lo tanto, y a pesar de la constante sísmica del territorio nacional, consideramos que no existen estudios de conjunto que revelen la actividad tectónica ocurrida durante el periodo preinstrumental. En consecuencia, y con el fin de llenar este vacío, este trabajo, titulado *Fuentes para la historia sísmica de Chile (1570-1906)*⁴, ofrece una revisión cronológica y secuencial de algunas cartas, informes y recuerdos (tanto inéditos como anteriormente publicados) con el ob-

¹ Véanse Armando Cisternas y Emilio Vera, “Sismos históricos y recientes en Magallanes”, en *Magallania*, vol. 36, N° 1 (Magallanes, 2009), p. 43; Armando Cisternas, “El país más sísmico del mundo”, en *Anales de la Universidad de Chile*, séptima serie, N° 1 (Santiago, 2011), p. 20.

² En este sentido podemos decir ambos ignacianos dentro de sus “historias naturales” dieron cuenta de cómo los temblores y terremotos eran parte integrada de la geografía del territorio y constituían una declarada amenaza para los intereses de los habitantes del entonces reino de Chile. Véase Juan Ignacio Molina, *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reino de Chile* (Madrid, Antonio de Sancha, 1788), tomo I, pp. 31-36; Felipe Gómez de Vidaurre, *Historia geográfica, natural y civil del reino de Chile*, en *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional* (Santiago, Imprenta Ercilla, 1889), tomo XIV, pp. 65-68.

³ *El Mercurio*, Santiago, 7 de octubre de 1999.

⁴ Dentro de este amplio margen temporal incluimos los terremotos acaecidos dentro de los actuales límites de la República de Chile; por lo tanto, no entraremos en consideraciones sobre las situaciones limítrofes en la época en que ocurrieron algunos de estos catastróficos eventos.

jetivo de intensificar el conocimiento de los eventos ya catalogados y así poder contribuir, desde la disciplina histórica, a la valoración del riesgo sísmico y a la determinación del grado de vulnerabilidad de una ciudad en concreto o de una región determinada.

Para ello, en el presente libro compilamos documentos que comienzan con el relato del “primer gran terremoto que hubiesen experimentado los españoles en el suelo chileno”⁵, nos referimos al seísmo del miércoles 8 de febrero de 1570⁶, y concluye con algunas relaciones y noticias del catastrófico evento que, a nuestro entender, marcó un “antes” y un “después” en el estudio de estos fenómenos en el país, hablamos del paroxismo que devastó a la ciudad de Valparaíso en agosto de 1906, ya que, en cierta medida, promovió la creación Servicio de Observaciones Sismológicas de Chile⁷.

En suma, transcribimos un total de ciento ochenta y dos documentos provenientes del Archivo Nacional Histórico de Chile y del Archivo General de Indias de Sevilla, aunque también copiamos textos pertenecientes a los fondos documentales de la Universidad de Sevilla, de la Universidad de Oviedo, de la Biblioteca en España, de la Biblioteca Nacional de Chile y de la Biblioteca Americana “José Toribio Medina”, que custodia esta última institución.

Procuramos, en la medida de lo posible, reproducir directamente de los manuscritos originales, ediciones príncipe y primeras ediciones, aun cuando existan otras versiones ya publicadas o copiadas, con el fin de cotejar con el mayor

⁵ Diego Barros Arana, *Historia Jeneral de Chile* (Santiago, Rafael Jover Editor, 1884-1889), tomo II, p. 415.

⁶ Algunos investigadores han referido que el primer evento telúrico del que se tiene registro para el territorio de Chile ocurrió en 1520, señalando como fuente la *Historia...* de Juan Ignacio Molina; sin embargo, en la edición original del texto del jesuita, publicada en Italia, se indica de manera precisa que el primer terremoto importante ocurrió en 1570. Es probable que este error se debió a que en la traducción de la misma obra efectuada en España en 1788, por error de transcripción o tipografía, se indica el año de 1520. Al respecto véase Juan Ignacio Molina, *Saggio sulla storia naturale del Chili* (Bolonia, Stamperia di S. Tommaso d' Aquino, 1782), p. 44. Por otra parte, hay quienes creen que el primer sismo que sacudió al territorio chileno se registró en 1562, concretamente el 28 de octubre de ese año y afectó a la ciudad de la Imperial. No obstante, este dato sería inverosímil, ya que a decir de Tomás Thayer Ojeda: “se ignora si sería o no fidedigna la fuente utilizada”. Sobre esta última referencia véase Giovanni Botero, *Le relationi universali* (Venecia, Apresso Giorgio Angelieri, 1596), p. 229; Felice Girardi, *Diario delle cose più illustri seguite nel mondo* (Nápoles, Apresso Roberto Mollo, 1653), p. 83; Marcello Bonito, *Terra tremante o vero continvazione de terremoti dalla creatione del mondo sino al tempo presenti* (Nápoles, Dom. Ant. Parrino e Michele Luigi Mutti, 1691), pp. 669-700; Antonio María Fanelli, “Relación de un viaje a Chile en 1868 desde Cádiz”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 65 (Santiago, 1929), p. 111. Alonso González de Nájera, *Desengaño y reparo de la guerra del reino de Chile*, en Colección de documentos inéditos para la historia de España (Madrid, Imprenta de la viuda de Calero, 1866), tomo XLVIII, p. 31; “Carta de Tomás Thayer Ojeda a Fernando Montessus de Ballore, Santiago, 3 de mayo de 1913”, reproducida en Fernando Montessus de Ballore, *Historia sísmica de los Andes meridionales al sur del paralelo XVI* (Santiago, Imprenta Cervantes, 1911-1916), vol. IV, p. 208.

⁷ Guillermo Feliú Cruz, *Fernando Montessus de Ballore (1851-1923): la bibliografía sísmica chilena* (Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1969), p. 5

nivel de fiabilidad la información, ya que en determinados casos algunos errores tipográficos o de transcripción o, bien, de omisión, le han asignado fechas o descripciones erróneas a determinados seísmos.

Por otra parte, al transcribir los documentos modernizamos la grafía y, en muchos casos, modificamos los signos de puntuación para hacer la inteligible el texto; también, actualizamos la acentuación, el uso de mayúsculas y minúsculas y se han desplegado las abreviaturas. Del mismo modo, los nombres de los cargos, tratamientos e instituciones irán en minúscula, y los nombres propios y los topónimos se han dejado intactos. Por último, se advierte que solo irán en cursivas las palabras en latín y en nombre de embarcaciones (para no confundirlas con nombres propios), y que la corrección de erratas evidentes en el manuscrito, como fechas, por ejemplo, va incorporada entre corchetes⁸. Igualmente, hacemos constatar las páginas o fojas correspondientes a cada documento para facilitar su citación.

Finalmente, debemos advertir al lector que cada documento fue titulado, cuando la naturaleza del mismo lo permitió, utilizando los siguientes datos: autor, destinatario, ciudad y fecha. Así también, luego de esta información, una cita a pie de página informa desde dónde se ha copiado; aunque, en el caso de existir, se hace referencia a las demás versiones disponibles en los archivos o a las transcripciones ya publicadas.

Queremos agradecer a todas las amistades que contribuyeron a la gestación de esta obra, en especial a María Eugenia Petit-Breuilh, profesora del Departamento de Historia de América de la Universidad de Sevilla y tutora de nuestra tesis doctoral; a Nicolás Gorigoitia con quien desarrollamos parte del trabajo de archivo y a nuestro colega Mauricio Onetto quien nos facilitó su inédito trabajo referente al terremoto de 1906.

ALFREDO PALACIOS ROA

⁸ Para definir estas normas, en parte nos hemos guiado –considerando que esta edición esta pensada para investigadores en Historia y no en Lingüística ni Filología– por el artículo de Jaime Valenzuela, “Relaciones jesuitas del terremoto de 1730: Santiago, Valparaíso y Concepción”, en *Cuadernos de Historia*, N° 37 (Santiago, 2012), pp. 195-224 y por la obra compilatoria de María Ximena Urbina, *Fuentes para la historia de la Patagonia Occidental en el período colonial. Primera parte: siglos XVI y XVII* (Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso), 2014.

ANTECEDENTES PARA UN ESTUDIO “TELÚRICO” EN CHILE⁹

El estudio de los movimientos sísmicos y los daños catastróficos que estos eventos han infligido en algunos asentamientos a lo largo de la historia, son hechos que han sido considerados dignos de guardarse en la memoria colectiva, interesando tanto a los antiguos cronistas de las Indias como a las últimas corrientes historiográficas del siglo XXI. En consecuencia, la comprensión del presente, y la prospectiva de los fenómenos sociales no puede realizarse sin un conocimiento exhaustivo del pasado. Esta premisa, que resulta fundamental en el quehacer de los historiadores, también puede ser aplicada a los riesgos geológicos y en especial al estudio de los seísmos ocurridos en tiempos pretéritos. Por ello, la denominada “sismología histórica” se transforma en una herramienta fundamental a la hora de conocer y evaluar las características geofísicas y determinar el coeficiente de peligrosidad de un determinado territorio.

En efecto, si consideramos que la sismología, en cuanto a ciencia, es una aplicación joven que tuvo su inicio formal a mediados del siglo XIX, cuando se instalaron los primeros sismógrafos en el mundo y se comenzó a controlar la actividad tectónica con instrumentos que registraban las vibraciones del terreno al paso de las ondas sísmicas; podemos incurrir en graves omisiones si solo nos limitásemos a utilizar el registro instrumental aportado por esta ciencia durante los últimos ciento cincuenta años. Por lo tanto, y a pesar de que los instrumentos más antiguos para registrar los temblores se remontan a la China del siglo II d.C., y que en Europa los primeros sismoscopios aparecieron en el siglo XVIII¹⁰, no sería hasta mediados del siglo XIX cuando, con la instalación formal de un sismoscopio en el observatorio astronómico del cerro Santa Lucía de Santiago¹¹, se inició la

⁹ El siguiente texto es una adaptación y actualización de la introducción de nuestra tesis doctoral titulada *Los terremotos en Chile durante los siglos XVI al XIX*. Dicha investigación fue desarrollada en la Universidad de Sevilla y defendida frente a un tribunal multidisciplinar en el mes de septiembre de 2012.

¹⁰ Josep Batlló, “Instrumentación sísmica. El problema de registrar un terremoto”, en Ugalde, Arantza (coordinadora), *Terremotos: cuando la tierra tiembla* (Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2009), pp. 67-75.

¹¹ En Chile los albores de la sismología instrumental se remontan a 1849 cuando James Gillis, encargado de una expedición astronómica de Estados Unidos en el hemisferio Sur, realizó las primeras observaciones telúricas en el país. Así, el 2 de abril de 1851, el sismoscopio que instaló en el cerro Santa Lucía de Santiago logró el primer registro concreto de un seísmo en el territorio chileno. Posteriormente, en febrero de 1908, la primera estación sismológica, con registro de movimiento del

observación sísmica instrumental en Chile y con ello el propio registro cuantitativo. De esta manera, si queremos estudiar el comportamiento sísmico de una región o de una falla geológica activa dentro del largo periodo, necesariamente tenemos que recurrir a los documentos históricos para realizar una evaluación cualitativa de los daños descritos por los terremotos ocurridos en épocas pasadas, y así complementar la información obtenida por los aparatos de medición¹².

A partir de lo anterior, podemos decir que los fenómenos sísmicos son de una larga periodicidad, y que la repetición de un temblor de cierta magnitud en una misma falla puede ocurrir con un amplio espacio temporal de varios cientos o, incluso, miles de años. Está claro entonces que si nos limitásemos al registro instrumental para tipificar la actividad tectónica de una región determinada, correríamos el riesgo de omitir la ocurrencia de importantes sismos que alcanzaron magnitudes considerables históricamente. En otras palabras, requerimos disponer de un registro documentado y ordenado de los datos de los denominados “sismos históricos” para apoyar estudios e investigaciones presentes y futuras en esta importante y útil parcela del conocimiento.

LA HISTORIOGRAFÍA CHILENA SOBRE LOS TERREMOTOS

Al ensayar un recuento de los estudios históricos que se han dedicado a abordar el tema de los terremotos acaecidos en Chile durante el denominado periodo preinstrumental, debemos comenzar mencionando el desarrollado por el ilustre historiador e ideólogo liberal Miguel Luis Amunátegui. Su trabajo, titulado *El terremoto del 13 de mayo de 1647* y publicado a fines del siglo XIX¹³, puede resumirse como un cúmulo de información referida a ese sismo, fundamentalmente de los relatos del obispo de Santiago de aquel entonces fray Gaspar de Villarroel, quien, por su parte, también dedicó varias páginas de su obra a narrar las alternativas de

suelo y del tiempo en forma simultánea, sería instalada en dicho observatorio por Fernando Montessus de Ballore. Más detalles en James Gillis, *The U.S. naval astronomical expedition to the southern hemisphere during the year 1849-1850-1851-1852* (Washington, A.O.P. Nicholson Printer, 1855), vol. I, pp. 105-108; Federico Greve, “Extracto de la historia de la sismología en Chile”, en *Anales de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile*, N° 17 (Santiago, 1960), p. 15.

¹² En los últimos años se ha venido desarrollando una perspectiva adicional y complementaria a los registros sísmicos e históricos, hablamos de la paleosismología, una disciplina que utiliza los principios básicos de la Arqueología para lograr registros sobre los cuales es posible estimar la ocurrencia de grandes eventos telúricos en el pasado, y así poder conocer el comportamiento sísmico de extensas áreas y determinar el coeficiente de peligrosidad de un lugar en concreto. Un ejemplo de esto son las intercalaciones de arenas y suelos encontradas en el estuario del río Maullín, verdaderos códigos de barras que evidencian eventos ocurridos hace más de dos mil años en esta zona. A este respecto véase Marco Cisterna, “Suelos enterrados revelan la prehistoria sísmica del centro-sur de Chile durante los últimos dos milenios”, en *Revista de Geografía Norte Grande*, N° 33 (Santiago, 2005), p. 24.

¹³ Miguel Luis Amunátegui, *El terremoto del 13 de mayo de 1647* (Santiago, Imprenta Cervantes, 1882).

este devastador fenómeno¹⁴. Del mismo modo, resulta valiosa la recopilación de “informes sobre varios terremotos sucedidos en Chile” transcritos y publicados por el naturalista y científico francés Claudio Gay en 1852¹⁵. Igualmente, y dentro de su *Historia general de Chile*, el historiador Diego Barros Arana procuró analizar los alcances económicos del denominado “terremoto magno” del siglo XVII al reseñar los esfuerzos realizados por la población santiaguina para llevar adelante la reconstrucción de la arruinada capital del reino¹⁶. En esta misma línea temática, el polifacético investigador Benjamín Vicuña Mackenna dedicó un capítulo completo de su historia de Santiago a relatar las características y consecuencias de este singular proceso tectónico¹⁷. Asimismo, en la colección “Episodios Nacionales”, el cronista Daniel Riquelme (bajo el seudónimo Inocencio Conchalí), además de utilizar las descripciones insertas en las obras señaladas, desarrolló un estudio sobre los comportamientos y actitudes religiosas (penitencias, procesiones, rogativas y de acciones de gracias) generadas con posterioridad al movimiento telúrico de 1647¹⁸.

A pesar de estos ingentes esfuerzos investigativos, podemos decir que la historiografía chilena decimonónica dedicó pocas páginas al estudio de las catástrofes provocadas por procesos naturales y al análisis de los efectos socioculturales que estas provocaron en tiempos pasados. De hecho, el estudio de los procesos endógenos de la tierra solo comenzó a despertar un verdadero interés científico al iniciarse el siglo XX, específicamente a raíz del terremoto del 16 de agosto de 1906; no obstante, antes de concluir el siglo XIX aparecieron algunas valiosas monografías en revistas de marcado interés científico como, por ejemplo, la documentada “Memoria sobre los temblores de tierra y sus efectos en general y en especial los de Chile” del ingeniero en minas Paulino del Barrio¹⁹. Aquel estudio, considerado pionero en el estudio de los seísmos en Chile, especialmente por incluir el primer mapa de isosistas de los llamados “terremotos históricos”²⁰,

¹⁴ Gaspar de Villarroel, *Gobierno eclesiástico pacífico y unión de los dos cuchillos pontificio y regio* (Madrid, Domingo García Morras, 1657), vol. II, pp. 648-664.

¹⁵ Claudio Gay (compilador), *Historia física y política de Chile. Documentos sobre la historia, la estadística y la geografía de Chile* (Santiago, Imprenta del Museo de Historia Natural, 1846-1852), tomo II, pp. 456-491.

¹⁶ Barros Arana, *op. cit.*, tomo IV, pp. 426-446.

¹⁷ Benjamín Vicuña Mackenna, *Historia crítica y social de la ciudad de Santiago: desde su fundación hasta nuestros días* (Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1869), tomo I, pp. 225-242.

¹⁸ Daniel Riquelme, *El terremoto del Señor de Mayo* (Santiago, Imprenta Cervantes, 1905).

¹⁹ Paulino del Barrio, “Memoria sobre los temblores de tierra y sus efectos en general y en especial los de Chile”, en *Anales de la Universidad de Chile*, tomo XII (Santiago, 1855), pp. 583-625.

²⁰ A este respecto el sabio Ignacio Domeyko escribió: “el señor Barrio ha tenido la buena idea de representar gráficamente en un bosquejo de mapa, las regiones de actividad en las cuales han ocurrido en Chile los cuatro principales focos de actividad en cada temblor. Creo que este modo de representar gráficamente la marcha y extensión de los temblores puede ser muy útil para los estudios geológicos en Chile”. Ignacio Domeyko, “Estudios geográficos sobre Chile, con ocasión de la publicación del primer tomo de la obra The U.S. naval astronomical expedition to the southern hemisphere during

fue seguido de cerca por otros profesionales, como el ingeniero Carlos García Huidobro, que aportó con otra investigación general titulada “Los temblores de tierra”²¹. Años más tarde, en la primera década del siglo xx, el investigador y lingüista Alejandro Cañas dictó una serie de conferencias orientadas a develar el origen de estos de estos transitorios y destructivos eventos²².

En este contexto, y luego del mencionado seísmo de 1906 surgió, tanto entre la comunidad científica²³ como en las altas esferas gubernativas, “la necesidad absoluta de desarrollar en este país el estudio de los fenómenos sísmicos, tal vez su rasgo natural más característico”²⁴. Por ende, y luego de dimensionar la importancia del estudio de estos eventos para así intentar prevenir y mitigar sus negativos efectos, el gobierno de turno se preocupó oficialmente por el asunto, y ordenó la contratación de los servicios del sismólogo francés Fernando Montessus de Ballore para que se desempeñara como profesor y jefe del nuevo servicio sismológico del país. El Presidente de aquel entonces, Pedro Montt, había ordenado la creación del Observatorio Sismológico de Santiago el 1 mayo de 1908 y el 9 de junio, estableció el Servicio Sismológico de Chile nombrando al conde Montessus de Ballore como director de ambas instituciones²⁵. Ya en el

the year 1849-’50-’51-’52 por J. M. Gillis”, en *Revista de Ciencias y Letras*, N° 1 (Santiago, 1858), p. 637.

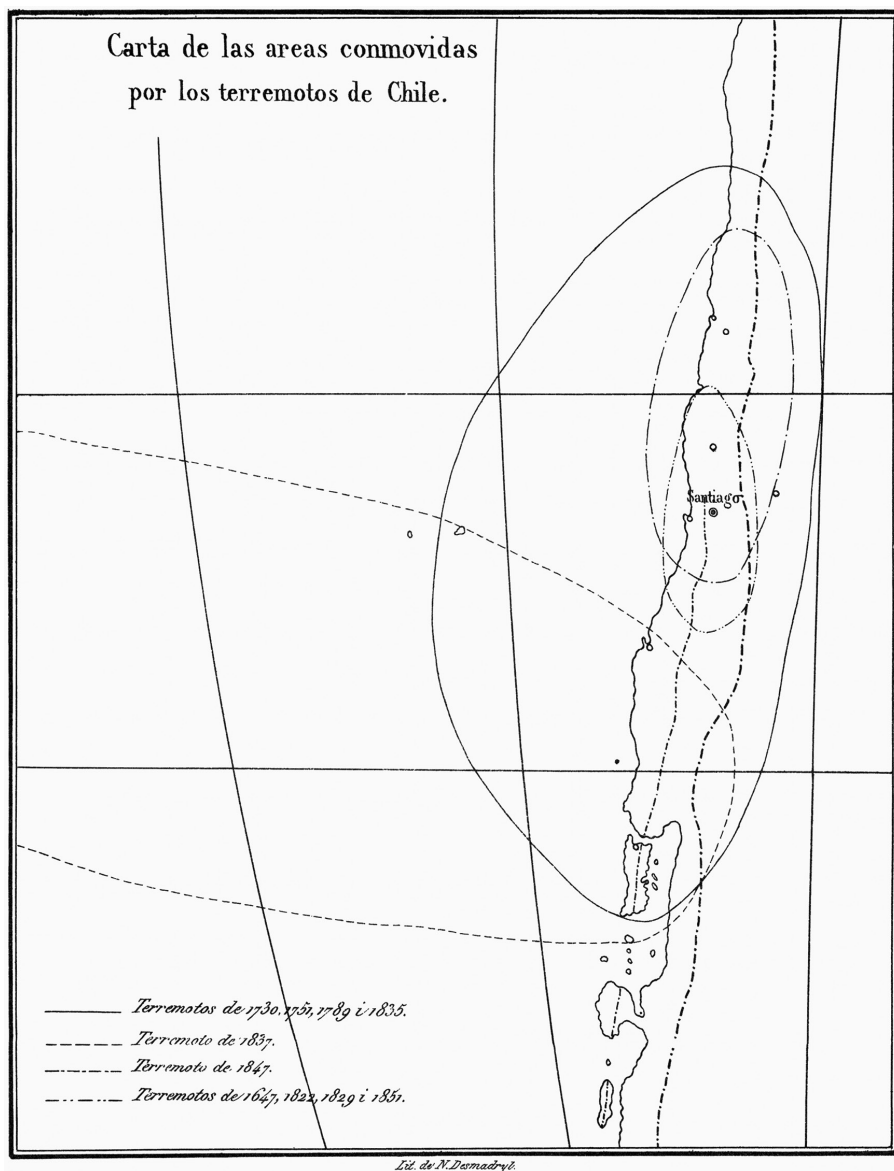
²¹ Carlos García Huidobro, “Los temblores de tierra”, en *Anales de la Universidad de Chile*, tomo xxii (Santiago, 1862), pp. 562-584.

²² Alejandro Cañas, *Los fenómenos sísmicos* (Santiago, Imprenta Universitaria, 1913); *Los fenómenos sísmicos. Terremotos volcánicos, sollevamiento de la tierra* (Santiago, Imprenta Universitaria, 1914); *Los fenómenos sísmicos. El fuego central de la tierra* (Santiago, Imprenta y Encuadernación Antigua Inglesa, 1914. Posteriormente, parte de estas conferencias fueron reproducidas en la *Revista Geográfica de Chile Terra Australis*, N° 17 (Santiago, 1959), pp. 56-59; N° 18 (Santiago, 1960), pp. 99-111.

²³ Fueron varios los textos que se imprimieron luego de este fenómeno. Por ejemplo el ingeniero en minas Luis Zegers publicó un estudio titulado “El terremoto del 16 de agosto de 1906”, en *Anales de la Universidad de Chile*, tomo cxix (Santiago, 1906), pp. 1-33. Por su parte el geógrafo alemán, y por entonces profesor de Geografía del Instituto Pedagógico, Hans Steffen no solo aportó con sus “Contribuciones para un estudio científico del terremoto del 16 de agosto de 1906”, en *Anales de la Universidad de Chile*, tomo cxx (Santiago, 1907), pp. 633-713; sino que también encabezó la redacción de los *Informes de la Comisión de Estudios del Terremoto del 16 de agosto de 1906* (Santiago, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, 1907). Del mismo modo, y aprovechando la coyuntura sísmica, el geólogo Miguel Machado publicó un opúsculo titulado *Los temblores en Chile* (Santiago, Imprenta Particular, 1907), y en este mismo contexto el también ingeniero en minas Augusto Orrego presentó su estudio sobre los *Movimientos del suelo* (Santiago, Imprenta Litografía y Encuadernación Barcelona, 1907). Ahora bien, la única investigación con vocación histórica que se redactó con motivo de esta catástrofe fue la crónica de Carlos Gajardo y Alfredo Rodríguez, y que se tituló *La catástrofe del 16 de agosto de 1906 en la República de Chile* (Santiago, Imprenta y Litografía y Encuadernación Barcelona, 1906).

²⁴ “Servicio Sismológico de Chile”, en *Boletín del Servicio Sismológico de Chile*, N° 1 (Santiago, 1909), p. 1.

²⁵ Para conocer en detalle los pormenores de la creación de estos organismos y de la contratación y funciones que desarrolló Fernando Montessus de Ballore en el país, véase Armando Cisternas, “Montessus de Ballore y la sismología en Chile”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 171 (Santiago, 2007), pp. 197-204; Lorena Valderrama, “La historia de la sismología en Chile a inicios del siglo xx. Una mirada desde los actores”, en Lorena Valderrama y Boris Santander (coordinadores),



Primera carta de las áreas conmovidas por los terremotos históricos de Chile (1647-1851).

Fuente: Del Barrio, *op. cit.*, entre las páginas 612 y 613.

país, y luego de asumir oficialmente sus nuevos cargos, Fernando Montessus de Ballore dio inicio a una prolífica labor investigativa que arrojó como resultado, entre muchos otros estudios, la publicación una de las primeras listas “oficiales” de los “temblores más o menos destructores” que remecieron en el país entre 1520 y 1909²⁶. Por otra parte, en este mismo periodo, redactó una de sus obras cumbre, la documentada *Historia sísmica de los Andes meridionales al sur del paralelo XVI*. Este trabajo, publicado por secciones en los *Anales de la Universidad de Chile*, está dedicado a la divulgación de los terremotos de intensidades conocidas y registradas por cronistas, testigos y exploradores hasta la catástrofe de 1906²⁷; y los datos que aquí analizamos fueron, además, complementados con nuevas fuentes de referencias en su “bibliografía general de temblores y terremotos”²⁸.

La labor de Fernando Montessus de Ballore, considerada precursora en el ámbito mundial, fue seguida de cerca por figuras nacionales, como el destacado geólogo Julio Bustos Navarrete quien dio a conocer, en 1931, una serie de estudios sobre los procesos telúricos ocurridos en Chile durante los últimos siglos²⁹. Igualmente, y dentro de lo que hoy cabría denominar como estudios en el largo periodo, Carlos Bobiller –quien asumió el cargo de jefe del Servicio Sismológico tras el fallecimiento de Fernando Montessus de Ballore– y el ingeniero agrónomo Enrique Taulis refrieron la historia de los terremotos y tsunamis ocurridos en Chile desde la llegada de los españoles hasta los años de 1932 y 1938 respectivamente³⁰. Por su parte, y siguiendo las cronologías de estos últimos científicos, el geólogo Enrique Donoso, intentó establecer relación de estos fenómenos geológicos

Socializar Conocimientos núm. 2: *observando a Chile desde la distancia* (Santiago, RedInche Ediciones, 2014), pp. 542-562.

²⁶ Fernando Montessus de Ballore, “Geografía sísmica de Chile”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 7 (Santiago, 1912), pp. 178-195.

²⁷ Fernando Montessus de Ballore, “Historia sísmica de los Andes meridionales al sur del paralelo XVI”, en *Anales de la Universidad de Chile*, tomo CXXVI (Santiago, 1910), pp. 1083-1147; tomo CXXVIII (Santiago, 1911), pp. 1-206; tomo CXXIX (Santiago, 1911), pp. 1-160, 605-652, 1143-1490; tomo CXXX (Santiago, 1912), pp. 545-591, 733-752, 773-802; tomo CXXXI (Santiago, 1912), pp. 33-78, 475-490, tomo CXXXII (Santiago, 1913), pp. 251-298, 426-454; tomo CXXXV (Santiago, 1914), 109-209, 289-375, 641-699; tomo CXXXVI (Santiago, 1915), pp. 13-128, 279-325, 758-788; tomo CXXXVII (Santiago, 1915), pp. 323-359, 979-1028; tomo CXXXVIII (Santiago, 1916), pp. 1-35. Todas esas secciones se encuentran disponibles en www.anales.uchile.cl/. También se hizo una edición por separado de esta obra en seis volúmenes. Acá hemos ocupado y citado esta última versión compilatoria.

²⁸ Este catálogo fue publicado por parte en la *Revista Chilena de Historia y Geografía* entre 1915 y 1919. La sección consignada a Chile, aparece en los números 22 y 23 de dicha publicación. Véase Fernando Montessus de Ballore, “Bibliografía general de temblores y terremotos”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 22 (Santiago, 1915), pp. 400-423; N° 23 (Santiago, 1916), pp. 305-317.

²⁹ Julio Bustos, “Estudio sismológico de Chile con los temblores y terremotos producidos en los últimos cuatro siglos”, en *Anales de la Universidad de Chile*, N° 1, primer semestre (Santiago, 1931), pp. 59-91.

³⁰ Carlos Bobiller, “Historia de los maremotos acaecidos en Chile desde el año de 1562 hasta el año 1932”, en *Boletín del Servicio Sismológico de Chile*, N° 23 (Santiago, 1933), pp. 34-41; Enrique, Taulis, “Terremotos y grandes temblores habidos en Chile”, en *Revista Chilena de Historia Natural*, vol. 42, N° 1 (Santiago, 1938), pp. 303-313.

combinados –terremotos y tsunamis– con la actividad volcánica registrada a lo largo del territorio nacional³¹.

Más tarde, en la década de los cuarenta del siglo xx, el científico alemán Juan Brüggén publicó su “contribución a la geología sísmica de Chile” en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*³², y antes de finalizar esta misma década el matemático Federico Greve (que fue el primero en presentar una síntesis de la historia sismológica del país³³), intentó determinar el coeficiente de seguridad antisísmico para las diferentes zonas del territorio chileno³⁴. Posteriormente, en 1950, aparecieron nuevos artículos en la *Revista Geográfica de Chile*, como el recuento de “Maremotos, erupciones volcánicas submarinas y terremotos en Chile” realizado por el geógrafo Pablo Ihl³⁵.

Una década después, y tras los devastadores terremotos del 21 y 22 de mayo de 1960 y sus respectivos tsunamis, hundimientos y sollevamientos de la costa del sur de Chile, surgieron nuevas investigaciones, alguna de ellas de carácter científico (como las de Pierre Saint Amand³⁶, Juan Karzulović, Takeo Watanabe³⁷, Wolfgang Weischet³⁸ y la de Carlos Veyl³⁹), y otras de carácter periodístico (como las de Luis Hernández Parker⁴⁰ y Hernán Olave⁴¹). Luego, y ya en la década de 1970, el sismólogo Cinna Lomnitz presentó en la *Revista Geofísica Panamericana* un resumen de los grandes terremotos y tsunamis ocurridos entre 1535 y

³¹ Enrique Donoso, “Los temblores chilenos, sus características y su relación con la tectónica reciente y actualmente activa del territorio de Chile. Su relación con la actividad volcánica y con los movimientos del mar que a veces los acompañan”, en *Boletín del Servicio Sismológico de Chile*, N° 26 (Santiago, 1939), pp. 4-21.

³² Juan Brüggén, “Contribución a la geología sísmica de Chile”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 102 (Santiago, 1943), pp. 260-317; N° 103 (Santiago, 1943), pp. 108-174.

³³ Federico Greve, *Historia de la sismología en Chile* (Santiago, Universidad de Chile, 1964).

³⁴ Federico Greve, “Determinación del coeficiente de seguridad antisísmico para las diferentes zonas de Chile”, en *Anales de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile*, N° 5 (Santiago, 1949), pp. 3-19.

³⁵ Pablo Ihl, “Maremotos, erupciones volcánicas submarinas y terremotos en Chile”, en *Revista Geográfica de Chile Terra Australis*, N° 8 (Santiago, 1953), pp. 56-59.

³⁶ Pierre Saint Amand, *Observaciones e interpretación de los terremotos chilenos de 1960* (Santiago, Universidad de Chile, 1961).

³⁷ Juan Karzulović y Takeo Watanabe, “Los movimientos sísmicos del mes de Mayo de 1960 en Chile”, en *Anales de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile*, vol. 17 (Santiago, 1960), pp. 43-89.

³⁸ Wolfgang Weischet, “Contribuciones al estudio de las transformaciones geográficas en la parte septentrional del sur de Chile por efecto del sismo del 22 de mayo de 1960”, en *Anales de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile*, vol. 17 (Santiago, 1960), pp. 95-131.

³⁹ Carlos Veyl, *Los fenómenos volcánicos y sísmicos de fines de mayo de 1960 en el sur de Chile* (Concepción, Universidad de Concepción, 1960).

⁴⁰ Luis Hernández Parker, *Catástrofe en el paraíso: reportaje al sur de Chile* (Santiago, Editorial del Pacífico, 1960).

⁴¹ Hernán Olave, *Horas de tragedia o el cataclismo de Valdivia* (Santiago, Prensa Latinoamericana S.A., 1961).

1955⁴²; y durante esta misma década, el escritor Patricio Manns, dentro de la colección “Nosotros los chilenos”, publicó un ensayo sobre las características y consecuencias materiales de estas catástrofes en Chile⁴³.

Entrando ya en el siglo XXI, algunos geólogos han analizado la ocurrencia de terremotos y tsunamis sobre la base de variables físicas y arqueológicas, como Marcelo Lagos en su artículo sobre los tsunamis ocurridos en las costas de Chile⁴⁴, y Marco Cisternas en su trabajo con los registros “paleosismológicos” del centro y sur de Chile⁴⁵. Incluso, algunos antropólogos han utilizado esta última línea metodológica para aplicarla a estudios de la microhistoria, como es el caso del texto elaborado por Alonso Barros sobre los tsunamis ocurridos en el sur del Perú y en el Norte Grande de Chile⁴⁶.

En resumen, y tal como apreciamos en esta revisión, no existen mayores investigaciones surgidas desde la Historia que permitan comprender, en su real dimensión, los momentos “de crisis” descritos tras la ocurrencia de estos procesos naturales; ni tampoco existen, dentro de esta misma disciplina, estudios analíticos sobre los efectos y las posibles respuestas de la población frente a tales coyunturas. Sin embargo, lo que sí se han publicado son varias cronologías y catálogos sobre los seísmos y catástrofes en general, donde una de las más antiguas concerniente al país fue la que elaboró el sismólogo francés Alexis Perrey en 1854⁴⁷. Así también, y dentro de este mismo esquema de investigación, los intelectuales nacionales: Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna, Ramón Briseño, Nicolás Anrique e Ignacio Silva presentaron amplias listas sobre estos procesos tectónicos⁴⁸. Por su parte, similar tarea desarrollaron en 1985 los expertos del Centro Regional de Sismología para América del Sur (CERESIS)⁴⁹, y los investigadores nacionales Rosa Urrutia y Carlos Lanza en 1993⁵⁰ y posteriormente en 2012⁵¹.

⁴² Cinna Lomnitz, “Grandes terremotos y tsunamis en Chile durante el período 1535-1955”, en *Revista Geofísica Panamericana*, vol. 1, N° 1 (México D. F., 1971), pp. 151-175.

⁴³ Patricio Manns, *Los terremotos chilenos* (Santiago, Editorial Quimantú, 1972), 2 vols.

⁴⁴ Marcelo Lagos, “Tsunamis de origen cercano a las costas de Chile”, en *Revista de Geografía Norte Grande*, N° 27 (Santiago, 2000), pp. 93-102.

⁴⁵ Véase nota 12.

⁴⁶ Alonso Barros, “Tsunami en Bolivia y Perú: el terremoto y salida de mar del 9 de mayo de 1877 (Norte Grande, Chile)”, en *Revista Ciencias Sociales*, N° 24 (Iquique, 2010), pp. 73-93.

⁴⁷ Alexis Perrey, “Documents relatif aux tremblements de terre au Chili”, in *Annales des sciences physiques et naturelles d agriculture et d industrie*, tome VI (Lyon, 1854), pp. 232-437.

⁴⁸ Véase Diego Barros Arana, *Elementos de geografía física* (Santiago, Librería Central de A. Raymond, 1871), pp. 382-384; Benjamín Vicuña Mackenna, *Ensayo histórico sobre el clima de Chile (desde los tiempos prehistóricos hasta el gran temporal de julio de 1877)* (Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1877), pp. 249-260; Ramón Briseño, *Repertorio de antigüedades chilenas* (Santiago, Imprenta Gutenberg, 1889), pp. 533-535; Nicolás Anrique e Ignacio Silva, *Ensayo de una bibliografía histórica y geográfica de Chile* (Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1902), pp. 299-308.

⁴⁹ La sección correspondiente a Chile fue elaborada por Enrique Silgado, *Terremotos destructivos en América del Sur: 1530-1894* (Lima, Centro Regional de Sismología para América del Sur, 1985).

⁵⁰ Carlos Lanza y Rosa Urrutia, *Catástrofes en Chile: 1541-1992* (Santiago, Imprenta La Noria, 1993).

⁵¹ Carlos Lanza, *Catástrofes de Chile: álbum de prensa de antaño* (Santiago, RIL Editores, 2012).

Dentro de este escenario, debemos indicar que en los últimos treinta años algunos historiadores han trabajado diversos archivos para retomar el estudio de los efectos provocados por distintos eventos telúricos en la sociedad chilena, y así han redactado importantes estudios a la luz de las actuales metodologías y corrientes historiográficas. En este nuevo contexto, el historiador Rolando Mellafe presentó en 1981 un artículo sobre el “acontecer infausto” descrito por diversos procesos naturales a lo largo de los siglos en el territorio chileno⁵². Su texto, no solo se convirtió en pionero al asociar la frecuencia con que se desencadenan los desastres –terremotos específicamente– a la idea que tienen los nacionales de estar sometidos y dominados por estos perniciosos sucesos sino que, también, con su planteamiento metodológico propuso un giro a la hora de enfrentarse al estudio referente a los procesos catastróficos, en especial los relacionados con temas sísmicos, por considerar que estos últimos son los más categóricos en la evolución histórica de cualquier sociedad.

Ciertamente, junto con describir y dar a conocer algunas de las “percepciones y representaciones colectivas en torno a las catástrofes en Chile [1556-1956]” –título de otro de sus escritos⁵³–, orientó el desarrollo de nuevos estudios en este ámbito e incitó a una revisión histórica de aquellos “clásicos” terremotos comentados por los historiadores chilenos durante el siglo XIX. Por lo tanto, como resultado de esta nueva forma de entender el estudio de los desastres, y tras descubrir y estudiar nuevos fondos documentales, la historiadora Emma de Ramón redactó un artículo con nuevas descripciones sobre el seísmo del 13 de mayo de 1647, y proyectó sus nefastas consecuencias no solo para Santiago de Chile sino para el país en general⁵⁴. Desde esta misma mirada, el abogado e historiador Gonzalo Piwonka hizo una prolongada pausa en su estudio sobre las aguas de Santiago para referirse a los alcances socioeconómicos de este aciago suceso⁵⁵. En este mismo contexto, los historiadores Jaime Valenzuela y Mauricio Onetto, ambos formados dentro de la llamada “escuela francesa”, desarrollaron algunos estudios sobre la base del megaseísmo de 1647, divulgando nuevas propuestas de estudio que permiten establecer, junto a una amplia y actualizada bibliografía, una interpretación histórica coherente con el todo de la vida de aquellos años⁵⁶.

⁵² Rolando Mellafe, “El acontecer infausto en el carácter chileno, una proposición de historia de las mentalidades”, en *Atenea*, N° 442 (Concepción, 1980), pp. 121-128.

⁵³ Rolando Mellafe, “Percepciones y representaciones colectivas en torno a las catástrofes en Chile: 1556-1956”, en Lorena Loyola y Rolando Mellafe, *La memoria de América colonial: inconsciente colectivo y vida cotidiana* (Santiago, Editorial Universitaria, 1994), pp. 102-117.

⁵⁴ Emma de Ramón, “La sociedad santiaguina frente a una catástrofe: 1647-1651”, en *Boletín de Historia y Geografía*, N° 10 (Santiago, 1993), pp. 57-78.

⁵⁵ Gonzalo Piwonka, *Las aguas de Santiago de Chile. 1541-1741* (Santiago, Editorial Universitaria, 1999), tomo I, pp. 217-225.

⁵⁶ Véase Jaime Valenzuela, “El terremoto de 1647: experiencia apocalíptica y representaciones religiosas en Santiago colonial”, en Jaime Valenzuela (editor), *Historias urbanas. Homenaje a Armando de Ramón* (Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2007), pp. 26-65; Mauricio Onetto, “Entre aporías

En esta misma lógica, y dentro de un marco geográfico y temporal mucho más amplio, la investigadora chilena radicada en España María Eugenia Petit-Breuilh ha desarrollado una amplia obra en relación con los desastres naturales ocurridos en Hispanoamérica. Además, ha dedicado algunos de sus trabajos a desarrollar el concepto del desastre no solo en su dimensión material sino, también, en relación con las respuestas espirituales ofrecidas por los indígenas y por los pobladores de las primeras villas chilenas frente a estos acontecimientos⁵⁷.

Finalmente, con ocasión del proceso geológico combinado del pasado 27 de febrero de 2010 se imprimieron varios textos que dieron cuenta de los esfuerzos desplegados desde el gobierno central para solucionar el difícil panorama que enfrentó el país luego de la emergencia⁵⁸. Del mismo modo, algunos autores, junto con trazar algunos lineamientos para lograr la reconstrucción de las zonas afectadas⁵⁹, se mostraron interesados en rescatar algunos relatos e ilustrar en imágenes el caótico despertar de millones de chilenos luego de este devastador cataclismo⁶⁰.

En conclusión, con la publicación de este volumen no solo contribuimos a ofrecer una visión de conjunto de los terremotos que se han dejado sentir en el territorio chileno desde la llegada de los hispanos hasta el año de 1906, y con ello demostrar lo importante que resulta ser la labor que los historiadores que se desempeñan en la investigación de estas materias; sino que también, y ante la reiteración de algunos paroxismos, intentamos entregar insumos para la evaluación del riesgo sísmico de determinados espacios físicos o conjuntos urbanos.

espaciales y sentidos náufragos: El terremoto de 1647 como catalizador de percepciones y asimilaciones históricas”, en *Nuevo mundo, mundos nuevos*, N° 7 (París, 2007); Mauricio Onetto, “Un teatro para la catástrofe: Das erdbeben in Chili de Heinrich von Kleist”, en *Cátedra de Artes*, N° 12 (Santiago, 2012), pp. 53-70.

⁵⁷ Algunos de sus trabajos referentes a nuestro país son los siguientes: “Religiosidad popular y desastres naturales en el reino de Chile (siglos XVI al XVIII)”, en David González (compilador), *Religiosidad y costumbres populares en Iberoamérica* (Huelva, Universidad de Huelva, 2000), pp. 247-256; “La idea de naturaleza en los araucanos durante la época colonial”, en María Elvas y Sandra Olivero (coordinadoras), *Redescubriendo en Nuevo Mundo. Estudios americanistas en Homenaje a Carmen Gómez* (Sevilla, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 2012), pp. 289-305.

⁵⁸ Véase Cristóbal Lira (editor), *8.8 Chile, los 100 primeros días* (Santiago, Gobierno de Chile, 2010); Mirja Díaz y Emilia de la Fuente, *Nuestro patrimonio hoy* (Santiago, Consejo de Monumentos Nacionales, Corporación Patrimonio Cultural de Chile, 2010); Gobierno de Chile, *La reconstrucción de Chile* (Santiago, Gobierno de Chile, 2013); Ministerio de Vivienda y Urbanismo, *100 historias: testimonios de la reconstrucción* (Santiago, Ministerio de Vivienda y Urbanismo, 2013); Paula Fortes, *Diagnóstico estado de la reconstrucción terremoto y tsunami: 27 de febrero de 2010* (Santiago, Gobierno de Chile, 2014).

⁵⁹ Francisco Aravena y Alfredo Sepúlveda, *Nuestro terremoto: el camino de reconstrucción de una empresa y la comunidad después del 27/F* (Santiago, Universidad Alberto Hurtado, 2011); Joaquín García-Huidobro, Hugo Herrera y Daniel Mansuy, *8.8°: escombros en el bicentenario* (Santiago, Instituto Democracia y Mercado, 2010); María Ignacia Arrasate y Rosario Walker (editoras), *Reconstrucción urbana post 27F* (Santiago, Gobierno de Chile, 2013).

⁶⁰ Silvia Aguilera (editora), *El terremoto social del bicentenario* (Santiago, LOM Ediciones, 2010); Juan Villoro, *8.8: el miedo en el espejo. Una crónica del terremoto en Chile* (Santiago, Universidad Diego Portales, 2010); Sonia Montecino, (directora), *Terre/Mare/Moto* (Santiago, Editorial Catalonia, 2011); Margarita Serrano (editora), *Terremoto después del terremoto. Trauma y resiliencia* (Santiago, Uqbar Editores, 2011).

SIGLO XVI

8 DE FEBRERO DE 1570, PENCO

RELACIÓN DEL CRONISTA
ALONSO DE GÓNGORA Y MARMOLEJO, 1570⁶¹

[p. 288] “Hasta que fue Dios servido año de mil y quinientos y sesenta y ocho, miércoles de ceniza, vino repentinamente un temblor de tierra y terremoto en aquella ciudad [Concepción], tan grande que se cayeron la mayor parte de las casas, y se abrió la tierra por tantas partes que era admirable cosa verlo; de manera que los que andaban por la ciudad no sabían qué hacer, creyendo que el mundo se acababa, porque veían por las aberturas de la tierra salir grande borbollones de agua negra y un hedor de azufre pésimo y malo que parecía cosa del infierno: los hombres andaban desatinados, atónicos, hasta que ceso el temblor. Luego vino la mar con tanta soberbia que anegó mucha parte del pueblo, y retirándose más de lo ordinario mucho, volvía con grandísimo ímpetu y braveza a tenderse por la ciudad. Los vecinos y estantes se subían a lo alto del pueblo, desamparando las partes que estaban bajas, creyendo perecer. Los indios de la comarca, entendiendo ser la ciudad perdida, vinieron sobre ella, y como vieron que los cristianos estaban sin peligro, siendo ellos pocos, se volvieron sin intentar cosa alguna. El licenciado tuvo de ello nueva ocho leguas de allí: partió luego a darles socorro, y se puso dos leguas de la Concepción, que por estar destruida luego del terremoto no quiso entrar en ella, y desde que supo estaban sin peligro, después de haber estado tres días a su reparo, se volvió al río de Niviqueten, ocho leguas de allí, donde anduvo haciendo [p. 289] guerra a los indios alzados, castigando muchos de ellos, y de allí pasó a la tierra de las minas, que es donde los vecinos de aquella ciudad sacan el oro, por nombre llamado Gualqui, gente belicosa por la disposición que tienen de cerros y tierra doblada, quebradas cenagosas, que es a su propósito para pelear con gente de caballo a su ventaja; y así anduvo todo aquel verano dando castigo a muchos que los merecían”.

⁶¹ Alonso de Góngora y Marmolejo, *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1575*, en Memorial Histórico Español: Colección de Documentos, Opúsculos y Antigüedades (Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1852), tomo IV, pp. 288-289. En Chile esta crónica fue incluida, diez años más tarde, en la *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional* (Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1862), siendo publicada en el tomo II de dicha colección. Desde acá en adelante, cuando no se indique lo contrario, transcribimos desde la primera referencia mencionada.

RELACIÓN DE LOS MIEMBROS DEL CABILDO DE CONCEPCIÓN,
CONCEPCIÓN, 1570⁶²

[p. 173] “En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero, y de la bienaventurada Virgen María, madre de Dios, Señora y abogada nuestra: considerando como la justicia de Dios justamente es conmovida por la gravedad de nuestros pecados, por los cuales dignamente somos afligidos, y que como clementísimo padre, procurando y solicitando nuestra enmienda, nos previene y avisa de mayor castigo y rigor, solo los que obstinadamente perseveran en los vicios, y procurando la ejecución de algún castigo notable, nos advierte con calamidades y aflicciones, y que en esta ciudad de la Concepción, por sus divinos inescrutables juicios sucedió el miércoles de ceniza de este presente año de 1570, a los 8 días del mes de febrero, a las nueve horas del día, un tan repentino y grande terremoto, que se asolase; sobre lo cual inmediatamente el mismo día saló el mar muchas veces de su curso con grande furor y espanto, y anegó, arruinó totalmente y destruyó esta dicha ciudad; y que Dios por su infinita clemencia, de la cual no se olvida el día de su furor, fue servido que casi ninguna persona muriese; y perseverando continuamente hasta el día de hoy por espacio de más de cinco meses el dicho terremoto y temblores, nos parecía que esta ciudad y república debe ser purificada con penitencia, limosna y oraciones, que es el modo con que la divina escritura y santa madre iglesia nos enseña a aplacar y prevenir el rostro rigoroso del Señor, cuya infinita [p. 174] clemencia se deja solicitar de nuestros miserables obsequios y servicios, y solo pretende que se le expela la maldad, porque en nosotros halle disposición para reconciliarnos en su gracia y amor; y estando más pronto a comunicarnos la gracia, que nosotros a recibirla, que parece que le da cuidado y compasión de nuestra miseria, por lo cual, entendiendo de cuanta eficacia y virtud sea la oración de los justos e intercesiones de los santos para negociar con Dios, a cuya instancia muchas veces el soberano Señor ha detenido su mano y la ejecución de su justicia: acordamos, con parecer de personas doctas y religiosas, hacer un público y solemne voto por nosotros, y en nombre de la ciudad, y de todas y de cualquiera persona que en ella de aquí adelante hubiere y residiere perpetuamente; y tomar por intercesor al santo que por suerte le cupiera la defensa y protección de la ciudad, acerca de la calamidad, que al presente nos aflige; y habiendo echado las dichas suertes por obviar la contención y diferentes pareceres, sin superstición ni engaño, y habiendo el primero invocado la gracia del Espíritu Santo, cayó la suerte en el día de la Natividad de la Virgen Sacratísima, madre

⁶² Acta reproducida por Vicente Carvallo y Goyeneche, *Descripción histórico-geográfica del reino de Chile*, en *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional* (Santiago, Imprenta de la Librería del Mercurio, Imprenta de la Estrella de Chile, 1875-1876), tomo VIII, pp. 173-175. También se encuentra publicada en Reinaldo Muñoz Olave, *Las monjas trinitarias de Concepción, 1570-1822: relato histórico* (Santiago, Imprenta de San José, 1918), pp. 18-21.

de Dios, Señora y abogada la nuestra, por cuya intercesión siempre esta ciudad ha sido y esperamos firmemente que será defendida, y la ira de Dios finalmente mitigada; por lo tanto, habiéndose ayuntado en público cabildo abierto, que para este efecto se convocó en la iglesia mayor de esta ciudad, en ocho días del mes de julio de dicho año de 1570, nos el licenciado Juan Torres de Vera y el doctor Diego Martínez de Peralta, oidores de su majestad, y el comendador fray Fernando Romero, vicario general de la orden de nuestra Señora de la Merced, y el capital Alonso de Alvarado, corregidor y justicia mayor de esta ciudad, y el capitán Gómez de Lagos y Diego Díaz, alcaldes ordinarios, y Pedro Pantoja y Francisco Gutiérrez de Valdivia, regidores, y Antonio Lozano, escribano del cabildo, y Fernando de Huelva y Diego de Aranda, vecinos de la dicha ciudad, y otras muchas personas, vecinos y moradores de ella, porque con más calor y propósito hubiese este voto, y así se hizo habiendo echado las suertes, como de suso se ha referido, y cupo y cayó la suerte, en el día de la Santísima Natividad de nuestra Señora la Virgen María, Señora y abogada nuestra; se prometió hacer una ermita de esta advocación, en la calle de la Loma, a donde se señaló el sitio y el lugar para el dicho efecto, y se puso una cruz para principio con una solemne procesión, hasta tanto que el tiempo de lugar para poder edificar la dicha ermita. Y que por ser mortales, y por la merced que Dios por su misericordia ha sido servido nos hacer, como siempre nos hace, de que hayan cesado los temblores que tan ordinarios eran en esta ciudad desde el dicho día de ceniza, de que se hizo el voto, podría ser nos olvidásemos de este propósito [p. 175] hecho de servir a nuestra Señora, se resfriase y dejase de nuestra memoria para que mejor y más cumplida se haga, y que siempre vaya adelante tan santa y buena obra y que el culto divino se celebre y sea venerado y acatado con más solemnidad, queremos que se haga, y lo firmamos”.

RELACIÓN DEL MAESTRE DE CAMPO
PEDRO DE CÓRDOBA Y FIGUEROA, 1570⁶³

[p. 138] “Fatal fue este año de mil quinientos setenta para el obispado Imperial, y principalmente para la ciudad de la Concepción por el terrible terremoto, con la inundación del mar, que se allí experimentó, día miércoles de ceniza a cuatro [ocho] de febrero, como a las nueve de la mañana. Fue tan espantoso que no quedó casa, ni templo que no se arruinase. De esta suerte lo narra el voto solemne que

⁶³ Pedro Córdoba y Figueroa, *Historia de Chile. (1492-1717)*, en *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional* (Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1862), tomo II, p. 138. En la “breve noticia del autor” que Francisco Astaburuaga preparó para la primera edición impresa de la obra de Pedro Córdoba y Figueroa refirió que: “el tiempo que escribió es incierto; pero por algunos pasajes de su historia (la cual termina en 1717 con el gobierno de Juan Andrés de Ustáriz) se viene en cuenta que lo hacía por los años de 1740 a 1745”.

entonces se hizo y prosigue diciendo que aquel mismo día salió el mar muchas veces, y que totalmente destruyó esta ciudad, pero que ninguna persona pereció, y perseveraron por espacio de cinco meses continuamente la repetición de temblores. Y congregados todos en público cabildo para el efecto de que saliese a la suerte el abogado y patrón para invocarle, cayó en la Natividad de la Virgen nuestra Señora y ofrecieron construir una ermita dedicada a su gloriosa natividad, en cuyo sitio y lugar levantaron una cruz y ofrecieron ir todos los años a vísperas solemnes las tardes de los miércoles de ceniza, y al día siguiente tenerlo por festivo a ir procesionalmente de la catedral los eclesiásticos de la ciudad, el cabildo secular y todos los vecinos y moradores descalzos a celebrar una misa cantada.

Hicieron este voto solemne el licenciado Juan de Torres de Vera, y el doctor Diego Núñez de Peralta, oidores de real audiencia, y prosigue el instrumento narrado los siguientes: el padre Martín de Caz, cura y vicario, el comendador fray Fernando Romero, vicario provincial de la Merced, Alonso Alvarado, corregidor, y Gómez de Lagos y Diego Díaz, alcaldes, Pedro Pantoja y Pedro Gutiérrez, regidores, Antonio Lozano, escribano, Fernando de Huelva, Diego de Aranda y muchos otros, cuyo instrumento se otorgó el día ocho de junio del referido año, lo que se ejecuta el día de hoy con tibieza”.

17 DE MARZO DE 1575,
SANTIAGO

RELATO DEL CRONISTA
ALONSO DE GÓNGORA Y MARMOLEJO, 1575⁶⁴

[p. 320] “Jueves a diecisiete de marzo, a las diez horas del día, año de setenta y cinco, comenzó en la ciudad de Santiago un temblor de tierra al principio fácil con solo una manera de sentimiento, y desde a poco, no dejando de temblar, tomó tanto ímpetu que traía las casas y edificios con tanta braveza que parecía acabarse el pueblo. Fue Dios servido aunque andaba así como se ha dicho no cayó casa ninguna, que las había buenas, y de los buenos edificios; abriéronse algunas, haciendo sentimiento de lo que por ellas había pasado. Cesó desde a poco, dando gracias a Dios en general todos por la merced que les había hecho, entendiendo eran avisos que Dios les enviaba para la enmienda de vida”.

⁶⁴ Góngora y Marmolejo, *op. cit.*, p. 320.

16 DE DICIEMBRE DE 1575, LA IMPERIAL

RELATO ANÓNIMO,
VALDIVIA, 16 DE DICIEMBRE DE 1575⁶⁵

[f. 1] “En la ciudad de Valdivia a las tres horas de la tarde poco más o menos vino un gran temblor y terremoto de hacia la mar, que en comenzando luego se comenzaron a caer casas y en pequeño espacio, cuanto acabó de quitarse la niebla que el mucho polvo tenía estaba todo el pueblo caído por el suelo y todas las iglesias tanto que hasta las paredes muy bajas que se comenzaban a labrar se cayeron de tan recio como fue el temblor, que duró más de media hora y se abrió la tierra por muchas partes y estaban las gentes con tanto temor que no sabían qué hacer y fue tan repentino y con tanto ímpetu que las señoras que estaban en sus estrados no las dejaba salir al patio de casa sino que en el camino acababa de caer la casa y las tomaba debajo y murieron en esta ciudad veintiuna personas entre hombres mujeres y niños y si lo que Dios no fue servido fuese de noche que no quedara quien diera la nueva sino que todos quedaran aplastados debajo de las muchas piedras delas casas de esta ciudad y vieron andar por las calles gentes dando voces diciendo vamos a socorrer a fulano que está debajo de la pared y a otros que estaban enfermos en las camas que se quedaron allí y otra cosa de más admiración que hubo un vecino que salió de la sala donde estaba con una niña de la mano y era tanto lo que temblaba que no la pudo sacar y el salió medio rodando por que con los pies no podía.

Y luego *in continente* sale la mar de su curso y los navíos que estaban de partida a la boca del puerto viene la mar por los altos montes que los cubría con tanto ímpetu que los navíos los desamarró como si estuvieran atados con un hilo y los llevó por el río arriba a una parte y a la otra y los hizo pedazos. Era tanto el temblor que las anclas que estaban en el agua las subía encima, lo que ponía temor y hasta los cuarenta días siempre ha temblado muy recio en esta ciudad,

⁶⁵ Archivo General de Indias, Fondo Patronato Real, vol. 190, R. 15, 2 fojas; Copia manuscrita en Chile (con el nombre de “relación del huracán que azotó Chile el 16 de diciembre de 1575”), en Archivo Nacional Histórico, Fondo Morla Vicuña, tomo 32, pieza 2, fojas 3-6. Además, este relato que también conocido como “relación verdadera de lo que acaeció en Chile”, fue publicado por José Toribio Medina (compilador), *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile, Segunda Serie* (Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1957), tomo II, pp. 209-210.

llegó el agua de la mar con tan gran orgullo y [f. 2] fuerza que traía los árboles y palos y tablas, y más recio corría hacia arriba que el río de avenida hacia abajo y de esto cobraron los naturales tan gran miedo que se fueron huyendo a los altos montes, porque no les alcanzase el agua y hasta hoy se ha quedado el río salado a causa de una gran maravilla que fue ver un río caudaloso como era este que salía de una gran laguna y por donde desaguaba era una angostura y en medio de esta angostura cayó un muy grande cerro y la tapó y ha ya cuarenta días que el río no trae agua sino es la de la mar, que quedó apoderada del río por faltarle como le faltó su corriente para la detener en su curso y va creciendo la laguna cada día un codo y dicen ha crecido más de cuarenta estados y es cosa de verla da espanto que con estar esta ciudad catorce leguas de ella dicen que si la presa suelta de golpe se la llevará está dicha laguna hecha una mar.

De las demás ciudades vinieron las nuevas era lo mismo que no había quedado cosa en pie.

Angol, Imperial, Villarrica, Osorno, Chiloé están caídas por el suelo. Dios lo remedie que de la Concepción y Santiago no se sabe esta ciudad nuevas ningunas”.

RELACIÓN ANÓNIMA,
VALDIVIA, 1575⁶⁶

[f. 278] “En este reino de Chile sucedió un caso admirable cual nunca visto otro semejante en otras partes, ni en las de España. Fue que a 16 de diciembre de 1575 dos horas antes que anocheciese se hoyó en la mayor parte de esta gobernación un rumor algo ronco que se levantó de la mar de la parte del oeste y de improviso, estando el día claro y sereno, empezó a temblar la tierra y duró por espacio de un cuarto de hora, y en término de media avemaría se asolaron cinco ciudades que estaban la una de la otra 60 leguas. Llegó el temblor desde la ciudad de la Concepción hasta el estrecho de Magallanes que son más de 300 leguas. Las ciudades son las siguientes: la Imperial, que eran todos los edificios de adobes quedaron muy pocas casas en ella. La otra, la Ciudad Rica, que eran todos los edificios de tapias no quedó tan solo una casa. La ciudad de Valdivia, que eran edificios de piedra y laja, no quedó cosa ninguna que no fuese por el suelo hasta los cimientos por estar esta ciudad más justa a la marina que las otras. La ciudad de Osorno eran los edificios de tapias y piedra no quedó más que la iglesia del señor San Francisco. La ciudad de Castro de Chiloé no quedó cosa alguna, y en el archipiélago de Chiloé hubo muchos pedazos de islas asoladas. Todo esto sucedió en un muy breve tiempo. Murieron en Valdivia cerca de 60 personas entre españoles, mujeres, niños e indios, perdiéndose mucha cantidad de ropa. Al tiempo que estaba temblando la tierra se oyó hasta la parte del mar

⁶⁶ Archivo de la Real Academia de la Historia de España, Fondo Jesuitas, tomo 102, signatura 09-3675, fojas 278-279. Este documento también se encuentra reproducido en Silgado, *op. cit.*, pp. 14-16. .

seis tronados como de tiros pequeños que sonaron de credo a credo estando como dicho tengo el cielo sereno sin haber nublado alguno. En este instante acabado de temblar salió la mar de su natural curso y se metió por la tierra y hubo partes donde se alzó 10 estados y otros 20 y en otros más y menos. Salió tanta fuerza de pescado que quedaron las playas ensaladas y los ríos llenos de ellos, y con aquella furia espantosa con que salió, con esa misma tornó a bajar aunque en algunas partes no se abajo tanto como solía. Cerráronse algunos puertos de esta costa y abriéronse otros más hondables. Fue tanta la furia con que entró la mar por la bahía de Valdivia que arrancó dos navíos que estaban amarrados con su banderola y los llevó con tanta velocidad que por el río arriba que se parecieron las anclas, cosas sobre el agua y como dos corchas los echó sobre unas peñas donde se perdieron. Anegó muchas casas que estaban por la costa de la marina. Ahogó en los términos de la Imperial más de seiscientas piezas, y en los términos de Chiloé más de quinientas. Todo esto se entiende, según regla natural, causarse de la grandísima calor que hubo este verano en toda la provincia y el terremoto que causó todos estos daños fue dentro en la mar de donde resultó este grande flujo que hizo la mar. Sucedió de estas calores haber grandes resquicios y sendas quebradas. La tierra de donde sucedió un caso admirable y pocas veces ha sucedido en el mundo es el caso que catorce leguas el río arriba de la ciudad de Valdivia la boca del desagadero de la alaguna que se dice Riñihue. Tiene está alaguna sesenta leguas de circunferencia cayó un cerro con el grande temblor y vino cayendo de un alto de una cordillera y tapó la boca de desagadero y madre del río como a una cuadra de largo y otra de ancho, y cerca de treinta estados en alto como debajo [ilegible] diez o doce casas con sus moradores. Luego, en el instante que cayó sucedió que desde [f. 278v] su creación tal se había visto vadearse y entonces se pasó a que enjutó por muchas partes con los manantiales y ríos y lluvias que después que crecieron los quebró a la grande alaguna aquellos treinta estadios de alto. Por espacio de cinco meses después del hecho empezó a abrir por donde estaba atrapado anocheciendo y a la media noche llegó el agua por el pueblo de Valdivia con tanta furia y terrible estruendo que parecía venir llena de espíritus, vino desde donde reventó por su natural madre anegando todos aquellos valles de un lado y de otro arruinando toda la tierra robándola hasta el cascajo llevando por delante grandísimo número de casas con sus moradores el río abajo, hoyeronse en la ciudad de Valdivia grandes voces y clamores que iban dando los pobres naturales que iban encima de sus casas pidiendo socorro a los españoles los cuales estaban tan turbados y temerosos que no podían acudir los padres a sus hijos entendiendo que caía al fin la llegada murieron mucha multitud de vacas, bueyes, caballos, yeguas, ovejas, subió el agua hasta el pueblo cuatro estados en algo y si Dios no lo remediara con que desangró el río por dos partes antes que llegase al pueblo, una por la mano derecha y otra por la izquierda, quedando el sitio del pueblo echo isla sin duda lo llevara todo dentro en tan breve término. Arrebató un navío que estaba en el puerto dentro del río junto al pueblo que tenía más de diez amarras y este se escapó por estar amarrado

en una parte del río que había una ensenada. Fue a parar el navío a la bahía en la mar con dos cristianos en un remanso donde estaban embalsados la mayor parte del ganado que se había ahogado y muchos naturales muertos envueltos con muchas sabandijas, culebras y lagartos y otros animales. Quedó el río casi como solía estar excepto que entra la marea más de lo que solía a causa de haber limpiado la mar con la furia que vino la barra fue tan admirable este caso que no se puede explicar con palabras de cien partes la una de lo que sucedió y al tiempo que quiso salir la alaguna quince días antes se levantaron los naturales de Zunvaella y fuimos sesenta españoles que peleamos con ellos dos veces. Un fuerte que había hecho orilla de la alaguna hasta que los echamos de él. La causa porque se alzaron fue por haber muerto dos españoles un teniente que se llama Pedro Martín Redondo y un criado de Cosme de Molina que se llama Dimas Prego cinco leguas apartado de la laguna en otra provincia que se dice Mague junto a Ranco se levantaron y en este instante los naturales de ello y mataron un criado de Pedro Ordóñez Delgadillo y acudimos a ellos los mismos españoles y nos sitiamos junto a su fuerte que es inexpugnable por estar a orillas de la alaguna de Ranco por una parte la alaguna de la Peñatajada los combatimos por el agua y por tierra de tal manera que los desbaratamos y en este día que los desbaratamos [f. 279] y un día antes sucedió el salir la alaguna que por estar la mayor parte de la gente del pueblo en esta guerra puso en gran confusión a los que quedaron en el pueblo y mucho más a nosotros porque entendemos que el pueblo era solado con el agua y con los del pueblo entendieron que nosotros éramos desbaratados por la mucha cantidad de los indios con quien peleamos y porque este tiempo tuvimos por nueva cierta que se alzaban todas estas provincias de arriba tomamos por buen suceso el temblor y terremoto sucedió que Dios por su misericordia lo remedió y reparó como dicho tengo el día de hoy en toda esta provincia no hay más indios alzados que los de Mague que confinan con los puelches de la cordillera nevada y estos indios que se levantaron en esta provincia de Valdivia son los más pacíficos indios que había en este reino por no se haber levantado del pueblo desde el descubrimiento de este reino y conquista de ellos y están setenta leguas de la provincia de Arauco y Tucapel”.

CARTA DE PEDRO FEYJÓ AL LICENCIADO M. CALDERÓN,
VALDIVIA, 28 DE DICIEMBRE DE 1575⁶⁷

[f. 696] “El viernes pasado que fueron 16 de éste, dos horas antes de que anocheciese tembló la tierra en esta ciudad y hubo un terremoto que creo yo jamás tal se ha visto, fue de suerte que ninguna casa, iglesia ni monasterio quedó en pie que dentro de un cuarto de hora no se arrasase todo por el suelo, algunas gentes murieron,

⁶⁷ Archivo General de Indias, Fondo Audiencia de Chile, vol. 30, foja 696. Copia manuscrita en Chile en Archivo Nacional Histórico, Fondo Morla Vicuña, tomo 16, pieza 25, foja 388. También fue publicado por Medina (compilador), *op. cit.*, tomo II, pp. 212-214.

aunque según ello fue yo pensé que todo íbamos, porque no hubo hombre que se pudiera tener en pie, abrióse la tierra en tanta manera que parecía que a todos nos quería tragar, el río grande de esta ciudad en lugar de correr hacia la mar corría hacia arriba con tanto ímpetu que no he visto yo correrle hacia abajo por ninguna parte tan recio, fue nuestro Señor servido de que la laguna donde manaba cayese un cerro sobre la boca del desagadero y lo tapó de tal suerte que no corre agua por él que entiendo si nuestro Señor así no lo ordena aquí nos anegáramos. Dos navíos que estaban en este puerto para el Perú casi despachados, aunque se halló en ello mucha gente de marineros que los cargaban de madera, no pudieron remediarlos, que entrambos se perdieron, era el uno de *San Juan de Fructuoso* y el otro de los corsos. Los indios se han alterado de tal suerte que hasta ahora no han querido venir a servir al puerto por medio de la mar, que dicen los ha de comer a todos y aquí se ha hecho por cierto que el repartimiento de doña Esperanza, que estaba junto a la mar, se le han ahogado más de mil ánimas y también han querido decir que se hacían ciertas borracheras y que habían venido indios de la Imperial. El corregidor ha enviado gente a que ande por los términos de esta ciudad para que no las consientan hacer algo y [f. 696v] en esta ciudad nos velamos por sí o por no así por amor a los indios como por amor nuestro no le suelte la laguna toda el agua de golpe y nos ahogue aquí a todos. Yo entiendo si el terremoto no sucediera estuviera esta Pascua con vuestra merced, porque los negocios a que vine ya les faltaba poco para acabarse, solamente me falta un poco en lo de los oficiales reales de esta ciudad que hacer, que en breve se acabará todo y ver la cuenta de los octavos, que la tiene Valenzuela, un traslado llevaré de toda ella si acaso no se ha ahogado todo debajo de tierra, que hasta ahora no han acabado de desenterrar la mitad de lo que hay. El corregidor ha despachado a Chiloé por uno de los dos navíos o barcos que hay allí si se escaparon y si no traer el maestro para que dentro de 15 días se haga aquí algún barco para bajar a esa ciudad. Lo mismo que digo de esta ciudad hay que decir de la Imperial y la [Villa] Rica y Osorno, que todas quedaron sin ningún edificio. Aquí se ha dicho vuestra merced había despachado el día de nuestra Señora de la O dos navíos para esta ciudad y hasta ahora no hay ninguna novedad de ellos, habrá dos o tres días que corre norte, plega a Dios que antes se acabe entren en el primero que bajare de cualquiera suerte me iré en él si de aquí hasta que vaya vuestra merced no envía a mandar otra cosa y si hallare compañía por tierra, por ella me iré Dios lo encamine todo como más se sirva”.

CARTA DEL CABILDO DE LA IMPERIAL AL LICENCIADO M. CALDERÓN,
LA IMPERIAL, 8 DE ENERO DE 1576⁶⁸

[p. 217] “Dios fue servido que a dieciséis de diciembre, dos horas antes de que se pusiese el sol en espacio de tres credos con un temblor y terremoto, se cayó

⁶⁸ Carta publicada en Medina (compilador), *op. cit.*, tomo II, pp. 217-218.

toda esta ciudad sin quedar casa que se pueda vivir ni osar entrar dentro y creyendo que aquí había sido solo el daño, hemos sabido como es verdad que las ciudades de Valdivia, Osorno, Villarrica, no quedó casa ni cimiento de todas ellas, con grandísimo daño de las haciendas y más de las personas que murieron. En Valdivia veintidós personas españoles, entre las cuales murió la hija del capitán Francisco de Valenzuela y una niña que estaba allí, que dicen era hija del gobernador Gálvez; murió Arévalo el viejo y Corral la Maldonada, la mujer de Briones, tres hombres en el hospital y como está dicho, son por todos veintidós. Otros muchos sacaron enterrados y quebrados brazos; murieron también más de cien piezas de [p. 218] servicio y sobre todo salió la mar con tanta braveza y pujanza, que se tuvo por cierto se anegara toda la ciudad. Perdiéronse dos navíos que estaban en el puerto, sin poderse aprovechar de ninguno. El navío de *San Joao de Fontaso* le echó la mar en Tengelén y el de Santiago de Uriona se hundió; no había más. Cayéronse dos cerros en la boca de la laguna de la villa en los indios de Arias de Pardo, que taparon tan en extremo el desagadero que se secó el río Delame de suerte que a pie enjuto le pasan, beben en Valdivia de jagüeyes, porque toda el agua es de la mar. En Osorno murió la mujer de Diego de Rojas y otra moza y algunas piezas. En Villa[Rica] murieron tres piezas; de Chiloé no se sabe nada hasta ahora. En esta ciudad nos hizo Dios grandes mercedes, que no murió más que una india, hizo la mar grandísimo daño, en la costa murió de Toltén del repartimiento de doña Esperanza muchas pieza, no les dejó la mar ninguna sementera, salió por el valle arriba más de dos leguas dejó los campos llenos de mucho pescado, subió la marea por este río hasta la isla de Maquegua y así sube hasta y después que la mar ha vuelto a su curso, creemos ha de ser Dios servido que andado el tiempo habrá sido mayor el provecho que nos ha venido que el daño hecho, porque abrió la mar una boca de puerto que más de dos cuadras en ancho hondable y limpio y esto fue por la parte que los de esta ciudad le querían abrir, lo cual verá vuestra merced por ese modelo que ahí va puntualmente como es, Nicolás Esclavón lo conocerá porque ha entrado en este río por donde solía correr que era entrada muy peligrosa y ahora corre el río derecho como se muestra, suplicamos a vuestra merced sea servido de mandar venir aquí una fragata que esta ciudad ayudará con la comida que pudiere, aunque no será tanta como la voluntad, por estar los naturales con tanta necesidad que es lástima por la mucha sequía que ha habido en todas estas ciudades, que porque no mueran de hambre será justo que los encomenderos los favorezcan. Es tan extremo el desconsuelo que todos tenemos, que si fuera posible bastará a consolarnos, vea vuestra merced por vista de ojos la necesidad que todos tenemos y cuán disipadas están estas ciudades y atento a lo sucedido suplicamos a vuestra merced que envíe aquí algún socorro, porque los capitanes de las demás ciudades se resumen en que tiene que guardar sus pueblos por tenerlos asolados y ahora de nuevo hemos sabido que toda esta tierra estaba con determinación de alzarse, el capitán Leonardo Cortés lo anda averiguando para castigar a los culpados y de todo se dará siempre a vuestra merced aviso, cuya ilustre persona nuestro

Señor guarda con el aumento de vida y prósperos estados que los servidores de vuestra merced deseamos”.

CARTA DEL MARTÍN RUÍZ DE GAMBOA AL REY,
CONCEPCIÓN, 12 DE FEBRERO DE 1576⁶⁹

[704v] “A dieciséis de diciembre de setenta y cinco pasado a las cuatro de la tarde, hubo un temblor general en este reino, según parece vino por la parte del sur, que es de la parte del Estrecho y su fortaleza llegó hasta esta ciudad, de suerte que en ella hizo poco daños y las demás ciudades de aquí para arriba que son la de Valdivia, la Imperial, Villarrica, Osorno y la de Castro se asolaron, hasta los cimientos saltaron de las casas, murieron veintitrés personas, mujeres y hombres y a ser de noche, no escapara ninguno. Naturales indios murieron como ochocientos o mil ánimas. Juntóse un cerro con otro en la boca del desagadero de la laguna donde salía el río principal que pasa por Valdivia, de suerte que quedó seco. Salió la mar de sus límites y subió en Valdivia más de cuatro leguas el río arriba de los que solía y en las provincias de Chiloé, donde está poblada la ciudad de Castro, escriben subió diez estadales, aunque no llegó con mucho a la ciudad, porque cuando la poblé en nombre de vuestra alteza, me pareció así convenir por las grandes corrientes y por la hermosura de su sitio”.

CARTA DE FRANCISCO DE GÁLVEZ AL REY,
SANTIAGO, 21 DE FEBRERO DE 1576⁷⁰

[p. 230] “A los dieciséis de diciembre de año pasado, una hora antes de la oración, de un terremoto y temblor que vino de once ciudades que hay en este reino se cayeron y hundieron las cinco de ellas con sus templos, que son las ciudades de la Imperial, Ciudad Rica, Osorno, Casto, Valdivia, en la cual murieron veinticuatro personas con mujeres y niños y se cayeron dos cerros sobre un río tan grande y mayor que el de Valladolid y le atajaron, de suerte que no corre, el cual salía de una laguna y no se entiende por donde ha de reventar y por donde solía ir a sacar oro los indios y juntamente con el terremoto y temblor salió la mar de su curso, en tanta manera que subió donde jamás se vio y ahogó muchos indios que vivían en la marina y dio al revés con dos navíos que estaban en el puerto de Valdivia y en la Imperial rompió una isla, de suerte que hizo en ella un puerto muy bueno para aquella ciudad. Ha sido cosa grande espanto y temor en este reino, el gobernador ha mandado hacer plegarias y procesiones, suplicando a nuestro Señor alce su ira de contra nosotros y nos tenga en sus manos”.

⁶⁹ Archivo General de Indias, Fondo Audiencia de Chile, vol. 30, foja 704v.

⁷⁰ Medina (compilador), *op. cit.*, tomo II, p. 230.

RELACIÓN DEL GOBERNADOR RODRIGO DE QUIROGA,
SANTIAGO, 26 DE FEBRERO DE 1576⁷¹

[f. 4] “Algunos prodigios ha habido en este reino de dos meses a esta parte. Porque a los 16 de diciembre del año pasado hubo un terremoto y temblor tan grande que en un momento derribó las casas y templos de cinco ciudades que fueron la Imperial, Ciudad Rica, Osorno, Castro y Valdivia y salió la mar de su curso ordinario de tal manera que en la costa de la Imperial se ahogaron casi cien ánimas de indios y en el puerto de Valdivia dieron al través dos navíos que allí estaban surtos y mató el temblor veintitantas personas entre hombres, mujeres y niños; yo he procurado y procuro con todo calor el reparo de todo ello por la mejor orden que me ha parecido. Espero en nuestro Señor habrá buen efecto; yo he mandado hacer plegarias y procesiones suplicando a nuestro Señor aleje de sobre nosotros sus indignación, el cual la real persona de vuestra majestad guarde y ensalce con asentamiento de mis reinos y señoríos como por vuestra majestad es deseado y sus criados y vasallos hemos menester”.

RELACIÓN DEL CRONISTA PEDRO MARIÑO DE LOBERA,
1575⁷²

[p. 335] “Al fin de este mismo año de 1575 estando la ciudad de Valdivia en la mayor prosperidad de jamás había estado y la gente a los principios de su quietud y contento, quiso nuestro Señor que les durasen poco los solaces acumulando nuevos infortunios a los pasados. Sucedió pues en 16 de diciembre viernes de las cuatro temporadas de Santa Lucía, día de aposición de luna hora y media antes de la noche que todos descuidados de tal desastre, comenzó a temblar la tierra con gran rumor y estruendo yendo siempre el terremoto en crecimiento sin cesar de hacer daño derribando tejados, techumbres y paredes, con tanto espanto de la gente que estaban atónicas y fuera de sí de ver un caso tan extraordinario. No se puede pintar ni describir la manera de esta furiosa tempestad que parecía ser el fin del mundo, cuya priesa fue tal, que no dio lugar a muchas personas a salir de sus casas y así perecieron enterrados en vida cayendo sobre ellas las grandes máquinas de los edificios. Era cosa que erizaba los cabellos, y ponía los rostros amarillos, el ver menearse la tierra tan apriesa, y con tanta furia que no solamente caían los edificios, sino también las personas sin poder detenerse en pie, aunque se hacían unos de otros para afirmarse en el suelo. Demás de esto mientras la tierra estaba temblando por espacio de un cuarto de hora se vio en caudaloso

⁷¹ Archivo General de Indias, Fondo Audiencia de Chile, vol. 18, R. 5, N. 25 (son 42 fojas). Publicado en Gay, *op. cit.*, tomo I, p. 112.

⁷² Pedro Mariño de Lobera, *Crónica del reino de Chile*, en *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional* (Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1865), tomo VI, pp. 335-337.

río, por donde las naos suelen subir sin riesgo una cosa notabilísima, y fue que en cierta parte de él se dividió el agua corriendo la parte de ella hacia la mar, y la otra parte río arriba quedando en aquel lugar el suelo descubierto de suerte, que se veían las piedras como las vio don Pedro de Lobera, de quien saque esta historia, el cual afirma haberlo visto por sus ojos. Ultra de esto salió la mar de sus límites y linderos corriendo con tanta velocidad por la tierra adentro como el río del mayor ímpetu del mundo. Y fue tanto su furor y braveza, que entró tres leguas por la tierra adentro, donde dejó gran suma de peces muertos, de cuyas especies nunca se habían visto otras en este reino. Y entre estas borrascas y remolinos se perdieron dos naos, que estaban en el puerto, y la ciudad quedó arrasada por tierra sin quedar pared en ella que no se arruinase. Bien escusado estoy en este caso de ponderar las aflicciones de la desventurada gente de este pueblo que tan repentinamente se vieron sin un rincón donde meterse, y aun tuvieron por gran felicidad el estar lejos de él, saliéndose al campo raso por estar más seguros de paredes, que les cogiesen debajo como a otros que no tuvieron lugar para escaparse, y no solamente perdieron las casas de sus habitación, mas también todas sus alhajas, y [p. 336] preesas, estando todas sepultadas, de suerte que aunque pudieron después descubrirse con gran trabajo fue con menoscabo de muchas, y pérdidas de no pocas, como eran todas las quebradizas con lo que estaba dentro, y otras muchas que cogían los indios de servicio, y otra gente menuda, pues en tales casos suele ser el mejor librado aquel que primero llega. Y demás de esto se quedaron tan sin orden de tener mantenimiento por muchos días, en los cuales padecieron hambre por falta de él, y enfermedades, por vivir en los campos al rigor del frío, lluvias y sereno y (o que es más de espantar) aun en el campo raso no estaban de todo segura las personas; porque por muchas partes se abría la tierra frecuentemente con los temblores, que sobrevenían cada media hora sin cesar esta frecuencia por espacio de cuarenta días. Era cosa de grande admiración ver a los caballos, cuales andaban corriendo por las calles y plazas, saliéndose de las caballerizas con parte de los pesebres arrastrando o habiendo quebrado los cabestros y andaban a una parte y a otra significando la turbación que sentían, y acogiéndose a sus amos como a pedirles remedios. Y mucho más se notó esto en los perros, que como animales más llegados a los hombres se acogían a ellos, y se les metían entre los pies a guarecerse y ampararse mostrando su sentimiento, el cual es en ello tan puntual, que en el instante que apunta el temblor lo sienten ellos alborotándose tanto, que en solo verlos, advierten lo que están adelante que está ya con ellos el terremoto. Este mismo sentimiento hubo en todos los animales generalmente tanto que se revolcaban por la tierra; y cada especie usaba de sus voces acostumbradas como aullidos, relinchos, graznidos, cacareos y bufidos, con modo en algo diferente del suyo representando el intenso sentimiento, y pavor con que estremecían imitando a la misma tierra. Más oh providencia de Dios nunca echada menos en ninguna coyuntura aunque sea en los que se muestra Dios más bravo, y celoso de echar el resto en afligir a los hijos de los hombres, nunca cansados de ofenderles. Que al tiempo que la tierra está atribulando a

los afligidos manda a los montes que dejaba la natural alteza de sus cumbres se arrasasen por tierra para remedio de lo que mirado desde abajo parece contrario como quiera que lo dé por medicina el que no mira desde arriba. Cayó a esta coyuntura un altísimo cerro que estaba catorce leguas de la ciudad, y extendiendo la máquina de su corpulencia se atravesó en el gran río de Valdivia por la parte que nace de la profunda laguna de Riñihue, cerrando su canal de suerte que no se pudo pasar gota de agua, por la vía de su ordinario curso quedándose la madre seca sin participar la acostumbrada influencia de la laguna. Quién dirá que hubo aquí aquellos efectos de la providencia eterna experimentados en tiempo de Josué, cuando las aguas del Jordán retrocedieron contra su natural curso a la manera que dijimos poco antes haberse dividido las aguas de este río; y en tiempo de Moisés cuando se abrió el mar Bermejo para dar paso a pie enjuto a los israelitas. Pues antes parece haber sido contrario todo lo que aquí sucedió este día por que como entran en esta gran [p. 337] laguna cinco ríos originados de otras veinte y treinta leguas de circunferencia cada una, con cuyo concurso era forzoso reventar este gran lago hallando cerrada la puerta por donde suelen desaguar, que es este caudaloso río de Valdivia. Más en efecto de verdad fue la traza de Dios tan importante que a no caer este cerro tan a punto cerrando el paso de las aguas que corrían velocísimamente se anegara toda la ciudad y sus confines con la salida de la mar la cual como halló la madre del río desocupada tuvo lugar de recogerse allí subiendo por ella arriba lo cual no fuera posible si se encontrara con el torrente ordinario que le impidiera el paso con su furia. Y fue tan grande la máquina del cerro que tuvo cerrada la boca del desagadero por más de cuatro meses represándose siempre el agua en la gran laguna hasta que reventó haciendo los efectos que se dirán a su tiempo”.

7 DE AGOSTO DE 1580.
SANTIAGO

CARTA DE LOPE DE AZOCA AL REY,
SANTIAGO, 11 DE AGOSTO DE 1580⁷³

[f. 106] “Al punto que ésta escribía domingo por la tarde siete de este presente mes de agosto, después de vísperas, tembló la tierra en esta ciudad grandemente y duró el temblor casi media hora, derribó algunas casas y todas en general recibieron muy grande daño porque quedaron abiertas por muchas partes y sin tejas, que creo no se podrá habitar en ella sin mucho recelo y después de este gran temblor hasta hoy miércoles en la noche ha habido otros muchos temblores pequeños y que han durado poco. Toda la gente está asustada y con mucha razón porque fue día de gran tribulación, en toda la comarca de esta ciudad ha habido gran daño a lo que se entiende no se reparará con cien mil pesos y no sabemos lo que habrá sido en las demás ciudades de este reino donde otras veces ha habido muy grandes temblores y se han asolado algunas por el suelo, Dios se acuerde de su pueblo y nos tenga en su mano. Ha sucedido en tiempo de grandísimo trabajo para esta tierra porque como tengo dicho todos están con notable pobreza y necesidad y si como digo a este reino no le viene socorro de fuera, con mucha brevedad, de gente, armas y municiones y ropa, no solamente no se sustentará ante si Dios milagrosamente no lo provee se acabará de todo punto [f. 106v] de perder. A todo suplico a vuestra majestad advierta, que es digno de mucha consideración y lo remedie por un solo Dios”.

⁷³ Archivo General de Indias, Fondo Audiencia de Chile, vol. 8, R. 13, N. 37 (son 8 fojas).

SIGLO XVII

24 DE NOVIEMBRE DE 1604, SAN MARCOS DE ARICA

ACUERDO DEL CORREGIDOR Y DE LOS OFICIALES REALES,
ARICA, 5 DE DICIEMBRE DE 1605⁷⁴

[p. 44] “En el puerto de San Marcos de Arica, en cinco días del mes de diciembre de 1604 años, el general don Ordoño de Aguirre, corregidor de este partidos, y los jueces oficiales reales de él, el tesorero Alonso García Villamil y contador Simón de Basauri, se juntaron a hacer acuerdo de hacienda real, y estando juntos en él dijeron que por cuanto el terremoto de temblores y creciente del mar que sucedió el miércoles pasado veinticuatro de noviembre, que asoló esta ciudad de Arica y fuerte de ella, y se llevó la mar la artillería, mosquetería y municiones, y con las diligencias que se han hecho han sido halladas la dicha artillería y mosquetería y parte de las municiones, aunque maltratadas, desencabalgadas las de la artillería y cureñas de ella, y mucha parte de las cajas de mosquetería, todo lo cual se ha puesto en un terraplano que está en un solar de don Alonso de Vergara Carvajal que aunque no es parte conveniente ha parecido de presente ser la más cómoda en que se pueda estar la dicha artillería y pertrechos de guerra, y para que en todo el tiempo conste la artillería, mosquetería, arcabucería y municiones que han sido hallado y se ha juntado de la dicha ruina, mandaron se asiente por inventario todo ello y se haga carga de ello por hacienda real de su majestad el tesorero, en cuyo cumplimiento estando en el dicho terraplano, donde está la dicha artillería y mosquetería y municiones, se inventarió por ante mí las cosas siguientes:

Una media culebrina nombrada San Lucas de cuarenta y tres quintales con su cureña y ruedas.

Otra media culebrina nombrada San Mateo, sin ruedas ni cureña, que las quebró y llevó la mar. Esta pieza de otros dos cuarenta y tres quintales. Ítem una cureña de la pieza de arriba sin eje ni ruedas.

Un medio sacre sombrero Santa Polonia, pesa trece quintales y diez libras por su número con su rueda y cureñas.

Otro medio sacre nombrado San Gil, pesa doce quintales Y dos arrobas, por su número con su rueda Y cureña.

⁷⁴ Documento reproducido en Vicente Dagnino (coordinador), *Crónicas ariqueñas* (Tacna, Imprenta La Joya Literaria, 1910), pp. 44-45.

Otro medio sacre nombrado Santa Cecilia de doce quintales y cinco libras por su número con su rueda y cureñas

Otro medio sacre nombrado San Alberto, pesa doce quintales, tres arrobas, quince libras por su número con su rueda y cureña.

Dos falcones sin ruedas ni cureñas

Cuatro versos: dos grandes y dos pequeños.

Siete cámaras de dos versos: las cuatro grandes y tres pequeñas.

[p. 45] Ciento siete balas de metal de las dichas medias culebrinas.

Veinticinco de plomo y dado de las dichas piezas.

Dos balas de diamante de metal de las dichas culebrinas.

Cuatro balas de diamante de hierro de ellas

Cuatro balas de navaja de ellas.

Ocho bala de cadena de metal, las cadenas de hierro.

Ciento dieciséis balas de metal de los falcones.

Setenta balas de alas dichas piezas de plomo y dado.

Cuarenta y seis balda de hierro colorado de las dichas piezas.

Cuarenta y ocho balas de metal de los dichos falconetes.

Cien balas de los dichos de dado y de plomo.

Cincuenta y tres mosquetes, uno sin caja y otros sin llaves, todos mui maltratados que no se puede servir de ellos.

Veintitrés arcabuces, uno reventado y los demás las cajas quebradas y las llaves, y sin baquetas, de suerte que no se puede servir de ellos sin que se aderecen.

Ítem otro arcabuz asimismo maltratado.

Catorce botijas de pólvora, algunas de ellas mojadas que se han de beneficiar; la pólvora que en ellas hay, no se pasado por no haber peso en esta tierra, y habiéndole que pesarán.

Las trece botijas de pólvora de éstas que la una estaba media pesaron cuatrocientas setenta libras, y la una restante por estar mojada y sin ningún provecho, se hizo cargo de ella en la forma que se halló y por el consiguiente de los cartuchos, haciéndolos buenos en su género.

Once cartuchos de pólvora de media culebrina, mojados, hechos masa y rotos.

Seis cartuchos de falconetes con pólvora hecha masa.

Veinte cartuchos de medio sacre mojados con agua salada.

Un molde de un falconete de bronce.

Diecisiete planchas de plomo que por no haber peso no se pesaron. Todo lo cual se inventario por hacienda real de su majestad y de ello se hizo cargo al tesorero y lo firmaron los dichos jueces”.

RELACIÓN DEL CRONISTA JESUITA BERNABÉ COBO,
1604⁷⁵

[f. 142v] “Donde la mar hizo mayor estrago con estos sus flujos y reflujos fue en la ciudad y puerto de Arica, cuya calamidad y ruina escribió el corregidor de aquella ciudad a la real audiencia de los Charcas con la puntualidad y el sentimiento que el caso pedía, por lo cual me pareció rematar este capítulo con su carta que dice así: muy poderoso señor; a los veinticuatro de noviembre vísperas de Santa Catalina a las dos de la tarde comenzó a temblar en este puerto, al principio con poca furia, y menos ruido; y de allí aun poco [f. 143] yéndose aumentando el rigor del, llegó a extremo que todos salieron huyendo de sus casas pidiendo misericordia a nuestro Señor, y remedio del daño que tienen presente; y antes de que acabase su furor derribó por el suelo por los cimientos todos sus edificios que había de adobes, y ladrillos; especialmente la iglesia mayor y el fuerte que vuestra alteza tenía en este puerto para defensa, y el almacén real, donde se estaba guardando el azogue, y demás cosas pertenecientes a vuestro real servicio. Por remediar el daño que estaba hecho y obviar el que estaba por hacer, salí con toda la gente del pueblo a poner orden en salvar el santísimo sacramento que estaba en la iglesia mayor, y habiéndole sacado con la mayor decencia que pudimos, le pusimos en la subida del Morro, y luego acudí a los presos de la cárcel, que estaban debajo de las paredes y techo de ella, y fue nuestro Señor servido de que los pudiésemos sacar a todos con vida, aunque con harto trabajo y daño, y luego acudí al remedio del fuerte, y cuando llegué a él estaba hecho mil pedazos; y estándole mirando, y considerando la ruina que había sucedido, vimos muchos prodigos, porque habiendo mandado agua cincuenta pasos de la mar, la hice probar a ver si era dulce o salada; y vimos que era la misma de la mar. Por lo cual pronosticando lo que luego sucedió, di voces para que todas las mujeres saliesen de sus casas y se fuesen a donde estaba el santísimo sacramento, y así lo hicieron; y con estar a la sazón la mar muy mansa cuando sucedió el temblor, y con viento sosegado, empezó a recogerse de tal [f. 143v] manera, que menguó más de dos tiros de arcabuz de lo que suele menguar ordinariamente; y continuando el temblor su fervor, empezó a amenazarnos la mar, alborotándose de tal manera que cubrió una isleta, que estaba enfrente del morro, que hacia abrigo al puerto de la ciudad. Y visto esto, mande que vuestra real caja, y los papeles del oficio de escribano público se llevasen a lo alto, y así se llevó la caja; y primero que se pudiesen sacar los papeles, vino un rebaso de la mar, y se los llevó juntamente con la caja, que era de bahareques [pared o tabiques de palos o ramas embarrados] y habiendo dado otro recio temblor, volvió a recogerse la mar, segunda vez, y tardando como un cuarto de hora volvió contra el pueblo, y antes que llegase entre en el almacén, de donde con trabajo y presteza sacamos catorce botijas de pólvora para lo que se

⁷⁵ Universidad de Sevilla, Fondo Antiguo, signatura A333/002, fojas 142v-144.

pudiese ofrecer; y apenas mandé salir la gente cuando llegó, y dio con el almacén en tierra, justamente con la iglesia mayor y pasando adelante subió una cuadra, y derribó y llevó todas las casas peligrando muchas personas, que se habían descuidado en salir de ellas, a las que les procuré dar todo el remedio posible, y con el favor de Dios fue medio para que no pereziesen, aunque pasaron grande peligro. Y como la violencia que traían las olas y mares contra el pueblo era tan grande, que pareció que la mar quería tragarle, volvían con la misma y ruido a recogerse; y continuando los temblores, fue tanto que se recogió, que estaba en seco el surgidero de los navíos, y aun algo más adelante; y estaba hirviendo la mar, [f. 144] que echaba humo de sí como si fuera fuego, que escureció casi toda la costa; y en medio de esta humareda se levantó la mar tan grande, que parecía un alto monte, la cual fue hacia la parte que llaman de Huayllacana y Chacalluta, legua y media de este pueblo, y levantándose más alto de lo ordinario, fue con grande furia asolando todo lo que topaba, hasta dar con la cuesta de Huayllacana, donde hallando resistencia volvió de reducida contra el pueblo tan alta como se fue, con que mostró nuestro Señor que el azote y justo castigo de nuestros pecados, porque contra su curso natural volvió con la fuerza que digo, acostándose a la parte del pueblo, y si no se quebrantara en la mitad del camino topándose con otro mar con quien se encontró, subiera a lo alto, donde estaba la gente: y viniendo asolando algunas haciendas que había en el camino, sin dejar árbol, casi, ni viña, topó con el Morro, y subió el agua más del tercio de él, y haciendo gran ruido y resaca volvió contra el pueblo y se llevó la parte que restaba de él. De manera que asolaron estas tres avenidas esta ciudad, excepto algunas pocas casas, que por estar en sitio más alto quedaron en pie, aunque las dejó con mucho daño: y después vinieron otras tres avenidas, y han ido continuando los temblores con mucho rigor. En este pueblo se ahogaron tres personas, y en toda su costa más de veinte. Destruyó la mar más de un millón de hacienda, porque todos estaban ricos. Fue misericordia de Dios que mostró en la mitad del rigor de su justicia, en que el caso no sucediese [f. 144v] de noche ni hallase navío en el puerto; porque en el envié las doscientas dieciséis barras de vuestra alteza, había dos días que lo había despachado, que fuera imposible poder escapar.

Quedaron tan miserables, y pobres que es compasión; porque ninguno dejó más que tan solamente el vestido, con que se halló, y muchos salieron desnudos por salvar las vidas, y han hecho y hacen tantas lastimas y demostraciones del sentimiento del daño que han recibido, que suben los alaridos al cielo pidiendo misericordia de Dios, aunque en muchas otras veras, se encomiendan, confesando y recibiendo los santos sacramentos para aplacar la divina majestad. A mí me ha cabido de pérdida todo cuanto tenía, sea Dios bendito. Fue tanta la fuerza de la mar que después de haber derribado el fuerte de vuestra alteza, sacó toda la artillería que tenía gran trecho fuera de su lugar; y las piezas que han ido pareciendo las he ido aderezando lo mejor que he podido: falta una pieza, y toda la mosquetería y arcabucería, y pertrechos de ella, de que he enviado a memoria al virrey de vuestra alteza. Hasta aquí la carta del corregidor”.

RELACIÓN DE PEDRO DE LEÓN PORTOCARRERO,
1604⁷⁶

[p. 65] “Y me hallé en el año seiscientos y cinco en veintiséis de noviembre en una villa que se llama Ica, a cincuenta leguas de Lima, y tembló la tierra un temblor que duró un cuarto de hora y derrocó muchas casas. Y en Arica, puerto de Potosí, tembló y dio un golpe que salió en tierra, anegó toda la villa derrocó las casas y las dejó arrasadas de arena. La gente se salvó en un monte que está junto de la villa, y anegó todos los almacenes del rey y bodegas de vino e hizo mucho daño por toda la costa”.

RELACIÓN DEL FRAILE JERÓNIMO DIEGO DE OCAÑA,
1604⁷⁷

[f. 358] “Sucedio en este tiempo, en estos reinos, un temblor tan grande de tierra que no se ha visto cosa semejante, porque quedaron muchos pueblos del todo asolados y puestos por el suelo, aunque en Ica no hizo mucho daño. Y fue el caso que la víspera de Santa Catalina 24 que se contaron de noviembre del año de 1604 a la una del día después de mediodía vino tan grande temblor de tierra que parece que todo el mundo se hundía. Yo estaba a este tiempo sobre mi cama reposando un poco la siesta porque la noche antes no había dormido por haber estado en el campo ocupado en lo de las tierras. Y comenzó la cama a menearse, y un fraile [f. 358v] franciscano que estaba sentado sobre la cama parlando conmigo salió corriendo, y yo me levanté y quise sacar conmigo la imagen de nuestra Señora de Guadalupe, la cual estaba colgada de un clavo un poco apartada de la cama, y por los muchos vaivenes que la pared daba a una parte y a otro, o por la turbación que yo tenía, estuve un rato que no pude quitar la imagen del clavo. Y estando ocupado en esto, parece que me dijeron en el espíritu que dejase la imagen; y con aquella inspiración la dejé y di un salto a la puerta de la celda, y apenas hube sacado la mitad del cuerpo de la puerta, cuando vino de romanca toda la celda abajo y cayeron las paredes y el techo, y quedó mi cama y toda la demás ropa enterrada, de suerte que dos negros después, cavando en cuatro días, no pudieron sacar mis hábitos ni la ropa de la cama. Quedó el pedazo de la pared donde estaba la imagen en pie que no cayó y así la saque luego como paso el temblor que duró casi media hora y tan recio que con estar hincados de rodillas en el claustro no nos podíamos los frailes tener en la tierra que parecía nos arrojaba de sí. Cayó también la celda del guardián y algunos pedazos de otras celdas la cerca de la huerta cayó casi toda por muchas partes la iglesia y

⁷⁶ Pedro de León Portocarrero, *Descripción del virreinato del Perú* (Lima, Editorial Universitaria, 2013), p. 65.

⁷⁷ Biblioteca de la Universidad de Oviedo, signatura M-215, fojas 358-359v.

lo demás quedó maltratado. Y del pueblo cayeron algunos pedazos de casas [f. 359] pero no fue mucho el daño que hubo en Ica respecto de otros pueblos que quedaron del todo asolados.

Este mismo día, y a la propia hora, salió la mar de sus límites y de improviso cubrió todo el puerto del pueblo de Arica que no dio lugar a más de que la gente corriendo, y muy aprisa se retirase y así cubrió todas las casas e iglesias, y al retirarse a su madre se llevó tras sí todo el pueblo de manera que lo barrió de suerte que parece no haber habido en aquel sitio pueblo ninguno. Pierdióse toda la hacienda, que no pareció cosa ninguna sino que se lo tragó todo la mar. Y si como fue a la una del día que la gente andaba fuera, y vinieron venir sobre sí la mar fuera a tiempo que estuvieran recogidos, y de noche no quedara ninguna persona en todo el pueblo, y así no se ahogaron sino algunos enfermos que no tuvieron quién los ayudase a salir porque no había quién se acordase de otro ni aún las madres de los hijos. Este salir de la mar, tanto fuera de la orilla y límite, fue general desde Chile hasta el pueblo de Cañete que está veinte leguas de Lima. Salió la mar por espacio de más de 600 leguas, tres y cuatro picas. Esto conforme lo que vi yo en el puerto de Pisco que llegó el agua hasta las mismas bodegas que por allá arriba salió [f. 359v] más pues llegó a cubrir la más alta casa y torre del pueblo de Arica, y ahora se ha edificado el pueblo más arriba. Siempre este puerto ha sido muy enfermo por el mucho pescado que muere en él y la abundancia de frutas, y como los que bajan de Potosí vienen deseosos de lo uno y de lo otro causa enfermedad, y así mueren muchos. De suerte que este salir la mar tan repentinamente lo causó el temblor que la furia del fue en la mar, y así contaron los pilotos que a esta sazón se hallaron en el mar por aquel paraje que no parecía sino que el agua arrojaba de sí los navíos, y que por espacio de un cuarto de hora pensaron ser hundidos todos, y tragados de la mar”.

RELACIÓN DEL FRAILE MERCEDARIO MARTÍN DE MURÚA,
1604⁷⁸

[p. 548] “El año de mil seiscientos y cuatro, víspera de Santa Caterina [Catalina], cuando dijimos que en la ciudad de Arequipa sucedió aquel terrible temblor que la asoló, vino la misma ruina por este puerto de Arica, que derribó las más casas de él y, habiendo pasado y extendido que la furia había cesado, la mar agitada y movida de las olas, salió con un ímpetu espantable de los límites ordinarios que en aquella costa tiene, y embistiendo con las casas, acabó de asolar lo que quedaba y aún con mayor daño que el pasado, porque al retirarse a su lugar, se llevó tras sí todos los bienes muebles, alhajas, cajas con barras, oro y vestidos y las cosas preciosas que en ellas había, y dejó a la villa arruinada, pobre y

⁷⁸ Martín de Murúa, *Historia general del Perú* (Madrid, Historia 16, 1987), pp. 548-549.

triste, y muchos hombres que estaban ricos en un momento se vieron pobres y destrozados. El que tenía muchas vestiduras que mudarse, se halló desnudo y con necesidad, que así suelen ser las vueltas y revueltas de este mundo en pocas horas. El mismo daño que hizo la mar en esta villa hizo en Camaná, donde salió casi media legua, y arruinó infinitas heredades de viñas y olivares, sacándolas de raíz, llevándoselas a la mar.

Hace tornado a poblar esta villa de San Marcos de Arica, en otro puesto cercano al que de antes tenía, pero más sano y de mejor temple, por estas más descubierto y desenfadado [p. 549] para gozar de los aires y mareas suaves de la mar, que limpian y purifican toda la cosa, y así no hay las enfermedades que solían dar a los nuevos en él y que venían de afuera”.

RELACIÓN DEL FRAILE DOMINICO REGINALDO DE LIZÁRRAGA,
1604⁷⁹

[p. 201] “El año pasado de [1]604 sucedió a las cinco de la tarde, otra inundación del mar, con tanta vehemencia y bramidos que anegó la mayor parte del pueblo, y en el convento del señor San Francisco, donde yo residía y vivo, derribó la cerca, que es de piedra, por tres o cuatro partes, y se llevaba las piedras grandes como si fuera de paja; anegó todo el convento, y cuando se retiró dejó algunas lisas y otros peces en el claustro, y me compelió a mí, y a otros salir por las paredes; y el fuerte que es de tapias, arruinó, llevándoselas y dando con ellas más de 20 pasos adelante. Si esta inundación fuera de noche, pereciera mucha gente, y si algún temblor viniera se arruinará todo el pueblo; fue nuestro Señor servido que la inundación fuese de día y no sucediese temblor alguno”.

⁷⁹ Reginaldo de Lizárraga, *Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile* (Madrid, Ediciones Atlas, 1968), p. 201.

16 DE SEPTIEMBRE DE 1615. ARICA

INFORME DE TORRES REINOSO AL VIRREY DEL PERÚ, ARICA, 23 DE SEPTIEMBRE DE 1615⁸⁰

[p. 17] “A los 16 [días] de este mes de septiembre, un cuarto de hora antes de anochecer, sobrevino en esta ciudad un terremoto que duró casi un cuarto de hora, tan terrible y espantoso que no se ha visto tal. Derrocó la iglesia mayor y todas las paredes del fuerte y plataforma; y aunque la explanada quedó entera y sana encima del terraplén cayó un aposento que se había hecho para guardar la pólvora. El hospital de San Antonio de Padua y la mayor parte de las casas de adobe del pueblo y la mayor parte de las paredes de las casas reales y contaduría y las del almacén real de azogue, aunque han quedado en pie, ha sido con tanta ruina que forzosamente se deberán derrocar, porque si no están para caerse y suceder matar a quien anduviere dentro. El suelo en donde se derrama el azogue para beneficiarlo está hendido en seis partes, y para beneficiar la partida del azogue que ha de traer Luis González, la repararemos lo mejor que se pueda, aunque no ha de quedar seguro para lo de adelante. El convento de nuestra Señora de las Mercedes y las demás casas que no acabaron de caerse han quedado tan quebrantadas y desplomadas que es fuerza irlas derrocando, para evitar mayores daños. No hubo ninguna muerte o lesión en la gente, sino una mujer que se le desconcertó una pierna y otros dos negritos que casi se ahogan, y todos viven.

Han continuado desde entonces hasta hoy, de día y de noche, muchos temblores, y algunos recios, lo cual tiene asombrado a todo el pueblo”.

ACUERDO DE GOBIERNO, ARICA, 1 DE SEPTIEMBRE DE 1621⁸¹

[p. 18] “Con el terremoto grande que sucedió en esta ciudad el año pasado de 1615 y otros que después ha habido, se han caído los aposentos donde teníamos nuestro juzgado y la contaduría, y en donde se guardan las isangas de totora que se hacen

⁸⁰ Informe reproducido en Montessus de Ballore, *op. cit.*, vol. II, p. 19.

⁸¹ Documento reproducido en Informe reproducido en Montessus de Ballore, *op. cit.*, vol. II, p. 17.

para el trajín de los reales azogues, y la cerca de todo el sitio de este edificio y el almacén real de los dichos azogues, que todo de ello es de adobes, con lo cual no nos queda donde podernos juntar al expediente de los negocios de nuestros oficios. Y además de esto, con el tiempo se han gastado y consumido muchos ladrillos del suelo de dicho Almacén y maltratado las paredes, y las maderas del techo están ya muy apolilladas y en riesgo de irse cayendo y así conviene que lo uno y lo otro se repare y [p. 19] reedifique gastando 1.600 pesos de ocho reales”.

1618 (SIN DÍA NI MES).
ARICA

RELATO DEL CRONISTA CARMELITA ANTONIO VÁZQUEZ DE ESPINOSA,
1681⁸²

[p. 470] “En el [año] de [1]618 hubo otro [terremoto] en la ciudad de Arica, donde yo estaba presente, con el cual se retiró la mar adentro, y volvió a salir afuera, saliendo de sus límites, y de camino se llevó toda una acera de casas en la ciudad de Arica que estaba cerca de la mar”.

⁸² Antonio Vázquez de Espinosa, *Compendio y descripción de las Indias Occidentales* (Washington, Smithsonian Institution, 1948), p. 470.

6 DE SEPTIEMBRE DE 1643,
SANTIAGO

RELACIÓN DE LOS MIEMBROS DEL CABILDO DE SANTIAGO,
SANTIAGO, 7 DE SEPTIEMBRE DE 1643⁸³

[p. 291] “En este cabildo se trató cómo por ocasión del riego en que esta ciudad ha tenido con el grande temblor que hubo el domingo al amanecer, se ha tratado de que se haga alguna procesión llevando al señor Santo Turnino [San Saturnino], de la catedral a su casa, y para prevenir lo necesario el señor alcalde capitán don Nicolás de la Cueva habló al señor provisor de lo que se trató”.

⁸³ “Actas del cabildo de Santiago, 7 de septiembre de 1643”, en *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional* (Santiago, Imprenta Elzeviriana, 1906), tomo xxxii, p. 291.

13 DE MAYO DE 1647, SANTIAGO

CARTA DE LA AUDIENCIA AL GOBERNADOR MARTÍN DE MUJICA,
SANTIAGO, 15 DE MAYO DE 1647⁸⁴

[f. 1] “Ayer, catorce de este mes como a las diez y media de la noche poco más, fue nuestro Señor servido de asolar esta ciudad tan del todo que no perdonó catedral, ni convento, ni iglesia, ni casa, ni haciendas del campo, ni las vidas de infinitos que murieron con el mayor terremoto y temblor que se ha visto en este ni en otro lugar del Perú con haber habido tan terribles sucesos en diferentes tiempos en fin señor en esta ciudad no han quedado más que ruinas, llantos, lagrimas, sollozos y desventuras tan lastimosas que ni podemos ponderarlas ni sabremos referirlas ni estamos con aliento sino de temerlas más cada día mientras nuestro Señor no fuere servido de aplacar su ira no es ponderación ni encarecimiento no ha quedado edificio que no pereció y en cada casa número considerable de ruinas y gente de servicio de ellas [f. 1v] cuyo número ni personas es posible poder contarles lo que podemos solo decir a vuestra señoría que el señor obispo y toda esta ciudad quedan vivos pero sin haciendas ni trasto en su casa que se pueda reducir a parecerlo y lo peor es que las hoces y torres donde se guardan las comidas están derrumbadas y no tenemos ni en las chacras ni en lo poblado donde resguardar con que coma esta gente ni donde se defienda de las lluvias del invierno ni podrán las fuerzas humanas vencer destrucción tan grande y pérdida tan notable, damos cuenta a vuestra señoría hoy a las nueve del día desde la plaza donde estamos en un toldo porque ni hay ciudad ni casas reales ni cabildo ni sala de armas y nos hallamos complicados de inconvenientes así en que no corra la flecha de esta gente y gocen la ocasión como en esta ciudad puede volver a serlo jamás pues no hay hacienda para reedificar los templos levantar las casas ni sustentarse los cuidados porque ni les ha quedado servicio, ni casa, ni hacienda más que yerto y desierto todo con que solo asistimos a enterrar muertos a entretener la hambre a consolar los afligidos a parecer con ánimo, a no desmayar la gente y que se desentierren los que están debajo de las ruinas de su casa [f. 2] el socorro

⁸⁴ Archivo General de Indias, Fondo Audiencia de Chile, vol. 21, 18, R. 2, N. 27 (son 20 fojas). Copia manuscrita en Chile en Biblioteca Nacional, Manuscritos Medina, tomo 139, pieza 2565, fojas 186-192.

de Valdivia esta imposible para nosotros habremos menester lo que se pudiere librar del polvo o mendigar a la tierra que lo cubrió todo van llegando de todos los contornos nuevas lastimosísimas será necesario despachar esta fragata luego al Perú y que su majestad o el señor virrey en su nombre sepa que ya ni hay censo ni iglesias ni forma de ciudad y con noticia entera de la materia en esta armada tome la resolución que fuese servido que en el ínterin procuraremos hacer lo posible para que no perezcan de raíz [la gente] que han estado a calamidad tan alta convendrá que luego que vuestra señoría reciba esta disponga con brevedad dar este aviso y también para que en las cosas de Valdivia se tome algún medio porque por aquí como está la cosa presente ningún se nos ofrece que mi porte a perdida semejante y si fuere capaz de socorrerla con comidas en el primer navío que viniere se hará pues hoy no está en disposición la tierra sino de socorrerse a sí mismos y llorar su desdicha. Seguirá esta si hubiere quien el aviso que fuere digno de mayor nota que plega Dios no suceda las que hay que suceder más en lo dicho [f. 2v] el señor obispo escapo por milagro con muchos golpes en la cabeza, la casa de Miguel de Silva excepto el y su mujer pereció doña Ana de Quiroga con tres hijos suyos no es posible numerar miserias y castigos de Dios sírvase su divina majestad de que no haya corrido este temblor a esta ciudad, que esto temimos mucho y desearemos saber sobre de la salud de vuestra señoría y de los sucesos y con su orden obraremos lo que nos ordenare.

Dicenos que esta en este puerto una fragata de don Fernando de Moraga cuyo hermano se hizo pedazos y si esta bajara al Perú y acá conforme las nuevas que fueren llegando pudiéremos comparecer el que vaya la fragata a Valdivia lo haremos obrado como fueren disponiéndose los medios y hallaremos que con viene porque sin turbación y con sosiego haremos el deber hasta que nuestro Señor se sirva de prestarnos la vida y el capitán de arriba en cuanto al socorro de Valdivia entiéndalo vuestra señoría así porque si las cuatro fanegas de harina que poder llevar la fragata cuando más el resto de casinas y menestras no hiciere falta tal que se reparta para el sustento común podremos acudir a lo uno y a lo otro y por no detenernos más por acudir a lo que conviene así [f. 3] no trasladamos esta carta porque el fin principal de esta ciudad será si se pidiere comparecer el hambre de Valdivia y la que hoy amenaza a esta ciudad con el suceso presente que se ha de servir nuestro Señor de mejorarlo en esta parte y si con la fragata de Moraga avisamos al Perú, todo lo conseguiremos en fin por ahora no da de sí la materia en esto más que atender y oír y recorrer y asistir y en reconocimiento todo lo sucedido y como quedó Quillota, la Ligua y los demás pagos vecinos al puerto podremos con noticias ciertas convenir en la resolución que diere los contingentes.

Pero la ruina ya está vista pues el santísimo está en la plaza, que solo quedó en la Merced, las cárceles en tierra y no tenemos donde recoger los reos, ni hay hombre que atienda a mas repudiar su infelicidad, no hay donde depositar las monjas que están en la calle ni puede valerse uno de la casa de otro.

Ponemos en consideración vuestra que es necesario asistir mucho en frente del enemigo y con notable desvelo [f. 3v] prevenirles el censo porque los indios

no ignoran nada y le gozaran acá aunque no hay armas, ni pólvora, ni velas que todo pereció se hará cuerpos de guardia y nos alistaremos como mejor pudiéremos sin dar a entender este cuidado con mas que contenerle y velar de suerte que vuestra señoría en medio de estos discursos no se fie de su ánimo y bizarría sino que nos ciñamos a la materia y al suceso midiéndonos con las contingencias que puedan suceder y no dudemos de su gran capacidad que elegirá lo mejor y perdone vuestra señoría en no hilar en esta carta con darle más avisos que los alaridos y los entierros y las lágrimas no nos permiten más sosiego aunque mentimos en la apariencia del pueblo consuelos y alientos y con valor les persuadimos a que se ha de restaurar su llanto”.

CARTA DE LOS RELIGIOSOS DE SAN AGUSTÍN AL REY,
SANTIAGO, 21 DE MAYO DE 1647⁸⁵

[f. 1432] “A trece de mayo de este presente año de 1647 entre las diez y once de la noche quiso nuestro Señor castigarnos como piadoso padre con un terremoto el mayor que se ha visto en estas Indias Occidentales, pues con durar apenas dos credos, no quedó en esta ciudad de Santiago (con ser tan grande) templo, ermita, ni casa que no se viniese a tierra con muerte de más de quinientas personas, y asombro de los que quedamos vivos. Ha sido notabilísima la pérdida porque en los templos se hicieron pedazos las imágenes, los retablos, lámparas, campanas y de todo esto, y muchas otras cosas pertenecientes al culto divino, hay mucho hoy por desenterrar.

El desconsuelo de la gente fue grande: los alaridos de las mujeres y niños muchos; pero quiso su divina majestad que tuviese en este trabajo por alivio un pastor como el doctor don fray Gaspar de Villarroel que acudió luego para el consuelo de las almas herido del terremoto a la catedral (que la mayor parte de ella estaba en el suelo, y lo demás amenazando ruina) a sacar el santísimo sacramento a la plaza, con cuyo ejemplo nos movimos los religiosos de nuestro padre San Agustín a [f. 1433] llevar un cristo crucificado en procesión que fue la prenda que nos quedó, por ser devotísimo y parecer imposible que hubiese quedado sin lesión alguna en la parte donde estaba, con que se renovaron los clamores y algunas con la mayor devoción que se ha visto en tribulaciones semejantes. No quedó en la ciudad persona desde edad de siete años que no se confesase pidiendo a Dios misericordia advertidos de que enviaba Dios este castigo por nuestras culpas.

El trabajo mayor ha sido coger tan cerca el invierno y a toda una ciudad sin tener albergue donde abrigarse; pero todos como leales vasallos de vuestra majestad conservamos estas ruinas y nosotros como sus capellanes quedamos

⁸⁵ Archivo General de Indias, Fondo Audiencia de Chile, vol. 27, fojas 1432-1433. Copia manuscrita en Chile en Biblioteca Nacional, Manuscritos Medina, tomo 139, pieza 2568, fojas 210-213.

rogando a nuestro Señor por la salud y vida de vuestra majestad para la exaltación de la fe, aumento de sus reinos y consuelo de sus vasallos”.

CARTA DE LA RELIGIOSA DEL CONVENTO DE LA LIMPIA CONCEPCIÓN
MARÍA MAGDALENA DEL ROSARIO Y AZOCA AL REY,
SANTIAGO 22 DE MAYO DE 1647⁸⁶

[f. 1448] “No doy noticia a vuestra majestad del grande terremoto con que esta ciudad de Santiago, cabeza del reino de Chile, quedó asolada sin perdonar casa ni templo, convento ni monasterio que no vienen al suelo con destrucción y mortalidad de mucha gente, porque esta relación pertenece a las mayores de esta república solo hago saber a vuestra majestad la suma miseria y pobreza con que quedamos todas las monjas de este monasterio de la Concepción. Nuestras rentas que se fundaban en casa de esta ciudad, acabadas y destruidas sin tener donde sustentarnos, mis hijos (que fui casada antes de ser religiosa) a quienes pudiera volver los ojos, pobres y adeudados, todo en este religioso monasterio por los suelos y así yo, aunque de las más ancianas en edad la menor de todas estas religiosas, he tenido por acertado en nombre de todas ellas recurrir al amparo superior, suplicando a vuestra majestad se duela de este asolado monasterio señalándoles algunas rentas para que se pueda sustentar, que será infalibles perecer algunas cuatrocientas religiosas faltando el amparo de vuestra majestad cuya vida guarde Dios y la cristiandad”.

CARTA DE PEDRO GÓMEZ PARDO AL REY,
SANTIAGO, 22 DE MAYO DE 1647⁸⁷

[f. 1445] “Todo encarecimiento es corto para significar el dolor con que quedamos todos los vasallos de vuestra majestad que habitamos en la arruinada ciudad de Santiago, cabeza del reino de Chile [ya si] es fuerza cuando el sentimiento diere lugar buscar el alivio dando parte a vuestra majestad del mayor terremoto que se ha visto en toda la América. Sucedió un lunes a las diez y media de la noche, 13 de mayo de este presente año de 1647 con tanto rigor y furia que asoló toda la ciudad, sin perdonar casa, templo, convento ni monasterio que no viniese abajo, arruinó justamente todas las estancias, cuarenta o cincuenta alrededor, abriose por muchas partes la tierra, brotando gran copia de agua negra de que quedaron llenos los campos, murió con el terremoto grande número de gente, y donde más estragos hizo fue en esta ciudad destruida que queda llorando su desgracia sin

⁸⁶ Archivo General de Indias, Fondo Audiencia de Chile, vol. 27, foja 1448. Copia manuscrita en Chile en Biblioteca Nacional, Manuscritos Medina, tomo 139, pieza 2573, fojas 226-227.

⁸⁷ Archivo General de Indias, Fondo Audiencia de Chile, vol. 27, foja 1445. Copia manuscrita en Chile en Biblioteca Nacional, Manuscritos Medina, tomo 139, pieza 2572, fojas 224-226.

esperar más alivio que el amparo de vuestra majestad que como nuestro rey y señor padre de su dilatada monarquía mirara con ojos de piedad a sus afligidos vasallos y yo como el menor de todos ellos cuyos padres y abuelos fueron los fundadores de esta ciudad doliéndome de verla destruida, suplico humildemente a vuestra majestad de sirva de aliviarla de las acabalas, almojarifazgos, papel sellado, medias anatas, unión de armas, porque la mucha pobreza y necesidad con que el presente se ve oprimida después del terremoto obligan a pedir y suplicar a que esta merced y gracia a vuestra majestad cuya vida guarde Dios”.

CARTA DEL TESORERO DE AUDIENCIA MIGUEL DEL LERPA AL REY,
SANTIAGO, 23 DE MAYO DE 1647⁸⁸

[p. 468] “A trece de mayo de este año de 647 como a las diez y media de la noche hubo en esta ciudad de Santiago de Chile un terremoto o temblor que duró como tres credos rezados, y con tan grande estrepito y violencia que la arruinó toda por el suelo. Y así mismo los pueblos y parte de las estancias de su jurisdicción desde el río Maule al Choapa que son más de 80 leguas sin dejar templos, ni conventos, ni edificios que no asolase y derribase. La tierra abrió algunas grietas por donde salió copia de agua, los ríos crecieron y los cerros y caminos se derrumbaron, y la misma noche y en otras tres o cuatro siguientes se continuaron los dichos temblores pero no tan frecuentes de que todos quedan turbados y asombrados, respecto de ser este territorio limpio de volcanes que cuando revientan suele causar estos daños. Castigo justo de la mano de Dios, pero benigno y misericordioso según nuestros grandes pecados. Los antiguos nacidos aquí solo traen a la memoria que oyeron a sus mayores que hubo aquí otro terremoto ochenta años ha, que arruinó parte de lo que entones estaba edificado.

Los clamores, lágrimas y sollozos han sido grandes pidiendo misericordia a nuestro Señor, el número de los muertos es más de lo que pide tierra tan corta. Los heridos y estropeados son muchos, de todo lo cual dará cuenta a vuestra majestad esta real audiencia que habiéndose juntado con el obispo de aquí don fray Gaspar de Villarroel varón ejemplar ha procurado en todo lo que se podido el consuelo de esta miserable república cuyo estrago es tal que si no es viéndolo no se puede comprender como ello es, para referirlo a vuestra majestad de cuya clemencia real esperamos sus vecinos, que los más y sus antepasados han derramado su sangre en su real servicio y remedio de sus miserias, desdichas y calamidades.

De algunas iglesias se ha podido sacar de los sagrarios el [p. 469] santísimo sacramento, pero de otras por nuestros, pecados no se ha descubierto hasta ahora.

Para el culto divino, decir, misa y rezar las horas canónicas se quedan haciendo ramadas de paja en la capacidad que han dado lugar las ruinas y el obispo,

⁸⁸ Documento reproducido en Gay, *op. cit.*, tomo II, pp. 468-469.

clero, religiones, monasterios de monjas, real audiencia y demás vecinos algunas chozas para poder vivir.

Las cosas sagradas de imágenes y adornos de iglesias y de las casas de particulares las más han perecido y los despojos que sacan salen tan quebrados y desechos que no son de ningún provecho.

Las casas reales donde estaba la sala de la real audiencia y acuerdo y sola vivir en ellas el gobernador cuando viajaba a esta ciudad, cárcel y sala de armas, pólvora y municiones todo se acabó y destrozó y solo la parte en que estaba la caja real y la de los censos de los indios y difuntos, libros y papeles se escapó y se pudo sacar y no sin peligro de las vidas y se ha puesto por ahora en un aposento en la plaza y no muy seguro que el inter que se da forma ha de estar.

Esta señor es una corta relación del lamentable y desdichado suceso de que estos criados de vuestra majestad quedan con el dolor y sentimiento que es justo, y no ha de ser pequeño desconsuelo el haberse perdido casi los más de los bastimentos que había para el sustento del año y cogerles a la entrada del invierno sin reparo para las lluvias y fríos, y con el mal olor de los cuerpos muertos que no se han podido desenterrar y con el temor de que no se resulte de ello inficionar el aire y que haga alguna peste. Por lo cual había pedido la ciudad que como el depósito se le permite mudar a otro sitio en el entretanto que vuestra majestad mandaba otra cosa y la real audiencia proveo que no se innovase por las causas que representara a vuestra majestad cuya católica persona guarde Dios como la cristiandad ha menester”.

CARTA DEL FISCAL DE LA AUDIENCIA JUAN DE LA HUERTA AL REY,
SANTIAGO, 25 DE MAYO DE 1647⁸⁹

[f. 1] “En carta común de la ciudad de este reino se da la nota a vuestra majestad del infeliz estado en que queda esta ciudad de Santiago y las estancias que ocupan la costa de una y otra parte en distancia de cien leguas con el temblor que sobrevino a 13 del mes de mayo de este años, y aunque semejantes ruinas en otros reinos han tenido repaso así en el propio caudal y hacienda de los trabajadores como en los socorros de vuestra majestad, vuestra carece de todo porque las necesidades propias son excesísimas y la falta de servicio indios y negros grande de que he dado cuenta a vuestra majestad y dudo mucho (aunque la piedad de vuestra majestad me persuadea de lo contrario) pueda suplir con su real hacienda algo de lo que se ha perdido cuando tiene tantos y tan precisos efectos en que consumirlas.

En la ciudad y estancias según se dice perecieron con el terremoto hoy [f. 1v] hasta mil personas y los edificios y hacienda destruida monta más de dos millones.

⁸⁹ Archivo General de Indias, Fondo Audiencia de Chile, vol. 21, R. 2, N. 27. Copia manuscrita en Chile en Biblioteca Nacional, Manuscritos Medina, tomo 139, pieza 2577, fojas 292-294.

Pereció en un momento lo que se había edificado a mucha costa y trabajo en cien años la mayor parte de los vecinos se han retirado a sus estancias y chacras porque en la ciudad todo es la mitad y miseria. Los ministros de vuestra majestad hacen lo posible en amparo y defensa de la república pero a mi corto entender de ellos es de lo que menos necesita así porque las causas y negocios han sido siempre pocos y con este accidente menos como por que vuestra majestad tiene otros medios para suplir su falta excusando la corta de sus salarios que precisamente se ha de hacer desde hoy de la cava de Lima sin que por muchos años pueda haber recursos a esta vuestra servirá de ordenar todo lo que fuere servido”.

CARTA DEL GOBERNADOR MARTÍN DE MUJICA AL REY,
CONCEPCIÓN, 28 DE MAYO DE 1647⁹⁰

[f. 1] “Recibí la carta inclusa que la audiencia de la ciudad de Santiago me escribió dando aviso de la lamentable ruina que un gran terremoto hizo de toda aquella ciudad; bien se deja ver por ella cuan del todo quiso Dios nuestro Señor asolarla, y aunque todos y cada uno experimentan lo sensible del propio daño, a mi como quien en nombre de vuestra majestad presido este reino, me llega a lo más íntimo del corazón la pérdida del común que es tan ponderable, que no deja lugar el sentimiento a pensar en los particulares; en toda aquella ciudad, y sus contornos de que dio lugar a saber la brevedad, del aviso, no quedó piedra sobre piedra: y los templos que la religión de sus vecinos tenían edificados todos de piedra librando en estos su duración se postraron tan del todo que solo quedó el sagrario de la iglesia de nuestra Señora de las Mercedes; las muertes fueron tantas que perecieron familias entera, no se ha visto en todas las Indias tan universal ruina [f. 1v] con haber habido tantas de otros terremotos solo la presencia del caso le pudiera significar; mas con pasmo, que con palabras; era esta ciudad, la más populosa de este reino por la residencia de la audiencia, y aunque el caudal de sus vecinos, era corto, todo le tenían en sus casas como de tan medianas pasadía; sustentaban seis conventos, dos monasterios, y un hospital, hoy pereció todo, porque las religiosas están en la calle, los religiosos, sin la menor vivienda y frustrados del todo, los censos de que se sustentaban; los vecinos sin haciendas e imposibilitados de acudir a su propio sustento, y los pobres que libraban el suyo, en el amparo de los que tenían alguna comodidad, hoy parecen que es lo que más aviva mi cuidado.

Luego que recibí la nueva hice propio con 2.000 pesos para que a distribución de la audiencia se reparó en algo la clausura de las religiosas esposas de Cristo, y el sustento de los pobres que como nunca he tenido ni tengo más hacienda que el sueldo de vuestra majestad habiéndome de sustentar del, siento vivamente no

⁹⁰ Archivo General de Indias, Fondo Audiencia de Chile, vol. 21, R. 2, N. 27 (son 20 fojas). Copia manuscrita en Chile en Biblioteca Nacional, Manuscritos Medina, tomo 139, pieza 2578, fojas 296-300.

poder ser el todo en este reparo como lo habré sido en la indignación divina, y asegurándome la gran piedad de vuestra majestad el acierto me valdré para el reparo del convento de las monjas, de las iglesias, y de los conventos de los frailes, y sustento de los pobres, de lo que se hallará en esta caja de la hacienda [f. 2] de vuestra majestad que no llegará a 6.000 pesos mientras vuestra majestad se sirve de ordenar lo que fuere servido para remedio de desdicha tan grande sin faltar en el ínterin a todo lo que fuere posible en este reino.

En otra tengo representadas a vuestra majestad las cusas justas que concurrían para que se sirviese de relevar a este reino de los derechos de unión de armas, y papel sellado, hoy son las causas necesarias en la piedad cristiana de vuestra majestad y en el mismo hecho, por que habiendo perecido las haciendas de las mayor parte del reino en tan gran extremo no hay cuerpo sobre que pueda caer el caso, no es posible que los ministros que piadosamente ayudan al sentimiento de tal lastima, tengan aliento para aguardarla, porque el reparto de esta ruina si le puede tener pide muchos años y los que la han padecido y padecen han sido los que en el alzamiento general, fueron el muro y la total defensa, de los enemigos de este reino, y dieron acogida a los que se retiraron, de las ciudades que el enemigo asoló, y el imposible, es hoy, en tanto grado que las iglesias, monasterios y conventos no se podrán reedificar ni sustentar menos que valiéndoles la mano poderosa de vuestra majestad porque otro cualquier medio humano le excluyen los imposibles que a todas luces hoy se reconocen.

He juzgado necesaria la asistencia en estas fronteras por el mayor cuidado [f. 2v] que pide el seguro en esta común aflicción y es con gran sentimiento mío el no poder ayudar presente al consuelo de los que por tantas causas se lamentan, si bien la audiencia y piedad del reverendo obispo de aquella ciudad, están obrando todo cuanto les da lugar su mucho aliento y cristiandad que el suceso lo requiere todo y aun doblado espíritu, y solo la asistencia de talas ministros pudiera sosegar en parte el cuidado en que me tiene.

Dejando esto con asiento en la más breve prevención que pueda, partiré de esta ciudad a reconocer lo que puede tener más pronto reparo y de todo daré cuenta a vuestra majestad pormenor en la primera ocasión.

A esta ciudad [Concepción], llegó el temblor y fue a las diez y media de la noche y aunque duró buen tiempo no hizo daño alguno, atribúyolo dignamente a que hacía dos horas, que el reverendo obispo de esta ciudad y yo con la mayor parte del pueblo habíamos ido a dar gracias a nuestra Señora de las Nieves por el buen suceso que nos dio en el castigo de los indios rebeldes que debajo de paz ofrecida quitaron las vacas y caballos que enviaba de socorro a la fortificación de Valdivia de que en otra doy cuenta a vuestra majestad es este un santuario que ha librado a esta ciudad de muchas ruinas y la fue que nos da su continua protección, solamente pudiera en esta parte aplacar a Dios nuestro Señor, en tan general castigo”.

CARTA DEL OIDOR NICOLÁS POLANCO DE SANTILLANA AL REY,
SANTIAGO, 7 DE JUNIO DE 1647⁹¹

[f. 1] “Habiendo escrito a vuestra majestad como juez mayor de los censos de los indios de este reino en las materias que conforme a reales cédulas es mi obligación en el despacho general que esta audiencia hizo para estos galeones. Sobrevino a esta ciudad y cien leguas en su contorno (que es tierra de paz) a trece de mayo de como a las diez y media de la noche un temblor tan grande de tierra que asoló todos los edificios sin reservar uno donde sin mucho peligro se pueda estar breve rato, destruyó a raíz todos los templos, iglesias, y monasterios de monjas, dejándolas sin clausura, sin celdas ni casa, fue universal la pérdida en esta parte. Y aunque no se ha [f. 1v] podido reducir a número firme el de los muertos el computo por mayor llegara a mil personas los más gente de buena vida y nombre, parte inocentes criaturas y resto esclavos e indios y gente de servicio. Duró el rumor y estruendo como el espacio de cuatro credos, no dejó altar donde celebrar otro día no orar aquella noche, ni vocación devota, que no se enterrase, ni el santísimo sacramento se pudo sacar en las más iglesias hasta que en la de la Merced de su sagrario donde solo se reservó se trajo en procesión a la plaza, no quedó ni una campana ni instrumento con que convocar al pueblo y toda aquella noche tembló por muchas veces, y no ha cesado día alguno sin repetir tres y cuatro veces interpolándose algunos en que ha cesado, como en estrada de invierno y las comidas estaban ya encerradas, quedaron debajo de sus troces rendidas las más y sujetas a las lluvias que han entrado con rigor y en abundancia y con fuerza de truenos que en este clima se han [f. 2] oído raras veces con que va muriendo la gente, de trabajo en el poco abrigo y desamparo con el tiempo. Todos viven en las huertas y solares libres de paredes a la protección de pabellones, alfombras, esteras o como se ha podido reparar y el que mejor en buhíos de pajas (que acá llaman ranchos), importará la ruina dos millones y con menos no juzgo será restaurable ni posible en muchos años reducirse a forma política de población de ciudad en el empeño en que están sus vecinos, supuesto que desde sus primeros abuelos pobladores hasta ahora han ido edificando lo que destruyó el terremoto en tan breve término. Demás que el espanto del suceso hasta que le olviden no les alentará a edificar de adobe ni hacer fábrica de labor, temiendo no repita, ni ellos vivirá dentro, y aunque estos acasos tienen sus causas naturales de que provienen y no son nuevos en el mundo antes en todas las partes del han sucedido con mucha mayor violencia en aquellos siglos y en estos de que hay repetidos ejemplares en las historias este hemos visto en este país tan nuevo que no hay hombre de los ancianos que refiera haberse perdido una teja, aunque ha

⁹¹ Archivo General de Indias, Fondo Audiencia de Chile, vol. 11, R. 8, N. 55 (son 10 fojas). Copia manuscrita en Chile en Biblioteca Nacional, Manuscritos Medina, tomo 139, pieza 2580, fojas 308-317. Publicada en Gay, *op. cit.*, tomo II, pp. 470-473.

temblado algunas veces si bien en las ciudades de arriba el año de 1562⁹² dicen hizo grande estrago otro que llegó a esta ciudad y sus suburbios cansado, como ahora este que a toda la tierra de guerra del Maule para la Concepción aunque llegó no hizo daño alguno”.

CARTA DEL PADRE JUAN GONZÁLEZ CHAPARRO AL PADRE ALONSO DE OVALLE,
LIMA, 13 DE JUNIO DE 1647⁹³

[p. 1] “A 13 de mayo de este año de [16]47, a las diez y media de la noche, cuando el descuido no es tanto que algunos no estén en vela, súbito vino un temblor y terremoto tan horrible y espantoso que en menos de cuatro credos asoló y derribó toda la suntuosa pompa de los edificios de esta triste y afligida ciudad, no dejando piedra sobre piedra, con tan desusada conmoción de tierra, que sacudiendo aun de sus subterráneos los más fuertes fundamentos, los dejó inhábiles para poderse edificar sobre ellos. Enfureciöse más su rigor, contra aquellos que, pareciendo incontrarrestables por sus fuertes murallas de cal y canto, pudieran resistir al más terrible terremoto. Pero ¡quién se opondrá a la justa saña y enojo de la Justicia Divina, ocasionada a nuestras culpas, a descargar su ira sobre los que las comenten y ponen el azote en su mano para castigarlas! En tan repentino suceso, que sobrevino sin rumor ni ruido antecedente, como suelo en otros temblores, y tan inopinado que los tristes habitantes que tan descuidados vivían en esta amenísima y deliciosa ciudad, ¿quién podrá significar la turbación y susto sin esperanza de vida que ocupó a todos de ella? y dando alas a los pies, unos se arrojaban en los patios, otros en los jardines y calles, y algunos de los corredores altos, como sucedió con nuestro Colegio. El peligro de perder la vida fue igual y en el perecieron más de mil personas, como dice en su relación la real audiencia, y a ser el desatado suceso a la una de la noche, pocos pusieran a salvo sus vidas, y aún todos, por más solícitos que las guareciesen las tuvieran en evidente peligro, porque si corrían a la calle, los altos de ambas partes, tejas, corredores, y balcones les eran en contra, y si estaban en ella, los montes y promontorios de tierra con que les iba en alcance la divina justicia, cegándoles las nubes densas de polvo, que embargando el paso a la luz, les impedía tanto la respiración que quedaban ahogados. Aquí era lastimoso espectáculo oír los gritos y alaridos de los que estaban en pie, los gemidos de los que, oprimidos con la violencia de

⁹² Véase nota 6.

⁹³ Juan. González, *Carta del padre Juan González Chaparro de la compañía de Jesús y de la viceprovincia de Chile, para el padre Alonso de Ovalle en que le da cuenta del lastimoso suceso del terremoto que hubo en la ciudad de Santiago de Indias* (Madrid, Imprenta de Diego Díaz de la Carrera, 1648), 4 p. En Chile existe una copia manuscrita en Biblioteca Nacional, Manuscritos Barros Arana, 4, tomo 11, pp. 141-164. También fue publicada en José Toribio Medina (compilador), *Biblioteca hispano-chilena (1523-1817)* (Santiago, Impreso y grabado en Casa del Autor, 1897-1899), tomo 1, pp. 475-482.

los edificios, rendían la vida; el estallido de la máquina de una ciudad entera, y en medio de esta tormenta se oyeron herir los peñascos que están sobre el cerro de Santa Lucía, caballero contiguo a la ciudad, del cual se desgajaron dos de formidable grandeza y uno se arrojó sobre la ciudad, discurriendo por ella dos cuabras enteras, como dice la relación citada de la real audiencia, con que todo era horrible extrajo y representación de un día de juico. En medio de tan desmedidos peligros, el amor de las madres a sus hijos les arrojaba de nuevo en ellos para socorrer a sus caras prendas y perecían con ellas; lo mismo acontecía a los maridos con sus esposas, y a los hermanos con sus hermanas, y a los fieles siervos con sus dueños. Recogíanse muchos por los umbrales más fuertes de las puertas y allí entraban por las de la muerte. Acostándose temprano algunos y amanecieron en la otra vida, obligados a dar la cuenta que aún no tenían liquidada, y fueron tantos que solo en la cuadra de mi morada (dice un fidedigno en una carta) murieron setenta personas. Enterráronse en la ruina de los edificios no sólo los hombres, más aún los animales y bestias, que en adelante con su corrupción no fueron de poca pena: causaba triste y lamentable compasión cuando los que huían se encontraban unos con otros o heridos o lastimados, o envueltos en polvo, y muchos sin abrigo, por haberse escapado como pudieron de las camas, sin poder pronunciar palabra prorrumpían en llantos y suspiros, corriendo todos al sagrado de los templos para alivio de su pena y alcanzar de las piadosísimas entrañas de Dios misericordia, más aún esta puerta hallaba cerrada. Viendo fuerte sus murallas y edificios arruinados y asolados, crecía el dolor, y postrados en tierra se abrazaban con ella, y de rodillas pedían al cielo misericordia, viéndose en un instante despojados de sus casas, hacienda y arruinado lo sagrado de sus templos donde la pretendían alcanzar. Hállame yo (dice un docto sacerdote en una relación, en esta ocasión) más cerca del peligro, y reconociendo de Dios la divina misericordia que me conservaba la vida, me deparó su majestad un devoto crucifijo que capo pendiente de una pared a mis pies, y entre el peligro y murallas de tierra halle aquel portillo del cielo, aquella escala para subir a él y animado corrí por las tristes puertas y asoladas calles, pidiendo a Dios misericordia, confesando y consolando a los afligidos siendo alivio al afligido topar con otro que corre la misma fortuna, y como testigo de vista iqué pudiera contar de lástimas! ique tristes y lamentables sucesos, que no refiero por no lastimar más el corazón de vuestra persona! (hasta aquí). Concurrieron los que escaparon con vida a la plaza, que por estar descombrada, más aseguraba la de los que ansiosos anhelaban por ella, donde se renovaron los tristes llantos y alaridos, lamentando cada cual lo que había perdido, Y no dándose por seguros, todos con lágrimas contrastaban la divina justicia y pedían misericordia, temiendo se acabase de abrir la tierra y se los tragase vivos. No sin gran fundamento, porque después de la primera conmoción que llevó tras si toda la ciudad, se repitieron dos temblores mayores que el primero, y no hallando en que hacer presa, descuadernando la tierra la abrieron muchas bocas y grutas, arrojando tanta copia de agua espesa y turbia que inundó las campiñas, hizo correr los ríos secos que dejó surcados el

diluvio, hundiose en parte y déjola resquebrajada y arada. Terrible y lamentable espectáculo y que conmoverá á lastima las más duras entrañas.

[p. 2] Mas, viniendo a lo particular, asolose la iglesia catedral de cal y canto, emulación de la que tiene esta ilustrísima ciudad de Lima, de tres naves, pero más fuerte, por ser sus columnas de sillería y piedras fortísimas, de admirable fabrica y hermosísima y con maravillosa proporción, habiendo más de setenta años que se había edificado. Toda esta máquina se igualó con el suelo enterrando entre sus ruinas su riqueza y adorno: las devotísimas imágenes y lo que más es, el venerable sacramento de altar, donde asiste la suma y sacrosanta persona de Cristo Señor nuestro, quedó tan desecha toda la fábrica que fue fuerza colocarle en la plaza pública. Como pudiéramos exclamar con Jeremías: *Quomodo obscuratum est aurum, dispersi sunt lapides sanctuarii in capite onmium platearum*. Casi continuado con esta fábrica está el palacio episcopal, hermoso edificio. La ruina de este llevó tras si la prenda más cara, el padre y pastor de esta república, enterrando en sus ruinas al ilustrísimo señor don fray Gaspar de Villarroel, valió a su ilustrísima el alarido del pueblo que llegó al cielo y más el haber invocado a nuestro el apóstol del oriente San Francisco Javier, que le favoreció para que al cabo de mui gran espacio le sacasen y desenterrasen con vida, mas, ensangrentado y lastimado del fracaso, conservosela el Señor para lo que luego diremos.

La iglesia más vecina a la catedral es la nuestra y nuestro colegio; aquí me vienen las lágrimas a los ojos viendo igualado con el suelo el templo a mi ver más gracioso y vistoso que tenía este reino, con el retablo tan ricamente esmaltado, emulo del mejor de Lima, con hermosas estatuas; era la iglesia de cal y canto, fortísima en murallas, cubiertas de ciprés, y el consuelo de esta triste ciudad, y aunque los arcos en que estribaba la media naranja se descuadraron, no cayó esta pieza en tierra por la fortaleza del crucero y haberlas afirmados y fortaleciendo con gran destreza el artífice que la acabo, que es de los primeros del Perú. Halláronse aquí arrojados sobre tierra los cimientos, cayó todo el colegio y quedó muerto en sus ruinas uno de nuestros sacerdotes. Lo particular que sucedió fue que se arrojaron por los corredores a un desván algunos de los nuestros, quedó sepultado en una celda de las que arriba cayeron arruinadas, el padre Letor de Artes y estuvo dos días en el promontorio de madera y tierra que, desembarazado para sacar el cuerpo, dio voces para que se fuesen con tiento, y hallado, dio cuenta de su tragedia diciendo que invocando el auxilio del prodigio del oriente San Francisco Javier, experimentó su amparo, y a despacho de densas nubes de polvo y maderos y ruina de edificio tan encumbrado, había conservado la vida. Salió con ella sin lesión alguna. Este milagroso suceso y más el de la ilustrísima persona del señor obispo, motivo a su ilustrísima y a todo el afligido pueblo que votase por abogado de los terremotos a tan milagroso patrón y que ordenase fuese de fiesta de guardar su día.

Confina con la plaza el ilustre convento de predicadores, que padeció el mismo estrago, arruinándose el claustro que se acababa de fabricar con admirable traza, desahogo y proporción: igualaba en edificio al mejor de este reino y excedía

en el jardín y curiosidad. La iglesia y retablo padecieron gran fracaso, edificada con arquería de ladrillo, por largos años debió de quedar algún rincón del coro donde subían los ornamentos y cosas sagradas por una escalera de piedra, que se señala por ser excelente y ser recién acabada, con la obra del claustro, por la industria del padre prior y vicario provincial, diligente y solícito prelado, y quiso la triste suerte que ésta, también quebrantada, se rindiese hundiéndose.

El convento de nuestro padre San Agustín no tenía aún acabada la fábrica de tres naves de cal y canto, más ya estaba para coronarse cuando el terremoto sobrevino y con él su ruina. La misma padeció el real convento de nuestra Señora de la Merced y su iglesia, teniendo dicha entre las demás que el terremoto reservase un pequeño lugar donde quedó intacta la custodia sacrosanta del santísimo, y fue esta suerte especial, porque las demás padecieron tal ruina que aún las formas consagradas se hallaron entre las ruinas, si es que todas padecieron.

En la fortaleza se llevaba la primicia la iglesia seráfica del nuestro padre San Francisco y excedía en una torre muy hermosa que se descollaba entre todos los más altos edificios tres picas en alto; ésta se arruinó tan de improviso que llevando tras sí la sillería del coro de ciprés y de las más bien obradas de este reino, que de solas manos estaba en doce mil pesos, quitó la vida a un devoto religioso que en la capilla que caía debajo de la torre hacía oración.

También se asoló todo el edificio y hospital con iglesia de los padres de San Juan de Dios.

Causó singular compasión la ruina de dos monasterios de religiosas, esposas purísimas de Cristo nuestro Señor, que viven con gran observancia, uno de la Concepción que profesa la regla de nuestro padre San Agustín y ha sido por su religión y observancia el modelo de vírgenes purísimas. El otro que no lo es menos y se recogió a esta ciudad de las ruinas de las ciudades de arriba, que asoló el araucano rebelde, y profesa la regla de Santa Clara. Escriben que entrambos quedaron con clausura en tal estrago, señal de gusto que tiene su celestial esposo de verlas como azucenas olorosa, encarcelada entre espinas y vallados. Entrambos también tuvieron favor especial del cielo que conservasen la vida. El primero, porque estando sus religiosas encerradas en su dormitorio no pudieron, por más que lo intentaron, abrir con la llave la puerta y en el ínterin cayó el corredor que las hubiera oprimido con su ruina a no haber salido apriesa del dormitorio. El segundo, porque estando también recogidas en su dormitorio, al estremecerse la tierra, turbadas, no acertaron con las llaves y aclamando al cielo, quiso su majestad volase la techumbre con las paredes, desamparadas de su fuerte llave y trabazón. Sola una religiosa enferma que habitaba su celda quedó enterrada y muerta. Aquí se me viene a la memoria lo que afirman las relaciones del pastor sagrado de este rebaño de corderas tiernas, que apenas limpió la sangre y el polvo de su triste fracaso, cuando preguntando por ellas [p. 3] y sabiendo que estaban en igual o mayor fortuna, dando fuerzas al cuerpo con la violencia de la vecina muerte que tuvo tragada, con acelerado paso las fue a animar y consolar, recibiendo a su ilustrísima las afligidas vírgenes con doblados llantos y suspiros,

viéndose en un momento sin casas, sin iglesias sin vestuario bastante decente, sin mantenimiento no de donde sacarlo, pues habían perecido sus rentas en la ruina de los edificios sobre las que tenían situadas. De aquí salió su ilustrísima con un crucifijo en las manos, tropezando con hombres penitentes y discurriendo por la ciudad como otro San Carlos Borromeo cuando ensangrentado discurría por Milán, aplacando la ira divina, consolando y absolviendo a los que se arrojaban a sus pies.

No faltó en esta ocasión la vigilancia y cuidado de los señores oidores que asisten en esta real audiencia, que habiendo experimentado el mismo peligro como los que embarcados en una nave corren igual fortuna en la tormenta, acudieron a la plaza y hallando por el suelo las casas reales, cárceles, portales y todo lo que adornaba sus hermosos edificios, dieron traba como acomodar lugar decente para colocar al santísimo sacramento en la plaza e hicieron todo el esfuerzo posible para colocar y aliviar al afligido pueblo. Dio la mano su alteza al señor don Antonio de Heredia, ministro celoso y cuidadoso del bien común que socorrió y desenterró al señor ilustrísimo. Visitó los tristes y afligidos monasterios de monjas, recogió los soldados que pudo y desenterrando las armas puso cuerpo de guardia en la plaza, oponiéndose al rumor que entre el quebranto de tan desmedido corrió, que los indios y esclavos, aprovechándose de la ocasión, intentaban borrar el nombre español de Chile, con que obvió el inconveniente que se temía. Puso guardias a las cajas reales, mandó tapiar las tomas de las acequias para que no se anegase la ciudad y comidas soterradas, no pudiendo correr por los promontorios de tierra, cosa importantísima como después se experimentó, y discurriendo toda la noche en estas obras dignas de tan gran ministro, amaneció a todos el día martes, y como si salieran de la otra vida, se miraban unos a otros, sin tener que comer, enterradas las comidas, los molinos por el suelo y sin poderse servir de las acequias, ciegas con tanta ruina. Era ver la compasión de la afligida ciudad que tantos años sustentó los reales ejércitos, que con sus derramas dio para el suelo de los soldados, que en sí como patria común recogió las reliquias de las ciudades asoladas por el enemigo araucano, ya sin tener con que alimentarse a sí. Y en medio de esto amaneció el cielo encapotado y amenazando llover, como sucedió algo después, con que creció el dolor y la cuita. La tierra con su terremoto horrible, el agua con su inundación y no falta quien piense fue total la ruina porque entrándose por los subterráneos conmovió su estabilidad y reventó por tantas bocas embravecida, y poco antes se levantaron en esta costa del Perú horribles tormentas en las orillas del mar, tragando navíos. Armóse también el aire, congelando densas nubes y arrojando poco después granizo y recios aguaceros. Y el fuego, porque hay relaciones que afirman, vieron unos caminantes, poco antes del terremoto, abrasarse toda la ciudad. Mas no afirmó este ni otros prodigios, si bien abonados fiadores, hasta tenerlos mejor averiguados.

No sería fácil reducir a breve suma lo que asalto del poder de Dios y Santiago de la justicia divina asolo en esta triste ciudad. Dos millones y medio (dice la real

audiencia) perecieron aquella noche. Corto parecerá el número si se atiende no solo a lo material, más al adorno y riqueza de tan hermosa ciudad. Y pues vuestra reverencia tiene las especies vivas de lo que era Santiago de Chile, sus calles, edificios y templos, lo delicioso de las huertas y jardines, junto con el temple tan apacible, que los más entendidos le dan la primicia en este Nuevo Orbe, juntándose en esta amenísima ciudad la mayor comodidad que apetecen los hombres para la vida humana y la semejan a la ciudad de Granada en España, no en toda su suntuosidad y grandeza, sino en el temple, frutas y delicias.

Ahora dijera ya las personas de cuenta que, escriben, padecieron naufragio en esta tormenta si no fueran tantas. Diré algunas de las que escriben con particulares circunstancias, como son: don Lorenzo de Moraga, valeroso capitán que huyendo de la ruina le alcanzó el azote de la ira de Dios, dividiéndole la cabeza, quedando tronco el cuerpo. Otro caballero, N. Quiroga, que viéndose en salvo y dejando una hija pequeña en peligro, de nuevo se arrojó en él, llevándose del amor de la hija, y al salir de la ruina de los corredores les oprimió y les quitó la vida. De este caballero dice una relación, y no es otra persona que doña Ana de Quiroga, a quien sucedió lo de la hija, muriendo con ella, es mujer del capitán don Francisco de Urbina. Doña Antonia de Guzmán, mujer del maese de campo don Francisco de Ulloa, con una hija suya. Dos hijas del capitán Juan de Venegas: la primera, mujer del capitán Juan de Eraso, don José de Viedma, su madre, tía y casa. Tres hijos del general Miguel de Silva, dos del maese de campo don Juan Rodolfo Lisperguer, dos del capitán don Juan Roco de Carvajal, un hijo del general don Diego Jara, una hija del maese de campo don Cristóbal Pizarro y una nieta, la madre y hermana del padre Gerónimo de Segura. El capitán don Francisco de Herrera, doña Elena Cancino. Nicolás de Soloaga con otras personas de cuenta.

De las sagradas religiones: el reverendo padre fray Gregorio de Silva, hermano del maese de campo Miguel de Silva, del orden de Predicadores, y otro religioso de la misma profesión. El padre guardián de San Francisco de Monte, fray Marcos Navarro, otro de la misma religión. El padre fray Alonso Bahamonde de San Agustín, y porque se igualasen todos, uno de nuestra Señora de la Merced, y el padre José de Córdoba, de nuestra Compañía.

Y para mayor tribulación, como al Santo Job, estando en un muladar cercado de innumerables cuitas, le venían nuevas de los desastrados sucesos que habían sobrevenido en todas las haciendas, hijos y heredades, así ha esta triste y afligida ciudad, puesta ya como en un muladar, le venían cada día nueva de los lamentables sucesos que en cien leguas en contorno le había acaecido: ya que todo el valle de Quillota había [p. 4] perecido, ya que desde el Maule, que dista cuarenta leguas a la parte opuesta, los edificios se habían arruinado y últimamente les fue nueva como en el puerto de Arica había naufragado seis días antes del terremoto el navío San Nicolás con 200.000 pesos que traía de aquel reino en reales y cosechas.

No causará menos compasión el sobresalto con que todos los afligidos corazonos de estos ciudadanos se hallan sobresaltados con un invierno riguroso en las

manos, sin abrigo con que cubrirse, sin casas donde morar y sin bastante sustento con que alimentarse. Temen rigurosa peste, ocasionada de tantas desdichas, y del hambre y cuitas. Su divina majestad incline su piedad al amparo de tantos afligidos y huérfanos, *orphanotu eris adiutor*.

Aquí no tenemos, mi padre Alonso de Ovalle, sino que encoger los hombres y venerar los cercanos juicos de Dios y decir con San Pablo: *Quam inscrutabilia sunt indicia eius*. Pues vemos y nos consta la piedad, religión, culto divino y templanza de esta ciudad, señalándose en la modesta noticia y honestidad de las mujeres, gente piadosa y virtuosa que no se atreve a mostrar en público sino con mucha decencia y compostura. Y dijo en esta ocasión un ministro de su majestad, anciano por edad y prudente por la experiencia de muchas cosas que ha tocado con las manos en estos reinos y asiste en otra ciudad: pueblo más ajustado yo no le he hallado en las Indias: sobre este descarga Dios su azote. Despojemos todas las espaldas aguardándole o aplaquemos su divina justicia con buenas obras y limosnas.

Pasado el triste suceso, trató nuestra Compañía, como suele, de mover el pueblo a penitencia para aplacar la ira de Dios y alcanzar el perdón de sus piadosísimas entrañas. Sacó la imagen devota del crucifijo, que solía estar colocada en la iglesia y escapó lastimada de la ruina, y desde su Santísima Madre la de Loreto, y colocada en la placeta, bien grande y capaz, que está delante de nuestra iglesia, concurrió devoto y numeroso el pueblo y poco hubo menester. A los primeros sermones que con fervoroso espíritu predicaron los nuestros, se movieron tanto que interrumpiendo las voces del predicador con lágrimas, alaridos y golpes, llegaban sus clamores al cielo, pidiendo a Dios misericordia y aplacando la justa saña con que los castigaba. Siguióse reformation de costumbres y traje, vistieron hábito de penitencia, quitaron los hombres las cabelleras, ejercitándose en obras de piedad cristiana, como lo podía hacer el más retirado anacoreta.

A 7 del corriente llegó la triste y lastimosa nueva a esta ciudad de Lima; hallo al excelentísimo señor marqués de Macera, virrey de estos reinos, en el puerto del Callao, y al ilustrísimo señor arzobispo de esta ciudad, la real audiencia, tribunales y lo granado de esta república. Acababa su excelencia de dar gracias a la divina majestad con una devotísima y solemnísimas procesión por la conclusión felicísima de la excelente fábrica y muralla del Callao. Y estando dispuestas las fiestas y regocijos navales, y en tierra toros, etc., mandó su excelencia alzar mano de todo y que se deshicieran barreras y tablados, y retirado su excelencia, mostró gran sentimiento y compasión con palabras piadosísimas, con que ansioso mostraba deseo de socorrer tan afligido pueblo. Ordenó se hiciese luego acuerdo para tomar expediente en lo que se debía hacer, y aunque por esta su excelencia con el despacho de la armada en la mano, aún no hemos entendido lo que ha trazado su gran piedad y magnánimo pecho, esperamos no poco. El señor arzobispo mostró en esta ocasión entrañas de piadosísimo padre y luego trató su ilustrísima, con gran celo y extraordinaria edificación de toda esta república, del amparo de la asolada ciudad y especialmente de aquel descarriado rebaño de corderas y esposas de Cristo, a quienes como buen pastor quería socorrer. Y confiriendo

el caso con su excelencia, venido a esta ciudad, junto con su cabildo, propuso la extrema necesidad de aquellos dos monasterios, y con su ejempló animó a los de él, aseverando que si solo le hubiesen quedado los tapices y colgaduras de su palacio, las empeñará para amparo de estas vírgenes. Y con acuerdo de su excelencia está disponiendo unas solemnísimas honras por los difuntos, procesiones y otras obras pías, para alcanzar misericordia por el afligido pueblo. El señor marqués de Baidés que se halla en esta ciudad después de haber gobernado felicísimamente aquel reino, se da por muy obligado del y lastimado del suceso, ha solicitado, así con su excelencia como el señor ilustrísimo, su amparo.

En fin, el sentimiento de toda esta ciudad de Lima no ha sido menor, acostumbrada ya a tomar sobre sus hombros el amparo de aquel miserable reino, como lo hizo con gran piedad cuando el rebelde araucano asoló las cinco ciudades, socorriéndole con larga mano, y parece que en esta ocasión se ha mostrado aún más lastimada, pues al punto que llegó la nueva, que sería a las cuatro de la tarde, se estremeció la tierra con un temblor y terremoto, que pareció dar muestras de sentimiento, y juntándose con la voz que corrió, dio bien que pensar y aún cuidar cada uno de tener de su parte el favor y amistad de Dios, escarmentando en cabeza ajena”.

CARTA DEL OBISPO DE SANTIAGO FRAY GASPAR DE VILLARROEL
AL CONSEJO DE INDIAS,
SANTIAGO, 9 DE JULIO DE 1647⁹⁴

[p. 648] “A 13 de mayo de [1]647, víspera de San Bonifacio, que ese día lunes no hubo santo en el calendario, porque en un tan declarado castigo no tuviese la desdicha que nos amenazaba quien se encargase de nuestra tutela, a las diez y media de la noche, medio cuarto más, comenzó un temblor de tierra tan sin prevención ni amenaza, que se arruinaron en un momento los edificios todos, sin que hubiese más que un instante que pudiese hacer continuación entre el temblar y el caer. No se ha podido hasta hoy averiguar de dónde vino el temblor; por algunos efectos se ha colegido que vino de la ciudad de Valdivia y pasó por la Concepción; y siendo igual en ésta y aquellas tierras el ruido, fue desigual el estrago. Los hombres ancianos juzgaron uniformemente en la Concepción que, como fuese tomando fuerzas el elemento que mueve tan grande máquina, iría también creciendo la ruina, y que desde luego daban por caído a Santiago. Sucedió así, porque vimos la desolación de Jerusalén; y aunque la profecía de que no quedaría piedra sobre piedra, intimada por boca de Cristo Señor nuestro, no se cumplió hasta el tiempo del emperador Juliano, que en odio del cristianismo y de Cristo nuestro Señor, quiso que se reedificase aquella santa ciudad, en ésta de Santiago vimos en partes distintas llena una reedificase aquella santa ciudad,

⁹⁴ Carta inserta en Villarroel, *op. cit.*, vol. II, pp. 644-655.

en ésta de Santiago vimos en partes distintas llena una clara imitación de aquella profecía. Porque, caídas las casas y los templos, se vieron casas en que los cimientos, como si les hubieran fabricado minas, arrojaron las mismas piedras. Duró el temblor recio con un admirable ruido, como medio cuarto de hora; obscureciöse el cielo, estando bien alta la luna, con unas palpables tinieblas: ocasionáronlas el polvo y unas densas nubes, poniendo tan grande horror en los hombres, que aún los más cuerdos juzgaron que veían los preámbulos del Juicio.

El ruido fue tan grande al caer esta máquina, que el padre Pedro Moyano, visitador de este obispado y cura de Aconcagua, con juramento afirma que le oyó en la cordillera. Es la cordillera lo que llaman Sierra Nevada, distante de esta ciudad quince leguas, y dice que no fue vago el ruido, sino que conoció con evidencia que fue caer la ciudad de Santiago. Y porque no quiero molestar a vuestra excelencia con los casos particulares de esta general desdicha, no pudiéndome hurtar a la obligación de los que no se pueden omitir, quiero significarlos en diferentes capítulos, porque cuando vuestra excelencia [p. 649] se sirviese de leerlos, tenga también sus treguas la lectura.

Templos. El de la catedral es obra tan prima y de tan excelente fábrica, que aunque hay otras más suntuosas, no hay en las Indias otra que se pueda igualar, quedándonos en los términos de la arquitectura; tiene tres naves de piedra y la del medio de unos arcos hechos en forma tal que sólo ellos se pudieron oponer a tan horrible temblor; quedaron todos en pie, y como no desmintieron un punto, sustentaron todo el enmaderamiento. Cayeron las dos naves, porque la pobreza de esta tierra obligó a que se acabasen de adobes; faltaron seis estribos o seis montes hechos a mano; rompiéronse las piedras, y como el temblor no las pudo desencajar, las hubo de partir; voló gran parte de ellas, como pudiera la bala en un cañón de crujía: una de hasta diez quintales de peso cayó en medio del patio del obispo, como si la tiraran a mano; salvó una tapia sin lastimar una teja. Cayó un rico sagrario, y haciéndose mil pedazos, enterró el santísimo sacramento; sacole con gran trabajo y peligro el doctor Juan Ordóñez de Cárdenas, cura rector de la catedral, hermano del obispo y visitador general del obispado. Cayó un precioso tabernáculo del altar de San Joseph, que al lado del evangelio es el colateral, quedó hecho piezas menudas el retablo, y hallose entre las ruinas la imagen de talla del glorioso San Joseph con el niño Jesús enteros y sin lesión, y ni en la valona ni en el manto hallamos rastro de polvo. El retablo del lado izquierdo era dedicado a San Antonio, patrón de este pueblo por las inundaciones del río, y su retablo todo pareció no quebrado sino molido y moviose al caer con tamaño impulso que voló del nicho casi veinte pasos; sacárnosle tan destrozado que ningún ensamblador le hallará remedio. Estaba una imagen de la Expectación como por coronación del retablo, y con ser de tan alto la caída y tener sobre sí gran suma de tierra, piedra y maderos, salió no sólo sana, pero tan hermosa, que los que antes la vieron la desconocían. Este mismo estrago padecieron las capillas todas de la iglesia, y entre ellas la de don Francisco de Ovalle, en que puso un santo crucifijo de talla entera y de cabal estatura traído de Lima con grande trabajo y costa; sacose en

cien pedazos al octavo día. Las sillas del coro quedaron desencajadas, y sola la episcopal con sus gradas y sitiales se halla en pie y sin lesión. La sacristía que edifiqué desde sus fundamentos, despedida la teja toda y mucha de la madera se rajó por mil partes, cayendo algunas pinturas que traje yo de Lima, y parte de ellas salió hecha pedazos, causando este estrago los maderos. En conclusión, valió la pérdida de este templo más de treinta mil ducados, y lo que queda en pie no se podrá obrar con cuarenta mil. Derribó el órgano el temblor, arrancando de cuajo su tribuna, y tiene sobre sí tanto de las ruinas, que habiéndose pasado casi un mes, no se ha descubierto una flauta; valdría tres mil ducados porque era el mejor del pueblo. Sacáronle enteros los sagrados bultos de nuestra Señora de la Victoria y de San Pedro que estaban en el altar mayor; y Santiago, patrón de esta ciudad sin la mano derecha, que no se ha podido hallar hasta hoy, como dando a entender, que aunque es nuestro tutelar, no tuvo mano para defendernos, porque los santos no siempre son poderosos para detener los castigos.

El templo de Santa Ana, principal parroquia de esta ciudad, edificio nuevo, bien labrado con un rico tabernáculo, cayó todo sin que en las imágenes y retablo haya cosa de provecho.

San Saturnino, a quien por los temblores eligió por patrón esta ciudad, tiene una iglesia muy antigua y de corta arquitectura, quedó entera en fe de que hiciera el santo, si lo mereciéramos, en nuestras casas, la protección que hizo en la que era suya. Traje de Lima una imagen suya de talla entera, y teniéndola depositada en mi sacristía, en el ínterin que se le acababa un retablo que mandé hacer con limosnas mías y ajenas, cayendo una gran pared, el monigote de la testera principal, y rasgándose dos imágenes de Cristo nuestro Señor, quedó ilesa la del santo con dos golpes tan grandes de dos vigas en brazo y mano, que, quedando el tafetán en que estaba envuelto hecho una yesca, y en dos heridas pequeñas parte de la seda ya molida, cayendo en un dedo la una, no se le derribó; milagro en que tenemos entendido que para lo poco que nos queda en pie y para lo que habemos de edificar no nos faltará su favor. Cayó la casa del dorador sobre su retablo, y llenándose de tierra, habiendo sobrevenido dos grandes agujeros, salió tan encendido y tan bruñido el oro, como si no le hubieran tocado ni el polvo ni el aguacero. Con que creemos que no despreciará esta tierra, pues cuando huyen los vecinos de sus casas, no desampara el santo la suya.

Las demás parroquias de la ciudad y las semiparroquias del partido de Santiago, quedaron arrasadas, que son muchas y el seminario de esta iglesia corrió la misma fortuna.

[p. 650] Monasterios. El de Santo Domingo estaba acabado con una ilustre iglesia y un claustro nuevo; quedó todo tan solado, que no ha habido una celda sola en qué poder recoger un religioso; tenía la iglesia quince capillas, perdiéronse todas, y una escalera que entre las del Escorial pareciera bien. Montará la pérdida de todo doscientos mil ducados.

San Francisco era mucho mayor convento con una admirable iglesia y dos excelentes claustros, muchas y muy buenas celdas y gran número de oficinas;

tenía una torre; la mejor y más fuerte de las Indias, desbaratolo todo la ruina, y la de la torre derribó un excelente coro, con una muy costosa sillería. Estaba en él a aquella hora en oración un santo religioso lego; oprimiole la ruina, y sacándole veinte días después, hallaron sus miembros tratables, fresca la sangre, sin rastro de corrupción, antes oliendo bien. Su buena vida y el santo ejercicio en que estaba y un áspero cilicio que le hallaron en el cuerpo, son claros indicios que desde el coro fue trasladado al cielo. Apréciase la pérdida del monasterio en treinta mil ducados.

San Agustín hace sesenta años que está edificando un suntuoso templo, todo él de calicanto; estaba acabado el edificio de la nave principal, porque tenía tres; levantadas dos bóvedas, y para la perfección cabal se comenzaba todo a cubrir. En la nave del evangelio, que estaba cubierta de obra gruesa, se celebraba. Cayó todo y lo que no ha caído, está en mucho peor andar que lo que cayó, porque por mil partes abierta una tan grande máquina, no le sirve a los religiosos sino de horror y espanto. Tienen estos padres un devotísimo crucifijo fabricado por milagro, porque sin ser ensamblador, le hizo, habrá cuarenta años, un santísimo religioso; estaba en el tabique que cerraba un arco, tan fácil de caer, que no tenía que obrar en él el temblor; y caída la nave toda, quedó fijo en la cruz sin que se lastimase el dosel. Halláronle con la corona de espinas en la garganta como dando a entender que le lastimaba una tan severa sentencia; y nos prometimos para lo que quedaba su grande misericordia. Conmovido el pueblo con su antigua devoción y este reciente milagro, le trajimos en procesión a la plaza, viniendo descalzos el obispo y los religiosos, con grandes clamores, con muchas lágrimas y universales gemidos. Las celdas no quedaron arruinadas todas pero amenazando ruina. Están los religiosos todos en un cañón a toldo hecho de cordellates, que aunque los defiende del agua, en saliendo el sol, les sirve de hoguera. Valdría cien mil ducados lo perdido.

Los religiosos de nuestra Señora de las Mercedes tenían una excelente iglesia y ricamente adornada; arruinose toda, menos la capilla mayor que juzgan asegurada con nuevas tejas. De un rico tabernáculo nuevo, sólo se movió San Pedro Nolasco, que, como si tuviera total movimiento, le hallaron en su nicho vuelto hacia nuestra Señora, como pidiéndole amparo para sus hijos. El claustro principal no estaba cubierto; cayeron todos los arcos y con ellos lo restante del convento. No podrán con cien mil ducados ponerse en el estado en que le tenían.

El Colegio de la Compañía de Jesús quedó asolado todo. Murió el padre Joseph de Córdova, muy humilde y muy grande obrero. Con el padre Antonio Félix, lector de teología y muy lúcido predicador, hizo un insigne milagro San Francisco Javier; cogiole debajo toda su celda; fue prodigioso el modo de sacarlo. Y porque los padres, para honra de Dios y gloria de su santo, harán relación del caso por extenso, no quiero gravar a vuestra excelencia refiriendo las circunstancias todas. La iglesia de estos padres costaría cien mil ducados; tenía la capilla mayor media naranja de obra tan prima, que en tan general trasiego de edificios la sustentaron los arcos; a grande costa tenían edificada una botica, que

era el alivio de los pobres y el socorro de su casa; perdiéronse tres mil ducados en ella en vasos y drogas. Hago mención de esta pérdida, siendo las suyas tan considerables, porque quedan los pobres todos sin reparo y sin consuelo.

El hospital del beato Juan de Dios reconoció su tutela en la enfermería, porque sólo ella quedó sana, y los enfermos todos (aunque con susto) en sus camas sin peligro.

El insigne monasterio de la Concepción, de monjas de mi padre San Agustín, que en santidad y en número con todas las de Europa podría competir, entre criadas y monjas encierra, cuatrocientas almas; tenía una excelente iglesia y riquísimamente adornada; muchas y muy buenas celdas, costosas y curiosas oficinas, juzgado de todo el reino por un jardín de Dios, no tuvo en este estrago inmunidad. Cayó el convento y fuera dicha que cayera todo, porque como la gente es mucha y el sitio pequeño, no puede darse paso sin peligro; y es caso prodigioso que siendo tantas, sólo peligró una esclavilla que del polvo murió ahogada; era de cinco años y habíasela dado yo dos meses antes a una [p. 651] sobrina mía.

Fue la dicha de estas señoras embarazarles la turbación para no poder abrir tan presto sus dormitorios; porque cayeron unos corredores altos y las puertas se abrieron por sí mismas con el impulso del peso de lo caído, y salieron todas por sobre sus ruinas, que sin duda las oprimieran si salieran cuando lo deseaban. Habiéndose de derribar los dormitorios, es forzoso que se fabrique todo el convento de nuevo, y para ponerse en el andar antiguo serán menester doscientos mil ducados. Di licencia general, porque estamos a las puertas del invierno, que entrasen cuantos quisiesen, como, entrasen a hacerles chozas; están en ellas hoy y vámosles levantando las cercas. Es constante opinión de los confesores que entre negras, indias y monjas, en ninguna de todas sus confesiones se hallan fácilmente pecados veniales, con que tal vez no hay en todo el monasterio materia de confesión. No dijera yo esto a vuestra excelencia, aunque esta relación hubiera de sepultarse en sólo su secreto, si no fuera notorio en todo el reino, y ha sido necesario decirlo por lo que quiero decir. Una monja cuya virtud se descuella entre las demás, le dijo a la abadesa cuando comenzó el temblor: ¿no ve, señora, en el cielo aquella espada y un azote con tres ramales? Yo juzgo, señor excelentísimo, que la espada se movió contra los muertos, y está durando el azote para los que quedamos vivos, porque son increíbles nuestros trabajos.

El monasterio de Santa Clara, a obediencia de los padres de San Francisco, tiene tantas y tan humildes monjas; que para representar al vivo las del monasterio imperial de Madrid no les falta sino ser descalzas. Eran mucho más pobres que las mías, y aunque no perdieron tanto como ellas, siempre pierde mucho el que lo pierde todo; cayóseles la iglesia y toda la casa. Viven en una laguna porque se les llueve toda. Hanlas favorecido los religiosos que las gobiernan, atendiendo más al amparo de ellas que al reparo de su casa. Ha sido mucho que las unas y las otras se conserven en la clausura; porque no han faltado pareceres para que las repartiésemos en las casas de sus padres. Consultáronme los religiosos el caso, y hallando que no era de los que expresa el derecho, resolvimos con grande

conformidad y sujeción de ellas todas, que aún en aprieto tamaño guardasen su encerramiento. Pásanlo con intolerable trabajo; pero la virtud que tienen les hace tolerable lo que pasan; y para pasar las de Santa Clara con lo que basta y sólo conservar la vida, es gasto forzoso el de cincuenta mil ducados, que en sus pocas fuerzas y en las de los religiosos en cuya mendicidad aún el obispo se halla hoy, quedan pocas esperanzas de poder ser socorridas. Estas son las arras que da Dios a sus esposas, los trabajos y la cruz que comenzaron en su encarnación.

Los frutos del terremoto. El primero, grande número de niños que llevó Dios a su remo; y después de éste es digno de ponderación que no pereció persona de cuenta que no fuese de conocida virtud. Con que se deja entender la misericordia inmensa de Dios, que para reducir a los que le ofendemos, quitó las vidas a tantos amigos suyos. Confesábanse; a voces aún los más sesudos. Del pueblo menudo se han casado hasta hoy más de doscientos, confederándose todos los enemigos; y fue la compunción tan universal y las demostraciones exteriores tales, que no sé qué las de Nínive fuesen mayores. Pusimos en la plaza el santísimo sacramento sin más reparo que un pabellón de seda mío que quedó en mi casa colgado; y pienso que fue él sólo el que a toda esta tierra perdonó por entonces la ruina. Trajeron los padres de San Francisco la imagen de nuestra Señora del Socorro, que ha hecho en esta ciudad muchos milagros. Viniéronse azotando los religiosos, y de ellos un lego haciendo actos de contrición con tanto espíritu y tan bien formado, que yo como aprendiz en las escuelas de la devoción, iba repitiendo lo que decía él. Movié mucho al pueblo este espectáculo; y aunque creció el arrepentimiento, no pudo decrecer el susto porque temblaba la tierra cada rato; y aunque no temíamos que cayera, temíamos que nos tragara, porque se abrieron en la plaza muchas grietas, y en los caminos tan hondas, que como conmovidos los abismos, rebosaron las sentinas, despidiendo aguas de mal olor y grandes sumas de arena a diez y doce leguas de la mar. En una caja de plata vino el santísimo sacramento del convento de la Merced, porque estaba enterrado el de la catedral, que, como queda dicho, mi hermano le sacó después; y el que estaba en el Sagrario de los curas le sacó después de algunos días el doctor don Pedro Lillo de la Barrera, que también es cura. Para lo uno y para lo otro abrí yo camino; porque estando a la puerta un monte de lo que se había arruinado para poder pasar, y para asegurar el huir si nos temblase otra vez, (porque en veintitrés días habrá temblado setenta veces), dejando la capa y el sombrero comencé a cargar palos y piedras. Hizo luego lo mismo el capitán don Antonio Chacón de Quiroga, alcalde ordinario, y cuantos se hallaron en la plaza a nuestro ejemplo. [p. 652] Puse en ella, la noche de que hablaba, cuarenta y cinco confesores entre clérigos y frailes; repartimos por las calles muchos para los enfermos y heridos. Di facultad a todos los sacerdotes simples; y siendo tantos unos y otros, fueron las confesiones tantas y tan repetidas, que embebimos la noche en ellas. Y con estar yo herido en la cabeza, sin tomar la sangre ni tener con qué cubrirla, estando en cuerpo como salí, no dejé de confesar. Socorriome después el maestro de campo don Juan Rodulfo con un liencezuelo, y no tuve otra medicina para

mi lлага. Descubrí el santísimo sacramento y anduve entre toda la gente con él, y a su asistencia crecían los gemidos y las lágrimas; y a la presencia de este gran Señor a quien obedecen los vientos y los mares, se disolvieron las nubes, con cuya oscuridad en el miserable pueblo crecían los sustos. Amanecioles llorando y dando gritos, y en una capa de un criado mío, con algunas candeladas hechas de los maderos de las ruinas para templar el frío y viento de la cordillera, pasamos lo que de la noche quedaba. El licenciado don Antonio Fernández de Herrera, oidor de esta real audiencia, y yo repartimos los demás oidores para el socorro de los miserables, y atendiendo el dicho don Antonio desde allí a que se juntasen las compañías y se sacasen las armas, porque los enemigos domésticos no pescasen en río turbio; y divisose la importancia de esta prevención en los justos recelos que se divisaron después.

Llegado el día 14 de mayo se dijeron muchas misas y comulgó grande número del pueblo, pero el temor cobró fuerza al anochecer; juntose gran multitud y fue tan grande el ruido y la conmoción, que me sacaron de un toldo que me armaron mis pajes en el cementerio. Salí con ánimo de rogarles que se recogiesen, si bien los miserables no tenían dónde. Subiéronme en hombros sobre un bufete en que estaba el santo crucifijo de San Agustín, porque yo no podía moverme por mí mismo, por los golpes en mi entierro, de que haré relación después a vuestra excelencia, aunque es mi trabajo lo que hoy menos importa. Alentome Dios y comencé a predicar; duraría como hora y media el sermón. Y esforzó Dios la debilidad de mi voz y mi salud tan prodigiosamente, que me oyeron en todas partes. El padre maestro fray Bartolomé López, de la orden de Santo Domingo, provincial que ha sido, afirma con juramento que me oyó desde su claustro; está casi tres cuadas de dónde prediqué. Dista cinco enteras de la plaza la casa del maestro de campo don Nicolás Flores Lisperguer, y con el mismo juramento afirma que le dijo un esclavo suyo que el obispo predicaba; salió de una choza que hacía, oyó la voz con claridad, vínome a oír y alcanzó los dos tercios del sermón. A poca menos distancia estaba don Francisco Cortés, don Joseph de Guzmán y un hidalgo llamado Cabiedes, y oyeron mi voz tan distintamente y tres absoluciones que hice a ausentes y presentes de algunas excomuniones en que yo pensaba que este pueblo incurría, que afirman que llegaba la voz tan clara que a cada absolución doblaban la rodilla. Viose una cosa harto memorable que callaba a ratos yo para dejarlos gemir, y callaban todos en haciéndoles con la mano una señal, enfrenándose tanto el pueblo en tan grande turbación y conflicto, con sola una señal de su pastor; y lo que es más, todos se fueron al punto que se lo mandé, menos lo que gastaron en pedirme de uno en uno la mano y la bendición. Y es la piedad de nuestro Dios tan grande, que por el consuelo de estos pobrecitos, en quien causaba devoción la sombra de la dignidad, siendo yo un hombre enfermizo y que entre mil cortinas no tenía, a sólo un soplo del aire, resguardo alguno mi cabeza, habiéndome hecho sudar mucho el sermón y la fatiga, gasté dos horas expuesto a un recio viento de la cordillera, sin que ni entonces ni ahora haya sentido un instante mis antiguos dolores de cabeza; y estoy con tan buena salud

como en lo más robusto de mi edad, levantándome al amanecer con un pardo y viejo capotón, con un sombrero muy malo, los pies por el lodo, acudiendo a mis monjas, iglesia y seminario, llevando las limosnas que puedo por mí misma persona a los arrabales de la ciudad donde es la necesidad mayor.

En la audiencia real, demás de su piedad antigua, ha obrado sus efectos el terremoto; porque han nombrado un oidor de entre sí, de mucho celo y actividad, que es el doctor don Nicolás Polanco de Santillana, de la orden de Santiago, para que asista y dé calor a una iglesia de madera para trasladar la catedral por ahora; y antes de edificar las casas reales para hacer la audiencia, nos han dado las vigas y la madera de la caída para depositar en este corto edificio el santísimo sacramento, estando ellos en lo que en España llaman chozas y los indios ranchos.

Hoy cinco de junio después de consolarnos mucho con sus cartas, el señor gobernador don Martín de Mújica ha enviado un ayudante suyo con dos mil pesos de su hacienda, para que entre los pobres se repartan de limosna; vienen también seis toldos para recoger en ellos las monjas más necesitadas; y dice el portador [p. 653] que vendrá una buena cantidad de dinero de la hacienda de su majestad que llegó con el situado para que tenga esta ciudad algún socorro. Y que dando cobro a lo que tiene a su cargo, vendrá en persona a ayudar y favorecer esta tan general desdicha. Habiéndose las trojes derribado y después llovido y habiendo sucedido lo mismo en casi cien leguas que corrió el temblor desde Cauquenes hasta Limarí, ha quedado perdido el pan; y para lo poco que ha quedado no quedaron hornos ni molinos. Con que esta limosna llega a ser de grande importancia, porque es fuerza que valgan mucho los pocos mantenimientos que han quedado.

Prodigios en el terremoto. Los más son mentidos, los otros imaginados; siendo así que el terremoto es un prodigio y cada vida un milagro. Dijose que poco antes parió una india tres niños y que el uno de ellos predijo el fracaso. Que a un mayordomo le habló con rigor un crucifijo. Que el santo cristo de San Agustín volvió tres veces el rostro. Que una india vio un globo de fuego, que entrando por la audiencia salió por las casas del cabildo y que comenzó a temblar habiéndose desvanecido. Que en la cordillera se oyeron voces de los demonios, cajas y trompetas, sonidos de arcabuces, disparos y como chocar dos ejércitos. Que tuve yo revelación de que Dios estaba ya desenojado y que ya alzaba la mano del castigo. Originose está hablilla en el pueblo, de que les dije, en el sermón que ya Dios estaba aplacado por su mucho arrepentimiento; y que lo conocía de que, aunque conferido el castigo con nuestros deméritos, era muy corto, conferido con lo que Dios acostumbra; había sido severo, y que ya había efectuado Dios lo que pretendía que era su compunción y sus lágrimas. Menos fundamento tuvieron los prodigios que quedan referidos, porque los averigüé de uno en uno y hallé que todos eran falsos. He querido sin embargo referirlos a vuestra excelencia, porque si llegaren allá otras relaciones con ellos, tenga entendido que todos son fabulosos.

Uno sí diré yo a vuestra excelencia que sucedió en mi casa. Yo traje de España una imagen de nuestra Señora del Pópulo, que llaman en Madrid la del

Milagro, porque cayendo un rayo en la celda del padre fray Martín Cornejo, prior del monasterio de Madrid, de mi religión, le rodeó la moldura, dejándosela ahumada y sin lista de daño en ella. Teníala en mi oratorio, solos dos dedos alta del altar y arrimados a ella tres pequeños cajones de cristales, y dentro de ellos San Francisco, San Juan y la Magdalena; junto al ara una cruz de tan débil pie y tan alta ella que se caía cada rato por sí misma; en el ara el cáliz y la patena. Y a vista de dos criados míos cayó del clavo que, como dije, distaba del altar dos dedos, y siendo natural quedarse en pie, dio un salto, y salvando todo lo referido y sin caer de todo ello cosa alguna, cayó en la tierra, la cabeza hacia el altar y sin lesión. Quisimos ponerla donde estaba, sin tocar en el cáliz, cristales y cruz; y tres personas de pies, las dos sobre el altar, no pudimos volverla al clavo sin estorbo. Mis pajes, mi compañero y mi hermano, teniendo el negocio por prodigio, lo interpretaron a medida de sus deseos: que vuestra excelencia, atendiendo a diez años de servicio, sin pleito, sin mal ejemplo, a los achaques que he contraído en este país, sobre todo a su mucha piedad, me sacaba de este reino, (que como digo a su majestad en mi carta que leerá vuestra excelencia, no ha servido poco un obispo que llega a sobrevivir a su obispado); y que nos decía el caso que estábamos de camino. Pero yo que conozco mis pocas partes y que he repartido entre pobres lo que había de gastar con mis agentes, juzgué que no tenía vuestra excelencia quien se lo acordase, y les dije a los referidos: ¿No sea deciros qué se nos quiere echar a costas este oratorio? Yo solía a aquella hora pasar mis cuentas y rezar la corona a la Virgen Santísima, y por mis achaques había hecho un oratorio de invierno en lugar más retirado; así no estuve en el de verano cuando el terremoto, y fue el primero que cayó en mi casa de todos sus edificios. Hallose sana la imagen de nuestra Señora, pero fuera de su moldura. Esto no es parábola, señor excelentísimo, ni hacerle a vuestra excelencia algún recuerdo, pues para la piedad de su pecho bastan las desdichas que paso. Y en esta conformidad, juro por mi santa consagración, sea o no sea milagro, que es cierta y verdadera la sustancia de lo referido.

Quiero referirle a vuestra excelencia un extraño caso de un caballero. Don Lorenzo de Moraga fue un hombre de grande calidad, y por lo soldado nadie se le adelantó en este reino. Era con eso muy buen cristiano. Diole ocasión un mulato y azotole; y aunque le costó mucho dinero, el mulato era temeroso y tendría de noble algún retazo. Tuvo por afrentoso el suceso y murió tres días antes del terremoto. El capitán don Lorenzo les dijo al padre presentado fray Luis de Lago, mi compañero, al capitán don Luis de las Cuevas y al capitán Valentín de Córdoba, corregidor de Colchagua, padre de los pajes míos el mismo día del terremoto: dícnme que Mateo (así se llamaba el mulato) me ha citado [p. 654] para el tribunal de Dios; y aunque confieso y comulgo muy a menudo, hoy confesé y comulgué por si acaso es cierta mi citación. Tembló a la noche y cogiéndole en una torrecilla del capitán Andrés de Neira, viendo ya la casa caída, se arrojó por una ventana; cayó sobre él una viga y le rompió la cabeza sin que en toda esta ciudad se vea otra sangre en la pared; quizá que diciéndonos cuán a su cargo

tiene Dios la tutela de los pequeñitos; que no nos dijo de balde el Redentor que los ángeles custodios de los pobres están siempre viendo la cara de su padre; antes quiso que entendiésemos que era muy para temerse el lastimar a los pobres teniendo en la corte de Dios unos procuradores tales.

Los muertos en el temblor. Fueron en grande número, pero el cierto y fijo no está aún averiguado. Traíanlos en carretas de seis en seis; hubo casa donde murieron trece. Hice curas a todos los religiosos, porque no podían los curas con tantos entierros. Hubo días que nos echaron diez en las ruinas de la catedral; mandé a los curas que en aprieto tan extraño no hablasen en derechos, y pagaban ellos de su bolsa el abrir las sepulturas, porque tantos cuerpos muertos, no infestasen a los vivos. Yo tengo una ramada sobre catorce de ellos, con harto temor de que no habiendo podido por la priesa ahondarse las sepulturas, o me han de apestar o me ha de desterrar el mal olor y no tengo dónde poderme ir ni fuerzas para edificar, con constar los edificios de paja y de palos. Dícese que en los términos referidos serán los difuntos seiscientos. Algunos se alargan más. La real audiencia ha mandado hacer la lista, claro está que la remitirá a vuestra excelencia.

Pudiera referir mil prodigios en todos los que se escaparon, porque no hay hoy persona viva en quien Dios no mostrase su misericordia. Pero sería cansarle a vuestra excelencia mucho y no me han dado más que dos días de término para este despacho, que aunque ya había yo escrito, no tuve para la relación alientos, y hoy que me he cobrado un poco no he querido dejar a vuestra excelencia sin estas noticias. Pero ceñiremos a solas dos personas para acabar con ellas mi relación. El licenciado don Antonio de Heredia, oidor de la real audiencia, es un caballero manchego (digo su patria por decir sus fuerzas); tiene un naranjo en el patio de su casa; asiose a él; porque el movimiento de la tierra era tal que no podía sustentarse en pie, y arrojele el naranjo tres veces de sí con tan extraña violencia que lo desvió tres varas.

Mi suceso le refiero a vuestra excelencia por milagro porque en el devotísimo y santo pecho de vuestra excelencia tenga mejor lugar San Francisco Javier, juzgando que con un tan devoto le pago lo que le debo. Yo acababa de rezar mis avemarías y adelanté este ejercicio media hora, mostrando Dios en esto su providencia; porque constando mi casa de treinta personas, y entre ellas de pajes muchachos, que por los rincones se quedan dormidos y trabajamos para cenar en despertarlos, fue forzoso que, anticipándose el tiempo acostumbrado, los despertasen más presto; que a hallarlos el temblor dormidos perecieran todos. Al sentarme a cenar comenzó el temblor; saliendo corriendo todos, fui yo el último, y el penúltimo mi compañero; asió de mí al pasar de un callejón, no sólo con porfía, sino como con desacato, y fue desacato tan dichoso que por él he quedado vivo: porque Leonardo de Molina, un paje mío que fue el último que salió después de quien yo había de salir (por ser el paso más angosto, entre el cual y la sala había un pequeño patiezuelo), al salir de ella le rompió un madero la cabeza, y aunque no le derribó le abrió una gran herida. Juntáronse en el patio mis criados todos; cayeron los corredores y el campanario, y como hacía

tan oscuro, sin saber dónde estaban, se salvaron todos en tan corto espacio, que después con la luz aún no cabían en él. Cayó sobre mi compañero gran parte del edificio; a los primeros adobes caímos los dos en el suelo, yo la cabeza en tanto hueco (que hizo un pedazo del umbral) cuanto bastó, no para moverse, sino para no quebrarse. Los adobes de la pared de enfrente se despedían como si salieran de una bombardita; con ellos y con los del callejón quedamos yo y mi compañero enterrados, sin oírseme otra palabra que: Javier, ¿dónde está nuestra amistad? El paje criado que referí, convocando los demás y arrancando la linterna de mi zaguán, vino a buscarme cuando ya mi compañero y yo apenas podíamos respirar. El más afectuoso tiró del umbralejo, y, si no le aviso, me quita la vida, quitándome aquel reparo. Descargáronme la cabeza, y viéndome hasta el hombro fuera de la ruina, mandé que me dejaran así y acudiesen a mi compañero, temiendo lo que sucedió después, que acabase de caer lo que perdonó el temblor. Sacáronnos medio muertos al patio y nos trasladaron a la plaza repitiendo el temblor con mayor fuerza, y allí comencé a obrar lo que he referido; y sin ponerme en cura ni haberme sangrado, aunque lleno de cardenales, estoy tan bueno. Entrome el día siguiente por mi sacristía invocando a San [p. 655] Francisco Javier, y estando caída la mitad y la otra amenazando, saqué la plata toda de mi iglesia, los ornamentos, pinturas, cajones y alacenas que valdrá todo doce mil ducados”.

RELACIÓN DEL ESCRIBANO DEL CABILDO DE SANTIAGO MANUEL DE TORO MAZOTE,
SANTIAGO, 1647⁹⁵

[p. 9] “En trece de mayo de 1647 años, lunes a las diez y media de la noche, siendo gobernador de este reino y presidente de la real audiencia de él el señor don Martín de Mujica, caballero del hábito de Santiago, y oidores de ella el señor don Pedro González de Güemes, oidor más antiguo, el señor don Bernardino de Figueroa y de la Cerda y el señor don Nicolás Polanco de Santillana, del hábito de Santiago y el señor don Antonio Fernández de Heredia, fiscal, el señor don Juan de Huerta, y dignísimo obispo de esta ciudad el señor doctor don Gaspar de Villarroel; y de la provincia de Cuyo y ciudad de La Serena en Coquimbo, [p. 10] corregidor el general Ascencio de Zabala, y alcaldes, el capitán don Antonio Chacón y capitán don Jorge Zapata, regidores los contenidos en este libro; y por mostrar Dios, nuestro Señor, sus infinitas misericordias hizo un amago de su divina justicia y tembló la tierra, unos dicen media hora y otros un cuarto, yo soy del último parecer, mas con tanto estruendo, fuerza y movimiento, que al punto que comenzó a temblar comenzaron a caer los edificios que se habían hecho en el discurso de más de cien años, y con notable sentimiento, en toda la

⁹⁵ Relación inserta en Anónimo, *El Señor de Mayo, o sea, memoria documentada del espantoso terremoto que asoló a la ciudad de Santiago de Chile el lunes 13 de mayo de 1647* (Santiago, Imprenta de Julio Belin y Ca., 1852), pp. 9-11.

ciudad, ni su jurisdicción, no quedó ninguno chico ni grande que no se hubiese de habitar, después de remendado, con grandísimo riesgo, y en particular los conventos y templos de ella, siendo de piedra, cal y ladrillo, y fortísimos el del señor San Francisco, la catedral, la Compañía, San Agustín, y Santo Domingo y nuestra Señora de las Mercedes, y de adobe el de las santas religiosas de San Agustín y Santa Clara y el del hospital; obligando a celebrar en las campañas, huertas y calles.

Murieron, según se ha entendido, en la ciudad y su jurisdicción, habiéndose abierto por muchas partes de ella la tierra, más de seiscientas personas de todas las calidades, y si sucediera una hora o más después, fueran raros los [p. 11] que escaparan; salvaron la vida muchos milagrosamente, mostrando Dios sus infinitas misericordias, cuando por nuestros pecados justísimamente nos pudo castigar a todos, apiadándose por la intercesión de su Santísima Madre y de muchos religiosos y religiosas que hay en estos conventos, aunque no los perdonó ni libró de la tormenta y pérdida de sus casas y habitaciones; y no fue menor la aflicción que tuvimos con dos grandes aguaceros que antes de repararse vinieron, que era lástima y compasión ver los trabajos en que todos se vieron; conmoviéndose el pueblo a pedir su misericordia, y, según pareció, fue con grande edificación, y su ilustrísima a los ocho días predicó un gran sermón consolando a sus súbditos, dignos de la grandeza de su señoría; tembló continuamente aquella noche ocho veces, y después todos los días hasta el primero de junio, que está escrito en el libro de cabildo, para memoria de los vecinos, dos y tres veces todos los más días y noches”.

RELACIÓN DEL CRONISTA FRANCISCANO FRAY DIEGO DE CÓRDOBA,
1647⁹⁶

[p. 641] “Una noche, trece de mayo de 1647, cuando de improviso vino un temblor y terremoto tan espantoso que igualó con el suelo toda la ciudad y arruinó los templos. El de San Francisco, que en fortaleza llevaba la prima y excedía en una torre muy hermosa, que se descollaba entre todos los más altos edificios tres picas en alto, se arruinó tan de improviso, que llevando tras sí la sillería del coro de ciprés (que de solas manos estaba en doce mil pesos) quitó la vida a fray Pedro de Ortega que caía debajo de la torre hacía oración. Buscáronle con diligencia, y veinte días le hallaron el cuerpo fresco, blanco, ágil y muy tratable, y sin mal olor, como si entonces acabara de expirar. Tenía puesta la capilla y lastimada la cabeza y el rostro de las piedras que habían caído. Desnudáronle y le hallaron por insignias de su penitencia una cadena de hierro ceñida al cuerpo y un silicio de cerdas, que le cogía desde la garganta y hombros hasta la cintura. Las venas

⁹⁶ Diego de Córdoba y Salinas, *Crónica de la religiosísima provincia de los doce apóstoles del Perú* (Lima, Jorge López de Herrera, 1651), pp. 641-642.

[las] tenía tan llenas y transparentes como si estuviera vivo. Favores son éstos del cielo, que declaran su virtud y santidad, y que su muerte fue premio a su buena vida y principio de eterna felicidad.

No será ocioso, antes útil para nuestra enseñanza decir en breve suma lo que este asalto del poder de Dios y santiago de la justicia divina asoló en la ciudad de Santiago y en sus alrededores, con tal estrago, que toda ponderación será corta. A trece de mayo de mil y seiscientos y cuarenta y siete (como queda dicho) a las diez y media de la noche, súbito vino un temblor y terremoto tan horrible, que en menos de cuatro credos asoló y derribó toda la suntuosa pompa de los edificios de la triste y afligida ciudad de Santiago, corte y metrópoli del reino de Chile, no dejando piedra sobre piedra, con tan desudada conmoción de tierra, que sacudiendo aún de sus subterráneos los más fuertes fundamentos, los dejó inhábiles para poderse reedificar sobre ellos. Enfurecióse más su rigor contra aquellos, que pareciendo incontrarrestables por sus fuertes murallas de cal y canto, pudieran resistir al más terrible terremoto. Pero ¿quién se opondrá a la justa saña y enojo de la justicia divina, ocasionada de nuestras culpas, a descargar su ira sobre los que las comenten y ponen en azote en su mano para castigarlas?

En tan repentino suceso, que sobrevino sin rumor ni ruido antecedente, como suele en otros temblores, y tan inapropiado de los tristes habitantes, que tan descuidados vivían en esta amenísima y deleitosa ciudad, ¿quién podrá significar la turbación y susto tan sin esperanza de vida, que ocupó a todos del de ella? El peligro de perderla fue igual, y en él perecieron más de mil personas, y al ser el desastrado suceso a la una de la noche, pocos pusieron en salvo sus vidas.

El lastimoso espectáculo oír los gritos y alaridos de los que estaban en pie, los gemidos de los que, oprimidos con la violencia de los edificios, rendían la vida, el estallido de la maquinaria de una ciudad entera; y en medio de esta tormenta se oyeron herir los peñascos, que están sobre el cerro de Santa Lucía, caballero y contiguo a la ciudad, del cual se desgajaron dos, de formidable grandeza, y uno se arrojó sobre la ciudad, discurriendo por ella dos cuadras enteras, con que todo era horrible estrago y representación de un día de juicio

Enterráronse en la ruina de los edificios, no solo los hombres más aun los animales y bestias, que en adelante con su corrupción no fueron de poca pena. Concurrieron los que escaparon con la vida a la plaza, que por estar descombrada, más aseguraba la de los que ansiosos anhelaban por ella, donde se renovaron los tristes llantos y alaridos, lamentando cada cual lo que había perdido. Y no dándose por seguros, todos con lágrimas contrastaban la divina justicia y pedían misericordia, temiendo [p. 642] se acabase de abrir la tierra y los tragase vivos. No sin fundamento, porque después de la primera conmoción, que llevó tras sí toda la ciudad, edificios y templos, se repitieron dos temblores mayores que el primero, y no hallando en qué hacer presa, descuadrando la tierra, la abrieron muchas bocas y grutas, arrojando tanta copia de agua espesa y turbia, que inundó las campañas hizo correr los ríos secos que dejó surcando el diluvio, hundiéndose en parte y dejola resquebrajada y arada”.



El “Señor De Mayo”, Testigo del terremoto de 1647.
Fuente: Archivo Fotográfico y Digital de la Biblioteca Nacional, Fondo Medina.

15 DE MARZO DE 1657, PENCO

RELACIÓN DE LOS MIEMBROS DEL CABILDO DE SANTIAGO, SANTIAGO, 17 DE MARZO DE 1657⁹⁷

[p. 261] “Habiéndose juntado en su lugar acostumbrado para dar cuenta al excelentísimo virrey del Perú como el jueves en la noche, quince de éste, ente las ocho y nueve de la noche, comenzó un gran temblor que duró mucho más tiempo, más que el terremoto pasado, y aunque en la ciudad no fue tan riguroso como el pasado, arruinó y asoló toda la iglesia catedral y arcos de piedra, que cayeron a la banda del poniente, y la sacristía y maltrató todos los edificios que nuevamente se habían hecho después del dicho primer terremoto, y lo que habían de él quedado, quedan inhabitables; y en la jurisdicción de esta ciudad de lo que se ha podido en el tiempo que ha sucedido el dicho temblor y nuevo terremoto, asoló todos los edificios e iglesias, cercas y posiciones que habían en todos los valles y el de Quillota, sin perdonar nada de ellos y dejando muchas aberturas y honduras por las campañas y los caminos con barrancos y cequiones, acordaron se dé cuenta a su excelencia de ello y de todo lo que demás que convenga”.

RELACIÓN DEL OIDOR ALONSO DE SOLÓRZANO Y VELASCO AL REY, SANTIAGO 2 DE ABRIL DE 1657⁹⁸

[f. 2] “La ciudad de la Concepción con el temblor grande del 15 de marzo de este año de 1657 quedó arruinada y asolada generalmente desde sus cimientos, porque sobrevino a este terremoto otro no menor fracaso como fue salir por tres veces la mar por las calles de dicha ciudad con que combatida de estos tan fuertes elementos cayeron los edificios y se perdieron los víveres y murieron hasta cuarenta personas [f. 2v] que templó nuestro Señor la ira con su misericordia, es la esa tierra de Chile que los terremotos la han dejado en solo este material batiendo sus edificios y torres.

⁹⁷ “Actas del cabildo de Santiago, 17 de marzo de 1657”, en *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional* (Santiago, Imprenta Elzeviriana, 1908), tomo xxxv p. 261.

⁹⁸ Archivo General de Indias, Fondo Audiencia de Chile, vol. 13, R. 3, N. 7 (son 30 fojas). También se encuentra publicado en Gay, *op. cit.*, tomo II, pp. 422-441.

[f. 11v] Presupongo lo tercero que la ciudad dela Concepción donde está el real ejército, con dicho terremoto del 15 de marzo se asoló toda sin dejar edificios, saliendo por tres veces la mar, entrándose por las calles y casas, obligando a los vecinos a retirarse a las lomas con tanto desabrigo y desconuelo que a voces pedían su despoblación por su desnudez y hambre, en que la real audiencia acudió con el celo que siempre, y despacho luego la fragata *Las Ánimas* con víveres, y a dispuesto que [f. 12] salga otra nombrada *Los Reyes* con bastimentos que se hará a la vela con la misma brevedad, siendo esta ciudad de tantas y tan continuas aguas y vientos rápidos e imposibilitados de poder volver a edificar por falta de escolta para traer cualquiera madera por estar distante y el enemigo a la mira y que no pierde lance ni ocasión como será posible cuando para fortificar a San Felipe (abrigo preciso de la Concepción) por este inconveniente no se ha podido lograr si bien se hizo un malar y vuelto a poblar como se ha podido”.

CARTA DE DON GARCÍA DE VALLADARES Y LAUREANO DE VERA AL REY,
CONCEPCIÓN, 8 DE ABRIL DE 1657⁹⁹

[f. 50] “Señor. Después del miserable estado en que puso a este reino el alzamiento general de sus naturales como tenemos dado cuenta a vuestra majestad cuando se iba disponiendo sus castigos y reparar algo de lo perdido, a los quince [días] de marzo pasado vino un terremoto y temblores, saliendo la mar que lo acabó de arrasar y destruir, sin quedar en pie más que el Colegio de la Compañía de Jesús, y algunos pedazos de casas inhabitables, desmantelándose las cercas que había obligado al gobernador viniese de campaña a donde se hallaba esperando algunas juntas que tenía noticia que revenía el enemigo rebelde para acabar con todo trajo la gente que fue posible, y con la que había en esta cuando la fortificó [f. 51] y puso en defensa sin dar lugar a otra diligencia y así se perdió lo que quedó inundado, no siendo de provecho viviéndose en toldos y ramadillas que se han armado en pequeño distrito para más seguridad, aguardando socorro de bastimentos de la ciudad de Santiago, que por haberle alcanzado el terremoto y muchas leguas más adelante se dificulta y así carga al cuidado del virrey quien se ha dado cuenta y pedido gente, armas, municiones, bastimentos, indios o mulatos gastadores con oficiales de ejército y albañiles, materiales para edificarse lo forzoso de templos, casas reales y almacenes y no teniendo efecto queda perdida esta plaza e imposibilitada de sustentación como oficiales de la Real Hacienda de vuestra majestad damos cuenta del estado que tienen esta plaza remitiéndonos a los informes del reverendo [f. 52] obispo don fray Dionisio Cimbrón”.

⁹⁹ Biblioteca Nacional, Manuscritos Medina, tomo 144, pieza 2712, fojas 50-52.

CARTA DEL OBISPO DE CONCEPCIÓN DIONISIO CIMBRÓN AL REY,
CONCEPCIÓN, 27 DE ABRIL DE 1657¹⁰⁰

[f. 69] “Las guerras tenían muy apresurada esta tierra y con gran pobreza y con el terremoto casi se acabó todo y las religiones de San Francisco, Santo Domingo, San Agustín y la Merced perdieron totalmente sus conventos y sus iglesias, obligándoles a San Francisco y a la Merced y a San Agustín a mudar de sitio temerosos de otro suceso del mar como el pasado.

Como la ciudad se halla tan pobre no les puede acudir con la limosna que solía padecen necesidad y les ha sido preciso a estas cuatro comunidades el despachar religiosos a otras partes y quedarse las que más que es San Francisco con seis y la Merced con dos y un lego, San Agustín con el mismo número y Santo Domingo con cuatro y dos legos; no se puede negarse que las religiones con de grande conveniencia por las réplicas para [f. 70] la doctrina y enseñanza de los fieles pero con menor número de doce se siguen pequeños inconvenientes de que yo como he sido de mi religión tengo bastante esperanza y más cuando lo que hoy se edifica es preciso este con prisa”.

CARTA DE LA AUDIENCIA DE SANTIAGO AL REY,
SANTIAGO, 9 DE JUNIO DE 1657¹⁰¹

[f. 1] “Aunque este reino después de alzamiento general del año de [1]599 se redujo a pocas y cortas poblaciones estas sin embargo de la continua guerra que ha padecido y el terremoto del año 47 pestes y otros accidentes se han conservado aunque con alguna disminución y siendo las principales la ciudad de la Concepción y esta de Santiago con este último alzamiento y terremoto se ha reducido aquella a unos ranchos de madera que tienen por resguardo y defensa”.

CARTA DEL GOBERNADOR PEDRO PORTER CASANATE AL REY,
CONCEPCIÓN, 12 DE JULIO DE 1659¹⁰²

[f. 1] “Este obispado de la Concepción de Chile con males tan grande, y pérdidas tan considerables en el alzamiento general de los indios de este reino, terremoto e inundación de la mar no dejando su violencia templo ni edificio en pie (como tengo representado a vuestra majestad en carta aparte) ha tenido algún consuelo y desahogo hallándose asistido de su pastor el reverendo obispo don fray Dionisio Cimbrón que con generoso celo y cuidadoso afecto de su afligido rebaño ha solicitado que la mise-

¹⁰⁰ Biblioteca Nacional, Manuscritos Medina, tomo 144, pieza 2715, folios 69-70.

¹⁰¹ Archivo General de Indias, Fondo Audiencia de Chile, vol. 13, R. 3, N. 9 (son 20 folios).

¹⁰² *Op. cit.*, vol. 61 (son 8 folios).

ricordia de Dios aplaque si ira y el castigo de su divina justicia, que tan justamente le han merecido los pecados mostrándose riguroso en la corrección y enmienda de ellos”.

RELACIÓN DEL CRONISTA AGUSTINO BERNARDO DE TORRES,
1657¹⁰³

[p. 659] “Al tiempo que esto se imprime acaba de llegar nueva de Chile en cartas de la real audiencia, y gobernador de aquel reino don Pedro Porter Casanate caballero del orden de Santiago, en que avisa que jueves 15 de marzo del corriente 1657. A las ocho y media de la noche sobrevino un horrible terremoto más violento que el pasado diez años antes a 13 de mayo de 1647. Fue general en aquel reino, y duró un cuarto de hora, en el cual arruinó de todo punto la ciudad de la Concepción, y su comarca, sin dejar templo ni casa en pie. Hicieronle más formidable las tinieblas de la noche y los bramidos del mar, que al mismo tiempo embravecido, rompió sus límites, y anegando la ciudad acabó de asolar lo que arruinaba el temblor, y corriendo impetuoso llegó a batir las faldas de las colinas y cerros que la cercan, y robó cuanto en los almacenes reales había, papeles, armas, bastimentos, conjurándose ambos elementos a ensayar en aquella triste ciudad las señales tremendas del juicio. Escaparon del peligro las personas, menos tres, o cuatro viejos, y pocos más niños, que por sus débiles fuerzas no pudieron seguir a los demás, y perecieron.

En la ciudad de Santiago, cabeza del reino, a la misma hora el temblor sacudió tan furioso los edificios, que la iglesia catedral, cayó toda a plomo, y los demás quedaron [p. 660] maltratados, y sentidos. Ibanse continuando, y repitiendo los temblores, si bien con menos fuerza que el primero. Esperarse más copiosa, y particular relación del suceso”.

RELATO DEL CRONISTA JESUITA DIEGO DE ROSALES,
1657¹⁰⁴

[p. 205] “A quince de marzo de 1657, a las ocho de la noche, padeció la ciudad de la Concepción otro temblor e inundación del mar igualmente horrible al antiguo:

¹⁰³ Bernardo de Torres, *Crónica de la provincia peruana del orden de los ermitaños de San Agustín* (Lima, Imprenta de Julián Santos de Saldaña, 1657), p. 659.

¹⁰⁴ Diego de Rosales, *Historia general del Reino de Chile. Flandes Indiano* (Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1877), tomo I, pp. 205-208. Se puede colegir, a partir de los datos biográficos esbozados por Benjamín Vicuña Mackenna en su estudio introductorio a la obra del misionero jesuita y por José Toribio Medina en su *Diccionario Biográfico*, que el padre Diego Rosales tenía cincuenta y seis años cuando vivenció aquella tragedia; entendemos también que este religioso se encontraba desarrollando sus quehaceres cotidianos en el edificio de la orden cuando sucedió el terremoto, y en consideración a que este inmueble “no recibió daño considerable”, el ignaciano pudo escapar ileso y entregarnos su versión de aquella catástrofe. Véase: Rosales, *op. cit.*, tomo. I, pp. XI-XXXVII; José Toribio Medina, *Diccionario biográfico colonial de Chile* (Santiago, Imprenta Elzeviriana, 1906), p. 765.

vino con un ruido avisando y pudo salir la gente de las casas, y luego tembló la tierra con tanta fuerza que en pie no podíamos tenernos: las campanas se tocaban [p. 206] ellas con el movimiento, las casas bambaleaban y se caían a plomo. El mar comenzó a hervir, estando la mar creciente, de aguas vivas y cerca del equinoccio autumnal, según el computo de este hemisferio, que es cuando por estas costas más se hincha el mar; expláyose entrando por el canal de Arroyo, que pasa por medio de la ciudad, y retiróse; pero de allí a una hora cayó hacia el poniente un grande globo de fuego y volvió a salir el mar con tanta violencia que derribó todas las casas que habían quedado, sin reservar iglesia, sino fue la de la Compañía de Jesús y todo el Colegio, que no recibió daño considerable con haberle entrado el mar. Salimos todos corriendo a socorrer y confesar los que había maltratado las ruinas; clamaba la gente por las calles pidiendo a Dios misericordia y confesando a voces sus pecados, y por estar cercano un cerrito, donde se acogieron cuando el mar salió bramando de repente y explayando sus furias, se escapó la gente, que si no perecen todos. No fueron muchos los muertos, por haber sido a tiempo que todos estaban despiertos y sobre aviso del temblor, aunque algunos que no se dieron tanta prisa a huir quedaron envueltos en las olas del mar, que a la retirada se llevó mucha hacienda y alhajas de cajas, escritorios y arcas, trasportándolo todo a otras playas, más de dos leguas de la ciudad.

Al convento de San Agustín le sobrepujaron las aguas y echaron de la otra banda un parco por encima del tejado, que quedó allí después en una laguna. Mereció inmortal renombre un alferez reformado, llamado Juan de Ahumada, que habiéndole puesto de posta en un reducto y encargándole el cuidado de unas piezas de artillería, aunque vio salir el mar y otros le dijeron que se retirase, no lo quiso hacer ni dejar el puesto por no tener orden de sus oficiales, en él murió con singular ejemplo de obediencia militar. Permanecieron algunas casas que están arrimadas al cerro, y la iglesia de la Compañía de Jesús, con haberla entrado el mar, no la desplomó ni la hizo daño ninguno el temblor, e hicieron muchas personas misterio de que solo ella hubiese escapado, particularmente los indios infieles y amigos, que tienen grande estima de los padres y de su buen ejemplo y religión, y decían: por estos padres santos les ha guardado Dios su casa y su iglesia, y habiéndose caído todo el palacio, que está arrimado a la Compañía de Jesús, y quedado solo un corredor que servía al palacio y reparaba una pared del colegio, admirados los criados le dijeron al gobernador que solo había quedado aquel corredor porque pertenecía a la Compañía y arruinándose todo el palacio, y que no alcanzaban la causa; a que les respondió el gobernador: viviéramos nosotros como los padres, que también nos hubiera Dios guardado la casa.

Fue el consuelo de toda la ciudad en tan grande ruina el haber quedado aquel templo para consolarse en él y conservar el culto divino y hacer en él penitencia, que fueron muchas las que se hicieron para aplacar el enojo divino, muchas disciplinas, confesiones y comuniones, y como duraban los temblores de la tierra, que en más de seis meses no se sosegó, sino que todos los días temblaba seis y ocho veces, era grande el temor y la confusión, llorando con la unción de los sermones

e hiriéndose los pechos. Acudían todos los religiosos de los demás conventos a decir misa en nuestra iglesia, depositaron en ella sus santos e hicieron sus fiestas, hasta que poco a poco fueron haciendo iglesias, y lo mismo hizo la iglesia catedral y el clero, que por algunos años celebró en ella [p. 207] los divinos oficios, y en ella hacía toda las funciones pontificas el obispo don Dionisio Cimbrón, general que fue de la orden de Císter de San Bernardo y natural del reino de Navarra, que con grande espíritu consoló al pueblo así aquella noche del temblor como los días siguientes, con dulces platicas y fervorosas exhortaciones a la penitencia.

Sucedió un caso que es digno de contarse para conocer revelaciones y no creerlas fácilmente, sino examinarlas con astucia y prudencia. En medio de esta aflicción de la ciudad, después de tantas calamidades don la salida del mar, ruina de las casas y perdida de las haciendas, afligían los ánimos de todos el temor del enemigo revelado, que andaba victorioso, y en el verse sin cerca, sin defensa ni municiones, y con sobresaltos de que casa día venía a asaltar a la gente. Y sobre todo esto, lo que más les afligió fue una profecía y revelación de un muchacho de diez a doce años, que por de tan poca edad ninguno se podía persuadir que fuere invención o engaño, y más afirmándose como se afirmaba en ello con tantas veras y con tanta seriedad. Y la profecía era que yendo caminando hacía una montaña apartada de la ciudad, huyendo de las calamidades que en ella había, le había salido del interior del monte y échosele en contradicho un ermitaño con barba larga y aspecto venerable, y mandándole que volviese a la ciudad y dijese al gobernador y a toda la ciudad que había llegado a su fin y que no solo ella, sino todo el reino, había de ser asolado, y otras provincias y reinos de las Indas; y otras profecías que el vulgo aumentaba y encarecía, con que andaban todos alborotados, y como los temblores se repetían, a cada uno esperaban el fin y que la tierra se había de abrir y tragarlos a todos. Pasó esta nueva a Santiago y al Perú, y juntaban con esta revelación otras inventadas para acreditar está siendo el mayor crédito de ella el haberse hecho a un niño inocente y sin malicia.

Pareció al obispo don fray Dionisio Cimbrón, y al gobernador don Pedro Porter Casanate y a los prelados de las religiones, que se debía examinar el caso y saber el fundamento y certeza de esta revelación. Y habiéndose juntado todos los prelados en casa del obispo, trajeron al muchacho, y preguntado del caso, se afirmó en él y en lo que le había dicho el ermitaño, y como en esta tierra no supiésemos que hubiese ermitaño ninguno y juzgando yo por algunas razones que era mentira, aunque él se afirmaba tenazmente en ella, para descubrirla mejor me fui con su embuste y fingí allí otra revelación del ermitaño y dice: que todo lo que el niño decía era verdad y que se lo había revelado, y otras cosas que él no se había acordado decir. Y así le dije: “mira niño, que te has olvidado que también te dijo el ermitaño que dijese esto y esto y no te has acordado de decirlo”. Respondió luego el muchacho: “es verdad que también me dijo eso y que no me había acordado”. Como le cogí con esta estratagema en la mentira para mayor confirmación fuíle sacando otros disparates y diciéndole: “mira, niño, que te has olvidado, que mandó el ermitaño que le dijese dos misas cantadas

porque se había de morir luego, y que no buscasen su cuerpo porque los ángeles se habían de llevar a este a enterrar al Monte Sinaí”. Respondió a esto también: “sí, padre, todo eso me dijo, y yo me había olvidado”. Con que se conoció más claro que en todo había dicho mentira. Apretáronle y confesó que un soldado le había metido en que fingiese esa revelación y que de miedo se había afirmado con tantas veras en ella, ya que la [p. 208] había comenzado a publicar. Para que se vea el tiento que es menester para creer semejante revelaciones y el cuidado con que se han de examinar”.

RELACIÓN DEL CRONISTA JOSÉ BASILIO ROJAS Y FUENTES,
1657¹⁰⁵

[f. 39 v] “Sucedió en tiempo de este gobernador [Pedro Porter Casanate] en 15 de marzo de 1657 el Gran Terremoto e inundación de mar, que destruyó la ciudad de la Concepción sin perdonar humilde albergue, ni soberbio edificio, que no experimentase de su rigor total ruina”.

RELACIÓN DEL CRONISTA FRANCISCANO FRANCISCO JAVIER RAMÍREZ,
1657¹⁰⁶

[p. 191] “Con un golpe de vista, y de consideración, se nos presenta aquí toda la naturaleza con las señales que llevan consigo la ira de Dios ofendida de los pecados de los hombres [...] Así lo [experimentó] la ciudad de la Concepción, viendo conjurados contra sí todos los elementos para destruirla por mar, y por tierra. En más de un siglo que tenía de fundación no había experimentado tribulación semejante ni tanto tropel de angustias y calamidades como el día quince de marzo de mil seiscientos, cincuenta y siete. El gran terremoto que se sintió en todo el reino en dicho día, mes y año, aunque arruinó los edificios de Chillán, y muchos de la capital de Santiago; pero a la ciudad de Concepción la asoló y la destruyó enteramente, sin dejar en ella piedra sobre piedra. Tal vez porque habiéndola preservado el cielo del gran temblor, que diez años antes había arruinado a la capital del reino, no quiso darse por avisada, ni escarmentar en cabeza ajena.

Como a las ocho de la noche se empezaron a sentir los sacudimientos de la tierra, y continuaron con vibraciones tan terribles, y bramidos tan furiosos del

¹⁰⁵ Biblioteca Nacional, Manuscritos Barros Arana, 8, tomo 21, p. 39v. Esta crónica fue incluida en la Colección de Historiadores de Chile y Documentos Relativos a la Historia Nacional, siendo publicada en el tomo XI de dicha colección.

¹⁰⁶ Francisco Javier Ramírez, *Coronación sacro-imperial de Chile* (Santiago, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, colección Fuentes para el Estudio de la Colonia, 1994), vol. I, pp. 191-194.

mar, y de los vientos, que todos asombrados, y aturridos no tuvieron acción, ni tiempo para otra cosa, que escapar el bulto, y ganar a los cerros inmediatos, quedándose en la ciudad innumerables ancianos, inválidos, enfermos, y millares de angelitos dormidos en sus cunas para quedar sepultados en las ruinas, o ser alimento de los peces del mar. Con el mismo golpe impetuoso, que este soberbio y formidable elemento inundó toda la ciudad, casi demolida, y por tierra sus magníficos edificios de casas, conventos, iglesias, y palacios, se llevó [p. 192] consigo a la retirada casi todos los caudales, riquezas y tesoros que contenía, sin perdonar las imágenes, decoraciones, ornamentos, vasos sagrados, ni sagrarios, o depósitos del augusto sacramento del altar, a excepción de una u otra imagen o reliquia, que se encontró entre el barro, y ruinas, y una casa que quedó en pie por especial milagro de la omnipotencia.

Las crónicas de la Merced dicen que esta casa preservada del diluvio de Penco, era de una matrona muy noble, y virtuosa llamada doña Isabel de Azocar, y Quiroga, viuda del maestre de campo genera don Alonso de Puga y Novoa. También cuenta, que pasado el terremoto, y retirado el mar, buscando entre las ruinas de los templos las imágenes, y vasos sagrados, solo encontraron entre el barro y las inmundicias un copón, o custodia del santísimo sacramento; un precioso crucifijo, que dio a la ciudad el máximo emperador Carlos V, y con la advocación de la Veracruz era el soberano titular de la archicofradía del muy ilustre cabildo: la bella imagen de Mercedes la hallaron por fortunas sus tristes, y desamparados hijos, toda descompuesta, afeando su peregrino rostro, y maltratada con los golpes del mar y de las ruinas; pero tuvieron el consuelo de que la venerable matrona Azocar les cediese su magnífica casa para iglesia y convento provisional, encargándose del aseo y decencia de la sagrada imagen y de su altar, y manteniendo a sus expensas a los religiosos sobre tres años hasta que reedificaron su antiguo convento, y tuvieron fincas para su subsistencia. Premió Dios su cordial devoción, y generosa beneficencia con el ciendoblo, o ciento por uno en ésta y en la otra vida con muerte preciosa a sus divinos ojos después de muchos años de insigne benefactora de la orden, y en esta vida con auge y felicidad de su ilustre casa, y familia. Fue cosa notable, que no experimentase el menor quebranto en esta calamidad, y que sus estancias, haciendas, y caudales se hubieran conservado sin menoscabo alguno, durante aquella sublevación general de los indios, que además de tener cercada la ciudad por estos tiempos, habían talado, y asolado todas sus campañas.

Por falta de documentos general no sabemos cómo les fue en esta desolación a los religiosos de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín y la Compañía; pero nos persuadimos que harían las posibles diligencias por buscar, y entresacar de las ruinas de sus conventos las imágenes de sus santos patriarcas, y las demás, los vasos sagrados, y utensilios preciosos, que hubiesen quedado enterrados, o envueltos en los demás derrumbes de los edificios, y que se acomodarían provisionalmente en ranchos, o barracas hasta la reedificación de sus iglesias y conventos.

De un venerable siervo de Dios se hace memoria por estos tiempos, que parece hacer sido la orden seráfica, y previno a la ciudad del terremoto, y sali-

da del mar, estando retirado sobre los altos, o cerros que llaman de la Ermita, huyendo de Babilonia, y orando en secreto al Padre Celestial, como Moisés en el monte para que tuviese misericordia de su pueblo, angustiado y cercado por todas partes. Por de fuera lo tenían los rebeldes con Quelutaro, que se habían reunido allí todas sus fuerzas, por ser la única ciudad, que quedaba en la frontera, y todo el estado de la provincia Imperial, y por adentro constreñida, y angustiada de las necesidades, y de los desórdenes consiguientes a la multitud confusa, e innumerable de sus habitantes.

[p. 193] Como en otro tiempo se sirvió el Señor del profeta Daniel, siendo de doce años, para publicar y vindicar la inocencia de la casta Susana, así se valió aquí de otro niño de la misma edad para predicar penitencia y anunciar a la ciudad de Concepción los peligros que le amenazaban. El caso fue que habiendo subido unos cuantos niños a los altos de la ermita para divertirse, y travesear quince días antes del terremoto, el uno de ellos, llamado Manuel Abrantes, hijo de un portugués, se sentó por la espesura de un bosque, y vio un varón venerable, entrecano con hábito y cordón de San Francisco puesto en oración, el cual le mandó, que luego volviese a la ciudad y gritase por las calles, y plazas: penitencia, penitencia, que el día quince de marzo a las ocho de la noche hay un gran temblor, y salida del mar.

El niño aprendió tan bien la lección que en todos los quince días anduvo rezando, y cantando a costa de su pellejo, en que se conoció por ser movido de superior impulso; y como los niños y los locos suelen decir las verdades, el pueblo sobre angustiado, y afligido con el cerco de los indios, se puso en mayor consternación. El sabio magistrado para sosegar al conmoción del pueblo, mandó al padre del muchacho, que lo castigara, y corrigiera por travieso, y loco, y el buen portugués lo tomó tan por su cuenta, que lo tuvo amarrado unos cuantos días azotándolo cruelmente; pero en medio de la tempestad de azotes, le decía el niño con gran serenidad: más que me mate, taita, lo dicho, y le cantaba su canción. El ilustrísimo obispo Cimbrón sabida la constancia del niño, lo mandó llevar a su presencia, y le preguntó, quien le había aconsejado que dijese aquellas cosas, y él le respondió dando las señales, que quedan referidas. El prudente prelado encargó al guardián de San Francisco que buscara aquel fraile, y lo llevara a su presencia pero ya era tarde, pues aquella misma noche, puntualmente a las ocho, estando el bárbaro padre azotando al hijo, y la madre diciendo, apriétele la mano a ese embustero, vino de repente el temblor, se desplomó la casa, mato al padre y a la madre con toda la familia, y solo escapó el niño en carnes vivas von el pellejo al hombro, como San Bartolomé. Las memorias que seguimos dicen que vivió muchos años, y murió con buena opinión de virtuosos, y ejemplar cristiano.

También nos recuerdan, que la misma noche del temblor, se oyeron grandes voces por toda la ciudad gritando, y clamando por el aire sin cesar: el mar se ha retirado muy adentro, salgan, salgan huyendo, que es grande la ira del Señor. Estos repetidos avisos del cielo, preservaron a la ciudad de que hubiesen perecido miserablemente todos sus habitantes, que serían sobre veinte mil con los

moradores de todas las plazas de la frontera, residentes en ella. Si el terremoto fue instrumento de la divina justicia también sobresalió en él su gran misericordia, porque los sitiadores rebeldes consternados [p. 194] y despavoridos levantaron el sitio y se retiraron por entonces, de suerte, que cuando llegó el capitán general el día siguiente del temblor estaban desembarazados todos los caminos de la comarca de la Concepción”.

10 DE MARZO DE 1681, ARICA

RELACIÓN DEL ARCHIVO DE LA CIUDAD, ARICA, 10 DE MARZO DE 1681¹⁰⁷

[p. 23] “El día lunes 10 de marzo de este año, día en que todos los habitantes estaban alegres por el triunfo, fueron sorprendidos por un fuerte terremoto, que destruyó muchas casas. Todo fue terror y espanto: unos corrían a las iglesias a orar en ellas; otros al hospital a socorrer a sus deudos enfermos y el resto, entre los cuales habían ancianos sobrevivientes de la terrible salida del mar de 1604, se dirigieron con sus familias al célebre morro en vista de una posible inundación parecida a aquella. Felizmente no sucedió esto. Pasado el primer susto todos se pusieron a trabajar con empeño en la reconstrucción de sus viviendas. El primer cuidado de las autoridades fue la reedificación del fuerte. Para esto se comisionó al capitán don Matías de la Rivera, y por acuerdo de hacienda se dispuso se sacara de la real caja para atender a los gastos materiales y paga de la gente que debía trabajar, la suma de 1.000 pesos, procedidos de la venta de oficios. La parte destruida era un lienzo de muralla, y las demás quedaron muy maltratadas y rendidas con el terremoto. Los oficiales reales decían en un oficio: a no hacer la reparación quedaba la artillería expuesta, si segunda vez volviese el enemigo a invadir esta ciudad se la lleva, por ser el único refugio que hay para defenderse de ella”.

¹⁰⁷ Documento reproducido en Montessus de Ballore, *op. cit.*, vol. II, p. 23.

9 DE JULIO DE 1690. SANTIAGO

CARTA PASTORAL DEL OBISPO DE SANTIAGO BERNARDO CARRASCO DE SAAVEDRA,
SANTIAGO, 13 DE JULIO 1690¹⁰⁸

[p. 78v] “Ha querido la divina justicia darnos nuevo aviso, de que la tenemos irritada; para que envió, sin duda, el domingo nueve del corriente, a más de la una del día, el espantoso temblor, que oímos todos, para que fuese despertador al letargo en que nos tiene nuestra miserable, y frágil naturaleza De lo cual estimulada [p. 79] nuestra pastoral obligación, solicita que esta ciudad, y obispado se muestre agradecido a tanto beneficio, acreditado en la hora, y en los piadosos efector, que dicen más con la divina misericordia, que con la duración, e ímpetu, que trajo el terremoto; y que nos aprovechemos, asimismo, del recuerdo, valiéndonos de la prevención”.

RELACIÓN DE LOS MIEMBROS DEL CABILDO DE SANTIAGO,
SANTIAGO, 15 DE JULIO DE 1690¹⁰⁹

[p. 326] “Este día [20 de julio] acordaron dichos señores que en el temblor del domingo pasado padeció la capilla del señor [p. 327] San Saturnino y se halla hoy muy maltratada con notable riesgo de caerse, y para que no se pierdan las maderas, acordaron dichos señores que se vaya a reconocer, siendo necesario desbaratarse, se traiga el santo en procesión a la catedral de esta ciudad, donde se cantará una misa y se quede allí en depósito en ínterin que se levanta la dicha capilla; y que para ella se comunique al ilustrísimo señor obispo y por parte de este ilustre cabildo se le cometió al señor alcalde Blas de los Reyes”.

¹⁰⁸ Bernardo Carrasco y Saavedra, *Sínodo diocesana: con la carta pastoral convocatoria para ella y otra en orden a la paga de los diezmos* (Lima, Imprenta de Joseph de Contreras, 1691), pp. 78-79.

¹⁰⁹ “Actas del cabildo de Santiago, 15 de julio de 1690”, en *Colección de Historiadores de Chile y Documentos Relativos a la Historia Nacional* (Santiago, Imprenta Elzeviriana, 1913), tomo XLII, pp. 326-327.

(ENTRE EL 29 DE OCTUBRE Y EL 4 DE NOVIEMBRE)
DE 1691,
SANTIAGO

RELACIÓN DE LOS MIEMBROS DEL CABILDO DE SANTIAGO,
SANTIAGO, 9 DE NOVIEMBRE DE 1691¹¹⁰

[p. 422] “Este día el señor alguacil mayor propuso cómo es necesario poner un rallo de madera en la acequia que entra a la cárcel, de la parte de la calle, para que ataje la basura, porque con ella se anega la dicha cárcel, y asimismo que con el temblor de la semana pasada, por salir los preses del calabozo, se desgonzó la puerta, la cual era necesario aderezar para el seguro de los presos”.

¹¹⁰ “Actas del cabildo de Santiago, 9 de octubre de 1691”, en *Colección de Historiadores de Chile y Documentos Relativos a la Historia Nacional* (Santiago, Imprenta Elzeviriana, 1913), tomo XLII, p. 422.

SIGLO XVIII

1715. ARICA

RELATO DEL CAPITÁN BARBINAIS LE GENTIL,
1715¹¹¹

[p. 63] “Algunos días después de mi arribo a Arica [p. 64] hubo un temblor tan extraordinario que se hizo sentir hasta 200 leguas a la redonda. Arica, Ilo, Cobija, Arequipa, Tacna, Moquegua y otras villas se derribaron; las montañas se derribaron y se juntaron; hundiéndose las aldeas ubicadas sea sobre las colinas o sea en los valles. Este desorden duró dos meses enteros con intervalos, las sacudidas eran tan violentas que la gente no podía mantenerse en pie. Sin embargo, por ser construidas las casas con cañas y barro liviano, perecieron pocas personas debajo de los escombros. Durante un mes tuvimos que vivir en campo raso y debajo de tiendas”.

¹¹¹ Barbinais Le Gentil, *Nouveau voyage autour du monde* (Amsterdam, Pierre Mortier, 1728), tome 1, pp. 63-64. Relato publicado y traducido en Montessus de Ballore, *op. cit.*, vol. II, p. 24.

24 DE MAYO DE 1722, SANTIAGO

RELACIÓN DE LOS MIEMBROS DEL CABILDO DE SANTIAGO, SANTIAGO, 26 DE MAYO DE 1722¹¹²

[p. 370] “En la ciudad de Santiago de Chile, en veintiséis de mayo de mil setecientos y veintidós años, los señores del ilustre cabildo, justicia y regimiento de ella, conviene a saber: los señores gobernador don Pedro Gutiérrez de Espejo, y don José de Perochena, alcaldes ordinarios, y capitanes don Tomás Canales de la Cerda y don Ignacio de Santa Cruz, regidores, se juntaron en la sala de su ayuntamiento en cabildo extraordinario, con el motivo del terremoto que se experimentó el día 24 del corriente a las cuatro de la mañana, para tratar sobre las cosas tocantes al bien común, y así juntos y congregados los dichos señores, el dicho señor gobernador leyó un auto de buen gobierno sobre que no se altere el precio de los peones y albañiles que se necesitan para el reparo de edificios que se han lastimado en la ciudad y que el valor del millas de teja no se altere su precio a la cantidad de veinticinco pesos puesta en el cargadero, so las penas que en dicho auto se contienen y consultó sobre si sería conveniente que se pusiese en ejecución y todos los señores de unánime acuerdo vinieron en ello.

Y asimismo se acordó que en reverencia del Señor crucificado, abogado de los temblores, se hiciese una procesión de rogación, sacando a su majestad divina que se halla colocado en la iglesia del señor San Agustín y que se le haga una novena, comenzando el primer día de los propios de la ciudad, por tener prevenido el reverendo padre prior del dicho convento que la devoción del pueblo hará los demás y que se haya de comenzar el día de mañana y que se pongan carteles en las calles públicas para ellos, convidando al pueblo.

Y asimismo se acordó que los dos señores alcaldes ordinarios reconozcan las paredes y edificios que amenazaren ruina, para que los manden voltear a costa de sus dueños, tomando el señor maestre de campo don Melchor del Águila desde la esquina del río que comienza la casa de Juan de Morales para la Cañada, línea recta de dichas calles para abajo, y el dicho señor de Perochena de allí para arriba todo el más resto de la ciudad...”.

¹¹² “Actas del cabildo de Santiago, 26 de mayo de 1722”, en *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional* (Santiago, Dirección General de Prisiones, 1948), tomo I, p. 370.

20 DE NOVIEMBRE DE 1727,
SANTIAGO

RELACIÓN DE LOS MIEMBROS DEL CABILDO DE SANTIAGO,
SANTIAGO, 23 DE NOVIEMBRE DE 1727¹¹³

[p. 248] “Este día propuso el señor corregidor que respecto de estar tan atemorizada esta ciudad con el temblor que hubo el día veinte del corriente a las tres de la mañana y lo que es más la repetición que ha [p. 285] habido de temblores, y siendo como es patrón de esta ciudad especialmente para temblores el señor San Saturnino y estar la fiesta del glorioso santo próxima, le parecía conveniente se trajese dicho santo en procesión a la catedral la víspera de su fiesta y que el día a la tarde de llevase dicho santo en procesión a su parroquia”.

¹¹³ “Actas del cabildo de Santiago, 23 de noviembre de 1727”, en *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional* (Santiago, Dirección General de Prisiones, 1953), tomo II, pp. 284-285.

8 DE JULIO DE 1730, VALPARAÍSO

CARTA DE MANUEL DE SALAMANCA,
CONCEPCIÓN, 10 DE JULIO DE 1730¹¹⁴

[f. 162] “El día 8 de julio a la una de la noche se experimentó un temblor y luego consecutivamente salió diferentes veces el mar con tanto ímpetu que a la primera no dio lugar a más que a una presurosa fuga de que cada uno atendió solo al seguro de su vida en el refugio de los cerros y partes más altas del lugar; los más y especialmente los cercanos al mar y al río salimos desnudos y descalzos casi nadando y conforme se fue retirando el mar esta primera vez hui volviendo para casa y gané un caballo y pase a favorecer los soldados de la guardia y presos que clamaban porque los librasen del peligro que con mayor riesgo se repetía pero la segunda salida del mar y entrando en la guardia con mi hermano y don Miguel del Solar que también se hallaran a caballo cogimos unos a las ancas y los demás hechos además agarrado a las colas de los caballos salimos como todos entre mil [f. 162v] ruegos y clamores de que decían le ahogaran y otros que no podían andar por los rigurosos golpes del mar pero con el favor de Dios llegamos a la plaza que por estar más retirada y en más altura había menos agua y en ella me mantuve retirándome y acercándome conforme el mar crecía y menguaba por ver si podíamos sacar algunas armas y municiones y asimismo el cierre de los soldados que estaba en las casas reales pero todas la diligencias fueren inútiles por que el mar no dio lugar manteniéndose siempre muy crecido y derribando todas las casas más cercanas de suerte que nadie iba atreverse a llegar a ellas en estos continuos movimientos y mayores salidas se mantuvo el mar hasta las 4 del día que se retiró, aunque sin dejar de hacer algunos acometimientos hasta la tarde. La ruina ha sido general, llevose el mar todas las casas a la playa y barrio de Cantarranas, cayeron el palacio, guardia, calabozos, cuarteles, sala de armas, cajas reales, veeduría general y también el palacio episcopal; de los conventos el de San Juan de Dios, San Agustín, San Francisco no quedó más que la iglesia; por la parte del río de una y otra banda cayeron todas las casas hasta la de Bello, la de doña Gabriela de la Barra y la de don Asencio del todo arruinadas y las demás adelante muy maltratadas hasta la de Obando por Cantarranas línea rec-

¹¹⁴ Archivo Nacional Histórico, Fondo Claudio Gay, vol. 18, fojas 162-163.

ta desde San Francisco no quedó nada en pie y por la plaza tirando línea recta hasta la casa de Sorbano que también cayó fue igual estrago y solo quedaron en pie la iglesia mayor y los dos conventos de la Compañía. La pérdida no ha sido solo de la viviendas sino también de cuantas alhajas y caudal había en las casas, trigos y sebos en alza bodegas porque ningún saco con la turbación ni conque abrigarse. Hasta ahora se mantienen todas las familias en los cerros [f.163] descalzas y apenas con una manta; los clamores y confesión de la gente no cabe en la ponderación...”.

RELACIÓN DE LOS MIEMBROS DEL CABILDO DE SANTIAGO,
SANTIAGO, 19 DE JULIO DE 1730¹¹⁵

[p. 66] “Este día dijeron dichos señores que, por cuanto por el terremoto que se ha experimentado el día ocho del corriente a las cuatro de la mañana, en que toda la ciudad ha experimentado el fatal golpe de la divina justicia por su gran piedad ha enviado y que por este motivo se halla totalmente arruinada la ciudad, la cárcel de ella y la real audiencia y casa del cabildo, en que es preciso el reparo conveniente y en atención a no tener propios algunos de esta dicha ciudad, por estar toda por los suelos por la causa referida.

Para los reparos y paga de ministros, como son cárcel de esta referida ciudad, casa de cabildo de ella, no hallando otro recurso que el ramo de balanza, acordaron dichos señores se saquen del ramo de balanza hasta en la cantidad de cuatro mil pesos para la dicha paga de ministros y aliño de cárcel y casas de cabildo”.

CARTA DEL GOBERNADOR GABRIEL CANO Y APONTE AL VIRREY DEL PERÚ,
SANTIAGO, 20 DE JULIO DE 1730¹¹⁶

[f. 32] “Aunque considero será a vuestra excelencia sensibilísima la noticia es de mi obligación darla a vuestra excelencia si bien no será con aquellas expresiones que parecen necesarias para referir la desdicha de este reino porque el estrago solo para la admiración parece nos ha dejado libres las facultades, y con especialidad a mí que me hallo, con el primero empleo del reino y consiguiente el cuidado de socorrer, y proveer en la calamidad en que apuesto esta ciudad y su jurisdicción, el terremoto mayor que ha sentido desde que la habitan españoles,

¹¹⁵ “Actas del cabildo de Santiago, 19 de junio de 1730”, en *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional* (Santiago, Sociedad Chilena de Historia y Geografía, 1982), tomo LII, p. 66.

¹¹⁶ Archivo General de Indias, Fondo Audiencia de Chile, vol. 27, fojas 32-34v. Copias manuscritas en Chile en Archivo Nacional Histórico, Fondo Vicuña Mackenna, vol. 304-c, fojas 249-255 y en Biblioteca Nacional, Manuscritos Medina, tomo 177, pieza 3874, fojas 229-234.

y experimentó entre una y dos de la mañana del día ocho del corriente, en que empezó la tierra a moverse por cerca de mucho cuarto de hora, más sin violencia, que hubiese ocasionado ruina, y si bien lo advertimos fue especial misericordia de Dios, avisa con este primer toque a todos porque asustados salían de las casas, y temerosos entre la confusión y espanto, no se atrevieron a volverlas a ocupar, y así sobrevino a las cinco de la mañana con mayor fuerza, y cuasi igual duración el segundo terremoto cuya fuerza a ocasionado sino la total desolación de esta ciudad, una tan grande cuya restauración no es posible vean los nacidos, y a las doce del día, volvió a repetir con menor vigor, pero sin que en los intermedios desde el primero hasta hoy, se haya dejado de sentir el movimiento de la tierra, también siguieron en distintos días otros tres que se ha considerado grandes y hubieran ponderado mucho sino se hubieran llevado las atenciones los tres primeros, se han arruinado generalmente todos los templos, los más [f. 32v] tanto que el reparo es solo nueva reedificación y el que no necesitare de esta le será preciso un grande gasto, para ponerse en estado de que se obren los divinos oficios, en el siempre con gran riesgo y desconfianza de que quedan con poquísima firmeza, de los monasterios religiosos han quedado por tierra iglesias, y conventos el de las Claras de la Cañada, y el de las Agustinas, y con precisión el señor obispo de haber sacado a casas particulares las religiosas donde quedan, y este ha sido uno de los caso de más compunción la catedral aún no hemos registrado, el estado en que se halla que veo será muy trabajoso, todas las casas de la ciudad la más ruina total, y son muy raras las que se consideran capaces de aderezo, a este miserable estado se vio reducida en un cuarto de hora la ciudad que aseguro a vuestra excelencia pudiera parecer bien en Europa, y no cesó el estrago porque entró mayor confusión con empezar a llover el lunes diez desde las tres de la mañana, hasta el día donde asimismo a las cinco de la mañana, en tal fuerza que parecía hacerse conjugado los elementos para combatirnos y valerse de ellos la divina justicia a fin del destruírnos, pues los horrores de que se vistió la noche se hicieron temer de los más fuertes, pues fuera de la obscuridad, y la frecuente repetición de temblores, se sentía un continuo ruido que antecedió a los movimientos, y de cuando en cuando unos golpes en [f. 33] la cordillera muy parecidos a la reventación de una bomba en distancia, que todo horrorizaba, y a este fin contribuía también el recelo de inundación por alguna avenida del río, cuando se veía llover tan irregularmente y con efecto la hubo pero sin que penetrase en la ciudad, las lluvias cogieron las casas que estaban en pie sin el abrigo de la teja, sin aletas las paredes con que penetró a lo interior, y se han lastimado o perdido los más adornos de las casas, y debilitadas las paredes, que han ido cayendo a poca diligencia, y todo el pueblo se han desamparado sus habitaciones, y formándolas en plaza cañada arrabales, y chozas, sujetándose al desabrigo de un toldo y los más de pabellón, haciendo la necesidad, posible lo que la ambición despreciaba, y reduciendo este accidente a igualdad, al pobre y al rico, padeciendo con uniformidad la necesidad, todos porque aunque se dan las providencias y ha querido Dios que la haya, no puede ser con la abundancia

que antes, en todo lo que la vida humana necesita, y con decir a vuestra excelencia, que nuestro Señor sacramentado tiene por templo un rancho de tablas en la plaza donde le venera el pueblo, puede vuestra excelencia inferir que el señor obispo los señores ministros con sus familias, y yo con la mía estamos así situados [f. 33v] pero más lastimado por deber mida de todas, sin que pueda la compasión de tantas excusarnos de limosnas que no alcanzan nuestros caudales, se queda en la misma plaza, haciendo por ahora una corta iglesia de madera, para colocar al santísimo donde se le de el culto, con los divinos oficios, y asistencia de los prebendados al coro, y solo es consuelo a lo católico juzgar piadosamente el mejor estado de las almas que verdaderamente se aprovechan de esta ocasión para llorar sus culpas, porque se ha esmerado la devoción así en ejercicios de virtud, como en publicas comunes, y continuadas penitencias no comunes, con más frecuencia de confesiones, con buenos efectos, según las satisfacciones públicas y si en esta parte que nos prepara el logro de nuestro fin nos hubiéremos aprovechado será feliz el estrago, la noticia con que me hallo de Valparaíso es de haberse arruinado enteramente con notable perdida de sus vecinos porque además de los efectos del terremotos se introdujo el mar, y destruyó las más de las bodegas, y porque de esto son los pasajeros testigos oculares me refirió a la relación que podrán hacer a vuestra excelencia los minerales de oro de Petorca, Tiltil, y Illapel, y otros han quedado incapaces y sin trapiches; las haciendas del reino desoladas [f. 34] y temiendo hoy siga el año muy escaso, por tanto como los hombres tienen a que atender en reparar sus daños y porque aunque las lluvias son muchas, como han sobrevenido a la sequedad de los años anteriores, poco se hallan con bueyes para labrar la tierra, ni bestias para el manejo de las haciendas, que han padecido gran mortandad de ganados y quedó temiendo igual ruina en la Concepción, de donde por horas espero correo, de cuyo resultado daré cuenta a vuestra excelencia en estos navíos si alcanzase, y sino en el de Santo Domingo que parece se dilatará algo más, y esta será la que me pondrá mayor cuidado si la almacenes cayeren porque así habrán padecido todas en armas, el situado estaba ya para distribuirse a los soldados, perdiéndose la pólvora, y ojalá nuestro infortunio advierta a los indios la ocasión de lograr su siempre consabidos intentos que procuraré precaver por todos los medios y modos que fueren posibles, en tan infeliz constitución debiendo anticipar a vuestra excelencia que será conveniente me socorra con la pólvora que sin este accidente tenia pedida a vuestra excelencia suplico a vuestra excelencia que si hubiere oportunidad se sirva de dar cuenta a su majestad de este lamentable suceso, ínterin que yo lo ejecuto con la individualidad que es de mi obligación luego que [f. 34v] me halle más desembarazado de tanto a que tengo que atender [...] Olvidabaseme decir a vuestra excelencia que en medio de tan grande infortunio se nos ha concedido Dios el consuelo de no haber peligrado más que cuatro o cinco vidas”.

CARTA DEL OBISPO DE CONCEPCIÓN FRANCISCO DE ANTONIO ESCANDÓN AL REY,
CONCEPCIÓN 20 DE AGOSTO DE 1730¹⁷

[f. 1] “En cumplimiento de mi obligación doy cuenta a vuestra majestad de la calamidad, con que la majestad de Dios ha castigado, y corregido a esta pobre ciudad experimentando los rigores de su justicia entre las piedades de su misericordia. El día ocho de julio, del año pasado de 1730, como a la una y media de la mañana, se sintió un temblor tan grande, que alcanzó la conmoción de la tierra a todo el reino, siendo tan extraordinario el efecto que causó en la tierra, y en la mar, que habiéndose retirado las aguas de sus límites, como media legua volvieron impelidas de su misma violencia [f. 1v] y entrando en esta miserable ciudad empezaron el estrago de su inundación. Repitió por cuatro, o cinco veces la retirada, y salida, y cada una con más impetuosa fuerza; especialmente la tercera, en que, como a las tres de la mañana, se volvió a repetir el temblor de la tierra, aún con mayor duración y con tan violentos vaivenes, que pareció quería arrojar de si a todos los mortales. A esta grande conmoción correspondió el movimiento y la inquietud del mar, que entrándose por las plazas y las calles de esta ciudad al retirarse, dejó arruinadas de las tres partes, las dos de sus templos, sus casas, y sus edificios, llevándose consigo cuanto encontró dentro de ellos, y lo que no pudieron sacar las ondas, lo dejó sepultado en sus ruinas.

Cayó todo el convento de [f. 2] San Francisco menos la iglesia, que quedó tan maltratada, que será forzoso derribarla. El de San Agustín cayó tan del todo, que solo se pudo sacar, con gran peligro el santísimo sacramento. La iglesia, y hospital de San Juan de Dios, se arruinó de modo, que no se pudo reservar el sagrado copón, hasta que al otro día la cristiana piedad de estos católicos afligidos fieles, a devota porfía, apartando ruinas, y cavando tierras, sacaron el sagrado vaso de la eucaristía. La santa iglesia catedral, aunque la inundó el mar, no padeció tanto; porque con los reparos, que yo le he hecho, a expensas de la piedad de vuestra majestad pudo resistir a la fuerza de la inundación. Los demás conventos, y templos, aunque maltratados, han quedado en pie, unos porque no los alcanzó el [f. 2 v] mar, y otros porque los defendía su fábrica, y su situación.

A un mismo tiempo se arruinó, cayendo a plomo, el palacio de los gobernadores; lo mismo le sucedió al mío; por estar uno, y otro los más cercanos al mar. Cayeron las cajas reales, la sala de armas y municiones, la veeduría general, la guardia principal, los cuarteles de caballería e infantería, las casas del ayuntamiento, las cárceles públicas. Y en suma, de tres partes las dos, de las más principales casas, y edificios de esta ciudad, con los graneros, las bodegas, y tiendas de mer-

¹⁷ Archivo General de Indias, Fondo Audiencia de Chile, vol. 27, fojas 1-7. Copia manuscrita en Chile en Archivo Nacional Histórico, Fondo Vicuña Mackenna, vol. 304-c, fojas 257-267. Esta misiva también fue transcrita y publicada por Raïssa Kordic, “El terremoto de 1730 visto por el obispo de Concepción Francisco Antonio de Escandón”, en *Cuadernos de Historia*, N° 10 (Santiago, 1990), pp. 209-225.

caderes, de modo, señor, que no cabe en la más alta ponderación la descripción de esta calamidad, ni la pueden registrar los ojos, sin afligirlos tristes corazones con la amargura de las lágrimas. [f. 3] Y no paso a individualizar sus circunstancias, remitiéndome a la relación, que llegará a manos de vuestra majestad que aunque sucinta, expresa más pormenor lo particular de esta lamentable tragedia.

El gobernador de las armas de esta frontera, don Manuel de Salamanca, llenó todos los números de su obligación; previniendo con su celo e infatigable solicitud cuanto fue posible en la presente calamidad, y precaviendo la que se debía temer en la cercanía de los indios bárbaros, siempre infieles, y siempre nuestros, enemigos; aunque, gracias a Dios, a la hora de esta no han hecho movimiento alguno. El cabildo de esta ciudad ha dado las providencias que le han sido posibles para el alivio de estos vecinos, cuidando de que no falten [f. 3 v] los abastos, ni se alteren los precios.

Las casas, y comunidades religiosas que han quedado en ser se han esmerado en el amparo, y socorro de las que inundó el mar, y en el consuelo y doctrina de estas afligidas almas. Todos con gran edificación han llenado sus obligaciones.

Yo, señor, salí de mi casa aquella triste noche a los primeros avisos de la salida del mar, que fue especial providencia de Dios, que se hallase en la playa, quien la observase, para que avisando a los descuidados, y dormidos, pudiésemos salvar las vidas. Yo salí mal vestido, porque el peligro de la cercanía de mi casa a el mar no permitía mucho tiempo, y a poco más de una hora se inundó toda, y cayó aplomada; porque parece que las aguas traían la [f. 4] espada cortadora de la divina justicia, con que iban degollando los edificios por los cimientos. Perdí en la inundación y la ruina, cuanto había en mi casa; no he perdido mucho, porque todo cuanto tenía era poco; pero he quedado sin oratorio, ni pontificales, sin ornamentos, sin librería, sin ropa y homenaje de mi persona, y familia que todo hace gran falta a mi pobreza; pero debo asegurar a vuestra majestad que mi pérdida me ha merecido tan poco dolor, que apenas he tenido mérito en la conformidad. Lo que si me tiene traspasada el alma, es la extrema necesidad, e imponderable desamparo de estos pobres súbditos: desnudos, descalzos, y hambrientos, empezando desde las familias más acomodadas [f. 4 v] hasta las más pobres, y más comunes, que ya la calamidad nos hizo a todos iguales, dejándonos sin tener a quien volver los ojos.

A mi acuden con sus gemidos, y yo no tengo forma de remediarlos, no socorrerlos: desde el primer día solicité, que si algunos tuviesen plata, me prestasen cuatro o seis mil pesos para socorro de pobres; y ofreciendo buenos fiadores, y buenos intereses, no pude hallarlos, solo encontré un mil, que me prestó la procuraduría de misiones de los padres de la Compañía y siendo el caudal tan poco, y tantos los necesitados, al tercer día estaban ya distribuidos. No han faltado otros caritativos que han socorrido los pobres; pero como es tan universal, y tan grande la necesidad, y tan cortos los medios que la calamidad ha dejado, [f. 5] no cesa el clamor, y el gemido que me tiene sumamente quebrado el corazón. Dios lo remedie todo, como lo espero de su amante providencia. Paro para que vuestra

majestad tenga algún consuelo en tan lastimoso caso, le debo decir que está fatal ruina, no ha sido castigo de la divina justicia, sino, a mi entender, un amante aviso de su misericordia; porque nos ha dejado a todos la vida (no habiendo sido más que cuatro, o cinco los muertos) para que reformemos los desórdenes de nuestras costumbres, y purifiquemos nuestras almas; así lo han entendidos todos estos católicos porque han sido universales y prodigiosas las demostraciones de dolor, y penitencia de estos fieles. La noche de los temblores, e inundación prediqué en varias partes de los [f. 5v] cerros, a donde nos refugiamos todos, para mover a el dolor de las culpas, y consolar a este mi afligido pueblo, alentándolo a la confianza en la divina misericordia; y creo que sus lágrimas y sus gemidos rompieron los cielos, moviendo a la divina piedad al perdón de nuestros delitos. Luego intimé una novena de rogativa a nuestra madre y Señora María Santísima de las Nieves, cuya imagen se venera en mi catedral, y es el consuelo, y la tutela de esta ciudad. Prediqué todos los nueve días, y como Dios pone la moción y la eficacia en las voces del prelado (aunque sea como yo el más indigno) ha sacado su Majestad tan copioso fruto, que dentro de los mismos nueve días se vio reformada la profanidad, e indecencia de los trajes, [f. 6] cortándose los vestidos a las medidas de la moderación y la honestidad. Se reconciliaron muchos enemigos, se han unido los matrimonios separados, se han casado muchos que vivían mal amigados, se han hecho muchas restituciones, han sido grandes las demostraciones de publicas penitencias, y tengo por cierto que no ha quedado en esta ciudad persona que no haya hecho una verdadera confesión, y muchas de muchos años, porque en solo el último día de la novena, a la cuenta que he podido hacer, comulgaron más de cinco mil personas; y con la asistencia dela divina gracia, se va continuando el fruto el obispado que es verdadero consuelo, que Dios nos ha dado en tan gran trabajo, pues [f. 6v] habiéndonos arruinado una ciudad de tierra, nos ha movido a reedificar la mística ciudad del alma, arruinada con la inundación de la culpa. Sea bendita, y alabada la divina misericordia, que así sabe convertir en nuestro verdadero bien los castigos de su justicia.

La junta de la real hacienda de vuestra majestad en su real nombre, considerando la suma estrechez, y extrema necesidad, a que me redujo la inundación me ha socorrido con tres mil pesos para ayuda a vestir mi desnudez, y la de mi pobre familia con el cargo de afianzar esta limosna, para en caso, de no aprobarla vuestra majestad a quien suplico lo tenga a bien, atento a que las rentas de esta mitra apenas alcanzan a poder pasar con una estrechísima moderación. Así lo [f. 7] espero de la real piedad vuestra majestad asegurándole el mérito de este caritativo socorro a un obispo desnudo, y en que ha tenido la mayor parte los pobres desnudos de este obispado q todos pedimos igualmente a Dios nuestro Señor guarde y prospere la real católica persona de vuestra majestad como la cristiana ha menester”.

RELACIÓN DE LOS MIEMBROS DEL CABILDO DE CONCEPCIÓN,
CONCEPCIÓN, 3 DE ENERO DE 1731¹¹⁸

[f. 30] “Esta arruinada ciudad con los terremotos, e inundación del mar padecidos el día ocho de julio del año pasado de treinta de que supone a vuestra majestad informado por las relaciones que se remiten del fatal suceso; recurre a la gran piedad de vuestra majestad haciéndole presente la suma desdicha a que la tiene reducida esta imponderable desolación, en que con las dos partes de sus sagrados y profanos edificios, se arruinaron las casas de su cabildo y ayuntamiento, las cárceles públicas, y hospitales. [f. 30v] No siendo capaz de poder levantar una piedra para su reedificación; porque no teniendo propios algunos de que echar mano, y estando imposibilitados todos sus vecinos con la ruina de sus casas, y perdidas de sus haciendas, se hace imposible su remedio, y preciso el desconsuelo de no poderse administrar la justicia, no contener a los delincuentes, por falta de cárceles; como vi ejercitar la misericordia con los enfermos pobres, por la falta de hospitales. En este miserable estado se pone esta triste ciudad a los reverendos pies de vuestra majestad suplicándole que usando de su generosa piedad, atienda a esto fieles vasallos en tan lastimoso desamparo librándoles algún socorro (el que vuestra majestad fuere servido) o en sus reales cajas de la ciudad [f. 31] de Santiago, o en los novenos de rentas desimanes de los obispados de este reino para la reedificación de las casas de cabildo, cárceles y hospital de esta ciudad con que podrá administrar justicia y ejercer la misericordia”.

INFORME DEL OBISPO DE SANTIAGO ALONSO DEL POZO Y SILVA AL REY,
SANTIAGO, 20 DE FEBRERO DE 1731¹¹⁹

[p. 478] “Hallábase esta ciudad de Santiago en la mayor ostentación de sus edificios perfeccionada, llegando aún más allá de lo que permitía el posible de sus caudales, emulándose unos por su devoción en el aumento, y ornato de los sagrados templos, y otros llevados de su vanidad en el aseo de sus propias cosas, cuando el Señor para despertarnos del sueño de nuestra ambición, y letargo de nuestra culpa, quiso misericordiosamente manifestar su justa indignación el día ocho de julio, moviendo, no solo con uno, sino con tres terremotos toda la

¹¹⁸ Archivo General de Indias, Fondo Audiencia de Chile, vol. 145, fojas 30-31v. En Chile se encuentran copias manuscritas en Archivo Nacional Histórico, Fondo Vicuña Mackenna, vol. 304-c, fojas 280-281 y en Biblioteca Nacional, Manuscritos Medina, tomo 139, pieza 3875, fojas 235-242.

¹¹⁹ Este documento, titulado “informe, que con varios testimonios hace el obispo de Santiago, de la ruina que á padecido esta ciudad con los primeros terremotos del día 8 de julio del año de 1730 y siguientes en más de dos meses”, fue transcrito en Gay, *op. cit.*, tomo II, pp. 478-484. Este texto también se encuentra reproducido en Montessus de Ballore, *op. cit.*, vol. IV, pp. 81-84 y en Mauro Matthei, “Alonso de Pozo y Silva”, en Carlos Oviedo (editor), *Episcopologio chileno: 1541-1815* (Santiago, Ediciones de la Universidad Católica de Chile, 1992), tomo II, pp. 127-148.

tierra, en el mismo día en el espacio de doce horas, siendo el primero entre la una, y dos de la mañana tan formidable, que ninguno hubo que no se vistiese y saliese, pasado su movimiento, repitiéndose otros menores hasta las cuatro y tres cuartos de la mañana en que acaeció el segundo tan espantoso, que no daba lugar el movimiento de la tierra a mantenerse en pie a ninguno de sus habitantes, y arruinando este todo lo más de la ciudad, y en especial lo suntuoso de los templos no se pudo por entonces percibir tan general ruina, estando los ánimos preocupados solo del pavor del tremendo movimiento de la tierra, hasta que pasado la perturbación del ánimo, y el mismo aire obscurecido con el polvo de las ruinas, dio indicio de su estrago; y hallándome en la plaza con mi familia remití a reconocer el estado de los templos, noticiándome los portadores de sus ruinas que vieron patentes, luego de que comenzó a aclarar el día, y entre doce y una de la tarde, se repitió el tercero igual al antecedente, y aun mayor, y lo que se aumentaba con el numeroso gentío que se había ido congregando en la plaza, pidiendo misericordia, y cargando [p. 479] tantos sobre cada confesor, que no era posible que ningún penitente le hiciese perfecta en el número de sus culpas, pues como día de juicio, no había más libertad que para sollozos, ayes, y lágrimas, repitiéndose tantos temblores en aquel día y en los dos meses siguientes, que creo que el más prolijo computista perdió la cuenta del número, siendo muchos días casi continuado, por instantes, el movimiento de la tierra y no satisfecho el Señor de nuestras lágrimas, siendo pocas, y no correspondientes a la gravedad de nuestras culpas desató el cielo sus nubes el día nueve a la media noche con tanta abundancia de aguas, que parece quería el Señor anegarnos, o cumplir con esas materiales las que faltaban a nuestros ojos para llorar nuestras culpas durando la continuación de esa lluvia más de treinta horas, pasando las de la primera noche en el reparo sólo de mi coche; y discurriendo la inundación que podrían tener los monasterios, habiéndolos visto arruinados el día anterior, pasé en persona con mi provisor, varios sacerdotes que me acompañaron y algunos seculares que se hallaron en la inmediatez de sus monasterios, a reconocer su trabajo, hallándolas en los patios mojadas, de pies a cabeza enlodadas, por serles necesario salir de sus pabellones, las que los tenían, a componerlos lo mejor que podían, y alcanzada su debilidad y pareciéndome, con la consulta de hombres graves, que llegaba el caso de prevalecer el derecho natural de conservar la vida al eclesiástico de la clausura, dispuse sacarlas a tal o cual casa inmediata que había quedado en pie, para que se reparasen en alguna parte de las lluvias y del pavor de los temblores, y entre estos sustos mandé a sus síndicos que levantasen algunas barracas de tablas, estrados y alfombras, para que se pudiesen restituir en lo más breve a la dicha su clausura, auxiliando por mi parte esta necesidad con alguna limosna, la que pude, siendo indispensable socorrer en alguna manera a las religiones, para el sustento de aquellos primeros días.

En este trabajo, el doctor don Francisco de la Barreda nuestro [p. 480] oidor fue el único ministro que prestó su asistencia, mandando cerrar con tablas los claros de las puertas y ventanas de su casa, en que por entonces se abrigaron las

religiosas agustinas, siendo la casa más inmediata y que por nueva se mantuvo en pie, y por lo que mira a la extracción de las religiosas claras, concurrió nuestro gobernador con un coche, o calesín, para que saliesen algunas, acompañando a otras a pie, más en todo lo demás se experimentó un total desvío, sin otra menor asistencia que la expresada, ni en socorro alguno, ni en auxiliar la forma de que se les formasen algunas barracas para poderse restituir a su clausura, ni para desmontar algunas de las ruinas, para que hubiese esa mayor capacidad a su retirada, motivo para mandar a sus síndicos procurasen por sí ejecutar alguna habitación de tablas, estrados y alfombras, en que pudiesen habitar resguardadas en alguna parte de las lluvias y sol, y en efecto así se mantienen, habiéndolas restituido a su clausura lo más breve que pude, acompañado sólo de mi cabildo eclesiástico y clero y mucha parte del pueblo que concurrió en varias estaciones de las calles por mera curiosidad, y ni ésta ni la obligación de ministros de vuestra majestad católica les hizo mover a prestar el auxilio de su asistencia, en función tan tierna como fue ver a unas esposas de Jesucristo, caminar a pie por las calles, por el amor de su clausura, y con esta experiencia mandé a sus síndicos se presentasen ante vuestra real audiencia, pidiendo que por persona práctica e inteligente se reconociesen las ruinas, así de sus iglesias, como de lo restante de sus monasterios, para que se les diese por testimonio.

No sé si el motivo de esta diligencia a su mucha piedad arbitró se hiciese junta de hacienda real para el socorro de estos monasterios, y de esta conferencia se determinó que se les diese el auxilio de quinientos pesos a cada uno y de la misma suerte a las sagradas religiones: acción que mirada por sí sola fue de mucho consuelo mío, más a vista de la liberalidad y franqueza con que se abrió el erario del ramo de balanza para comprar [p. 481] medio solar más, por precio de cuatro mil y más pesos, para la extensión de la habitación de vuestro gobernador, que con el ádito del gasto que se hizo en la dicha habitación y en deshacer todos los altos pertenecientes a dicha casa de vuestro gobernador y real audiencia, fue mucho más crecido que el socorro referido a monasterios y religiones, y esta relación la verificará vuestra majestad pidiendo testimonio a vuestros oficiales reales, así de este gasto, como del íntegro de dicho ramo, pues me hallo en la inteligencia de subir su producto en los doce años a más de ciento setenta mil pesos, y siendo esta suma tan crecida como de la liberal mano de vuestra majestad, será lástima que su distribución no corresponda a la franqueza y celo con que se concedió esta gracia. Continuando mi relación, en la ruina de esta ciudad compiten unas con otras las de los templos de las sagradas religiones: la de la Merced, que era todo de bóveda, se arruinaron todas viniéndose abajo, sin que quedase pedazo alguno de su techumbre por caer, destruyendo en él todo su tabernáculo mayor, que era dorado y muy costoso, haciendo pedazos las lámparas, blandones y vasos sagrados, con otros destrozos que se ven en los demás altares de sus capillas. La iglesia de la Compañía era también de cal y canto y bóvedas de hermosa arquitectura, siendo la misma planta que la de ese colegio imperial, ésta, es verdad, no se vino al suelo, más han quedado tan desplomadas sus murallas y tan arruinados

algunos arcos de sus bóvedas, la testera del altar mayor se descubre más de una cuarta de despoblamiento y lo mismo ha padecido la fachada de su puerta principal, como también la torre, que no sólo se gastará mucho dinero en deshacer lo que se halla inservible, sino que será necesaria la dirección de persona muy práctica, para echar abajo lo arruinado, para que se eviten los riesgos de los que trabajaren. La iglesia de Santo Domingo, siendo de cal y canto sus murallas y de tres naves, la techumbre, que era de hermoso [p. 482] maderaje, se vino toda por los suelos, quedando sus murallas y de su torre un tercio abajo. Las otras dos iglesias, de San Francisco y San Agustín, eran igualmente de cal y canto sus murallas y sus techumbres de singular enmaderación; de éstas un tercio de ellas se vino abajo, arruinándose por los suelos toda la muralla del presbiterio de la de San Agustín, sus dos torres y portería, todo de cal y canto y registrándose la misma ruina en la de San Francisco; éste es, señor, el estado lamentable de los templos de las sagradas religiones y monasterios, fuera de la demolición de mucha parte de sus habitaciones, que verificará el testimonio del trabajo de los dos monasterios y San Agustín, teniendo por cierto que concurrirán los demás prelados con la relación de sus ruinas. Mi catedral no es la más ruinosa en esta universal desolación de este mísero reino, mas su estado nos tiene a todos los eclesiásticos celebrando fuera de sus muros, en una iglesia de tablas que se formó en la plaza los primeros días, con la mortificación de padecer en ésta los rigores del sol y destemplanzas del agua, según la variedad de tiempos, pues su torre, testera del altar mayor, fachada de la portada y algunos arcos inmediatos, es necesario echarlo todo abajo por la ruina en que se halla, una de las sacristías se arruinó en la techumbre de su enmaderado y también la trabe inmediata colateral de la iglesia, con algunos frontones que despidió la torre, y el depósito o preparatorio de cal y canto, se arruinó en él todo por la vecindad de la torre; las murallas de la cárcel eclesiástica y toda la demás habitación que tenía dicha iglesia para sus ministros inmediatos, se halla parte por los suelos, y lo que no con manifiesta ruina, imposible de habitarse; y todo lo referido afianza la restauración en el cristiano celo y piedad de vuestra majestad con el auxilio de la limosna de sus reales novenos, siendo de su real agrado, como lo fue en tiempos pasados para la fábrica de las referidas piezas y otras más de dicha iglesia catedral, por ser la asignación de la renta que goza en la parte de dichos [p. 483] novenos la precisa para su gasto regular de teja, aceite y ornamentos, con la obligación de restituir el mayordomo de dicha iglesia mil y pocos más pesos que había percibido, entregados voluntariamente por unos oficiales reales de la tercia vacante, según la disposición de la ley recopilada, mortificación que de presente se padece, estando como está ejecutado el dicho mayordomo para esta restitución, y para que mi dignidad no se ultrajase con dicha ejecución, exhibí la misma cantidad que se me había entregado sin diligencia alguna mía, sino sólo por arbitrio libre de dichos oficiales reales, privándose los pobres mis acreedores de esta corta limosna, que en el tiempo presente fuera no pequeño alivio para socorrer en parte a los monasterios. Ésta es la relación de la ruina de lo material de este reino, siendo la

de cualquier religión mayor que la del común de la ciudad. Y por lo que mira al beneficio espiritual de las almas, se procuró por todo el estado eclesiástico llevar su obligación en procesiones públicas de penitencia, misiones para la reforma de costumbres por todos los barrios públicos de la ciudad, absoluciones públicas y bendiciones, según el ritual y pontifical romano, casamientos de personas que vivían en mal estado se ejecutaron los meses de julio y agosto

más de cuatrocientos, dispensando en las amonestaciones del santo Concilio de Trento y en muchos impedimentos, por pedirlo así la necesidad, y remitiendo en él todos los emolumentos de las informaciones, que por derecho se debían, para que este corto interés no privase a los pobres del beneficio de ponerse en gracia de Dios mediante el matrimonio, y con el mismo fin publiqué varios jubileos de los que su santidad me concede, para que atraídos por esta gracia fuesen más frecuentes las confesiones y comuniones, sacrificándose todos los sacerdotes a la tarea del confesonario, no sólo de día, sino mucha parte de la noche, y en muchas de éstas se sacaban en procesión imágenes de la Santísima Virgen, cantándole a coros su santísimo rosario por toda la ciudad, siendo muchas las noches que todas enteras se gastaron [p. 484] en estas alabanzas, por ser muchos los gremios que con emulación santa deseaban aplacar la justa indignación divina, mediante el favor y piedad de la Santísima Virgen. Esta relación, siendo de la incumbencia de mi dignidad, me ha parecido hacerla a vuestra majestad, para que informado de la ruina de esta ciudad, de la de La Serena, puerto de Valdivia y Concepción, que por la vecindad y cercanía del mar padecieron también su inundación, merezca todo el reino en este su trabajo el consuelo de que, llegando a sus reales oídos, se compadecerá de tamaña mortificación”.

RELACIÓN DE *LA GACETA DE MÉXICO*, ABRIL DE 1731¹²⁰

[p. 246] “Perú. Avisan de este reino la gran fatalidad acaecida en el del Chile el día 8 de julio del año próximo pasado, ocasionada de un recio temblor de tierra, el mayor que se ha experimentado desde que está en poder de españoles: la primera recia moción fue a las dos, y media de la mañana y duró medio cuarto de hora, no causando notable daño; a las cinco de la mañana, repitió con tanta vehemencia, que arruinó en un todo los templos, calles, y plazas de aquella gran población, de tal suerte, que apenas hay iglesia en que sin inminente peligro se pueda celebrar: todos los oficios de aquella catedral se han hecho en la plaza principal: a las doce del mismo día se repitió con gran fuerza, y después a esta grande, siguieron otros menores: el día diez del mismo cayo tanta agua, que duró el aguacero treinta horas, en esta ocasión la gran cordillera despidió

¹²⁰ “Gaceta de México, abril de 1731”, en Nicolás León (compilador), *Bibliografía mexicana del siglo XVIII* (México, Tip. J.I. Guerrero y Cía., Susc. de Francisco Díaz de León, 1903), sección primera, segunda parte, pp. 246-246.

muchas piedras, que despeñadas de las eminencias, hacían tanto estrépito, que aumentaba el horror, espanto, y desconsuelo; por cuyo motivo, desamparadas las casas se pasaron muchas familias a vivir en los despoblados, bajo de toldos, chozas y enramadas.

Las grandes públicas rigurosas penitencias que por esta causa se han hecho en todo aquel reino, no se pueden ponderar, pero baste decir, que en una procesión la mujer del presidente, se puso un saco de jerga a raíz de las carnes, haciendo voto de traerlo toda su vida: los casamientos que en estos días se han celebrado, se dice pasan de trescientos: cerca del número de los muertos, se habla de variedad, darse noticia a punto fijo, en llegando la cierta: de los monasterios de religiosas, las Agustinas, y las Claras desampararon sus clausuras; más las Carmelitas, y Capuchinas (que fueron las menos mal libradas) se mantuvieron en las suyas.

En Valparaíso acaeció igual ruina, con la circunstancia de que el mar, saliendo de sus términos, anegó a *Flurosino*, y pasando por encima de las bodegas, se llevó más de ochenta mil fanegas de grano, y pasando adelante su furia inundó el castillo que ya queda por los suelos: en la Concepción acaeció igual desgracia entrándose el mar tres cuadras dentro de la población, y lo mismo se discurre habrá sucedido en todo lo restante de aquel reino, aunque no ha habido tiempo para que de Valdivia, Chiloé, y otras partes lo puedan avisar por causa de que dos navíos, que estaban en el puerto, recelando correr fortuna adversa, se llevaron a media carga, y cogieron el derrotero del puerto de Callao: el ilustrísimo señor Escandón, que era [p. 247] obispo de la Concepción, se salió con algunos vecinos y se ignora donde fue a parar”,

CARTA DEL RELIGIOSO FRANCISCANO FRANCISCO SECO AL REY,
SANTIAGO, 12 DE AGOSTO DE 1731¹²¹

[f. 55] “El día ocho de julio de setecientos y treinta, siendo como entre una, y dos de la mañana, se experimentó en la ciudad de Santiago de Chile, y su reino un gran terremoto, que despertó à todos sus moradores; y habiéndose desde aquella hora continuado otros menores, que fueron suficientes para impedirles el sosiego, y hacerles retirar de sus casas, y habitaciones, se sirvió la Majestad Divina de enviarles como a las cuatro de la mañana, otro mayor; y tan terrible, que derribó muchas partes de aquella ciudad, y su provincia, y sus principales iglesias, y edificios, y entre ellos diferentes conventos de la religión seráfica, pues quedaron totalmente arruinados los de Campana, Alcántara, Malloa, Monte, Santa Rosa, Quillota, Chillán, Uñigue, Valparaíso, y gran parte del convento principal de nuestra Señora del Socorro de la dicha ciudad de Santiago, por

¹²¹ Archivo General de Indias, Fondo Audiencia de Chile, vol. 145, fojas 55-56. En Chile se encuentran copias manuscritas en Archivo Nacional Histórico, Fondo Vicuña Mackenna, vol. 304-c, fojas 246-256 y en Biblioteca Nacional, Manuscritos Medina, tomo 177, pieza 3876, fojas 234-245.

haberse hundido, la torre con su reloj, un pedazo del coro, otro de la portería, y librería, y la capilla de los terceros, dejando muy maltratada el resto de dicho convento: agregándose a tan lastimoso suceso otro no menos deplorable, pues con la continuación de los temblores, y las inmensas lluvias que sobrevinieron, se experimentaron otras calamidades, y ruinas; y en la ciudad de Penco asoló, y destruyó el mar la mitad de ella, y el convento, que allí tenía la dicha orden, como también los de la ciudad de Coquimbo, y Copiapó, y los de las recolecciones, que igualmente fueron arruinados hasta sus cimientos: de [f. 55v] forma, que en toda aquella basta provincia no ha quedado en pie otro algún convento de la orden, que el de San Diego de Alcalá, y parte del principal de nuestra Señora del Socorro de dicha ciudad de Santiago.

Por estas causas, señor, se hallaron los religiosos franciscanos de dicha ciudad, y provincia en tan mísero lamentable estado; que no solo carecen de su amada clausura, que espontáneamente abrazaron, y que en su seráfico patriarca les dejó afianzada su seguridad contra las invasiones de común enemigo, sino que tampoco tienen donde poder residir, en forma de comunidad, y cumplir con las obligaciones de su religioso instituto, orando, y empleándose, como deben, en ministrar a los fieles el pasto espiritual, y en la propagación de la fe católica, para aplacar por este medio la divina justicia.

Y con ser tan intenso, como justo, su dolor, les sirve de mayor desconsuelo la reflexión, de que siendo forzoso el solicitar la reedificación de los referidos conventos, para refugiarse a sus claustros, y continuar sus espirituales ejercicios, y conversiones, en beneficio de la causa pública, y servicio de ambas majestades, no solo tiene la provincia, ni la religión bienes, ni rentas algunas para ello, en común, ni en particular, por resistirlo sus sagradas constituciones, y las disposiciones conciliares, sino que tampoco les pueden socorrer con sus piadosas limosnas los fieles de aquella provincia, así por la general esterilidad de frutos, que por la gran sequedad han padecido en estos próximos años, como por haber sido comprendidos en los calamitosos efectos de los terremotos, e inundaciones referidas del año de setecientos y treinta, que igualmente se asolaron, y maltrataron en todo, o en parte sus casas, y habitaciones: por cuyos motivos apenas pueden contribuir con sus piadosos ánimos con el sustento preciso para dichos religiosos; no siendo corto beneficio de Dios, y de su seráfico patriarca, que en la preferente contribución no hayan perecido de hambre y que habiendo la alta providencia preservado sus vidas de las impetuosas furias de aquellos terremotos, y aguaceros, tengan hoy reducidas sus moradas a unas humildes chozas, cubiertas de paja, que han hecho en los despoblados, para alivio (aunque corto) de la penalidades, e inclemencias temporales.

Y en este tan lastimoso conflicto (que apenas se dará en el mundo tan funesto ejemplar) por el suplicante en noticia de [f. 56] vuestra majestad los dolorosos clamores de los religiosos franciscanos de dicha provincia, para que como rey, como padre, y como patrono, que es vuestra majestad de los conventos de ella, se sirva a compadecerse de su miseria, y de su infeliz estado, practicando con ellos

sus acostumbradas piedades, pues se hallan destituidos de otro humano recurso: y en su atención, suplica a vuestra majestad se digne mandar, que para la ayuda a la reedificación, y reparación de dichos conventos, y especialmente de los que la religión, o provincia tuviese por más útil, y precisa su instauración, se les de la limosna que fuere del agrado de vuestra majestad, como lo espera de la suma piedad, y clemencia de vuestra majestad”.

CARTA DEL CURA MELCHOR DE JÁUREGUI Y CARRERA AL REY,
LA SERENA, 14 DE ABRIL DE 1733¹²²

[f. 70] “Con el estrago que padeció este reino de Chile con el terremoto del año de treinta participamos en esta ciudad La Serena de sus desusados, y nunca experimentados movimientos; cayendo a su violencia las casas y lo más sensible los sagrados templos, quedando sin parroquia para administrar los sacramentos a los fieles, pasando el depósito a la sagrada religión de nuestra madre y Señora de las Mercedes. Y viendo cuan corta y baja era dicha parroquia, por componerse de tres cuartos unidos nos determinados con el mayordomo de la iglesia parroquial a levantar iglesia que sea competente para el concurso de la gente, y que tenga alguna seguridad por tener; para este efecto algunos materiales. Y habiéndose empezado la fábrica con la esperanza del socorro de algunos de estos vecinos no se ha [f. 70v] podido conseguir por su pobreza y miseria. Y ha parado dicha fábrica, quedando en partes de tres varas en alto, y en otras menos. Motivo que me obliga a ponerme a los reales pies. Vuestra majestad pidiéndole rendido se apiade de esta pobre parroquia, socorriéndola con su gran celo, y real magnificencia con alguna limosna con que puede acabarse, y perfeccionarse su fábrica”.

RELACIÓN DEL CRONISTA JESUITA MIGUEL DE OLIVARES,
1730¹²³

[p. 218] “Por no dividir la narración de estas noticias aunque tan lastimosas, bien será que al referido terremoto e inundación de mar que padeció la ciudad de Concepción [el de 15 de marzo de 1657], juntemos otra semejante, si no fue mayor, que sucedió el año de 1730, poco antes de las cuatro de la mañana, a 8 de julio, el mismo día y la misma hora que en Santiago causó los estragos que allí referimos, el terrible temblor de tierra. En esta ciudad de Penco se sintieron los vaivenes de tierra; mas no causó los estragos que en Santiago ni se sabe que

¹²² Archivo General de Indias, Fondo Audiencia de Chile, vol. 145, fojas 70-70v.

¹²³ Miguel de Olivares, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile (1593-1736)*, en *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional* (Santiago, Imprenta Andrés Bello, 1874), tomo VII, pp. 218-221.

derribase una teja; pero lo que no hizo la tierra con su movimiento, lo ocasionó el agua, no habiéndose contenido en los términos que Dios le señaló.

Porque a las horas dichas, retirándose el mar por tres veces, volvió con más furia con todo el peso de aquellos montes de agua; y salvando la playa se entró sin resistencia por dicha ciudad y arruinó más de doscientas casas que estaban situadas en lo más bajo de la población y cerca de la playa. De las tres salidas, la segunda fue la más tremenda [p. 219] porque avanzaron más sus olas y fue la que causó más daño. Se destruyó el convento de San Francisco, y su iglesia se maltrató mucho; arruinóse la iglesia y convento y hospitalidad de San Juan de Dios; como también la iglesia y convento de San Agustín; el palacio del gobernador y del obispo; a nuestra iglesia no llegó a tocar por estar en lo más eminente de la plaza; pero perdió el colegio muchas tiendas de alquiler que le derribó la avenida, la cual sacó encima de sus olas todas las alhajas que halló en las casas, capaces de boyar sobre ellas. Allí nadaban las camas, las sillas, mesas, las cajas sin que nadie pensase más que en ver por dónde podía escapar, que algunos lo hicieron por las ventanas, porque ya el agua había ganado las puertas y no daba lugar para coger la ropa con que cubrirse, ni menos, y así medios desnudos como los cogió la noticia de la salida del mar, huyeron a los cerros, hasta el señor obispo el doctor don Francisco Antonio Escandón que al presente se hallaba de arzobispo en la ciudad de los Reyes o Lima, a donde fue promovido desde la Concepción. Salió también huyendo de las olas, sin haberse acabado de vestir y subió al cerro de la ermita, a donde concurrió lo más de la ciudad; que al verse todos juntos; cada uno tenía empacho de verse delante de los otros en trajes tan indecentes, porque la prisa que les dio no les dejó coger túnica para cubrirse.

Pero, ¿qué lástima y lamentos no se oían por aquella loma de la ermita? ¿Qué confusión de gritos los que veían arruinada y destruida su casa, su hacienda y su pobreza, y no lo podían remediar, aunque veían al ladrón que se las llevaba? Veíanse desnudos y no se podían valer de los vestidos que con tanto afán habían conseguido; y muchos ya sin hacienda con que poder pasar la vida, por haberse perdido la tienda con que mantenían e iban aumentado el caudal para sustento de sus hijos. Verdaderamente que es uno de los casos más penosos que se pueden ofrecer, y que debía tener a los mortales con gran solicitud y temor de lo que puede venir a parar la fortuna y la vida cuando tan de repente y son pensar pueden acaecer semejantes riesgos. Mucho más lamentable fue y causó más crecidos daños esta inundación del mar del de 1730, que la pasada del año, de 1657, así por decir los ancianos que extendió más el agua y pasó los términos de la otra, como por estar en la ocasión más poblada la ciudad de Penco, y la gente más incomodada [acomodada]: por cuya causa lo que se perdió y destruyó, así hacienda de mercaderes, como de los vecinos a quienes alcanzó el agua fueron sin comparación mucho mayores las cantidades que perdieron. Dos o tres solas fueron las personas que se ahogaron, porque como ya tenían noticia de que el mar salía, procuraron al primer aviso salir de su furia.

A los que se refugiaron a la ermita, que es lo de una imagen de María Santísima de mucha devoción en Penco, donde hay tradición que [p. 220] ésta es la milagrosa imagen que defendió a los españoles, echando con sus preciosas manos polvo y tierra a los indios con que los cegaba y huyeron que refiere el padre Alonso de Ovalle (ahora está dedicada esta Ermita para iglesia de un monasterio de monjas trinitarias, y hará cerca de veinte años que algunas señoras se recogieron a vivir con la regla de las trinitarias, y esperan licencia y fundadores), a todos, pues, hizo una exhortación grave y fervorosa el señor obispo con que movió a sus ovejas a contrición y lágrimas, ponderando cómo los pecados son la causa de que vengan semejantes castigos y de que Dios ejercite su justicia con los trasgresores de sus divinos preceptos. Predicaron también los jesuitas que también se refugiaron a la ermita; porque aunque el agua no entró en nuestra iglesia, se si repetían las salidas, ignoraban hasta dónde tendría término aquella inundación, y se previnieron con la fuga a ver lo que Dios determinaba de toda aquella afligida ciudad, que viendo tan patente la espada de la divina justicia, todo era lágrima y lamentos, sin saber dónde acogerse, sin casa, sin hacienda ni vestido con que cubrirse, y lo que más era, sin alimento con que sustentar la vida.

Amaneció el día 8 de julio, y vieron desde el otero de la loma de la ermita todo lo que llaman Cantarranas, que es lo más bajo y toda la plaza que estaba a un nivel con el agua de la bahía, y que todo era mar, y que el mar había perdido sus orillas; y que en medio de ese mar nadaban sus haciendas de ropa y cuanto tenían en sus casas, y aun las mismas casas; porque los que eran ranchos de madera de algunos pobres, los arrancó el agua y se los llevó, verdaderamente que sería un espectáculo éste que quebraría los corazones más duros. La misma calamidad se experimentó en el puerto de Valparaíso, donde todas las casas y bodegas (que son donde se depositan los géneros de trigo y sebo, etc., que han de embarcar, y los que vienen de Lima hasta que los recojan sus dueños para quien vienen), como están cerca de la playa, perecieron con todo lo que tenían dentro, para que así llegase la calamidad donde no llegaba el agua y tuviesen que lamentar los ausentes que habían puesto allí sus haciendas para que se condujesen. Aquí en Valparaíso perdió la casa que la Compañía tiene en aquel puerto, dos bodegas que con sus alquileres tenían con que mantenerse los pocos padres que allí moran; como también aquí hizo mucho daño el temblor; pero no tanto como la inundación. La cual, aunque llegó a Coquimbo corriendo toda la costa de Chile, no tocó en esta ciudad por estar en una loma eminente. Solo algunos ranchos destruyó, que había [p. 221] en la playa; mas el terremoto no dejó de maltratar las casas y templos en Coquimbo.

Mas volviendo a la Concepción, donde estamos, los nuestros, habiendo gastado gran parte del día en exhortaciones y confesiones de aquellos pobres que con ansias las solicitaban, pensando que ya Dios quería destruirlo todo, y que el mar se apoderaba de la ciudad para no restituirla: más viendo que el mar se había restituido o reducido a sus márgenes, se empezaron a consolar, aunque por mucho tiempo tendrá que lamentar sus pérdidas; y fueron retirándose a ver

lo que el agua les había dejado o a buscar donde poder alojarse. El señor obispo don Francisco Antonio Escandón, considerando las lástimas y miserias a que se veían reducidas sus ovejas, y que muchos no tenían con que cubrirse, ni bocado que llevar a la boca, aunque su ilustrísima había perdida tanto, y sus rentas son bien escasas por ser el obispado corto, como buen pastor, solicitó como poder remediar su pobre ganado, buscó plata prestada (se quede una parte cogió dos mil pesos, no sé si de alguno sacó mas), y fue repartiendo a uno veinte, a otro cincuenta para que reparasen algo sus presentes necesidades; que por esta caridad con que edificó tanto, dispuso Dios que fuese promovido al arzobispado del Perú, que es el más pingüe y más autorizado de la América.

El padre rector de nuestro colegio éralo en la ocasión el padre de Irrarázaval y Andía, quien en el presente gobierna esta provincia, siendo provincial de ella. Con su mucha caridad, no solo socorrió a los pobres penquistas con el pasto espiritual, por sí mismo con todos sus súbditos como fervorosos operarios, sino que también repartió muchas limosnas, así de ropa como de comida, entre tantos como había quedado hambriento y desnudos, mandando traer de las estancias bastimentos de harina y cecina para tantos necesitados, quedando ellos mui agradecidos u el pueblo mui edificado Al ejemplo que dio su ilustrísima, y padre rector, otros caballeros y mercaderes a quienes no alcanzó la furia de las olas, hicieron lo mismo repartiendo de aquellos que Dios les había dado entre tantos como se hallaban despojados de cuanto tenían. En fin, tuvieron bien los de la ciudad de la Concepción en que ejercitar virtudes; unos de la caridad con los pobres y en acción de gracias y otros en penitencia y conformidad, viéndose en aquel estado, y todos en santo temor de Dios; pues deben considerar cuantas instantáneamente y cuan si pensar pueden acaecer semejantes ruinas, y más habitando en las regiones donde la tierra y el agua tanto se alteran contra sus haberes y frágil vida”.

RELACIÓN DEL HISTORIADOR DIONISIO DE ALCEDO Y HERRERA,
1730¹²⁴

[p. 416] “El día 8 de agosto, al mismo tiempo que a Lima la noticia del espantoso terremoto que sucedió en 8 de julio del mismo año de 1730 en el reino de Chile, con horroroso estrago de varios lugares, y principalmente las ciudades capitales de Santiago, y la Concepción, [p. 417] donde a la una de la mañana hizo movimiento como aviso con estremecimiento grande que después repitió a las cuatro, con ímpetu tan violento que trastornó de golpe los edificios de los templos, conventos de religiosos, y casas particulares, con lastimosa sepultura de sus habitantes señalándose con más terrible ruina en la ciudad del puerto

¹²⁴ Biblioteca Nacional de España, Fondo Antiguo, signatura MSS/2838, pp. 416-418.

de la Concepción, donde entre el movimiento del primer temblor, y antes de repetir el segundo, se fue retirando el mar, y tomando impulso para arrojarse de golpe sobre la ciudad con una repentina inundación que volvió a despertar a sus habitantes con el estruendoso aparato, con que se introducían a sumergirlos las aguas, de cuyo peligro sin ropa alguna, y haciendo pie sobre las mismas ondas [p. 418] se salvaron desnudos el obispo don Francisco Antonio Escandón, y el maestre de campo de las milicias don Manuel de Salamanca con el poco abrigo que les permitió coger el rebato de océano enfurecido del impulso con que le impelían los movimientos y vapores de la tierra, repitiendo segunda vez su enojo con reflujo tan furioso y formidable que de los vecinos que se habían mantenido en la esperanza de que no volviera con segunda inundación, la impetuosidad del mar obligó a muchos a buscar asilo para salvar las vidas en los vecinos cerros, y otros más confiados a salir nadando venciendo con la fuerza de los brazos el contraste de las olas, siendo esta calamidad tanto más terrible, cuanto era añadida al terremoto [p. 419] que por sí solo embarga tan súbitamente los espíritus que no deja elección para salvar los riesgos, y añadiéndose a los vaivenes de la tierra la inundación de las aguas, la oscuridad de la lluvia, y las ráfagas del viento, fue una conspiración de elementos en que no encontraban los afligidos moradores más recurso que pedir misericordia al autor de los ejecutores de su justicia y oír las voces de su pastor que los extornaba a la penitencia, socorriéndolos después que paso el conflicto con piadosa liberalidad en las necesidades con que quedaron desnudos sin ropa, sin víveres, y sin habitaciones, y en el ínterin que el virrey facilitaba los oportunos socorros a aquel afligido reino y el despacho de la armada del sur [p. 420] y comercio de Lima, para la expedición de los galeones, habilitó su comandante el jefe de escuadra don Manuel López Pintado por el mismo año de 1730”.

RELACIÓN ANÓNIMA,
1730¹²⁵

[f. 1] “Puede el reino de Chile contarse por uno de los más felices, dichosos, debiendo a Dios haberle dado cuanto se puede desear para el sustento, regalo y comodidad de la vida. Es rico de minas de oro, plata y otros metales; su clima benignísimo, fertilísimo su terreno y tan abundante en todo, que si algo le falta no es porque no pueda tenerlo, sino o porque la ociosidad de sus moradores no lo cultiva, o no hay gente [f. 1 v] que lo trabaje. Más hace contrapeso a estas conveniencias la calamidad de los temblores de tierra a que está expuesto, que habiéndole ya en otras ocasión arruinado, su repetición obliga a padecer siempre los sustos del postrer estrago. Entre sus ciudades es la segunda la de la Concepción,

¹²⁵ Archivo Nacional Histórico, Fondo Fernández Larraín, vol. 23, pieza. 5, 8 fs.

en cuanto a la grandeza y número de sus vecinos, pero la primera en cuanto a la importancia y seguridad de todo el reino, por ser la más avanzada a la tierra de adentro que poseen los indios y sirve de resguardo a toda la frontera. Su situación es a orillas del mar y aún mucha parte de ella sobre su misma playa, porque no teniendo terreno igual en que poder extenderse, estrechado de los cerros que lo cercan, habiendo crecido mucho el número de sus vecinos, la dificultad de poblarse en los montes hizo abandonasen el miedo que retrajo a los primeros, huyendo la cercanía de vecino tan peligroso y nada seguro. Parte casi por medio a la ciudad un río, más rico por la calidad que por el caudal de sus aguas, que sólo crecen el invierno con las vertientes que le entran; pero como el plan por donde corre sea igual al del mar, suben por él las mareas entrando muy adentro de la ciudad; y a veces por no caber en su cauce se explayan por las calles, con peligro de los edificios y siempre con susto de que creciendo los anegue. Deja por la parte del oriente los conventos de San Francisco, San Agustín y nuestra Señora de las Mercedes, pobladas todas sus vecindades y todo el barrio que llaman de Cantarranas, antes no más que playa y ahora por la mayor parte estaba edificado, viviendo en el mucha gente. Por la parte del occidente, casi sobre el mismo río, estaba el palacio de los señores gobernadores, la guardia, el hospital de San Juan de Dios, las cajas reales y a las espaldas, haciendo frente al mar, la planchada, sala de armas y demás almacenes del rey. Y a una cuadra de palacio está la plaza mayor y en ella la catedral, casas del Ayuntamiento y Colegio de la Compañía de Jesús, y el del seminario de San José; y pasada la plaza una cuadra está el convento de Santo Domingo. Toda esta parte de la ciudad estaba muy poblada y con [f. 2] muy buenos edificios. Su temperamento es muy saludable y comúnmente se tiene, aun siendo tan favorable el de las otras del reino, por el más benigno; pues ni da molestia el calor el verano, ni se siente el frío el invierno, que sólo lo hace riguroso la abundancia de las lluvias y recio de los nortes que por entonces soplan. Su vista, siendo la del mar, que tiene tan cerca, es muy divertida, si ya no la hiciera formidable la repetida experiencia de pasar sus halagos a ser enojos. Pero ha querido Dios que ya que excede a las otras ciudades en la amenidad y en la conveniencia, sean también en ella, más que en las otras, duplicados los recuerdos en la multiplicación de los peligros, viéndose continuamente por tierra, amenazada de enemigos, en cuya fe, por ser ninguna, nunca puede haber seguridad, pues como ladrones acechan solo la ocasión del descuido o desprevenición para el asalto. No siendo mayor la que tiene por el mar, recelando la invasión de enemigos europeos, atraídos del interés de tan importante escala para otros designios y no sin noticia de las pocas guerras que hay en ella para su defensa.

Y como si no sobraran estos riesgos para el susto, la misma tierra y mar pasan a serlo, aquella con temblores y éste con inundaciones; no siendo ya una vez sola la que las inundaciones y temblores han causado su ruina.

Pero la mayor y más lastimosa que desde su fundación hasta aquí se sabe haber padecido fue la del día 8 de julio de este presente año de 1730, en que uniendo sus fuerzas uno y otro elemento fueron ambos el instrumento de que se sirvió

la divina justicia para el castigo. Cayó este día en sábado, circunstancia que se nota porque se reparó entonces, buscando en ella motivo a la confianza, por ser consagrado al culto de la Santísima Virgen a quién esta ciudad venera como a su especial patrona, confesándose deudora a su protección, habiéndola en otras ocasiones de semejantes riesgos y aprietos favorecido con singulares maravillas; y ahora esta memoria alentaba la esperanza de que, olvidando su benignidad la ingratitud de nuestra correspondencia, miraría [f. 2 v] como empeño propio de su piedad la continuación en favorecernos, o sacándonos libres del peligro, o embarazando llegase a lo último la desdicha que nos amenazaba. A la una de la mañana de dicho día se sintió un temblor de tierra, no tan recio en el estremecimiento como dilatado en la duración. Pudiérase haber estimado el susto que causó si, como fue pronóstico y precursor del estrago, se hubiese advertido como aviso para la prevención. Más descuidose de esta porque no se reconoció aquel, y volviéndose a recoger todos al abrigo y descanso se labró del descuido el mayor riesgo. Porque como se supo después por el dicho de unos pescadores que, teniendo tendidas en el mar sus redes despiertos con el temblor fueron a reconocerlas, desde esta hora empezaron a retirarse para adentro sus aguas, señal cierta de su salida pues, revolviendo dobladas y con mayor ímpetu, entrando por la boca del río y rebalsando por las calles, anegaron las casas vecinas, la guardia y casi todo el palacio, con inundación tan repentina que fue ella la primera que haciéndose sentir dio el aviso de sí misma. Despavoridos los soldados, medio desnudos y mojados todos, corrieron unos a palacio dando golpes por ventanas y puertas para despertar al señor maestre de campo general don Manuel de Salamanca; otros se esparcieron por la ciudad haciendo la misma diligencia y dando voces de que salía el mar. Al mismo tiempo, los pescadores que habían ido a reconocer sus redes, viendo que estando poco antes casi en seco ya no alcanzaban las palancas el fondo para el gobierno de las barcas, procuraron ganar la tierra, a que les ayudó la misma corriente, y entraron por el barrio dicho de Cantarranas y vecindades de San Agustín, avisando a gritos de su salida. Aunque por mucho que corrieron, adelantándose sus corrientes y entrando por las casas, o confirmaban o prevenían el aviso. Llenose en breve de un confuso alarido y griterío toda la ciudad y no dándose ninguno por seguro en su casa las desampararon todos, y aun abultando el miedo el peligro, pareciéndoles crecía este con la detención, no aguardaron siquiera a vestirse y así salieron, en especial las mujeres, o mal vestidas o medio desnudas, y casi todas por lo menos descalzas. Los menos temerosos, o porque no creyeron o porque no imaginaron tan inminente el riesgo, a vista de él hubieron de hacer después más apresurada la huida. Entre [f. 3] ellos fue el ilustrísimo señor obispo, a quien aunque despertó el ruido de la gritería en las calles, atribuyéndola a otra causa, ignorando la que fuese, no la juzgó serla para levantarse, ni después avisado de la que daban las voces quiso moverse hasta que en particular se le avisó del peligro que corría, anegado ya el Hospital de San Juan de Dios, vecino a su palacio; y entonces fue preciso saliese su señoría ilustrísima, vestido tan de rebato que no sólo se olvidase de la

decencia de su dignidad, pero que ni aún atendiense al abrigo de su persona. Aún en mayor riesgo puso esta misma confianza al señor maestro de campo general, porque aunque salió descalzo y con el agua a la rodilla la primera vez que se le avisó, viendo se habían ya retirado las aguas juzgó también acabado el peligro, y así no hizo más diligencia que mandar ensillar caballo e ir el mismo acompañado de otros caballeros a registrar si se descubría en el mar alguna novedad, para disponer se traspusiesen las armas a lugar más seguro de sus inundaciones. Y advirtiendo que, retirado, revolvía con impetuosa furia, atropellándose unas con otras las olas, ganando por instantes mucha tierra, se vio obligado a picar bastante para poder llegar a la guardia, que halló ya inundada con todo lo demás de la placeta y palacio. Gritando con confuso alarido los presos de los calabozos para ser socorridos, hizo se abriesen, saliendo con el agua a más de la cintura; y encargando su custodia y seguridad a algunos soldados, no desamparó el puesto hasta dejarlos a todos en salvo, no sin peligro manifiesto de su persona pues para poder librarse se asieron unos de sus vestidos, otros de las arciones y cola del caballo, y cuando llegó a salir para ganar la plaza, por estar en superior sitio, daba ya el agua a los bastos de la silla.

Corrió la voz de esta salida, que fue mucho mayor que la primera, y a los más detenidos obligó ya a seguir la demás gente que había ganado los cerros; otros que, o descuidados o no avisados, no habían [f. 3v] salido a la primera, se vieron en esta segunda en más apretado conflicto, saliendo casi a nado de sus casas, y cuando menos muchos con el agua a la cintura. En la iglesia de San Francisco, cuyo convento entonces estaba cercado de las corrientes del mar que subían como montes de agua por el río, y como a inmediato al este era el más expuesto a su inundación, se descubrió el santísimo, que fue necesario encerrarlo de ahí a poco, cerrando también la iglesia, aún con apresuración que no dio lugar a sacarlo, o porque se discurrió quedaba allí seguro o porque la turbación de ver ya inundado el convento dejó apenas tiempo para la huida. El señor obispo mandó se trajese el de la catedral para pasar a depositarlo en el santuario de Nuestra Señora de la Ermita, que está sobre la meseta de un cerro, habiendo de subir por otros para llegar a él. Y aquí trajeron también los padres de la Compañía a depositar el de su iglesia. La de Santo Domingo, por estar en sitio más alto, queda más segura de las inundaciones del mar y no hay memoria de que en otras haya peligro. Esta confianza, esforzada contener en ella la verdadera arca del

testamento María Santísima del Rosario, alentó al reverendo padre prior con sus religiosos a no desamparar su convento; bajáronla de su nicho y pusieronla en la puerta, rezándole en comunidad con otras preces su santo rosario. Y fue cosa maravillosa que saliendo ahora el mar por la calle que cerca al convento, ni a la iglesia ni al convento llegaron sus aguas; y aunque el reverendo padre prior, porque no pareciese se rozaba en temeridad la confianza, hizo retirar a su santísima imagen, mostró el suceso que aquel amago había sido respeto, no atrevimiento, acercándose las aguas hasta reverenciar sus plantas, que no habían de ser menos obsequiosas las del mar a la arca viva, que lo fueron las del Jordán a la muerta.

Luego que habiendo ya ganado los cerros dio algunas treguas el susto, hubo también algún aliento para poder volver la vista [f. 4] a la ciudad. Pero aquí fue adonde se dobló la lástima y aumentó la congoja, entrándose al corazón por los ojos y oídos los quebrantos. Veíase entre la escasa luz que daba la luna anegada la mayor parte de la ciudad, formando la representación de una baya, en que hacían la perspectiva de bajeles los edificios; y como si de repente se levantase una tempestad, no con viento, que no le había, se divisaba venir desde adentro del mar, no ya olas, que unas a las otras se impeliesen, sino montañas de aguas, que entrando por las bocas de algunas calles de la parte del río hacia el occidente, y por todas las de la parte del oriente, y en especial por la del mismo río, se desplomaban sobre los edificios que, no pudiendo más resistir, empezaron a caer desde los cimientos con tan espantoso estallido que hacía eco en los cerros, aunque era mucho mayor el que se sentía en los corazones. La furia y fuerza de las corrientes, particularmente a la retirada, era

tan impetuosa, que no sólo sacaba de las casas, cajas, mesas, sillas y otros trastes, sino se llevaba tras sí grandes maderos y vigas de mucho peso. Arrancó los puentes que estaban sobre el río y servían para la comunicación de una parte de la ciudad con la otra, y aún a algunas pequeñas casas de madera las traspuso enteras, llevándolas boyando a partes bien distantes. Alcanzó la inundación por la una parte de la ciudad hasta anegar casi toda la plaza y por la otra, que fue adonde más cargó, la cogió toda menos el barrio de la Merced, que dejó libre. Hízose juicio según las señales que dejaron, que subirían las aguas sobre el plan de la playa más de diez varas en alto.

A medida de la inundación fue la ruina de los edificios, siguiéndose está a aquella. Arrasose todo el convento de San Francisco, quedando en pie no más que la iglesia, aunque muy maltratada por haberla anegado el agua por difícil su remedio; porque no teniendo [f. 4v] esta sagrada religión otra renta que la de la piedad de los fieles, al presente la de los de esta ciudad sólo puede contribuir con el deseo, hallándose las más en estado de pedir, no de poder dar limosna. No sin temor, que venció la fe, se entró a sacar el santísimo que se depositó en Santo Domingo. Perdieron sus religiosos cuanto tenían, aún aquellas alhajas que por necesarias permite su pobreza, y quedan hoy con suma incomodidad, recibidos los que cupieron en Santo Domingo y recogidos otros en algunas casas de particulares. Mayor ruina padeció el convento de San Agustín, pues además de haberse asolado toda su vivienda cayó también su iglesia que era nueva y adornada de un arco toral y altares de talla muy hermosos; quedó sólo en pie el arco de la puerta, parte del arco toral y la testera del altar mayor, mas tan maltratada y amenazando por instantes caerse, que a todo riesgo, con una fe que casi parecía temeridad, entraron sus religiosos a sacar el señor que tienen depositado en un pequeño oratorio que levantó su devoción en la casa de un secular, adonde se acogieron y viven con poca esperanza en tanta escasez de medios, de poder hallarlos para levantar alguna capilla y vivienda en que con menos incomodidad puedan atender a la regularidad de sus ejercicios. El hospital de San Juan de Dios

y su iglesia nueva con su altar mayor, obra prima y de las mejores que había, vino todo al suelo, con la desgracia de quedar sepultado en la ruina el depósito del sacramento; por que como más vecino a la playa y río, fue el primero a que anegó la inundación que, como inopinada, apenas dio lugar a los religiosos para la huida; y repitiéndose consecutivamente otras, no lo hubo para poder sacarlo. Hízose esta diligencia el día siguiente, que la miró como propia de su cristiano celo el señor maestre de campo, viniendo y trabajando en persona con el señor corregidor y otros caballeros en desmontar las ruinas, y se vio entonces no ser sola la caridad la que tiene el privilegio de nadar ilesa sobre las aguas, pues ahora la fe hacía [f. 5] no se reparase ni en el lodo, ni en la mucha que caía del cielo hasta encontrar, como se consiguió, el divino tesoro, trasladándolo al sagrario de la iglesia de la Compañía. Cayó también otra sala o casa destinada para la cura de los soldados y quedan hoy los enfermos desvalidos en el último desamparo, faltando a la imposibilidad de su desdicha este socorro. El Colegio de la Compañía de Jesús, habiendo perdido mucho, parecía no ser tanto, por haber quedado su iglesia libre de la inundación y también un lienzo nuevo de cal y ladrillo que acababa de edificarse; y aunque llegó a bañar el agua cerca de una vara sus cimientos, estos, por ser de cal y piedra, resistieron sin recibir daño de sus embates. Pero les derribó toda la cerca que cayó al palacio y entrando por esta parte, las corrientes anegaron la huerta y dos lienzos de su vivienda interior, que están del todo inhabitables y se vienen abajo. Cayó un lienzo de tiendas que tenían a la calle, dejando otro muy maltratado; y siendo el rédito de sus alquileres parte de la renta para su sustento, además de faltarles esta, quedan sumamente incómodos y estrechados en su habitación y con la necesidad de haber de gastar mucho para poder restablecer lo perdido y poner en clausura su colegio. Al del seminario de San José, por estar en más altura, no llegó el agua; y aunque entró alguna en la catedral por la puerta que cae a la plaza, fue poca y no causó daño, pero lo hubiera recibido grande por la frente y portada, a no hallarse aquella defendida con las torres y muralla de ladrillo que poco antes se habían acabado por disposición del señor obispo, pues se arruinaron las casas que tenía fronteras sin más distancia que la del ancho de la calle. Entre las ruinas de los templos tiene su lugar, como también sagrado, la que padeció el palacio del señor obispo, que saliendo de rebato y algunos de sus familiares después poco menos que a nado, se hizo imposible la prevención de sacar siquiera algo de lo necesario para la decencia de su dignidad. Anegado repetidas veces de las inundaciones, falsearon las paredes, y derribadas las del oratorio se hicieron pedazos, y quedaron sepultadas las alhajas que más apreciaba su señoría ilustrísima por ser el esmero de su [f. 5v] devoción. Eran estas muchas láminas que en él tenía de excelente pincel y marcos de cristal. La misma fortuna corrió la librería, siendo muy pocos los libros que escaparon del naufragio, pérdida más sensible por irreparable. Los pontificales, como lo demás, inundados primero de las avenidas, para quien no había cerraduras, quebrantando su violencia las más fuertes, cayendo después sobre ellos los techos y paredes, han quedado tan

indecentemente ajados, que desdican del debido decoro a su ministerio. Al fin sepultado todo, se halló precisado su señoría ilustrísima el día siguiente a servirse para pectoral de la cruz de rosario.

No fue menor la ruina que padecieron los edificios públicos y casas de los particulares. Arrasose enteramente, sin quedar presa alguna, el palacio de los señores gobernadores, la guardia que estaba inmediata, la sala de armas con los demás cuarteles, dejándolas enterradas y, como se vio después al sacarlas, de tal suerte, o quebradas o quebrantadas, que por lo presente las más no pueden servir. Noticia que, como no pudo ocultarse, sabida ha dado mayor motivo al recelo en el daño que pudiera sobrevenir por su falta; y más siendo igual la de la pólvora, que anegada la bóveda en que se guardaba es muy poca la que se sacó de provecho. Cayeron las casas de las cajas reales, del oficio de la veeduría, las del ayuntamiento y tantas de los particulares que se hace juicio ser las de dos partes de la ciudad, habiendo sólo dejado libre la inundación el barrio de la Merced y el de Santo Domingo. Vecinos a la playa estaban los graneros y bodegas, y caídos unos y anegados otros, lo más del trigo se perdió, siendo la resulta no sólo la penuria que induce su falta para el mantenimiento, sino imposibilitarse el socorro de la ropa que pudiera esperarse de Lima, para adonde había de embarcarse, cuando era este más necesario por haberse anegado toda la que había en las cajas reales, mucha en las tiendas de los mercaderes, y llevándose el mar o sepultado en las ruinas cuanta para el uso propio se guardaba en las casas.

A vista de tan lamentable estrago, que parte se entraba por los ojos y lo que estos no alcanzaban a ver se introducía por los oídos, crecieron en la gente que andaba esparcida por los cerros los clamores; [f. 6] levantaban al Cielo los gritos y temiendo pasase la ruina a serlo también de las vidas, viendo repetía el mar las salidas, subiendo en cada una más adentro de la ciudad sus corrientes, no dándose por seguros de ellas, buscaron mayor altura o más cierto refugio en el asilo tantas veces experimentado de nuestra Señora de la Ermita. En este camino, por sí bien penoso y entonces mucho más por los lodazales y pantanos, cerca del amanecer sobrevino otro temblor, no ya lento como el de la una, sino de tan recio sacudimiento que casi no se podía estar en pie, haciéndose necesario buscar algún arrimo para mantenerse, como que la tierra nos quisiese atajar la huida, negándonos la acogida que en ella buscábamos. Aquí fue mayor el llanto, los suspiros, las lágrimas y la confusión, no sabiendo ya a qué parte tirar, perseguidos del mar que, retirándose entonces más que antes, volvió a salir con mayor furia, y arrojados de la tierra. Valióse de esto mismo el señor obispo para exhortar a su afligido pueblo con una fervorosa plática, a que el recurso lo buscase en el cielo, advirtiéndole que para hallarlo mudase el motivo a su dolor, no sintiendo tanto lo que era castigo de las culpas, cuanto las mismas culpas que lo daban a la divina justicia para el castigo. Así lo protestaban todos, repitiendo entre sollozos y suspiros los fervientes actos de contrición que profería su prelado, a quien, acabada la exhortación, siguieron acompañando al santísimo que de la catedral se había traído y llevaban a depositar a la ermita. El camino para esta

se pone con las aguas y estaba entonces tan intratable que aún a caballo se hacía difícil su tránsito. No reparó en esto el fervor de la devoción y a ejemplo de su obispo, que aún por dos veces cayó en el lodo, la más tierna delicadeza no sólo se metía por él, sino aún en él se postraba de rodillas para adorar a su Dios, que viendo se retiraba de la ciudad con apariencias de huida, desechos en llanto los corazones, se lamentaban a gritos con tierna aunque inadvertida piedad que si su mismo Dios huía, ya ninguna seguridad les quedaba. Las lágrimas que al pasar el señor derramaba la inocencia en tantas criaturas y golpes que se daban de pechos pidiendo misericordia ofrecían no sólo motivo a la reflexión para el dolor [f. 6v] en los que se reconocían culpados, sino también a la confianza de que aplacaría Dios sus enojos movido de aquella penitencia inocente. Así se llegó al santuario de María Santísima de la Ermita y con esta ocasión volvió el señor obispo a platicar al pueblo esforzando su desmayo con el confort que debían esperar del patrocinio de esta soberana reina, acreditado a favor de la ciudad con la experiencia de tantas maravillas, si se dispusiesen para merecerlo con el arrepentimiento, lográndolo en tan buena confesión, para que dio toda su facultad a varios confesores jesuitas que allí había.

Amaneció el día y cuando con ansias se esperaba su luz para algún desahogo en tanta congoja, que hacían mayor los horrores de la noche, creció el quebranto de la vista de otro espectáculo aún más lastimoso, oculto antes entre sus tinieblas. Divisáronse los cerros vecinos llenos de gente que aún subía a los más altos para asegurarse y el de la ermita, a que fue atraído de la devoción el mayor concurso, poblado de mujeres de todas esferas, aunque no las distinguía el traje, descalzas las más y medio desnudas, o tan poco vestidas que tropezaba en su vista la modestia y, retirándose los ojos, dejaban atravesado el corazón. Cubríanse las que las tenían con las mantillas el rostro, para que tuviese menos testigos su vergüenza, y se veían obligadas a padecerla junto con la incomodidad de estar sobre el lodo, porque los temblores que por instantes se repetían no les permitían buscar algún rincón en las casas circunvecinas adonde esconderse. Así pasaron mucha parte del día, sin reparo, por no poder ponerlo al daño a que estaba expuesta su delicadeza.

Para en algún modo remediarlo bajaron los hombres a la ciudad, por ver si haciendo lances a las salidas del mar que se continuaron todo aquel día y otros, aunque no tan grandes, podían encontrar debajo de las ruinas alguna ropa que no se hubiese llevado sus corrientes. Pero no había guerras para apartarlas, porque habiendo caído los más de los edificios desde los cimientos y alcanzándose la ruinas de uno y otro lado de las calles, cada casa, y aún lo más de la ciudad, no era, ni hasta ahora es, más que un montón de tierra y palos por donde ni a caballo en muchas partes puede pasarse; y así trabajando mucho fue poco o nada lo que sacaron. Dejaron el continuar en esta diligencia para el día siguiente, pero la embarazó Dios queriendo su justicia acabasen de destruir las aguas del cielo lo que las del mar hubiesen dejado, uniendo unas y otras [f. 7] para el castigo. Porque empezaron a caer, y se continuaron por muchos días, recios aguaceros; con que

la ropa que estaba antes mojada de las aguas del mar y demolida con las ruinas, con las del cielo que cayeron sobre estas, haziéndose barro, o quedó podrida o no de suerte que pudiese servir, aumentándose así el trabajo con otra nueva necesidad. Pues no teniendo casas en que vivir, se vieron precisados a alojar en los cerros, los más acomodados debajo de algún toldo o pabellón, que no podían resistir a lo recio de los vientos y lluvias que sobrevinieron; y no pudiendo sacar ninguna ropa, se continuaba aún en las mujeres el desabrigo.

Ni es hasta ahora, ni podrá ser en mucho tiempo, alguna la comodidad con que se vive, porque reducida a las casas de una parte apenas de la ciudad toda la gente, que estaba repartida en las otras dos, que eran las principales y que se han arruinado, por más que para recibirlas haya la caridad dilatado sus senos, no extendiéndose los de las casas, es necesario que cada una sea, como lo parece, un hospital. Este es el lastimoso estado a que queda reducida esta ciudad y aún no puede cabalmente formarse concepto de su infelicidad, sino haciendo alguna reflexión sobre lo que ha perdido, lo que padece y lo que teme. Lo que ha perdido es lo que se ha dicho; lo que padece es más de lo que puede decirse, porque lo padece todo, y padece sin esperanza de alivio, porque habiendo quedado los más de ella pobres, cada uno siente sus necesidades, y son pocos los que pueden socorrer las ajenas y ninguno que pueda remediarlas. No por eso escasea la caridad sus poderes, y si no lo da todo, porque no puede, parte lo que tiene. La del ilustrísimo señor obispo, quebrantada a vista de tanta lástima, no pudo dar lo que tenía porque, perdido todo, no le quedaba nada. Pero habiendo por fortuna encontrándose después entre las ruinas de su palacio con sus pectorales, buscó sobre ellos, ofreciendo además fiadores y los intereses que quisiesen, quien le diese dinero para algún socorro de tan urgente como universal necesidad. No lo halló, porque no lo había, y fue necesario para concurrir a tan piadoso intento quitarlos en ínterin del destinado para el sustento anual de otros pobres, para poder prestar mil pesos a su señoría ilustrísima, que no tardó más en repartirlos que el tiempo preciso para informarse de los que estaban más necesitados. Tan ilustre ejemplo han seguido los que han quedado menos pobres y las religiones de Santo Domingo y nuestra Señora de las Mercedes, abrigando en sí a los religiosos que han podido, [f. 7v] se quitan lo que no les sobra porque a ellos no les falte. La Compañía de Jesús no ha hecho juicio de lo mucho que perdió, por ganar lo doblado en el mérito de lo que da. Desde el primer día de la calamidad abrió sus puertas a cuantos necesitados viniesen a tocarlas, derramando otras limosnas entre las personas que no pueden llegar a ellas y son las más menesterosas. Pero como la necesidad casi es de todos y de todo, tan cortos socorros repartidos entre tantos, si en algo la alivian, en nada la satisfacen. Aun siendo tanto lo que esta pobre ciudad padece, ya pudiera pasar en su trabajo si no le desasosegara el corazón el susto de lo que teme. Vese la más inmediata a la barbaridad de los indios, siempre enemigos y quizá nunca más que cuando pasan por amigos, rodeada de indios yanaconas que pueblan las estancias circunvecinas, si no tan bárbaros, no más fieles. Hállase al presente

falta de soldados, de armas y municiones, quebradas unas e inútiles otras con la inundación y la ruina, la esperanza de algún socorro que pudiera venir de la de Santiago perdida con la noticia que acaba de llegar, de quedar también arruinada. Nada de esto se oculta a los indios, o porque lo ven, o porque lo saben, siendo los de acá los que como a unos entre sí se lo dicen. ¿Cómo pues puede vivir esta gente, continuamente sobresaltado el corazón del miedo, del recelo y del susto? Y aunque el señor maestre de campo general, siguiendo el noble impulso de sus obligaciones y obedeciendo los órdenes y encargos del excelentísimo señor presidente, se desvele, como lo ha ejecutado en cuantas prevenciones puedan servir de aliento para el consuelo, atrincherando de palizada la plaza, abocando a sus calles artillería, repartiendo guardias en la ciudad, mal puede ésta perder el susto cuando ve ser apreciables estas prevenciones pero no bastantes para la defensa. Y de este común recelo se sigue por resulta que la necesidad en ella cada día será mayor, porque embarazando el que las mujeres con sus familias se retiren a sus estancias, como más expuestas a las invasiones de los indios se imposibilita más su remedio.

En tanto ahogo y tan extrema calamidad, en que parece que de todo se cierran las puertas al consuelo, las abre la fe cristiana para el mayor, pues sin descrédito de ella no pudiera dejar de confesarse que ha venido sobre esta ciudad el castigo de la Divina Justicia tan mezclado con su misericordia, que más debe nuestro reconocimiento apreciarlo [f. 8] como favor, que nuestro rendimiento aceptarlo como castigo. Obliga a esta credulidad la reflexión de que siendo esta ciudad bastante populosa, repartida en diversos y distantes barrios unos de otros, donde es preciso haya, como los había, enfermos, y algunos que el día antes habían recibido la santa extremaunción, baldados, viejos, niños y criaturas, habiendo sido la inundación inopinada y no prevenida, de noche y en hora tan intempestiva, en tanto estrago como causó no haber perecido sino cuatro o seis personas, y de éstas algunas por haber inadvertidas entrado incautamente al mar cuando se retiraba, por el interés o entretenimiento de mariscar, no alcanzando a huir de sus corrientes.

¿Qué puede decirnos tan extraordinaria, ya que no se llame milagrosa, providencia? Sino que Dios, que es rico en misericordia, nos ha querido hacer la mayor, concediéndonos por una parte tiempo para la enmienda y reforma de la vida y quitándonos, por otra, tierra para darnos cielo. Feliz mil veces ruina y mil veces dichosa inundación, si lográndose este fin has sido instrumento de que esta ciudad, quedando pobre, sea más rica, y que cuando se llora desamparada, esté más defendida. Así lo espera nuestra confianza y más a vista de la reforma y enmienda que ya se ha visto, alentada del fervoroso celo de su pastor que, haciendo en su catedral una novena a María Santísima de las Nieves, a quien por voto venera la ciudad como a especial protectora, reconociéndose deudora a su patrocinio acreditado con portentosos milagros, siendo uno de ellos la misma imagen, predicó en ella los nueve días, reprehendiendo los vicios y enseñando a su pueblo el modo de reedificar con mayor logro la mística ciudad de sus almas

de las mismas ruinas de la materia. Correspondió el fruto a su apostólico celo, porque desde luego se vieron corregidos abusos introducidos de la relajación. A las señoras, la inundación, llevándose cuanto tenían, cercenó la profanidad de sus trajes, a que ellas añadieron ahora la decencia y modestia.

Hanse unido muchos matrimonios y héchose más de los que huían este yugo por vivir más sueltos, reconciliándose enemistados entre sí; y serán muy pocos, si los hay, que no lo hayan quedado con Dios, por medio de una buena confesión, siendo muchas las de años, revalidadas otras, y muchas generales, disponiéndose todos para ganar la indulgencia plenaria que en virtud de sus privilegios concedió su señoría ilustrísima para el último día, en que fue extraordinario y casi universal el concurso de las comuniones. Y para que las que se han hecho con Dios sean paces y no treguas, [f. 8v] y se afiance con mayor seguridad la esperanza de que aplacará sus enojos, atendiendo a nuestro arrepentimiento, ha intimado una pública procesión de rogativa compuesta de todos los gremios para que, yendo del templo de María Santísima de la Ermita, se ratifique en él y renueve el voto que se le hizo el año de 1570 por otra calamidad semejante, de ir todos los años en procesión a darle las gracias de favor recibido de su intercesión, quizás la presente ha sido recuerdo del ingrato olvido que se ha tenido en el cumplimiento de obligación tan ejecutiva, no dudando de la benignidad de esta soberana reina se dará por satisfecha, y aún por obligada para continuar nuestro amparo, si la confesión humilde de nuestra mala correspondencia sirviere en adelante de estímulo al desempeño de nuestro agradecimiento en el fervor de sus obsequios.

Concluyo la relación de calamidad tan lastimosa aplicando a ella las palabras con que el historiador sagrado previene el juicio de los que hubiesen de leer la que hacía de los infaustos sucesos con que algún tiempo afligió Dios la nación de los macabeos; rogando al que leyere esta que no se escandalice ni espante, viendo los desastres que han recaído sobre esta ciudad, sino que crea son para su bien, no para su perdición. Porque no dejar Dios a los hombres vivan de asiento en sus culpas, sino castigarlos luego que las cometan, más es favor que enojo; como por el contrario, sufrir que vivan como quieren sin atajarles los pasos en que andan, es ir su justicia amontonando iras para que, rebalsadas después, juntas todas en el último día, los aneguen. No lo hace así con sus fieles, ni lo ha hecho así con esta ciudad. No ha apartado de ella su misericordia; la ha corregido, pero no la ha desamparado. 2. *Machabeorum*. cap. 6 a n. 12”.

4 DE DICIEMBRE DE 1737, VALDIVIA

RELACIÓN DE SACERDOTE FRANCISCANO PEDRO GONZÁLEZ DE AGÜEROS,
1737¹²⁶

[p. 104] “De otro terremoto que se experimentó en Chiloé, con ruina de las más de sus poblaciones, oí hablar allí en repetidas ocasiones, y también lo he visto citado en impresos, y manuscritos, pero son expresión del año. Yo guardo sobre esto algunos apuntes que [p. 105] formé cuando me lo refirieron, y hallo que fue el año de 1737, en los días 23 y 24 de diciembre, y asimismo que el 30 vieron a media tarde una grande exhalación o nube de fuego, que viniendo del norte, pasó por todo el archipiélago, llenando de terror a todos sus habitantes: y habiendo llegado a caer a las islas de Guiatecas, y en aquella costa, advirtieron después que había incendiado allí aquellos montes”.

RELACIÓN DEL CRONISTA VICENTE CARVALLO Y GOYENECHÉ,
1737¹²⁷

[p. 264] “La plaza de Valdivia fue asolada de año anterior con un formidable terremoto de tres sacudimientos (24 de diciembre de 1737), tan seguidos, que casi fueron imperceptibles sus interrupciones, y de cerca de cuarto de hora de duración, con tan violentas ondulaciones que las gentes no se podían mantener a pie firme, y en mucha partes se abrió la tierra. Arrancó los edificios y las obras de fortificación, tanto interiores como exteriores de la plaza, y sus castillos. El gobernador de ella propuso su traslación a la isla del Rey, o al castillo de Niebla, pero el caballero Manso, haciendo justicia a la antigüedad se persuadió de que el gran Pedro de Valdivia, su conquistador y fundador, supo establecerla en ubicación conveniente, y desaprobando el pensamiento, le mandó levantar las murallas de los castillos que defienden el puerto, y un fuerte revellín para defensa de la plaza, contra los ataques de enemigos domésticos que hasta hoy no conocen el uso de armas de fuego”.

¹²⁶ Pedro González de Agüeros, *Descripción historial de la provincia y archipiélago de Chiloé, en el reino de Chile y obispado de la Concepción* (Madrid, Imprenta de don Benito Cano, 1791), pp. 104-105.

¹²⁷ Carvallo y Goyeneche, *op. cit.*, tomo IX, p. 264.

RELACIÓN DEL HISTORIADOR DIONISIO DE ALCEDO Y HERRERA,
1737¹²⁸

[p. 447] “Sufrió el día 24 de diciembre uno de aquellos recios temblores que suelen ser tan frecuentes en aquel reino, y que en la duración de un cuarto de hora asoló los templos [p. 448] y los edificios interiores del presidio que eran moradas de los habitantes, derribó los muros de la plaza, arruinó el fuerte de Niebla, y en el de Mancera que fabricó el año de 1634 don Antonio Martín de Toledo en el gobierno del virrey marqués de Mancera, y el de Corral hizo cuasi iguales o pocos menores estragos destruyendo las útiles y moderas obras que hizo y acabó el gobernador de aquella plaza don Pedro Moreno, de los almacenes de los bastimentos que conducen anualmente del puerto de la Concepción a la manutención de aquel presidio para preservarlos de la corrupción a que antes estaban sujetos y prontamente remitió el virrey dos bajeles con considerables socorros para el reparo y orden al presidente de [p. 449] Chile don Joseph Manso para administrar todos los auxilios necesarios al gobernador y veedor de la plaza”.

¹²⁸ Biblioteca Nacional de España, Fondo Antiguo, signatura MSS/2838, pp. 447-449.

22 DE ABRIL DE 1742. ARCHIPIÉLAGOS DE LOS CHONOS

RELATO DEL CAPITÁN JOHN BYRON,
1742¹²⁹

[p. 51] “Aquí ocurrió un accidente que nos alarmó mucho. Después de asegurar los botes, trepamos a una roca que apenas era lo bastante grande para contenernos a todos; como no teníamos nada que comer, recurrimos a nuestra receta usual contra el hambre que era echarnos a dormir. Con este objeto, encendimos una fogata y nos arrimamos alrededor lo mejor que pudimos; pero dos hombres que se hallaban incómodos por falta de espacio fueron a un rinconcito poco distante de nosotros, que estaba cubierto por una gran roca que le servía de techo. Como a media noche despertaron un ruido terrible que atribuimos nada menos que al sacudimiento de algún temblor como los que ya habíamos experimentado antes en estas regiones; y teníamos razón para no encontrar mal fundada tal conjetura, porque oíamos hondos quejidos y gritos como de hombres medio perdidos en el abismo. Inmediatamente nos levantamos y corrimos hacia el sitio de dónde venían las voces, con lo que salimos de duda respecto a la opinión que nos [p. 52] habíamos formado de este accidente, porque encontramos allí a los dos hombres casi sepultados bajo un montón de piedras y tierra suelta”.

¹²⁹ John Byron, *Relato del honorable John Byron, comodoro de la última expedición alrededor del mundo* (Santiago, Imprenta Cervantes, 1901), pp. 51-52.

24 DE MAYO DE 1751, PENCO

CARTA DE TOMÁS DE CARMINATI AL GOBERNADOR DOMINGO ORTIZ DE ROZAS,
ARAUCO, 25 DE MAYO DE 1751¹³⁰

[f. 200] “En la noche del día 23 del presente mes entre las once y doce de la noche hubo en esta plaza un temblor tan grande que maltrato todo los edificios; y la noche del día 24 a la misma hora fue la majestad divina servido de enviar por mis pecados uno tan grande que no dejó piedra sobre piedra porque todos los edificios a excepción del algunos ranchos de palos de los vecinos han escapado aunque maltratados y de toda la muralla solo los baluartes han quedado que con poca diligencia se podrá colocar la artillería para lo que se me pueda ofrecer en cuyo negocio quedó entendiendo no obstante de ser un continuado temblor de tal modo que desde el grande de la medianoche [f. 200v] hasta ahora que son las once del día sean contado más de 156 que parece quiere tragar la tierra a cuantos la habitamos, no siendo de menor cuidado las grandes amenazas que con sus repentinas salidas hace la mar pues anoche llegó dos veces hasta las ruinas de la muralla de todo doy infinitas gracias a Dios nuestro Señor y en especial por haber escapado por vía de milagro algunas armas servibles y dos botijas de pólvora entre la disforme ruina de la portada principal. Creo excelentísimo señor que esta ruina haya sido general en toda la frontera ciudad de la Concepción y muchas más partes desde obispado de donde no podré tener noticias en algunos así por los continuados flujos y reflujos del mar para el pasaje de los ríos como porque la gente esta tan amedrentada que han ganado los cerros más elevados y cuesta dificultades el hacer bajas aun a los que son soldados; yo excelentísimo señor me creí perecer con todos pero nos ha mirado Dios con tanta misericordia que solo perecieron dos parvulillos y aunque ha habido varios estropeados creo que ninguno perecerá”.

¹³⁰ Archivo General de Indias, Fondo Audiencia de Chile, vol. 146, fojas 200-200v.

CARTA DEL GOBERNADOR DOMINGO ORTIZ DE ROZAS AL VIRREY DEL PERÚ,
SANTIAGO, 28 DE MAYO DE 1751¹³¹

[f. 3] “La mañana del día martes 25 del corriente como a la una y media se experimentó en esta ciudad un tan terrible terremoto que su violencia, y duración que sería de seis minutos puso en la mayor consternación a todo el vecindario que desamparado entre la contrición y espanto todas sus casas, se ha reducido la mayor parte a vivir debajo de un toldo, o pabellón en la plaza, cañada, y demás parajes que su extensión les permitiese la seguridad de verse libres de las ruinas que amenazan los edificios, habiendo padecido los templos, aunque no su total asolación, muchos daños en las aberturas de sus murallas particularmente la catedral, de cuya torre cayó la media naranja, y de San Francisco parte de la iglesia, hacia el altar mayor, con mucho daño de su retablo, y la torre muy maltratada e inclinada a la parte del coro de la iglesia que a toda priesa están derribando, porque no padezca el templo en alguna repetición. Las demás iglesias, han padecido algunos quebrantos, y las casas de particulares maltratadas muchas, y generalmente destejadas por haber [f. 3v] caído unas, y otras salido de su lugar; pero por la misericordia de Dios hasta ahora, no ha resultado desgracia alguna en las vidas, que todos han librado con felicidad. De donde se oyen mayores clamores es de las haciendas y chacas del contorno de esta ciudad, porque son innumerables los edificios, y bodegas que se han maltratado, y caído enteramente y entre ellas la nueva iglesia que se había hecho al santo cristo de Renca, que ha quedado inservible, y parte en el suelo: en las nuevas villas, se me ha dado noticia haber padecido en la de San Felipe el Real todos los techos de las casas por el suelo y demolidos, los de la casa de cabildo y algunos rajados, y los más tabiques destruidos, y las iglesias parroquial en el mismo estado el techo, y en el valle de Curimón cayó una casa, y sus murallas causaron la desgracia de haber muerto al padre fray Antonio Romo de la orden de nuestra Señora de las Mercedes que venía de misión, y alojó casualmente en ella, esta infausta noche. La de Quillota, asimismo ha padecido mucho daño en los tejados, y algunas paredes, y caídas varias iglesias y capillas de los parajes de su jurisdicción. La de San Fernando se cayó todo el corredor de las casas de cabildo [f. 4] y la mayor parte de la teja de la iglesia parroquial; en la de Melipilla, se ha experimentado más estrago en algunas portadas, y edificios caídos, y por lo que mira a la destrucción de las tejas de las casas, ha sido general en todas partes, según las noticias que de ellas se me han participado. Este palacio ha hecho bastante sentimiento y se ha reconocido por el maestro alarife la necesidad de su pronto reparo para evitar el evidente estrago que amenaza si acaso repitiese otro igual o menor movimiento, pues hasta la hora de esta continúan aunque remisos, frecuentes remezones. El castillo de Valparaíso, ha padecido estragos y demolición en sus murallas, particularmente

¹³¹ Archivo General de Indias, Fondo Audiencia de Chile, vol. 146, fojas 3-4. Copia manuscrita en Chile en Biblioteca Nacional, Manuscritos Medina, tomo 187, pieza 4259, fojas 135-139.

la que mira a la parte de la quebrada de San Francisco y dos garitas caídas y las demás abiertas y maltratadas, para cuyo reparo se proporcionaran las más prontas providencias. De las demás villas, no he dado hasta ahora razón alguna, pero creo habrá sido general la ruina”.

CARTA DE AGUSTÍN DE SOTO Y AGUILAR
AL GOBERNADOR DOMINGO ORTIZ DE ROZAS,
CHILLÁN, 29 DE MAYO DE 1751¹³²

[f. 218] “Entre la ruinas con notable diligencia he conseguido este pliego de papel para participar a vuestra excelencia la ruina tan horrible que ha padecido esta ciudad el día 24 a medianoche con los temblores tan horribles y tan repetidos que no ha quedado templo ninguno ni menos casa alguna porque todas están totalmente por los suelos y dudábamos de tan fuertes sacudimientos si la tierra nos tragaba o si los edificios que caían nos aplastaban. Murió entre las ruinas, quedó sepultado el alcalde don Carlos de Soto con una hija suya, y a su mujer la desenterraron viva. Han perecido con la ruina hasta ocho personas. De la Concepción no he sabido cosa alguna pero si de los alrededores de ella que todas las casas han arriunadose y no ha quedado ninguna en pie y quien me participa esta noticia dice que se han disparado cañonazos en la Concepción [f. 218v] según lo que aquí hemos experimentado hago el juicio que se haya en notable trabajo su divina majestad quiera mejorar sus [ilegible].

Por el recelo que en semejantes ocasiones debemos tener he distribuido órdenes para que se acuartelen cuatro compañeros para el resguardo del enemigo pues en ocasión ya se ha valido de este mismo motivo para sus invasiones.

Yo me alegraré de que vuestra excelencia de cabal salud y que esa ciudad no haya padecido lo que esta infeliz hasta ahora se reputen los formidables temblores de la tierra y toda la ciudad se ha salido con nuestro Señor sacramentado al pasaje nombrado La Horca”.

CARTA DE LA ABADESA DE LAS MONJAS TRINITARIAS RITA DE SANTA GERTRUDIS
AL GOBERNADOR DOMINGO ORTIZ DE ROZAS,
CONCEPCIÓN, MAYO DE 1751¹³³

[f. 204] “El día martes veinticuatro del corriente a la una, y media de la mañana empezó la tierra tan fuertemente a temblar, y el mar a salir de sus términos, que no ha quedado edificio habitable, siendo los más o casi todos, totalmente desolados, para sepulcro de algunos cuerpos [ilegible] que perecieron. Nuestro monasterio como

¹³² Archivo General de Indias, Fondo Audiencia de Chile, vol. 146, fojas 218-218v.

¹³³ *Op. cit.*, fojas 204-204v.

distante no experimento su inundación, ni menos su edificio maltrato a persona alguna, por lo que la misericordia de nuestro Señor quiso salvarnos las vidas con tan particular [ilegible] que los que se refugiaron en nuestro territorio buscando el amparo de María Santísima en su advocación del milagro: nos pensaban a todas sepultadas al ver todo el monasterio por tierra y toda nuestra iglesia sin quedar figura alguna de todo el ni dejarse ver otra cosa que señales que manifestaban bien la gran confusión, que padecíamos. Pero señor, y padre mío, nada de esto nos da tanta congoja, como el vernos puestas en un tumbado de paja bastante estrecho para viviéndola una comunidad, que su principal atención es la de los oficios divinos, y demás ministerios religiosos [f. 204v] que no podemos dispensar. En este conflicto nos queda el consuelo de haber librado la milagrosa imagen que veneraba en nuestra iglesia la devoción de este pueblo como protectora y patrona suya¹³⁴.

CARTA DE MARGARITA JOSEFA DE RECABARREN A SU HERMANO JOSEPH,
SANTIAGO 7 DE JUNIO DE 1751¹³⁴

[p. 323] “Hermanito de mi corazón y todo mi querer, me alegraré te halle ésta sin novedad en la salud. Yo quedo buena, gracias a Dios, y todos los de la casa, pero muy contristados con un temblor que experimentamos en día de mayo, a la una y media de la mañana, tan largo que duró seis minutos y tan fuerte que casi no se podía una tener en los pies del movimiento de la tierra. A mí me sucedió que [p. 324] me hiqué, y cuando se acabó y me levanté no podía del dolor, y ni en dos días me pude hincar. Por el dolor que sentía en las piernas me las fui a ver, y me las hallé casi negras y como señaladas las piedras, de donde saco yo el mucho movimiento de la tierra, pues el haberme hincado no era capaz de haberme hecho tal efecto, y sí la fuerza que haría para mantenerme. Ha quedado repitiendo todos los días, y algunos grandecitos; pero en la ciudad no ha hecho estragos, pues los templos no han caído, sólo algo se han maltratado.

Las casas, las antiguas, se han lastimado. Han salido a la plaza a dormir en carpas y a la Cañada, y el temor que hay no les permite dejarlas. Otros han hecho barracas de tablas. Pero todo esto, a la vista de lo que han padecido en Penco, es un rasguño, porque es una compasión oír las cartas del trabajo que están padeciendo porque allá fue mucho más violento. El temblor lo dejó todo arruinado, todos los templos, las casas, y a la media hora del temblor salió el mar y se hallaron por la mañana en los cerros, en camisa y los que mejor con una frazada. Todos los fuertes, Chillán, villa de Talca y Tutuvén, todo se arruinó.

¹³⁴ Carta transcrita y publicada por Raúl. Silva Castro, “Alcance a la carta de doña Isabel Pardo de Figueroa”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 2 (Santiago, 1911), pp. 323-324. También fue publicada en Raúl Silva Castro (compilador), *Cartas chilenas (siglos XVIII y XIX)* (Santiago, Imprenta Universitaria, 1954), p. 11 y Sergio Vergara (compilador), *Cartas de mujeres en Chile* (Santiago, Editorial Andrés Bello, 1987), p. 6.

En todas las estancias se han caído los edificios y las bodegas y han perdido el vino. En todo el campo ha hecho mucho estrago, ni capilla en que decir misa ha quedado. La capilla de Renca, que hacía año y medio que se había colocado, se cayó, lo mismo que el convento de los padres de San Francisco de Curicó, de raíz; dicen que era un dije. En el campo se ha abierto la tierra cerca de una cuadra, y ha quedado vertiendo agua. Y ahora lo que sentimos es las enfermedades que vendrán y las incomodidades. Dios se duela de nosotros, encomiéndanos a su divina majestad”.

SEGUNDA CARTA DEL GOBERNADOR DOMINGO ORTIZ DE ROZAS
AL VIRREY DEL PERÚ,
SANTIAGO, 5 DE JULIO DE 1751¹³⁵

[f. 2v] “Todo lo padecido en Santiago ha sido solo amago respecto al estrago causado en la Concepción y en toda la frontera. Participame el corregidor y el comisario general de ejército, la total desolación de aquellas plazas, movida no solo del temblor que fue sin duda mucho mayor en aquellas alturas, como originado en las inmediaciones de algunos de sus volcanes, sino también por la salida del mar que acabó de aplanar cuanto había arruinado en movimiento, llevándose en su resaca o retirada todos los muebles y caudales de la Concepción, aunque sin pérdida de muchas vidas por haberlas salvado [f. 3] sus vecinos en las más altas cumbres de sus inmediatos cerros. Con esta noticia que recibí a las 8 de la noche del día de ayer 4 de corriente tuve inmediatamente junta de real hacienda y tomadas las más proporcionadas providencias mandé a aprontar de este almacén 200 fusiles, 4 quintales de pólvora, 3.000 pierdas y demás cosas necesarias que se conducirán sin falta alguna el día siguiente con la mayor aceleración despachando en el mismo punto órdenes similares a los corregidores de Colchagua, Maule, Puchacay, Itata, Rere, Chillán, para que aprontasen y apercebimiento de las compañías de sus distritos y estuviesen a las órdenes [f. 3v] del corregidor de la Concepción y comisario general del ejército a quienes se remitieron instrucciones y demás advertencias y necesarias para el reparo de aquella frontera, para donde delibero mi marcha dentro del día de la fecha a fin de esforzar más eficaces auxilios y detener contenidos a los indios bárbaros que pudieran aprovecharse de la desgracia y aumentarla mayor en su irrupción, por el atisbo de los robos o por la aversión innata con que distan de nuestra nación y desventajas.

A proporción de lo inmediato a la frontera, se ha graduado lo intenso de la ruina, como lo han experimentado la ciudad de San Bartolomé de Chillán, y las dos [f. 4] nuevas poblaciones de nuestra Señora de las Mercedes de Manso, y San Agustín de Talca, ambas en el partido del Maule, pues me avisan sus corregidores no haber

¹³⁵ Archivo General de Indias, Fondo Audiencia de Chile, vol. 186 (son 8 fojas). Copia manuscrita en Chile en Biblioteca Nacional, Manuscritos Medina, tomo 187, pieza 4260, fojas 140-145.

quedado otros vestigios que los que están indicando su desgracia infinitamente no ha cesado hasta ahora un punto mi desvelo ni cesará en adelante mi aplicación de promover cuantos medios se contemplasen necesarios a sostener un reino por tantas partes, menoscabado y amenazado de su última y total destrucción”.

CARTA VIRREY JOSÉ ANTONIO MANSO DE VELASCO AL MARQUÉS DE LA ENSENADA,
LIMA 11 DE AGOSTO DE 1751¹³⁶

[f. 10] “En carta de 15 de julio próximo pasado di cuenta a vuestra excelencia de la noticia que me participó el presidente de Chile del terremoto acaecido en aquel reino la mañana del día 25 de mayo, que ocasionó diversas ruinas en los Templos, y casas de la capital de Santiago, y en algunas de las poblaciones cercanas, ignorándose por entones las que pudiesen haber acaecido en la de la Concepción, y en su presidio; se acaba de avisarme en carta de 5 y 27 de junio haber experimentado su entera ruina, y desolación, como también la nueva población de la Isla de Juan Fernández con las violentas y repetidas salidas del mar en que murieron el gobernador [f. 10v] don Juan Navarro Santaella, su mujer y treinta y cuatro pobladores y que esta sensible falta, suplió prontamente en dos navíos que hizo aprestar en Valparaíso, para que condujesen al nuevo gobernador don Francisco de Espejo, con recluta de tropa, y vestimentos para seis meses, y de su ingreso me da noticia este oficial en carta de 11 de julio. Inmediatamente remití al presidente en el navío de este tráfico, la *Mercedes*, cincuenta mil pesos de estas cajas, cuatrocientas bocas de fuego, cien pares de pistolas, veinte botijas de pólvora, tres mil piedras, y cuatro quintales de plomo, por haberse así resuelto en junta de real hacienda, a la que llevé las referidas cartas, como todo consta del testimonio que acompaño, por la necesidad de auxiliar a aquella frontera, donde habiendo padecido [f. 11] sus fuertes igual ruina, era preciso atender a su reparto cuya noticia se servirá vuestra excelencia pasar a la del rey”.

RELACIÓN DE JUAN FRANCISCO SOBRECASAS, JUAN FERNÁNDEZ,
1751¹³⁷

[p. 464] “La población se puso al principio en la playa del puerto principal, por dictamen de su primer gobernador don Juan Navarro, pero el ingeniero que

¹³⁶ Archivo General de Indias, Fondo Audiencia de Chile, vol. 146, fojas 10-11v. Copia manuscrita en Chile en Biblioteca Nacional, Manuscritos Medina, tomo 187, pieza 4265, fojas 184-189.

¹³⁷ Juan Francisco Sobrecasas, “Isla de Juan Fernández”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 49 (Santiago, 1923), pp. 464-472. La relación de este ingeniero hispano también fue publicada en José Toribio Medina (compilador), *Viajes relativos a Chile* (Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1962), tomo I, pp. 177-183.

esto escribe, aunque no tenía experiencia de estas costas, por solo haber oído que solía salir en mar en ellas, se subió sobre un cerro donde había una capaz explanada, donde puso su pabellón para vivir; a éste siguieron algunas familias que formaron allí sus casas y tuvieron la fortuna de que en la salida del mar de la noche del 24 al 25 de mayo del año 1751 no padecieron los estragos que los que estaban abajo, y aún fue providencia de Dios ésta, pues los que escaparon de los que estaban abajo, subiéndose arriba hallaron el consuelo de tener donde poder refugiarse de sus desnudos cuerpos y alentarse de tanto trabajo, pues fue tan impetuosa la salida que no dejó población de la playa [p. 465] más señala que aquí estuvo, subiendo las aguas sobre los cerros que hacen oposición al mar, sobre cincuenta varas en alto, pagando el gobernador con la vida el gusto que había tenido de ver casi formada la población en un lugar que por su dilatación y hermosura pareció más apto para su formación.

[p. 472] Aquí no se experimentan temblores con aquella continuación que en la costa de Chile, pues en veinte meses que yo estuve en la Isla, solo se sintió el temblor del día 25 de mayo, habiendo en estos veinte meses repetidos temblores en todo el reino de Chile; y con haberlo sido referido el temblor tan furioso en Chile, en la Isla apenas se sintió; de donde se infiere ser una situación muy apta y cómoda al temperamento humano y se ve por experiencia en las pocas enfermedades que los nuevos habitantes padecen; pues comprendo que viviendo regularmente, solo de viejos se pueden morir”.

RELACIÓN DEL ABATE JUAN IGNACIO MOLINA,
1751¹³⁸

[s/p] “La brillante Concepción había llegado a su máxima exaltación; lo había logrado era esplendor amable de Chile.

Era amable resplendor, y ahora, deplorable abominación. Y de tan grata ciudad hay ahora apenas un rincón ruinoso.

¡Ay de mí! ¡Qué rápido se desvanece lo enhiesto y se va! ¡Qué rápido se aniquila lo que ayer era majestuoso!

En noche –lo recuerdo– en 24 de mayo, día en que deberá ser contado entre los fatales

El momento en que callan los serenos, las aves y los perros y en que empieza la hora primera, completada la duodécima.

He aquí que el suelo, alertado del peligro, tiembla ligeramente y era mensajero seguro del estrago por venir

Pero la ciudad sorda, entregada al sueño, en parte permaneció acostada y por otra porción, erróneamente confiada, despreció los avisos de Dios.

¹³⁸ Juan Ignacio Molina, *Elegías a la ruina de Concepción* (Santiago, Imprenta de la Biblioteca Nacional de Chile, 1997), libro I, elegía II.

Ojalá, Concepción, hubieras comprendido la cruel desolación que anunciaba aquel pequeño temblor.

Quizá ahora estarías de pie, refulgente con el esplendor antiguo, y no hubieras experimentado tan gran destrucción.

¡Si te hubieras alzado al momento y, confesado tus pecados, hubieras implorado a Dios que aplacara los rayos feroces,

y derramando cenizas sobre la cabeza, y golpeando el pecho hubieses llenado con tus lágrimas tus rincones!

El cielo escucha a los confesados y no desprecia las palabras de los suplicantes y por ellas conoce que se han arrepentido.

¡Ay! Cuántas veces aquel padre Óptimo hubiera enviado rayos certeros a la tierra, con mano encolerizada,

pero cuando vio las lágrimas de los hombres y los lamentos, ablandando por ellas, depuso las merecidas amenazas.

El año 30 debió tenerte acobardada con lo que entonces experimentaste, emparejada al suelo por los remezones.

En todo momento debiste venir preparada y no confiar, necia, en el cercano mar.

Aunque el océano esté más tranquilo que leche tierna, también sabe arrebatarse, más violento que nube tempestuosa.

Pero a ti, sin duda, los oráculos te atraían a la desgracia y no permitieron que conocieras tu salvación”.

RELATO DEL CRONISTA JESUITA FELIPE GÓMEZ DE VIDAURRE,
1751¹³⁹

[p. 66] “El último [terremoto] y de que puedo hablar como testigo ocular, vino a veinticuatro de mayo de mil setecientos cincuenta y uno: arruinó enteramente la Concepción, no quedando en ella edificio alguno, que pudiese servir a su dueño: impelió el mar contra ella que la bañó enteramente por tres veces, y sacando cuanto precioso tenía, la dejó una de las más pobres poblaciones del reino. No se limitó contra esta sola su furor, hizo acompañar en sus lamentos a los vecinos e todas las poblaciones, que había entre el los [p. 67] grados 34 y 40. En la capital se sintió, y de su fuerza y dirección de sur a norte, que notaron, argumentaron la violencia y daño que había causado en las sobredichas provincias. Le precedieron algunos pequeños terremotos, así en el verano como en las noches antecedentes, y en lo inmediato a la misma hora se sintió uno considerable, y un cuarto de hora antes vino otro que despertó los dormidos, e hizo que todos estuviesen prevenidos a la fuga de los edificios. Algunos creen que también lo hubiese anunciado el

¹³⁹ Gómez de Vidaurre, *op. cit.*, pp. 66-67.

globo de fuego, que he dicho lanzó la cordillera este mismo año, pero esto yo no hallo pueda tener conexión con el terremoto, y a los otros muchos otros globos no han visto algún otro terremoto.

Este gran terremoto principio poco más pasada la media noche, y duró en su fuerza cuatro o cinco minutos, y menos fuerte, se puede afirmar, duró hasta la aurora, pues la tierra estuvo en todo este tiempo de horas en continuo movimiento con la alternativa de más o menos sensible. Antes del terremoto estaba el cielo claro por todas partes, pero inmediatamente después se cubrió de espantosas nubes, que descargaron una lluvia continua por ocho días, sin que se quietase por eso la tierra. Pasada la lluvia, crecieron en fuerza los terremotos, dando principio a ellos uno de muy corta duración, pero de tal violencia que la mayor parte de lo que lo experimentamos, lo han creído superior a la del grande, siguieron estos por espacio de un mes con tanta frecuencia que apenas pasaban quince o veinte minutos que no se siguiese otro. Perecieron en esta de la Concepción seis personas inválidas, un loco que se entregó al mar, y tres que no creían en los terremotos. En lo restante del reino no se oyó hubiese muerto de esto alguno. La tierra se abrió en diferentes partes, particularmente en la rivera de los ríos, pero muy superficialmente. Observé dos de estas aberturas en la hacienda de mis padres; la una apenas tenía una tercia de ancho, y poco más de una vara de profundidad, y su extensión de cuarenta a cincuenta varas, con cuasi la misma dirección que había llevado el terremoto, y digo, cuasi, porque, aunque tirando una línea de un extremo al otro, era de sur a norte, perfectamente en dirección, ella en su curva no guardaba esta regularidad, sino que a veces declinaba a oriente, otras a poniente, y otras a septentrión. Esta estaba en tierra firme, y en lugar que muestra haber sido un tiempo la madre del río, que no dista mucho. La otra estaba perfectamente a la orilla de un pequeño río, que pasa por un profundo valle: en todo era mayor, y más irregular que la otra en su curso, que siempre era siguiendo las márgenes del río: en algunas partes llegaba la abertura a tener cosa de tres varas”.

RELACIÓN ANÓNIMA (1),
1751¹⁴⁰

[p. 484] “Oh, Dios, tú solo eres omnipotente y al mismo tiempo que justiciero y misericordioso, y por la ceguera de los pecadores, que sin hacer caso de los divinos auxilios quieren vivir tan embriagados en los vicios como los infelices habitantes de Sodoma y Gomorra, no teniendo presente cuán presto experimentaron aquellos el azote de la divina justicia, negándoles últimamente sus avisos para que arrepentidos con la enmienda aplicasen el justo enojo del altísimo: no lo hicieron

¹⁴⁰ Relación transcrita y publicada con el nombre “Tosca narración de lo acaecido en la ciudad de la concepción de chile el 24 de mayo”, en Gay, *op. cit.*, tomo II, pp. 484-491.

y así muy presto tuvieron el más trágico fin que en la historia sagrada se refiere, todos en cuerpo y alma perecieron a excepción de la familia de Lot, inmediato descendiente de Abraham, que por no ser Dios ingrato preservó; no sucedió así en la triste ciudad de Concepción, no experimentaron sus moradores tanto el rigor de la divina justicia, pues ésta preservó las vidas a la mayoría y no les negó sus repetidos anteriores avisos, tal entiendo por lo acaecido en esta ciudad el año 30 y en otras ocasiones que refieren sus moradores y aún más reciente y casi a la vista [p. 485] el horroroso espectáculo de Callao y Lima; pero aun esto no basta para la dureza del corazón humano, aún más de cerca se deja ver cuánto desea nuestro gran Dios la enmienda del pecador y cuán lleno de misericordia envía su castigo, que llamándonos a la enmienda y no queriendo que fuese nuestro fin como el de los ya citados sodomitas, nos avisó con un recio temporal de temblor de tierra la noche del 23, víspera de la lamentable ruina, y aun esta misma noche antes del formidable terremoto, como diez minutos nos mandó otro la divina providencia, como avisándonos que huyamos del peligro, pero oh gran Dios, cuán digna de ser temida vuestra justicia, cuán incomprensibles vuestros altos juicios, cuán justo vuestro castigo, pero lleno de misericordias, así lo confiesa mi fe y lo acredita el suceso de esta noche, en la que para que yo y cada uno de los individuos de esta ciudad (que libramos las vidas) no pereciésemos fue preciso que obrase la divina majestad (como lo hizo) con cada uno muchas maravillas.

Difícil considero el circunstanciar lo acaecido, pues veo que no podré significar su disformidad, y aunque me dilatase en decirlo todo no podré dar al lector la inteligencia de lo formidable y espantoso de este caso; pero es mi intento el conservar enteramente en la memoria de todos los mortales este aviso del cielo tan importante para la enmienda de los pecadores y vigilancia con que todos debemos vivir.

Mucho temor causó a todos el temblor referido, por lo extraño y formidable, lo que no dejó de servir para tomar algunas precauciones, que si no fueron para lo espiritual (que de esta suerte pudiera haberse aplacado el enojo del Señor), fueron para lo corporal, pues los más se conservaban la siguiente noche, aunque entregados al sueño, vestidos o no del todo desnudos, a excepción de los menos timoratos y menos experimentados, que del todo se habían entregado al sueño y descanso; pero a poco más de la una vino un fuerte remezón, con el que todos precipitados corrimos (cada uno en la forma que se hallaba) a los patios de [p. 450] las casas, y apenas empezábamos a pedir a Dios misericordia cuando descargó la divina majestad el azote sobre esta ciudad, mandando un terrible temblor de tierra que sólo de oír los bramidos que ésta daba, apenas había quien no estuviera fuera de sí; su mayor fuerza me pareció que duraría como seis minutos, en cuyo tiempo se conocieron tres repeticiones más fuertes, alcanzándose el uno al otro, y no quedó en este instante templo, casa grande ni pequeña que no se arrojase, pues ni aun las personas se podían mantener en pie ni huir de las casas.

La mayor confusión era, en esta infelicidad, el considerar que después de tan gran temblor, saliendo de su centro el mar con extraña braveza inundaría toda

la ciudad (como sucedió en Callao), cuya memoria desanimaba más a los que no habían perecido debajo de las ruinas, se hallaban cercados entre ellas y la mayoría en los patios de las casas, queriendo con grandes fatigas unos saltar las exteriores paredes que aún no estaban caídas, otros a derribar sus puertas de la calle, que con el peso de la ruina de las casas que cargaba sobre ellas era imposible abrirlas, y otros imposibilitados de hacer alguna diligencia, pues su cortedad de espíritu los tenía enteramente sorprendidos e imposibilitados de huir del gran peligro que se experimentaba; el que se hallaba en la calle, ya recobrado de huir al monte, gritaba al paso que corría diciendo el mar sale de su centro, huyan todos al monte, lo que tantas veces repetido era aumentar la pena de los imposibilitados a la fuga; y continuando el temblor, aunque algo aplacado, considerábamos todos estar en los últimos períodos de la vida, unos para implorar el divino auxilio y otros en vano el humano socorro, lo que formaba unos gritos tan espantosos de los más extraños lamentos que se pueden excogitar; considérese el conjunto de horrores que en este conflicto rodeaban los corazones de estos infelices, pues siendo cada circunstancia un accidente peligro, la menor bastaba para que desanimado el más animoso no creyese llegar a mañana, todos discurrían lo mismo y hubiera [p. 487] sucedido de no haber usado Dios aquí una de sus mayores maravillas, que fue el haber detenido las aguas del mar algo más de media hora después del temblor, en cuyo tiempo pudieron, con grandísima dificultad, saliendo de las ruinas y huyendo desatentados, ampararse en los montes, donde ya colocados la mayor parte de los vecinos de esta ciudad, servía de mayor turbación el ver a ésta fluctuando contra las furiosas olas del mar: tampoco había consuelo en mirarse unos a otros, pues más parecían todos cadáveres que animados; no notaba aquí la curiosidad frágil el ver a la señora, a la plebeya, a la casada y a la honesta doncella, con la desnudez que permite el lecho de donde despavoridas se arrojaron. Lo mismo sucedió a todo seglar, niño, anciano, clérigo, religioso y aun a las esposas de Jesucristo no podía causar menos efecto, lo que todos habíamos experimentado y experimentábamos, pues lo formidable del terremoto, los horrorosos bramidos que la tierra daba, el estruendo espantoso que hacían al caer los templos, torres, campanas, edificios, casas grandes y pequeñas, la gran fuerza con que el mar llevaba tras de sí los muebles de las casas y fragmentos de todos ellos, los destemplados alaridos y lamentosa gritería de todas las personas, los aullidos de los perros, el desconcertado canto de las aves y pavos y de los animales eran dos presagios del juicio universal, y mucho más el oír y ver a los que, fluctuando entre las olas y golpes del mar, iban a perecer no habiendo podido, por sus años, achaques o desgracias, acogerse al monte; todo, en fin, ayudaba a la mayor turbación y a que todos creyesen su muerte a las faldas de aquel monte, porque se derrumbaban todos con tal fuerza de los temblores que incesantemente seguían, que persuadidos creyeron otro segundo diluvio cuando vieron, sepultada en el mar, a la que poco antes había sido nombrada ciudad de Concepción, pues a la media hora y minutos, empezando a servir el mar, se ausentó precipitadamente de sus riberas dejando toda su bahía (que es de 3 leguas)

en seco, pero como a los siete minutos [p. 488] volvió con grandísima fuerza, encrespando ola sobre ola con tanta altura que excediendo sus límites superó y coronó toda la ciudad, entrando con más violencia que la carrera de un caballo; se retiró con gran fuerza y llevándose tras de sí todas las paredes no aún caídas y muebles de todas las casas, quedó esta ciudad como la plaza más escueta, se retiró otras veces en la forma dicha y volvió aún con más fuerza por segunda y tercera vez a inundar toda la ciudad, aún más la tercera vez que las antecedentes.

Con tantos y tan formidables espectáculos no había viviente que lo pareciese; el sacerdote turbado no acertaba a dar la absolución a los demás y éstos, por el mismo efecto, ni aun estaban en estado de pedirla, los padres ni aun procuraban por sus hijas, ni sabían si éstas habían perecido o no, pues cada uno salió por donde pudo, sin cuidar el marido de la mujer, ni el hermano de la hermana.

En este infeliz estado (para consuelo) deseábamos la mañana, la que venida renovó nuevamente el dolor, cuando dio a la vista más por extenso todo el estrago ya referido y también por vernos en un total desabrigo de ropas y casas, sin tener la menor forma de ampararse de los grandes fríos, fuertes nortes y muchas aguas que en este país hay; nada de menos sensible era verse sin socorro alguno para el sustento preciso de la vida humana; pero la divina misericordia (que en medio de sus rigores usó de mucha piedad) ofreció a unos cantidad de peces muertos que el mar dejó dentro de la ciudad para su sustento, y a otros el poder alcanzar alguna carne que venía del campo por ser este país muy fértil.

Toda la noche prosiguió continuamente temblando la tierra, y al día siguiente saliendo y entrando el mar, aunque no con la violencia de las tres referidas veces primeras, hasta el mediodía, en que quedó ésta más sosegada, siempre continuaron los temblores, aunque más moderados.

Hacía un mes que se hallaban en este puerto el navío de Cádiz, nombrado la *Sacra Familia* y el *San Antonio*, propio de don Juan Sorrahiz [p. 489] que hacía viaje a Callao de Lima, el que padeció mucho en este suceso, pues al mismo paso que la tierra temblaba el mar, con lo que dando el navío fuertes estrechones, parecía hacerse pedazos, parte de sus navegantes que en él se hallaban ajustados, no tuvieron más socorros que implorar el divino, pero cuando más sosegados experimentaban algún consuelo, vieron a sus ojos el mayor peligro, del cual sólo la misericordia del Altísimo los pudo salvar: y fue que con extraño movimiento se retiró el mar con tanta violencia que arrastrando las anclas de dicho navío lo dejó enteramente en seco y casi turbando a la banda; ¿quién creyó no perecer en este caso? O bien rompiéndose el navío, como era de temer por estar cargado, o bien esperando que la venida del mar, por su violencia y altura, lo superase y ahogase el dicho bajel, pues algunos del país a su bordo decían que el mar vendría más alto que el palo mayor, lo que servía de mayor turbación a todos los que por instantes esperaban el fin; pero Dios, que ya estaba empeñado en usar de sus misericordias, los libró, pues donde éstos esperaban la muerte tuvieron el alivio, vino en efecto el mar con altura y mucho ruido y no habiendo las anclas

de la banda adentro faltado, aunque le dio un fuerte golpe y lo arrojó al otro costado, al mismo tiempo surgió y quedó nadando; creció el mar hasta nueve brazas y media y hallaron todos consuelo, por segunda y tercera vez se volvió a retirar el mar en los mismos efectos, quedándose los tres veces este pobre navío enteramente en seco y a todos lo sacó Dios con felicidad, el resto de la noche y mañana siguiente estuvo dando vueltas, por lo que se enredaron sus cables, de tal suerte que en cuatro días apenas pudo desenredarse.

Restituido a su navío el capellán y ya recuperado de la desnudez y quebrantos que le ocasionaron las ruinas (de las que lo libró Dios milagrosamente) fue advertido por un indio de que a san Francisco de Asís lo había arrojado el mar a una isla nombrada la Quiriquina, a tres leguas de la ciudad, el que inmediatamente [p. 490] dispuso ir con el bote del navío a traerlo, pero apenas había saltado en dicha isla quedó abortido al ver en sus costas multitud de imágenes y riquezas de todas las iglesias, cofres, cajas, baúles, escritorios, papeleras, camas y demás bienes de toda la ciudad, pero movido a piedad, viendo la imposibilidad de sus dueños para recaudarlos, pues no había quedado entero alguno de los barquillos que servían en esta bahía, metió en su bote primeramente a nuestro padre San Francisco, después un crucifijo, la virgen de Concepción, San Pedro de Alcántara y otros santos y acabó de cargar el bote con lo más precioso de lo respectivo a los vecinos y también gran cantidad de dinero, todo lo cual mantuvo en su poder, y noticiado a su capitán no le estorbó a que volviese con el bote a transportar cuanto pudiese, para que por este medio fuesen aliviados los vecinos de aquella ciudad que estaban retirados en el monte; continuando el capellán con el bote a la dicha isla pudo, en algunos viajes que hizo, recoger todo lo que se ofrecía a la vista y después, desembarcando en tierra, de todo cuanto tenía en su poder dio parte al obispo y gobernador de la ciudad y éste, llamando por bando a todos los vecinos, les fue entregando a cada uno lo que reconocían ser suyo y el dinero se repartió entre todos, porque todos eran pobres y lo habían pedido; no paró aquí la caridad de los oficiales y pasajeros de este navío, pues todos se esforzaron dando cuanta ropa tenían para vestir la desnudez de aquellos infelices, que aun hasta el obispo no tenía camisa, pero nada fue esto en comparación con lo que voy a referir, que fue el haber causado la asistencia de este navío tan gran horror a los indios bravos que lo registraban desde aquellas montañas, que no se atrevieron (a poco de pasada la ruina) a echarse sobre la ciudad y acabar con todos los cristianos que se hallaban indefensos y careciendo de todas armas, pero se les entregó de este navío cantidad de fusiles, pistolas, sables, piedras, bolas, pólvora y otras municiones, con lo que quedaron provistos para poderse defender después [491] de nuestra partida, que fue de mes y medio; no habiendo mediado interés para todo cuanto se les dio, estaban estos infelices tan agradecidos que nos daban el nombre de restauradores de la ruina, después de Dios.

De la ciudad de Chillán avisan no haber quedado piedra sobre piedra. Lo mismo dicen de otros lugares inmediatos, sin saber el número de personas que han muerto.

En Santiago no causó mucho estrago el temblor, pues sólo algunas torres y pocas casas cayeron. Las islas de Juan Fernández, a 60 leguas de esta ciudad, quedaron enteramente arruinadas y avisan haber perecido en el mar a la salida el gobernador, su mujer y toda su familia, que componían 26 personas. En Callao y Lima, a 500 leguas, no se sintió el temblor, pero sí la salida del mar en Callao, pero nada sucedió por haber sido ya de día y todos pudieron huir.

Ahora nos avisan de otros terremotos con estrago que ha habido posteriores en este reino, como en Arica, a 250 leguas de Chile y otros tantos de Lima, haber quedado enteramente destruida. Aunque el terremoto y salida del mar en Concepción fue casi igual al que hace cuatro años hubo en Callao y Lima, en el tamaño y pérdida de todas cosas y bienes temporales, ha sido muy desigual en las personas, pues sólo en Callao perecieron cinco mil personas y quedó enteramente destruida dicha ciudad. En Lima perecieron otras tantas, incluyendo una peste que padecieron de siguiente. En Concepción fue uno de los grandes prodigios de la divina misericordia, habiendo quedado todo aniquilado y destruido aquella noche, no haber perecido arriba de 25 a 30 personas, lo que ha causado a todos la mayor admiración, y conocidamente confiesan que Dios sólo quiso castigarlos en los bienes, dejando a todos las vidas para esperarlos a la penitencia; su majestad nos ayude para que podamos hacerlo así y corresponder agradecidos, y sírvale de aviso al que este extracto leyere, como me sirvió a mí el original suceso”.

RELACIÓN ANÓNIMA (2),
1751¹⁴¹

[p. 406] “Por más que la natural filosofía quiera dar que hacer a los ingenios en investigar la causa radical de los temblores, atribuyéndola, ya al natural influjo de los astros, ya con los modernos matemáticos, a la materia sulfúrea subterránea, que discurren esparcida y extendida por venas y ramos continuados: es forzoso confesar con la iglesia, nuestra madre, ser estos castigos de la divina justicia, ya para despertar a los mortales del sueño de las culpas, ya para castigarlos sin apelación al propósito de la enmienda; así lo prueban muchas auténticas historias que omito, por no ser de mi intento; pues sólo quiero en esta sucinta relación, llegue a noticiadle todos, o para la compasión o para el escarmiento, el lamentable estrago con que quedó arruinada la ciudad de la Concepción el 25 de mayo, a causa de un espantoso terremoto, que con mucha razón debemos llamar despertador del sueño moral en que vivían sus moradores; pues sólo fue

¹⁴¹ Diego Davin (compilador), *Cartas edificantes, y curiosas, escritas de las misiones extranjeras, y de levante por algunos misioneros de la Compañía de Jesús* (Madrid, Imprenta de la viuda de Manuel Fernández y del Supremo Consejo de la Inquisición, 1756), vol. xv, pp. 406-422. Esta misiva también fue inserta en Guillermo Zermeño (compilador), *Cartas edificantes y curiosas de algunos misioneros jesuitas de siglo XVIII: travesías, itinerarios, testimonios* (México, Universidad Iberoamericana, 2006), pp. 259-272.

castigo en los bienes temporales, [407] dejándoles las vidas, o para que tuviesen más que sentir aquellos que tan olvidados vivían de lo eterno, por atesorar y solicitarlo temporal; o lo que más conforme parece con la divina piedad, para que reformando las costumbres, pudiesen en lo por venir evitar ser merecedores de mayores castigos.

El día, pues, 23 de dicho mes. Precedió un temblor de aquellos que bastan para que todos se den por avisados, sin pasar a más que obligar a desamparar los lechos; y siendo en esta ciudad tan natural el miedo a la invasión del mar, que aún con menores motivos suelen trasponer sus bienes todos aquellos que, vecinos a la orilla del mar, temen sus insultos; esta vez, por ocultos juicios de Dios, hizo tan poco eco e impresión el miedo, que despreciando éste y otros muchos avisos, todos se quedaron en sus puestos, sin trasponer lo que pudieran, con suma facilidad, haber librado, hasta que llegó el día 25 de dicho mes referido, día verdaderamente funesto y horroroso para esta infelícísima ciudad, en que, no olvidado Dios de su piedad, entre la una y dos de la mañana, empezó la tierra a estremecerse de manera que todos despertaron para ponerse en salvo, y pasada una muy breve interrupción, arreció el temblor de tal manera y con tan extraña violencia, que aún el mantenerse en pie era no poco difícil.

Bien se deja entender las voces, ayes y clamores de la gente en tal aprieto, que atónita y falta de consejo, no hacía sino clamar al cielo, implorando la divina clemencia, esperando por momentos cuando se abría la tierra para sepultarla.

[p. 408] Cayeron a la violencia de tan recio movimiento la mayor parte de los edificios, haciendo mayor la batería, estruendo y estrago en aquellos que por más fuertes más se resistían.

Apenas pausó lo recio del temblor, cuando nos asaltó el miedo de la natural invasión del mar, que comenzó a recogerse para adentro, dejando en seco las orillas. ¿Quién podrá pintar aquí el pavor y susto a las voces que la gente daba, que sale el mar, hallándose muchos sitiados de las ruinas de sus casas, cerradas las puertas, o por haber cargádose los umbrales, o por haber tapiádolas las paredes arruinadas, sin que nadie pudiera favorecer a nadie? No fue esta vez necesario el prevenido cuidado que aquí se observa en tales casos, de dar aviso con un tiro de artillería, porque aunque estaban dobladas las centinelas, así no pudieron, según ellos dicen, hacer que el fuego prendiese en la pólvora, como porque las voces de la gente suplieron esta falta. A las voces, pues, ya sale el mar, empezó la gente, en desconcertada fuga, a huir por los cerros, sin más guía que su miedo, sin cuidar nadie más que de sí propio; duplicándose la pena de tíos padres y madres, por no saber de sus hijos, ni los maridos de sus mujeres, huían sin más cuidado que alejarse. Salió, pues, el mar la primera y segunda vez, como si se avergonzara de verse repelido de los edificios; cogió más de atrás la carrera, y encrespándose enfurecido, embistió dando tan horrorosos bramidos que causaba grima aun a los que ya estaban en los altos; inundó todo el plano de la ciudad; era, por cierto, materia de gran quebranto y dolor oír el [p. 409] estallido de las casas al sepultarse en las aguas; parecíase a un incendio, cuando en un bosque

seco, al mismo tiempo que le abrasa con la llama, asusta a los vecinos con el ruido. Retiróse al fin, y aquí fue mayor la ruina, llevándose envuelto en sus aguas casi todo cuanto al acometerse le había resistido.

Mucha fue la diversidad con que salió, según se reconocieron, en amaneciendo, los vestigios, pues en parte subió más de cuatro varas, y en otras menos. Por la calle de Santo Domingo, estando en tanta altura, subió tanto que no le faltó dos cuadras para llegar a los cerros. Por el río arriba, como que tenía más franco el paso, subió corriendo por las calles colaterales, de modo que estando en mucha altura las casas de los señores veedor y tesorero, las inundó plenamente. Por el barrio llamado Cantarranas fue por donde con más libertad ejecutó su furia; pues solo se hallaron a la mañana los palos de muchas casas que allí había sobre pies enterrados.

Así se paseó el mar en esta noche, pasándola los moradores de la Concepción penetrados de un intenso frío, que tal lo hubo; desnudos unos, otros mal vestidos, y todos buscando el asilo en algún sacerdote que los socorriese con el beneficio de la absolución. Amaneció el día y empezó a aumentarse la pena, pues vimos lo que de noche sentimos con sólo oírlo o imaginarlo; era menester hacer particular reflexión para conocer donde estaba la casa de cada uno; pues deshechas del todo unas, medio destrozadas otras, cegadas [p. 410] o confundidas las calles con las ruinas que nadaron en el agua, y al retirarse el mar las dejó donde cupo la contingencia, hacían pareciese la ciudad un desordenado agregado de fragmentos.

El primer cuidado de los más fue solicitar cada uno por los de su familia, pues divididos unos de otros, se juzgaban unos a otros sepultados en las ruinas, o sorbidos de las aguas; pero presto salieron de este pesaroso cuidado, reconociendo sólo haber fallecido hasta diecisiete personas; otros dicen algunas más, que como no fueron personas de cuenta, fue fácil el equivocarse: sido se hizo muy notable la falta de dos religiosos, uno sacerdote de Santo Domingo y otro hermano coadjutor de la Compañía, ambos de singular virtud, y por eso sazonados para llevárselos Dios. También falleció don Juan de Saralegui, persona de muy ajustado proceder, a quien a medio vestir cogió una pared de su casa, al salir huyendo del temblor para la huerta.

Sosegado este cuidado de ser tan pocos los que faltaban, entró toda la ciudad en un cuidadoso desasosiego de prevenir donde asegurarse de las aguas, que por ser ya tan entrado el tiempo de ellas, se recelaban de los continuos y prolongados temporales que aquí se experimentan los inviernos. A esto atendía cada uno de los particulares, duplicándose este cuidado en aquellos que tienen a su cargo las armas y municiones, atendiendo a sacar lo que de este género había librado de la invasión del mar. Dióse pronta providencia [p. 411] a sacar la pólvora, balas y armas que se pudo, y se resguardaron lo mejor que la ocasión permitió. Subióse alguna artillería al alto sitio de la casa de ejercicios, en donde se colocó para refugio de la gente, en caso que la necesidad obligase a guarecerse de alguna sorpresa de los indios, que pudieran valerse del trabajo y calamidad precedente para alguna irrupción.

Los trabajos e incomodidades de estos primeros días no es fácil reducirlos a la pluma, pues era forzoso cubrirse de las aguas; los más acomodados lo hicieron valiéndose de toldos y pabellones, de que carecían la mayor parte de las gentes; era necesario quedar expuesto a los rigores e inclemencias del aire y agua. Al mismo tiempo era preciso atender a sacar algunos víveres, que se reservaron, y conducirlos a los cerros, lugar ya de la habitación. También arrebatava la atención el deseo de asegurar el poco menaje de casa que había quedado sepultado en las ruinas de las casas; congojoso cuidado y en muchos casi imposible su consecución, por ser tantos los que deseaban favorecer sus casas, pocos los instrumentos para tantos, y tan tirante el jornal de los peones, que el más barato, menos de un peso no quería moverse.

No fue menor el trabajo que experimentó esta atribulada ciudad en los hurtos, por no llamarlos como pudiera, rapiña; pues puede, a juicio de hombres cuerdos, dudarse de quien ha recibido mayores daños, si del temblor, del mar o de los ladrones? Algunos castigos se ejecutaron en ellos, [p. 412] pero no fueron poderosos para reprimir la libre osadía con que cargaban con cuanto, vomitado de las olas, hallaban en las playas. Era impracticable andar los jueces por la ciudad, ni a pie ni a caballo, a causa de estar ciegas las calles con las ruinas, y muchas paredes amenazando caer, y continuos los temblores, con que a su salvo muchos desalmados discurrían por las calles, saqueando las casas, como si la ciudad la hubieran ganado por fuerza, por hallarlas desamparadas de sus dueños y abiertas por muchas partes. No se reservó de este insulto ni los mismos conventos y habitación de los religiosos, que como daban paso franco por todas partes, fueron despojo del atrevimiento, hasta que se practicó la prudente diligencia de repartir varias personas con autoridad suficiente para poder ocurrir a tanto desorden.

El deplorable estado en que quedó esta desgraciada ciudad, sólo puede explicarse diciendo que del todo se acabó; por más que alguna ligera pluma haya querido disminuir su estrago, pues, mirada de extremo a extremo, no ha quedado en ella casa que pueda, sin gran recelo, habitarse; pues aunque se divisan algunos retazos de casas en pie, solo sirven para horrorizar a los que se acercan a ellas. Y si las religiones, por lo común, suelen ser las más bien paradas por sus edificios, del estado en que éstos han quedado, se puede colegir el deplorable estado de los individuos particulares.

La catedral de esta ciudad era fábrica toda de cal y ladrillo, de tres hermosas naves, con [p. 413] profundos cimientos de desmedidas piedras, con dos torres de lo mismo, altas con proporción, y fuertes en extremo, hecho todo por manos de artífice perito en su arte, fábrica toda nueva, concluida sólo al tiempo de acabar su empleo el ilustrísimo señor obispo que fue de esta ciudad, don Pedro de Azúa. En esta fábrica, pues, como si fuera de mal ordenados adobes, así empleó su furia el temblor, que demoliéndole todos los arcos, los echó a tierra, quebrando todas las maderas, que eran de ciprés, desgranando los ladrillos de las torres, destrozándolas hasta más de la mitad, arrojando las campanas a la plaza, como el viento sacude las frutas de los árboles; sólo quedaron las paredes colaterales,

pero tales, que aun cuando se hubiera de construir segunda vez, sólo serviría el material a expensas del susto en recogerlo.

La religión de Santo Domingo quedó sin una celda donde poderse guarecer sus religiosos. Arruinóse su iglesia, y hasta hoy se halla sin tener donde poder colocar, con la decencia que se debe, el santísimo sacramento, viviendo estos pobres religiosos dispersos y a expensas de algunos piadosos seglares, que en sus barracas o ranchos pajizos les han dado acogida. La de San Francisco, como la más avanzada a la playa, fue en la que más de lleno ejecutó su furia el mar, dejándole que sentir en lo mucho que perdió; pues teniendo habitación competente para un crecido número de religiosos, quedó sin tener ni donde guarecer lo poco que recogió arrojado del mar. Subió éste casi hasta el techo de las celdas, barriendo con cuanto tenían.

[p. 414] Hállanse hoy sus religiosos, a esfuerzos del celo de su guardián, todos juntos en unas mal formadas barracas, alrededor de una pequeña capilla, que formaron en el cerro: habitación tan estrecha y húmeda, que puede ser reforma de las que en el Pedroso fabricó el rígido espíritu de San Pedro de Alcántara; no bastando tanta incomodidad para que no continúen con pública edificación su regular observancia en el coro, a sus acostumbradas horas.

La religión de San Agustín aún tiene más que sentir, por lo mucho que perdió; pues, fuera de habérseles arruinado la habitación e iglesia que tenían, quedó sin el nuevo convento y la iglesia, que tenía ya en disposición de poderse pasar a él; perdieron casi todas las alhajas y ornamentos preciosos que tenían, de los que han restaurado alguna parte; bien se deja entender cuál habrán quedado para el culto divino, perdiéndose en un punto el inmenso trabajo, celo y costo con que los dos reverendos padres Landaetas le tenían en estado de poder vivir con cómoda decencia muchos religiosos.

Esta misma infelicidad han experimentado la religión de la Merced y la de San Juan de Dios; y pendiendo el sustento de todas estas religiones, por la mayor parte, de los réditos, censos y capellanías, pie de altar y limosnas dedos fieles, bien se deja entender las necesidades en que se hallan, perdidas las casas en que se fundaban dichos censos y capellanías, y sin tener el vecindario modo de socorrerles con las limosnas con que antes les socorrían.

[p. 415] Pero ninguna cosa hace más patente el espantoso terremoto que aquí se ha experimentado, que la ruina que causó en el Colegio de la Compañía de Jesús, que sin duda era el mejor que había por su fábrica en esta ciudad. Componíase éste, por la parte que mira a la plaza, de un lienzo de altos, todo de bóveda, sin que hubiese en él más madera que la que servía para el adorno de cancelos y estantes. Sujetaban estas bóvedas cantidad de platinas de hierro, que sirviendo de llaves o vigas ocultas, hacían, al parecer, indestructible su fábrica; pero no fue así, pues al paso que era mayor la fortaleza, fue más porfiado el combate, hasta ponerlo por tierra. Vencióse primero el corredor intermedio, y cayendo las bóvedas de encima, hundieron las de abajo, poniéndolo todo por tierra, y deshaciéndose en menos de cuatro minutos lo que costó muchos años

de trabajo y dinero; pues consta haber costado muchos miles este lienzo, no reputando las manos del artifice que lo construyó, por haber sido un hermano de la misma religión. Perdióse en él la librería, la mayor y mejor que había en todas las religiones; pues estando en uno de los cuatro altos, caído éste y siguiéndose algunos aguaceros y el mar que entró, o por la portería o por las ventanas de la calle de dichos cuartos de abajo, se hallaron inservibles los libros, por la mayor parte, cuando la precisa urgencia de atender a favorecer las personas, permitió atender a su resguardo.

Por el lado que mira al sur, estaba la iglesia, que se componía de cinco altares antiguos, [p. 416] de poco costo, a excepción de uno; era toda de adobes, aunque con enmaderado de ciprés, que aún se registra sin lesión alguna; y siendo iglesia antigua, a poca diligencia la puso el temblor por tierra, entrando después en ella el mar hasta las gradas, a causa de la resistencia que le hicieron las puertas, que eran nuevas, en las que quedó la señal de que hubiera entrado hasta dos varas y media, si las puertas no lo hubieran impedido; pero, al retirarse, se llevó consigo una de las puertas y la dejó muchas cuadras de donde la sacó.

Por el lado del puelche estaban solas las aulas de teología, filosofía, gramática, y la sacristía, toda obra antigua y de adobes; y así, con pocos esfuerzos del terremoto, quedó inservible; lo que sí pudo haber hecho alguna resistencia, fue el segundo patio y tercero de oficinas, y habitación de los criados, por ser todo nuevo y la mayor parte de ladrillos, con arquería de cal y ladrillos: pero no le valió para que, vencidos los corredores y degollados los pilares, bañados después del mar, que entró en todo más de dos varas, no haya quedado inservible; pues aunque gran parte quedó en pie, pero tan de mala cuenta, que recelan los padres sea forzoso, antes de mucho, desenterrar los trastos que hay en ellos depositados.

En fin, este Colegio ha sido quien, a juicio de todos, más ha perdido; pues sólo en las tiendas de alquiler, que redituaban cada mes noventa pesos y a veces ciento, se ve haber perdido en sólo este renglón más de veinte mil pesos de principal [p. 417]; pero, en medio de tanta pérdida, ha tenido su lugar la caridad, socorriendo el padre rector de él al pueblo, no sólo con los géneros de almacén que había para sus estancias, repartiendo la mayor parte a los pobres, que aunque averiados por el agua del mar, lavados prontamente en agua dulce, han suplido la necesidad de muchos. También se ha repartido algo de alimento, trayendo muchas reses de la chacara, haciendo que un día sí y otro no se matasen carneros y se repartiesen a cuantos pobres ocurriesen, ayudando a otros con algún dinero, a causa de ser o mayor su necesidad, o mayor su pudor en ocurrir a pedir con que sustentarse.

No causa menos lástima lo que vemos experimentan las pobres religiosas Trinitarias Descalzas, único convento de religiosas de esta ciudad, y da bien a conocer lo recio del terremoto, única causa de su total destrucción, pues no habiendo llegado a él el mar se mira tan del todo desolado, que no le quedó piedra sobre piedra; y temerosas, o de los bramidos del mar o de las voces de la gente, que apuraba y aumentaba el miedo, se vieron precisadas á desamparar el sitio, saliendo por las ruinas, se ganaron a un rancho pajizo, en donde todas, con las

criadas que dentro tenían, se amontonaron, padeciendo lo que se deja entender; siéndoles sensibilísimo, más que todo, verse fuera de su amada clausura. Así estuvieron hasta que se les pudo formar en los pilares de los corredores, que solos quedaron en pie, unas mal formadas barracas, en donde estrechamente [p. 418] amontonadas, expuestas al frío y agua, viven contentísimas, por sólo el consuelo de verse en media clausura. Lo que aquí padecen estas pobres religiosas, sólo lo sabe quién sabe lo que cuesta cobrar censos con que se mantienen; y si las casas están por tierra, ¿qué será de sus censos? Con que creo que, si no fuera por la piedad de algunas personas que las han socorrido con lo que el aprieto de todos permitía, o hubieran perecido o retirándose cada una a su casa.

A esta proporción ha sido la pérdida de los individuos particulares, mercaderes y vecinos, pues el más bien librado ha quedado con su casa hecha pedazos. Los mercaderes cuyas tiendas resistieron al temblor, fueron las más infelices, porque entró el mar y las saqueó, las que con el terremoto cayeron, sepultando con las ruinas los géneros, sirvieron aquéllas de algún resguardo para que no se las llevase; pero contémplese cuál saldrían los géneros de lodo y agua salada. Fuera largo referir la pérdida individual de cada uno; pero no es difícil colegirse, así del estrago referido en los edificios de las religiones, como del que se experimenta en muchas casas fuertes y de ladrillo; sirva de ejemplar la casa de don Juan de Arrechabala, acabada de construir, toda de ladrillo, sin reparar en gasto, que hoy se mira deshecha del todo. He dicho esto, porque se vea la reflexión de quien, según he oído, ha querido disminuir los estragos de esta ciudad.

No por tanta calamidad y trabajo se ha dejado [p. 419] en este tiempo de atender a lo espiritual; porque, aunque no poco consternados los ánimos al ver la indignación de Dios, que no le dejó un solo templo de tantos como había donde ocurrir a implorar su misericordia, arruinándolos todos y sepultando, con general dolor, en casi todos ellos, el santísimo sacramento; suplieron esta falta muchas capillas de tablas, que luego se formaron para colocarle. Fue la primera que gozó este beneficio, una que formó la Compañía en el sitio que estaba destinado para casa de ejercicios, en donde se arruinó un lienzo que había de ladrillos destinado para este fin. Aquí, pues, aunque con indecible incomodidad de la gente, por la estación del tiempo, se empezó a exhortar al pueblo a la penitencia, correspondiendo el fruto en las muchas confesiones, novenas y rosarios con que imploraban el favor del cielo; hízose un novenario de sermones, que se terminó con una devota procesión de penitencia. A este modo, todas las religiones, en sus respectivos lugares donde se hallaban, predicaban, confesaban y exhortaban a la penitencia, siendo ellos los primeros que con el ejemplo animaron a la gente a que en devotísimas procesiones de penitencia, discurriesen por donde las ruinas daban paso, siendo nuevo estímulo a todo esto el terremoto, que se repitió el día 26 de junio, tan violento, que ha haber durado algo más hubiera igualádose al del día 25 del pasado, pero bastante para haber casi del todo concluido lo que el primero empezó, pues algunas personas que comenzaban [p. 420] a apuntalar lo que les había quedado en pie del primero, perdieron la esperanza, o se libraron de este

cuidado, entrando en otro mayor al ver que aún las barracas de pies derechos y bien enterrados, se torcieron e inclinaron de manera que fue necesario apuntalar, cayendo de ánimo muchos que se tenían por seguros de los temblores en ellas.

Parece que la divina piedad se ha inclinado a las incesantes súplicas y rogativas que el pueblo hace por medio de su Santísima Madre, la única poderosa intercesora para contener la justa indignación divina, sino también por lo singular que se ha experimentado en esta general desolación de los templos: pues en ellos casi todas las imágenes de nuestra Señora, que son muchas y de singular devoción, salieron indemnes, con circunstancias que cuando no las llamemos milagrosas, son muy dignas de reparo. Para implorar, pues, el favor divino en este aprieto, se trajo en procesión desde una casa, donde estaba depositada, la siempre favorecedora Madre Nuestra y Señora de las Nieves, sirviendo esta vez de andas los hombros y brazos de los sacerdotes. Colocóse en la capilla que tenía la Compañía, desde donde, pocos días después, la ciudad, en persona de su muy ilustre cabildo, fue en procesión devota al lugar de la ermita, y allí renovó el voto, años ha hecho, a nuestra Señora del Milagro, de acudir a la solemnidad que en cada un año se le celebra, prometiendo de nuevo practicar esta devota función en hábito de penitencia.

[p. 421] Practicóse también la diligencia por el ilustrísimo señor obispo, de absolver a toda la ciudad de algunas censuras en que se temía hubiesen muchos incurrido, continuándose la piedad, no sólo en la frecuencia de confesiones, comuniones y novenas a nuestra Señora, sino también en la reforma de algunos excesos que en los trajes había la vanidad introducido, de que han dado singular ejemplo las señoras principales, que parece haber trocado ya la competencia antigua de excederse, en la de ser más edificativas. Dios las de perseverancia.

Este es el sistema de las cosas de la ciudad que fue de la Concepción, cuyo vecindario ha quedado del modo referido: y habiéndose de fundar, como se dice, en otra parte la ciudad, se puede con toda propiedad decir que han quedado totalmente arruinados: pues aunque a muchos haya quedado algo en pie de nada puede servirles habiéndose de mudar.

No digo lo acaecido en las haciendas de campaña, por no exponer esta relación a alguna menos cierta noticia, pues no siendo testigo de vista, no puedo, con seguridad, afirmar lo sucedido: sólo puedo asegurar la general aseveración con que se dice haber sido igual en su tanto los estragos, y también las diligencias para aplacar la indignación divina, la que ha sido mezclada de mucha misericordia; pues siendo aquí tan rígidos los inviernos, este año ha sido tan templado, que ha dado lugar a que casi todos estén ya resguardados de las aguas con los fragmentos de [p. 422] sus casas, sin haber experimentado notable falta en los alimentos; pues aunque la codicia de algunos quiso valerse de la ocasión, levantando el precio a algunas cosas, la justicia, con prudente acuerdo, hizo moderar estos excesos, proporcionando la pérdida y costos de los que vendían con la necesidad y trabajo de los que compraban, etc.”.

11 DE FEBRERO DE 1787, SAN CARLOS DE CASTRO

RELATO DE JOSÉ MANUEL DE MORALEDA,
1787¹⁴²

[p. 55] “Domingo. Este día amaneció igualmente bello que el anterior, pero en perfecta calma hasta las cuatro y treinta y un minutos de la tarde, que después de un terremoto que duró tres a cuatro segundos de tiempo, algo fuertecito y con el movimiento de occidente a oriente, entró el viento impetuoso por el sur; pero a poco más de una hora cesó enteramente sucediéndole la calma anterior un repentino y extraño calor, casi tan sensible como el sol de mediodía, que no fue poco [...]

Lunes: amaneció el día sereno con blando viento del sur y así continuó. [...] sin otra novedad que la de haber derrumbado el terremoto de ayer una porción del terreno de la barranca del río Gamboa que ha cegado el camino que baja a él”.

¹⁴² José Manuel de Moraleda, *Exploraciones geográficas e hidrográficas* (Santiago, Imprenta. Nacional, 1888), p. 55.

30 DE MARZO DE 1796, COPIAPÓ

CARTA DE CRISTIANO HEULAND A MANUEL GODOY,
SANTIAGO, 14 DE JUNIO DE 1796¹⁴³

[f. 2] “Estoy esperando por momentos las cargas con las colecciones que junté hasta el partido de Aconcagua el más inmediato a Santiago; y tardan ya demasiado las que dejé en poder del señor subdelegado de Coquimbo, inclusivamente las remesas por tierra de Copiapó; tanto más, que pensé hallar las puestas en salvo aquí; habiendo yo salido de allá el día 17 de marzo, cuando no hubo arrieros para que fuesen despachadas por mí mismo: pero soy de parecer, que podrá motivarse dicho atraso en el tremendo temblor o terremoto sucedido el día 30 de marzo a las siete menos cuarto de la mañana que duró más de cuatro minutos con la mayor violencia, causando universal consternaciones. Hizo harto estrago en Coquimbo, más al norte causó la total ruinas de las villas de Copiapó y de Vallenar en el Huasco. Puedo asegurar a vuestra excelencia que [f. 2v] este fue un terremoto terrible, cuya dirección corrió de norte a sur, y se sintió según se sabe por todo el reino, aunque desmayado ya hacia el sur; nosotros nos hallamos al tiempo en el mineral de Cogotí, al sur y distante 48 leguas de Coquimbo en el propio partido”.

CARTA DEL CURA JUAN NICOLÁS VARAS AL OBISPO FRANCISCO JOSÉ DE MARÁN,
LA SERENA, 1796¹⁴⁴

[p. 117] “El 30 de marzo de 1796, a las 6 tres cuartos de la mañana, ha padecido esta ciudad un movimiento de tierra muy violento y de duración lo menos de cuatro minutos el primero, continuándose otros, aunque no de tanta fuerza, por más de una hora. Las ruinas han sido bastante grandes, principalmente en los templos. La iglesia de San Francisco se desplomó una parte y la torre quedó tan maltratada que por evitar mayores daños será preciso derribarla. La Matriz perdió sus tejas y unas tapias que recién habían cercado el cementerio. Los muertos de

¹⁴³ Archivo General de Indias, Fondo Estado, vol. 85, N. 36 (son 8 fojas).

¹⁴⁴ Documento reproducido en José Toribio Medina (compilador), *Cosas de la colonia: apuntes para la crónica del siglo XVIII en Chile. Segunda serie* (Santiago, Imprenta Cervantes, 1910), p. 117.

resultas de haber caído algunas casas han sido solo dos o tres y entre ellos una hija del alcalde de primer voto, don Francisco Soza, de edad de doce años. Los heridos de peligro son muchos”.

SIGLO XIX

3, 4 Y 11 DE ABRIL DE 1819. COPIAPÓ

RELACIÓN DEL *EL TELÉGRAFO*,
SANTIAGO, 7 DE MAYO DE 1819¹⁴⁵

[p. 4] “Nos es muy sensible tener que comunicar a nuestros lectores la catástrofe que ha sucedido en Copiapó. Esta villa ha sido completamente arruinada por los terremotos del 3, 4 y 11 del pasado, sin que haya quedado en pie un edificio. Se asegura que la tierra se abrió en varias partes y que el mar salió de su centro a la distancia de cinco cuadras.

Tres mil y más personas andan errantes por los montes, careciendo de todo auxilio, y sin tener, por la escasez del terreno, como construir una choza. En el Huasco se abrió una suscripción para socorrer a varios emigrados que habían llegado allí. En Coquimbo estaba practicando la misma benéfica operación el gobernador intendente; y esperamos que en esta capital alguna persona sensible se haga cargo de promover inmediatamente una suscripción para aliviar en cuanto sea posible aquellas desgraciadas familias, y reparar los estragos causados por la naturaleza”.

RELACIÓN DE TOMÁS GUIDO,
SANTIAGO, 9 DE MAYO DE 1819¹⁴⁶

[p. 556] “El 3 de abril a las 10 de la mañana, se sintió en el Vallenar un violento terremoto, y otro aún más fuerte a las 5 de la mañana del 4, el cual duró cerca de cuatro minutos: este último se sintió más fuerte en Copiapó, destruyendo la Matriz y la iglesia de la Merced con la mitad de las casas. Los habitantes llenos de terror pánico, se retiraron a los montes a la ribera opuesta del río. Hasta el 11, no se volvió a sentir ningún otro choque violento; pero la tierra continuó tan convulsa todo ese tiempo, que era peligros para los habitantes volver a sus casas.

Dos pasajeros, mr. Cood y mr. Stewart, que iban de Vallenar a Copiapó, estando a la diez de la noche del 11, a media milla del río de Copiapó entre los

¹⁴⁵ *El Telégrafo*, Santiago, 7 de mayo de 1819, p. 4.

¹⁴⁶ *Gaceta de Buenos Aires*, Buenos Aires, 9 de junio de 1819, p. 556.

montes, sintieron un temblor mucho más terrible y fuerte que los anteriores. Apeáronse, a por mejor decir cayeron de los caballos; la tierra temblaba extraordinariamente, y las bestias azoradas echaron a correr en todas las direcciones.

El ruido de las piedras, los gritos lamentables de las personas que corrían a los montes en la mayor agitación, el conjunto, en una palabra, era en extremo imponente, y a cada paso temían nuestros viajeros que se los tragase la tierra, hasta que al fin creyeron conveniente seguir su camino, y llegaron a las riberas del río, en donde los caballos no quisieron dar paso adelante.

La noche estaba hermosa y clara, y así pudieron divisar un boquerón de muchas pulgadas de ancho en la tierra, y una fuerte materia sulfúrea que salía de él. Dirigieronse por otra senda y llegaron a las once y media cerca de las ruinas de la casa y paredes de Guanacheres, en donde cayeron otra vez de los caballos por otro terremoto mucho más terrible que el primero, el cual duró cinco a seis minutos acompañados de violentos truenos: era imposible mantenerse ni en pie ni de rodilla según el sacudimiento de la tierra, y en un momento quedó arruinada toda la vida, y se refugiaron a los montos, en donde no se sintió tanto la sacudida. Aquella noche se sintieron otros varios temblores.

Es imposible referir las escenas tristes que presentó aquella catástrofe. Familias enteras, que habían gozado pocos días antes comodidades, se veían reducidas al más deplorable estado sin que les hubiese quedado cosa alguna, y alejándose en el más ínfimo rancho las personas a docenas la intemperie vino también a aumentar sus males.

Partía el alma ver la situación de tantos infelices, buscando en la religión el único consuelo que se les podía dar, hasta que al fin algunos filántropos, cuyos nombres merecen recordarse, y son Cood, Stewart, Brand, D. Vicente N., D. José Martínez y el gobernador de Copiapó trataron de dar alivio más eficaz a los desgraciados copiapinos, y en una subscripción que se abrió, se recogieron setecientos pesos y bastante cantidad de harina, charqui, patata, miel, etc.”.

RELACIÓN DE JOSÉ JOAQUÍN VALLEJO,
1819¹⁴⁷

[p. 7] “En mi juventud visité a Copiapó. Un terremoto espantoso acababa de asolarle. Las gentes le habían abandonado casi del todo y [p. 8] vagaban por los áridos peñascos de las inmediaciones llorando sus perdidos hogares, y aplacando con penitencias la cólera divina. Sus calles, señaladas entonces por líneas paralelas de escombros, inspiraban una abrumadora tristeza, un dolor mudo como el silencio de las ruinas. Nada más melancólico que la vista de un solar de un pueblo donde ya nadie habita. Un cementerio tiene más señales de vida: las cruces, los

¹⁴⁷ José Joaquín Vallejo, *Colección de los artículos de Jotabeche publicados en El Mercurio de Valparaíso* (Santiago, Imprenta Chilena, 1847), pp. 7-8.

epitafios y los mismos sepulcros que la vanidad rodea de aparatos, nos revela una nueva existencia, la existencia de la eternidad; pero una ciudad desierta es la imagen del caos, el tipo de la destrucción general del universo.

El 10 de mayo de 1819 salí de aquí en compañía de varias familias que emigraban al Huasco y La Serena. Poseídos todos de un sentimiento amargo dijeron sus adioses al país de su cuna, bien así como si se despidieran de un amigo dejándole abandonado a un irreparable infortunio. Huían de un sitio en que tenían encontrar su sepulcro, pero lloraban; porque aun el feliz asilo en el extranjero, hace recordar con doble amargura las desgracias de la patria”.

19 DE NOVIEMBRE DE 1822, VALPARAÍSO

RELATO DE MARÍA GRAHAM,
QUINTERO, 20 DE NOVIEMBRE DE 1822¹⁴⁸

[p. 377] “A las diez y cuarto, la casa se sacudió violentamente, con un ruido semejante a una explosión de pólvora. Mr. Bennet, salió de la casa corriendo y exclamando: ¡un terremoto, un terremoto! ¡salgan, síganme, por Dios!

Yo, más solícita por Glennie que por cualquier otra cosa, y temerosa de que el aire de la noche le hiciera mal, permanecí sentada; él, mirándome para ver qué determinación tomaba, tampoco se movió, hasta que, continuando con mayor fuerza el sacudimiento, cayó el cañón de la chimenea y los muros se abrieron. Mr. Bennet volvió a gritar desde afuera: ¡Por amor de Dios, salgan de la casa!

Resolvimos entonces salir al corredor, con intención, naturalmente, de valernos de las gradas; pero el movimiento cobró en ese instante tal violencia que, mientras se derrumbaba un muro detrás de nosotros, saltamos de la pequeña plataforma al suelo; y en ese mismo instante la rápida trepidación de la tierra se cambió en un movimiento ondulatorio semejante al de un buque en alta mar, de suerte, que apenas y con gran dificultad podíamos sostener a Glennie.

El sacudimiento duró tres minutos. Cuando cesó, todas las personas de la casa y sus alrededores se hallaban reunidas en el prado que hay delante de ella, con excepción de dos personas: la mujer de un albañil, que se quedó encerrada en un aposento que no pudo abrir, y el pintor Carrillo, que al querer salir de su cuarto por el hueco que dejó la pared al derrumbarse fue sepultado por los escombros, debiendo su salvación a que el dintel de la puerta quedó suspendido sobre él.

Jamás olvidaré las horribles emociones de esa noche. En los demás trastornos de la naturaleza, creemos o nos imaginamos que un pequeño esfuerzo de nuestra parte puede alejar o aminorar el peligro; pero en un terremoto no hay refugio seguro ni medio de escapar. La loca angustia que agita entonces los corazones y se revela en [p. 378] todas las miradas, me parece comparable en horror a la que se apoderará de las almas en el juicio final.

¹⁴⁸ María Graham, *Diario de su residencia en Chile (1822) y de su viaje al Brasil (1823)* (Madrid, Editorial América, España, 1918), pp. 377-378.

Como la inquietud que sentía por mi enfermo dominaba en mí sobre cualquier otro sentimiento, no participé de ese sublime terror, pero miré en torno mío y lo vi en todos. Entre el fragor de la destrucción sentí durante toda la noche los mugidos del ganado y el graznar de las aves marinas, que no cesó hasta el amanecer.

No había el más leve soplo de viento, y sin embargo, tal era la agitación de los árboles, que sus copas parecían tocar la tierra.

Pasó algún tiempo antes que recobráramos nuestra sangre fría para deliberar sobre lo que debíamos hacer. Lo primero fue poner a Glennie, a quien sobrevino una fuerte hemorragia de los pulmones, en un sillón bajo un árbol. Me quedé a su lado mientras mr. Bennet iba a la casa en busca de aguardiente y agua, de que todos bebimos un poco.

Armamos en seguida una tienda para el enfermo y le trajimos de la casa un sofá y frazadas. Precedida de un hombre con una luz, entré a los cuartos interiores, donde esperaba hallar algunos remedios. Por este tiempo habían tenido hogar dos remezones más, pero mucho menos violentos que el primero, lo que parecía significar que ya lo peor había pasado”.

RELATO DE BERNARDO O’HIGGINS,
VALPARAÍSO, 20 DE NOVIEMBRE DE 1822¹⁴⁹

[p. 313] “Ayer a las diez y tres cuartos de la noche fue plagado este pueblo con un terremoto tan extraordinario que en obra de dos o tres minutos, que duraría el *máximo* de su espantosa violencia, se desplomaron o quedaron ruinosos todos sus edificios, sin exceptuarse templo ni casa alguna pública o particular: el mar entretanto se balanceó por la distancia de más de doce pies de elevación: a consecuencia fue declinando el terremoto pero no cesó un solo instante el movimiento de la tierra, bien que remiso, hasta las cuatro y media de la mañana, desde cuya hora se han observado hasta el momento en que escribo, que se repiten los temblores más o menos recios por intervalos de cinco a seis minutos, de modo que puede decirse que se alcanzan sus vibraciones unas a otras; sin embargo, a pesar de la ruina tan terrible, se han salvado felizmente toda la población sobre los cerros, donde hoy se acampa exceptuando quince o veinte persona entre algunos soldados niños y mujeres, que sabemos haber sepultado las ruinas; bien es que la confusión impide fijar el número de las víctimas que, con grande probabilidad, es mucho mayor; pero puedo asegurar de positivo que ningún empleado público ni hombre visible ha perecido.

Mas, lo que en medio de conflicto tan amargo avivará con mayor fuerza mi corazón, es la idea de los funestos estragos que el terremoto puede haber

¹⁴⁹ *Gaceta Ministerial de Chile*, Santiago, 27 de noviembre de 1822, p. 313. También reproducido en Luis Valencia Avaria (compilador), *Archivo de don Bernardo O’Higgins* (Santiago, Academia Chilena de la Historia, Editorial de la Universidad Católica, 1966), tomo xxx, p. 236.

producido en esa gran capital y demás pueblos del Estado: con ansias y temores profundos he aguardado todo este día noticias acerca de ella, y no habiendo tenido alguna, espero que el gobierno delegado me las participe muy prolifas y circunstanciadas sin pérdida de instantes”.

RELACIÓN DE JOAQUÍN DE ECHEVERRÍA Y JOSÉ ANTONIO RODRÍGUEZ,
SANTIAGO, 22 DE NOVIEMBRE DE 1822¹⁵⁰

[p. 314] “El martes 19 del corriente a las diez horas 50 minutos de la noche, después de haberse experimentado tres o cuatro horas de un calor abatido y una extrema rarefacción de aire, un ruido horrendo anunció y precedió de algunos segundos, el terremoto que no se había experimentado en Chile desde el año 1730. Su explosión de se manifestó por dos fuertes concusiones, que durarían de dos y medio a tres minutos: la última mayor que la primera fue de unos 20 segundos. Se creyó la ruina total de la ciudad. La consternación fue general; pero felizmente no ha habido más desgracias que las de algunas personas heridas por los fragmentos, que caían de los edificios, o por las tejas que volaban.

Según la opinión más general, la acción del terremoto ha sido de trepidación, y ha corrido de noreste a suroeste pues así lo manifiesta la dirección de los objetos caídos de los muebles, etc. Fragmentos de poca consideración han venido al suelo de varios edificios y particularmente de las iglesias de la Merced, San Agustín, San Francisco etc. de las cuales algunas paredes han quedado hechas pedazos y amenazando ruina al primer temblor fuerte que hubiese. La Casa de Moneda, la catedral en su interior, el palacio directoral, las dos torres de las cajas y de la cárcel, se ven también muy dañadas, y en algunos puntos amenazando ruina. Han caído los antepechos, mojinetes y pedazos de techos: las paredes de las casas de mediana solidez se hallan bastante dañadas. La tierra quedó en un cuasi continuo movimiento que, aunque remiso, y solo palpable con la péndola, repetía a las veces concusiones más fuertes de corta duración.

En 20 a las 3 horas 8 minutos de la mañana hubo un temblor sin ruido sensible poca conmoción. A las 3 horas 42 minutos un meteoro ha corrido con la misma dirección del terremoto, es decir noreste a suroeste bajo la forma de un gran rastro de fuego, que ha producido por espacio de 4 segundos una claridad igual a la de un crepúsculo ya claro. Según se refiere otros varios meteoros poco considerables se han manifestado hacia la cordillera. A las 5 horas 24 minutos, otro temblor de poca conmoción, pero precedido de bastante ruido. Se han sucedido muy a menudo los temblores, y con ellos la consternación; especialmente en el bello sexo: la mayor parte de las familias abandonaron la ciudad y se retiraron a las fincas vecinas: el pueblo está como en acampamentos en las plazas públicas, los tajamares y cañadas.

¹⁵⁰ *Gaceta Ministerial de Chile*, Santiago, 27 de noviembre de 1822, pp. 314-315. Esta carta fue redactada a la siete de la tarde de ese día.

El 21 a las 4 horas y 25 minutos de la mañana y a las 11 y 5 minutos hubo otros temblores de poca conmoción. Varias familias vinieron a pasar el día a sus casas con el ánimo de volverse a dormir al campo. La luna hizo el cuarto creciente a las 6 y 30 minutos de la tarde. No ha faltado quien por ignorante atemorizase al pueblo por aquel momento, como si la luna ejercitase sobre los temblores un influjo igual al que ejercita sobre el movimiento periódico de las olas del océano.

Hoy a las 4 y 20 minutos de la mañana, y a las 9 12 y 9 22. Otros tres temblores bastante fuertes. Son ya las 7 de la tarde se suceden siempre los temblores y algunos cuasi insensibles. Varias familias han vuelto a sus casas; armando carpas y ramadas en medio de los patios por no habitar bajo de techos y principalmente de noche.

Según las noticias que han llegado, el terremoto ha ejercitado particularmente su acción sobre los departamentos del norte y los inmediatos a la capital, y poco sobre los del sur. Se sabe que en Aconcagua ha hecho los mayores estragos, y que en Rancagua no han sido tantos, y casi ningunos en Colchagua.

Estas son las observaciones que hemos podido redactar para que vuestra excelentísima señoría temple sus amarguras por la suerte de esta capital atribulada, que ha sentido un vacío inmenso por la ausencia de su director, a quien parece llevó la providencia a Valparaíso en estas circunstancias, para que tuviesen el mayor consuelo en la adversidad mayor”.

CARTA DE MARÍA JUANA DE EYZAGUIRRE A JOSÉ ALEJO DE EYZAGUIRRE,
SANTIAGO, 28 DE NOVIEMBRE DE 1822¹⁵¹

[p. 398] “El temblor que hemos experimentado aquí el día 19 a las 11 tres cuartos de la noche fue tan grande que pareció que la tierra quería tragarse a todos y los edificios que caían encima. Dicen que duró se extraordinario movimiento cinco minutos y a mí me parece que a lo menos duraría un cuarto de hora. Todos los pasamos en la huerta y en el patio de la casas. No nos ha hecho daño alguno, solo unas pocas tejas del mojinete de la calle, lo mismo ha sido en la casa de Agustín y de José Ignacio y de Hurtado, luego hizo lo propio a saber de casa: aquí en la ciudad gracias a Dios, no ha hecho mayor estrago: las torres de la Merced, las de San Agustín y la sacristía y algunas otras casas han padecido. La mayor ruina ha sido por fuera: Melipilla y las haciendas de Pozay, Chacabuco, Casablanca se le han caído las casas y Valparaíso dice que se ha arruinado al todo. Al director le tomó allá el temblor y luego que salió de la casa en que estaba cayó la casa; dicen que se lastimó un brazo; ya está en su quinta con San Martín. Los temblores han quedado repitiéndose aunque no tan a menudo como los primeros días; anoche 27 ha habido un aguacero bastante grande.

¹⁵¹ Carta transcrita en Jaime Eyzaguirre (compilador), *Archivo epistolar de la familia Eyzaguirre: 1747-1854* (Buenos Aires, Compañía Impresora Argentina, 1960), p. 398. Esta carta también ha sido publicada en Vergara, *op. cit.*, pp. 124-125.

La gente está muy atemorizada; se están haciendo rogativas de la Merced; salió nuestra Señora del Trono; está abajo, se está siguiendo su novena por la mañana; de Santo Domingo han llevado a nuestra Señora al tajamar a una casa; sale el Rosario y después hay sermón, el padre Silva es; concurre mucha gente; también hay misión en la Dominica, en San Diego; en todas partes es afuera de las iglesias en la plazuela de las Monjitas Recoletas también hay misión, Irarrázaval es el de la plática; dio principio con el primer sermón y han seguido los clérigos; por las calles quedan dando el *vía crucis* los padres franciscanos y de la Merced; a todos concurre mucha gente de toda clase; muchas gentes han salido de sus casas y las más han hecho su habitación en el tajamar y en la calle de la Recoleta”.

CARTA DE JOSÉ IGNACIO DE EYZAGUIRRE A JOSÉ ALEJO DE EYZAGUIRRE,
SANTIAGO, 28 DE NOVIEMBRE DE 1822¹⁵²

[p. 398] “Esta capital se halla bastante consternada con el dicho terremoto, porque fue muy grande a las 10^{3/4} largos de la noche; duró con violencia de tres a cuatro minutos, el limón de casa casi daba en el suelo del sacudón que sufría; mis chicos dormían y fue gran apuro el sacarlos; durante la noche continuó temblado a cada cuarto de hora, cuando muchos, pues hasta el amanecer se contaron quince temblores y siguen hasta ahora, que acaba de moverse la tierra. Los más fuertes edificios han padecido el estrago. Las torres de la Merced se rasgaron en todos sus arcos y desprendieron algunos pedazos; lo mismo la de San Agustín; una sacristía en la parte contigua a la iglesia y se cayó y quedó rasgado el arco principal del templo y pórtico. En la catedral los arcos colaterales de San Francisco de Sales quedaron con dos piedras movidas, y otros escupieron algunos pedazos y el frontis desprendió algunas piedras en el lado donde continuaba el edificio. San Francisco padeció en el coro; Santo Domingo es el menos, y la capilla del Carmen de la Cañadilla, perdió como la tercera parte de su techo. La Casa de Moneda despidió muchos de sus balaustres, quedó con claraboya en la [p. 399] sala de la casa de mi suegro, debida a una pilastra que le vino encima, rompió su techo y no paró hasta el alto; el mirador se rasgó bastante y en muchas de sus paredes, y los más arcos de las puertas. El palacio está sentido y botó algunas de sus perillas; la torre de las cajas, casi perdió su bonete, está desplomado y rasgado. Las casas particulares han padecido generalmente en los tejados, y algunas más que otras. El zaguán de la casa de don Tomás Vicuña, vino al suelo. Gente no pereció aquí, porque es donde menos fue el terremoto. Valparaíso ha sido casi arruinado, sus templos y casas (excepto muy pocas que han quedado en peligro) vinieron al suelo. El director estaba allí y si no lo arrastran, hubiera quedado sepultado bajo las paredes de su casa que cayó a pocos pasos de su salida; un brazo se lo golpeó.

¹⁵² Eyzaguirre, *op. cit.*, pp. 398-399.

La familia de don Francisco Berenguel, excepto una sola chica, fue sepultada por la casa, y otras muchas personas, cuyo número hasta ahora tres días, llegaba a 190, de los que iban sacados de las ruinas. Bilbao estaba allí y si no sale con chaqueta como estaba para acostarse, lo toma su cuarto debajo, pues saliendo él, cayó. De su cuñada viuda no sabía su paradero hasta el domingo próximo pasado. Los presos perecieron en la cárcel y los templos todos cayeron. La gente habita en los cerros donde estaban en rogativa y misión. Bilbao fue detenido para predicar; al jesuita González lo sacaron vivo por un agujero de entre las ruinas de su cuarto. No salió la mar, ni se sintió en sus aguas el temblor. Quillota, La Ligua, Petorca, Illapel, Melipilla y Casablanca sufrieron muy poco menos que Valparaíso; sólo ha habido la diferencia de no perecer gente a excepción de una y otra persona. Las casas de la ermita se han arruinado; las paredes, aun que cayeron, están ruinosas según me dicen. El cuervo que está en el remate del frontis del Consulado, y que miraba a la Compañía, se dio vuelta para abajo; otras imágenes de bulto, también se dieron vuelta. La gente estaba durmiendo aquí fuera del techo; pero anoche ha habido un fuerte aguacero, que las hará recoger a sus casas, pero en las demás partes como Valparaíso, se tendrá que sufrirlo, porque no se atreven a entrar en las que han quedado; y uno que lo efectuó con dos hijos, pereció con ellos porque se le vino encima, pues no cesan los temblores, y acabo de saber que ayer hubieron allí dos grandes, que aquí son suaves.

Todos los hermano están buenos; Domingo en Maipo, cuya acequia se contó con el terremoto, rompió los cal y cantos, y está dando mucho trabajo su composición. Merceditas, Jesús y demás niños desean verte cuanto antes, recibe sus memorias y la de los amigos, y a Dios tu afectísimo hermano.

No se ha nombrado provisor hasta ahora; y al señor obispo con el temblor le han dejado su palacio, puede ser que se lo entreguen y se venga; esta tarde trae a San Saturnino desde las Claras a la catedral a rogativa. Se hacen misiones en el tajamar por los dominicos con rosario, *vía crucis* por las calles desde la Soledad; en la Recoleta franciscana, ahora Monjitas, por Irrarrázaval y otros, en la Recoleta dominica.

Los hermanos de San Pedro, muertos el año [1]822, según don Diego Gormaz (que te manda memorias) son don Joaquín Bezanilla, don José Antonio Briceño y don Manuel Cañol”.

CARTA DE MIGUEL BRAVO DE SARAVIA A SU HIJO,
ILLAPEL, 1 DE DICIEMBRE DE 1822¹⁵³

[p. 39] “En ésta se han experimentado algunas ruinas. Nuestra casa se ha maltratado bastante, la huerta se arruinó y lo peor ha sido el haberseme sentado la

¹⁵³ Carta transcrita y publicada en Silva Castro, *op. cit.*, pp. 39-40.

mina de los Mantos hasta la boca. Ayer sólo he bajado de ella, por hacer algunas diligencias de habitarla. Pues en ella tenía fundada mi mayor esperanza de algún alivio. Que se haga en todo la voluntad de Dios que así lo determina, que será lo que me conviene. Todo es nada, no habiendo sucedido cosa alguna en casa.

[...] [p. 40] Estoy tan acobardado y aturdido con el temblor que no sé lo que escribo, pues en el tiempo que estoy escribiendo ha habido dos remezones bastante fuertes, lo que me obliga a concluir”.

RELACIÓN DEL *MERCURIO DE CHILE*,
SANTIAGO, 2 DE DICIEMBRE DE 1822¹⁵⁴

[p. 323] “A las 10 horas y 54 minutos de la noche se sintió un temblor espantoso que duró dos minutos y medio. En la capital no causó daño alguno digno de consideración, pero fuera de ella los estragos y pérdidas fueron lamentables. Valparaíso, Quillota, la Ligua, Casablanca fueron enteramente arruinados. Han caído las casas y cercas de un gran número de haciendas y chacaras. Parece que el número de muertos no pasará de doscientos. Aún no sabemos a cuantos millones montará la pérdida, y no conocemos aun la extensión de los males y ruinas.

El terremoto no fue precedido de ruido alguno subterráneo: ha sido seguido de omisiones eléctricas del volcán de la cordillera, lo que indica que el peligro ha cesado, y que fue causado por una tempestad subterránea, probablemente originada de la inflamación de inmensa cantidad de hidrógeno.

Cuando el país padece cada siglo un temblor ruinoso, debemos rendir infinitas acciones de gracia a la Divina Providencia que nos ha librado, y nos inspira dulces esperanza para todo el siglo XIX”.

CARTA DE CARLOS THURN A JOSÉ IGNACIO ZENTENO,
VALPARAÍSO, 30 DE DICIEMBRE DE 1822¹⁵⁵

[p. 299] “A las 10 y 50 minutos de esa noche de horror se conmovió súbitamente la tierra con tan extraordinaria violencia que apenas dio tiempo al vecindario para huir de la inmediación de los edificios que se desplomaban, o para advertir las hendiduras que se abrían bajo sus pies, o fijar la despavorida vista en el aspecto amenazador del mar, cuyo conjunto de circunstancias horrorosas sumía al común de las gentes en el abismo de confusión, de terror y conflictos que no

¹⁵⁴ *Mercurio de Chile*, Santiago, 2 de diciembre de 1822, p. 323.

¹⁵⁵ Biblioteca Nacional, Manuscritos Barros Arana, 23, tomo 54, pp. 299-300. Este documento también fue reproducido con el título de “Terremoto del 19 de noviembre de 1822”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 35 (Santiago, 1919), pp. 189-193.

es permitido describir. Según las mejores observaciones duró la violenta actividad del movimiento 40 segundos, pero habiendo declinado felizmente quedó temblando la tierra desde ese momento hasta las 4½ de la mañana del siguiente día, con una trepidación casi imperceptible aunque efectiva como se conoció por el auxilio de instrumentos oscilatorios, bien que durante ese espacio se hicieron sentir suficientemente 36 temblores precedidos de ruidos más o menos grandes. La dirección del movimiento se considera vertical por consecuencia de todos los efectos que produjo: bajo nuestros pies parece haber existido la causa de ese fenómeno espantoso, pudiéndose considerar a Valparaíso con respecto a la parte del continente que sintió la conmoción, sino en el centro de la esfera del movimiento a lo menos muy inmediato a él, pues ésta se debilitara en todas las direcciones a proporción de la distancia o de las masas enormes de montaña que separan ese puerto de las otras comarcas como lo convence observado en todos los pueblos hasta Coquimbo, Mendoza y Concepción a donde alcanzaron los efectos del terremoto más o menos sensibles, según la magnitud proporcional de los obstáculos que les oponía. En fin, puede esto pasar como opinión, pero no así los estragos que sufrió esta ciudad y pasamos a describir.

Personas que perecieron en el terremoto. Por datos seguros de la policía se han reconocido entre las personas muertas y que se echan menos 66 individuos, entre ellos 20 ancianos de ambos sexos, 34 de regular edad, y 12 párvulos, incluso individuos de la tropa de la guarnición: a saber del regimiento de caballería de escolta [p. 300] directorial 4 muertos, esto es un cadete, dos trompetas y un soldado. De dragones de la república a saber un sargento y 8 soldados. Felizmente ninguno de artillería.

Contusos

El número de los heridos y contusos en general ha sido según los mejores datos el de 110 contándose entre ellos 38 individuos de tropa de las clases de sargentos, cabos y soldados.

Edificios Públicos

La Casa de Gobierno, cuarteles y cárcel vinieron enteramente abajo. La aduana, resguardo, administración de correos, almacenes comunes, y hospitales militar y público quedaron casi del todo inútiles, y bien poco menos el almacén general de pólvora a pesar de ser construido este edificio a prueba de bomba.

Fortalezas

Generalmente se resintieron todas ellas: a saber la de San José, el Gobernador, El Barón, San Antonio y Playa Ancha especialmente en sus cuarteles, pero se ha notado que la primera sufrió estragos muchos mayores, pues de destruyeron no solo sus merlones, sino los lienzos de barbeta contruidos de cal y ladrillos, y de un espesor de 9 pies, y que en proporción de su antigüedad parece debían haber opuesto más resistencia que la que hicieron en el terremoto que sufrió

igualmente esta ciudad en 1730 en que, se sabe, [p. 301] no padeció estragos algunos esta fortaleza.

Templos

La iglesia Matriz quedó bien maltratada, sufriendo la pérdida de la torre, capillas colaterales y otras oficinas. La de Santo Domingo fue perdida y parte de su convento lo mismo la de San Francisco y su convento: la de la Merced y su convento en el todo arruinado: en San Juan de Dios derribó la torre y edificios colaterales, y la capilla de los hospitales quedó inutilizada.

Casas de particulares arruinadas

Las casas particulares arruinadas se aproximan a 700, habiendo quedado las demás habitables o en estado de servir a costa de una pequeña refacción. Aquí es de notar que los edificios que se construidos sobre suelo firme no han experimentado mayor mal, tanto que las que se hallan situadas con mucha inmediación a los cerros resistieron la fuerza del movimiento sostenidos de las rocas que les forman el cimiento. Los de madera como el Arsenal quedaron intactos no habiendo tenido la pérdida de una sola teja de su techo; observándose por el contrario que los edificios de cal y ladrillo, los aislados, los desproporcionadamente elevados, y los que en su textura no [p. 392] han tenido bastantes llaves, o trabas de madera, han sufrido más terriblemente los estragos, pero sobre todo los edificios cimentados en terreno movedizo los cuales han sido arruinados totalmente.

Efectos observados en el mar

Durante la violencia del terremoto se observaron en el mar tres fuertes accesos, y retrocesos, elevándose las aguas en el mayor de ellos a la altura de 12 pies sobre su nivel ordinario: pero lo más notable ha sido que desde entonces ha quedado retirado el mar 8 a 10 pies de la línea que frecuentemente bañaba su ribera, cuyo fenómeno se ve en la bahía y en todas las playas inmediatas que han sido observadas hasta la distancia de 7 a 8 leguas a barlovento y sotavento: de suerte que se cree que una parte de esta costa se ha elevado 3 pies a lo menos sobre el nivel de las aguas. La trepidación del mar en los momentos del gran temblor se comunicó a los buques tan vivamente que se temió la total desorganización de estas máquinas: se observó en los de guerra que los cañones saltaron verticalmente lejos de ronzar sobre cubierta, circunstancia que se notó igualmente en todas las baterías de las fortalezas de tierra: lo que a más de otras observaciones parece provocar incontestablemente la naturaleza vertical del movimiento.

[p. 303] Hendiduras de tierra y manantiales

En muchas calles especialmente las que se dilatan sobre las riberas del mar se hicieron hendiduras de una hasta cuatro pulgadas de ancho de muchos pasos de largo, y de diversos pies de profundidad según la naturaleza del terreno más o menos desunido o flojo; pero en los montes inmediatos se ha visto a orillas de las

quebradas u hondonadas, grietas enormes de 70 a 90 pies de largo, 3 de ancho y 12 a 20 de profundidad. Los arroyos o vertientes que bajan de las alturas a la población aumentaron sus aguas por algunos días después del terremoto, en más de otro tanto de su caudal de ordinario, y en algunos parajes bajos, y de consiguiente húmedos los Arsenales, y parte del barrio del Almendral asomaron brotes de agua de más o menos copia y duración y aunque ninguno permaneció más de 4 días”.

RELATO DE GABRIEL LAFOND DE LUCY,
VALPARAÍSO, 1822¹⁵⁶

[p. 77] “El 19 de noviembre, a las diez de la noche, encontrábame ocupado en sacar una cuenta cuando oí de repente un ruido subterráneo extraordinario; sentí al misino tiempo una sacudida tan fuerte que, escapándome sin apagar la luz y sin cerrar la puerta, me precipité [p. 78] por la escalera que temblaba bajo mis pasos y me lancé a la calle. Felizmente, en este lugar, la calle era ancha y no había sino una sola casa de dos pisos, la que yo habitaba; otras más bajas, ofrecían menos peligro en caso de caída. El movimiento fue de una violencia extrema y duró, se dice, dos minutos. El tiempo era pesado, el cielo estaba cubierto, cosa rara en Chile. Las casas crujían y algunas se derrumbaban con estrépito. Los gritos de los niños y de las mujeres que se arrodillaban pidiendo misericordia al Señor, golpeándose el pecho con violencia, el relincho de los caballos, los ladridos de los perros qué, cosa extraordinaria, presienten los temblores de tierra; todo era horrible de ver y de oír.

Pasando el primer movimiento, pensé en que había dejado encendida la bujía de mi pieza. El dinero del señor Mira me vino a la memoria ipodrían robármelo! La casa estaba aún en pie; me dirigí a mi habitación. “¡Eh! señor, me gritó un individuo que vivía al lado mío, ya que os arriesgáis a entrar a la casa, ved si mi puesta está bien cerrada”. Subí; pero en el instante que, después de haber apagado, cerraba la puerta de mi pieza una segunda sacudida tan fuerte como la primera se dejó sentir. Por un momento tuve la idea de precipitarme del balcón a la calle; pero reflexioné luego que habría tanto peligro en descender de esta manera como en tomar el camino de la escala y seguí este último partido. En el momento en que me ponía en pie en los primeros peldaños, un lienzo de muralla se desprendió, [p. 79] y yo me encontré en el medio de la calle, sobre un trozo de la escalera que se había desprendido, al lado del señor que me hiciera la recomendación. ¿Ha cerrado mi puerta me pregunto. ¿Y para qué? le contesté, ya que no hay escalera.

La casa vecina habitada por la familia Varela, emparentada con uno de nuestros armadores, acababa de derrumbarse con un ruido espantoso. Encontré

¹⁵⁶ Gabriel Lafond de Lucy, *Viaje a Chile* (Santiago, Imprenta Universitaria, 1911), pp. 77-81.

a esta familia desesperada en medio de la calle: el señor Varela, enfermo, sin zapatos, en camisa, llamaba a gritos a su hija que estaba bajo los escombros. Este espectáculo me conmovió infinito; y tomando de un brazo al joven hermano del señor Varela, le rogué que me siguiera para que buscáramos juntos a su sobrina. Di mi levita y mis botas al señor Varela y nos pusimos inmediatamente a la tarea. La fachada de la casa estaba aún en pie; la de la nuestra también, excepto del pedazo de muralla que he hablado y que formaba parte de mi pieza, lo que había agrandado mucho la ventana. Subimos por los escombros buscando aquí y allá; luego escuchamos un grito débil. “Ligero, una luz” dije al joven; “su sobrina no ha muerto”. La tierra temblaba siempre. Confieso que tuve un instante de terror, cuando al mirar al cielo vi toda la muralla de la casa que habitaba vacilar y a punto de caer sobre mí...

Me retiré a la extremidad opuesta...; vi que el muro caía; un grito confuso llegó a mis oídos... y me arrojé de nuevo en medio de los escombros. Ya no escuché nada. El joven acudía a mí con una antorcha. [p. 80] Una desgracia ha sucedido, le dije; la muralla que ha caído ha debido matar algunas personas. No era desgraciadamente sino demasiado cierto, y los gritos que escuchara eran los de un sastre, un sastre francés que había entrado a su casa para sacar a un niño olvidado en su cuna. Al día siguiente se encontró al padre y al niño ahogados bajo los escombros, en una piececita del fondo de la casa, la cuna estaba completamente intacta. Yo dirigí las excavaciones, y veo aun a aquel desgraciado padre oprimiendo contra su seno a su hijo que no tenía sino un pequeño rasguño. Las lágrimas acuden a mis pupilas al referir este hecho. Lo que más me apenó entonces, fue el haber estado tan cerca de estos desgraciados sin que hubiese podido socorrerlos.

Después arrancamos las telas, postes, maderos y tablas quebradas, y luego algunos gritos inarticulados vinieron a reanimar nuestro valor; por fin dejamos en descubierto un lecho de hierro: “¡Papá! papá!” gritaba una voz infantil, y un instante después una niña salió sana y salva de debajo del catre donde se había acurrucado y que felizmente había soportado el choque sin romperse. No describiré la alegría de sus padres cuando le devolvimos su hija que creían perdida para siempre.

Algunos ancianos recordando lo que habían oído decir de la destrucción del Callao, gritaban que el mar salía de su lecho y que iba a tragarse la ciudad; pero habría sido necesario para ello que las aguas hubiesen subido muchas brazas para cubrir la parte [p. 81] donde nos encontrábamos que era bastante elevada. Después fui al hotel francés a saber noticias de sus dueños y de algunas personas que allí estaban hospedadas. El edificio de este hotel edificado sobre una roca había resistido y fue lo que produjo a sus propietarios la fortuna; porque casi todos los hornos de la ciudad se habían derrumbado, y durante tres meses que duraron los temblores, estos señores fueron los únicos que fabricaron pan en el puerto sin aumentar el precio, en lo que hay que hacerles justicia. Se ganaron doscientos o trescientos mil francos.

Después de calzarme los zapatos, llevé conmigo a todo el que quiso acompañarme me dirigí a la playa, donde el almirante Cochrane había tenido la precaución de enviar embarcaciones de los navíos de guerra chilenos, a recoger toda la gente que quisiera acogerse a bordo. Ahí encontré dos señoras amigas y a don Manuel Márquez de la Plata, a quien invité a venir a bordo de *La Aurora*. Nos embarcamos en nuestro bote con algunas otras personas que me pidieron refugio. A bordo el temblor se había sentido con igual intensidad que en tierra. Los caballos embarcados no cesaban de relinchar y patear. Se temía que la cadena del ancla se hubiese cortado suponiéndose que se habría deslizado por el escoben de fierro. El resonar de todas las campanas y los gritos que partían de la playa habían anunciado a la tripulación claramente cuál era la desgracia que había caído sobre la ciudad”.

RELATO DE LORD THOMAS COCHRANE,
VALPARAÍSO, 1822¹⁵⁷

[p. 270] “El 21 de noviembre hubo un terremoto en Valparaíso que casi lo arruinó completamente. El pueblo huyó a las montañas o a los buques. Al primer sacudimiento me fui a tierra para ayudar a restablecer la tranquilidad: allí me encontré al Supremo Director que por poco no había sido aplastado al salir de su casa. Me fue imposible prestar servicio a los habitantes y me contraje a hacer las mayores atenciones al Supremo Director, aun cuando tenía motivos para creer que su visita al puerto no me era favorable”.

RELACIÓN DE DIEGO THOMSON,
1822¹⁵⁸

[p. 161] “El 19 de noviembre sobrevino en Chile un terrible terremoto. El primer sacudimiento se sintió a las 11 de la noche, y fue precedido de un espantoso ruido. Durante la noche, y por varios días seguidos se sintieron numerosos temblores, menos perjudiciales, según creo, pero muy alarmantes. No tenemos aún detalles completos en cuanto a la extensión del país en que se han sentido estos temblores, pero de nuestras presentes informaciones resulta que han abarcado la mayor parte de Chile. Los mayores daños, a los que entendemos, han sido hechos en Valparaíso. En esta ciudad, han sido destruidas muchas casas, y todas las iglesias han sufrido grandes deterioros. Refieren noticias que más de doscientas personas han muerto solo en Valparaíso. Muchos son los beneficios que la providencia

¹⁵⁷ Thomas Cochrane, *Memorias de Lord Cochrane, conde de Dundonald* (Lima, Imprenta de José Masías, 1863), p. 270.

¹⁵⁸ Domingo Amunátegui, *El sistema de Lancaster en Chile y en otros países sudamericanos* (Santiago, Imprenta Cervantes, 1895), p. 161.

ha derramado sobre Chile, y casi nos inclinaríamos a pensar que los terremotos han sido agregados como un medio para darles la debida proporción del males”.

RELACIÓN DE RICHARD LONGUEVILLE,
1822¹⁵⁹

[p. 49] “El 19 de noviembre de 1822, se sintió un temblor en todo el país, que se extendió aún hasta más al sur del archipiélago de Chiloé. Este fue con mucho el más fuerte de cuantos recordaba haber sentido la gente más anciana, llenado de terror aún a los extranjeros que estaban acostumbrados a experimentar semejante fenómenos en otros países. El día había estado excepcionalmente tranquilo y abochornado para la estación y, como después hubimos de recordarlo, en la bahía se inició una gran marejada, sin manifestación alguna de viento en las afueras, aunque ya había pasado la época del año en que se producen tormentas accidentales. El primer remezón se dejó sentir a las diez y media de la noche. Por fortuna comenzó sin mucha fuerza, de modo que sirvió de anuncio a los vecinos para salir de sus casas. Fue luego seguido de otro y prosiguieron con tan violencia, que en pocos segundos todas las iglesias de Valparaíso quedaron reducidas a montones de escombros. También el palacio de gobierno, que por [p. 50] entonces ocupaba el director don Bernardo O’Higgins, y casi todas las casas particulares y hasta casi todos los ranchos bajos fueron destruidos o quedaron inhabitables, por falta de los techos y rajaduras de las paredes en todas las direcciones.

La única casa de alguna importancia que quedó sin sufrir daño considerable, fue una de tres pisos –la edificada por mr. Prince a orillas del mar–. Por su altura se estimaba que esta casa estaba mucho más expuesta a sufrir los estragos de un temblor que cualquiera otra del puerto, peligro que parecía incrementarse aún por la circunstancia de encontrarse aislada, sin apoyo alguno en edificios colindantes. Su salvación debe atribuirse a que descansaba en sólidos cimientos, cosa no acostumbrada entonces y considerada por los arquitectos del país como inútil. Pero desde ese día se ha podido establecer, sin la menor duda, que aunque la superficie terrestre parece sufrir por parejo las sacudidas de un temblor, no produce daños en los edificios levantados con cimientos profundos, o sobre rocas. En el Almendral, sobre todo en las casas edificadas sobre un suelo arenoso, fueron tan instantáneamente echadas por tierra que muchos de sus habitantes perecieron entre las ruinas. La iglesia de la Merced, allí levantada, fue derribada en el acto y destruida mucho más que las otras; aunque había sido edificada con tales materiales, que la torre, hecha de ladrillos, no se partió en fragmentos, cuando se desplomó sino que se vino íntegra al suelo, quedando [p. 51] clavada de punta y con su base hacia arriba, apoyada en los escombros.

¹⁵⁹ Richard Vowell, *Campanas y cruceros en el océano Pacífico* (Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1968), pp. 49-52.

El ruido de que vino acompañado el temblor fue espantoso. En vez de los que ocurrían generalmente, parecía más bien descarga de truenos subterráneos, como el de los torrentes que van arrastrando en su curso desenfrenado pierdas de gran tamaño; y en momento por terribles sacudones, como si grandes capas de granito fueran removidas debajo de los cerros. Además de esto, el estruendo de las iglesias y otros edificios que se venían al suelo, los gritos de los de los habitantes despavoridos y los aullidos de los perros que pululaban por las calles, formaba un concierto terrorífico, que los que nos hallábamos a bordo y relativamente fuera de peligro, no podíamos oír sin estremecernos.

Destacamentos de marineros fueron inmediatamente despachados a tierra de todas las naves, para protección de la Aduana y los almacenes medio arruinados de las principales casas de comercio nacionales y extranjeras. En el desempeño de estas funciones tuvimos amplia oportunidad de presenciar horrores de un temblor de primera magnitud, como ciertamente era éste. Muchos de los moradores fueron muertos en el primer momento en sus lechos. Otros, que habían logrado salir fuera de sus casas, fueron aplastados por los maderos y murallas que se desplomaban, al tratar de escapar en las calles. La confusión era tremenda: todo espacio abierto se veía lleno de gentes, sobrecogidas [p. 52] por el terror, la mayor parte medio desnudas, porque la mayoría había saltado de sus camas a la primera alarma, sin tener tiempo después de buscar sus ropas. Continuaban vagando sin objeto determinado, golpeándose el pecho, y rezando en alta voz; muchos de ellos, tratando de averiguar, en agonías de temor, el paradero de sus padres e hijos. A la vez, bandas de rotos merodeaban por las calles desiertas, aprovechándose de la ocasión para saquear las casas. Muchos de estos malvados fueron encontrados después enterrados entre las ruinas, conservando todavía en su poder los objetos de diversa índole que habían robado. Para aumento de los horrores de esa noche, se produjeron varios incendios en diversos puntos del puerto y en el Almendral a consecuencia de la caída de los techos secos de los ranchos sobre los fogones, que se hallan siempre en la parte del centro.

O'Higgins, el director de Chile, escapó a duras penas. Cayó debajo de la puerta de entrada del palacio, y a pesar de ser hombre más bien corpulento, fue sacado de allí a la rastra por su ayuda de campo don Enrique Lazale, justamente a tiempo que el edificio entero se desplomaba sobre la recova".

RELACIÓN DE CARLOS EDUARDO BLADH,
SANTIAGO, 1822¹⁶⁰

[p. 62] "Era un día tranquilo, sofocante, y en el cielo claro parecía su azul habitual estar velado por una sombra, semejante al aspecto que tiene el cielo en nuestro

¹⁶⁰ Carlos Eduardo Bladh, *La República de Chile. 1821-1828* (Santiago, Imprenta Universitaria, 1951), pp. 62-64.

país cuando sube el humo hasta el cielo. A las 4 de la tarde el termómetro Fahrenheit marcaba 80 grados, y el calor era sumamente molesto aun después de la puesta del sol; pero lo más incómodo era la dificultad que uno tenía para respirar, porque el aire tenía [p. 63] el mismo tipo que en nuestro país [Suecia] existe poco antes de estallar un trueno. Faltaba un cuarto para las once de la noche, cuando entré en mi pieza y empecé a desvestirme para acostarme; entonces me molestó un ruido en el entretecho, parecido a los que muchas veces he oído hacer a los ratones –que hay muchos en esta casa– cuando corren por ahí. Este ruido duró como tres segundos, pero volvió a repetirse con breves intervalos, más fuertes y prolongados. Lleno de asombro por este desacostumbrado baile ratonil, volví los ojos hacia la pared de tablas que daba a la entrada y vi claramente que se movía, por lo que comprendí que era un terremoto. Me vestí inmediatamente, salí al vestíbulo y empecé a golpear la puerta opuesta a la de mía, donde habitaba madame H., con ánimo de despertarla y advertirla; pero ella estaba ya fuera en el patio más lejano y espacioso y me gritó de allí que me apresurara a salir la casa, que se estremecía con estrépito. Salí entonces al patio, pero mis pies estaban como atados a la tierra a causa del terror que experimentaba al sentir que la tierra subía y bajaba como las olas del mar, y al mismo tiempo me fijé en los movimientos ondulados que sacudían la casa. Por fin llegué al centro del patio y encontré allí, junto a la madame H...a un señor X..., que también vivía en la casa. Ella estaba fuera de sí y en su desesperación gritaba con todas sus fuerzas: sucumbimos, sucumbimos. La tierra se abre debajo de nosotros. La tierra nos va a tragar dentro de un momento. ¡Tierra infeliz! ¿Por qué dejar mi alegre Francia, para terminar mis días tan horribles por aquí? El caballero decía con voz temblorosa: “Ojalá pudiera rogar a Dios”. Nuestras manos se entrelazaron involuntariamente, y los tres minutos del período más espantoso del fenómeno nos parecieron a todos una eternidad. Los crujidos del techo y de las decoraciones de la casa, que más tarde se cayeron a la calle; el ruido de los vidrios y la loza que se quebraban, la bulla de los cajones y paquetes que caían de los estantes de las bodegas; las campanadas; el aullido de los perros; pero [p. 63] sobre todo los rezos de los habitantes, acompañados de fuertes golpes en el pecho, suscitaron un espanto indescriptible.

Uno de los criados de la casa estaba tan amilanado y deprimido, que no podía pararse en sus pies, y se arrastraba sobre el estómago por el patio, gritando como un animal enfurecido. Después que pasaron los tres minutos de tierra se sintió más firme; pero se esperaba con inquietud que se repitieran los fuertes golpes, y en consecuencia el derrumbe de la casa; pero aunque algunas sacudidas violentas se dejaron sentir de vez en cuando durante la noche, no hicieron sin embargo daño alguno. Madame H..., el señor X..., y toda la servidumbre se fueron al río, en cuyas riberas, según consejas antiguas, la tierra no se abre. Madame H... trató con la vivacidad que es tan característica en su nación (era francesa) de persuadir de que dejara la casa, pero yo era contador de un comerciante francés, que residía entonces en Valparaíso, tenía a mi cargo todas su propiedades, no podía

correr el riesgo de dejar su casa en tal ocasión, pues los ladrones acostumbraban a aprovecharse de la confusión general para entrar en las casas sin ser observados. Me quedé así solo, cerré la puerta y pasé toda la noche sentado en una mesa al centro del patio, sobre la cual había colocado dos velas, algunos fusiles cargados, un sable, un paquete de cigarros una botella de vino de burdeos, todo lo cual había traído de la casa que continuaba estremeciéndose. La noche paso tranquila, ni una pluma se movía, y el monótono ruido de los orantes se interrumpía solamente por los gritos: temblor o terremoto, por las campanadas a unísono con algún temblor fuerte. Las procesiones no dejaban de pasar.

Al amanecer volvieron los inquilinos a sus casas y nos felicitamos que no hubiera sucedido nada de importancia, y que no se hubiera perdido ninguna vida humana. Sólo algunas viejas murallas se habían derribado, y las paredes de todas las casas se agrietaron. Supe entonces por aquellos que la noche anterior habían estado al aire libre, que al principio del terremoto se había sentido un sordo ruido subterráneo parecido al movimiento lejano de coches. Sin embargo, nadie se atrevió, durante los catorce días [p. 64] siguientes, a dormir en sus casas, sino que levantaron carpas en los patios, donde las familias se refugiaban al sentir temblores fuertes y pernoctaban. Muchas familias de alta sociedad se trasladaban a la Cañada, paseo que por esta causa tomó un aspecto de campamento. Todos los conocidos que allá se acogieron, olvidaron luego su espanto en la cordial vida social. Se dice que esta aglomeración de tanta gente tuvo como consecuencia un gran número de matrimonios, que de otra manera no se hubieran concertado. Durante estos catorce días la tierra se estremecía continuamente, y aunque ello era apenas perceptible, se podía sin embargo advertir por el oleaje del agua en un vaso y otra vasija”.

RELACIÓN DE VICENTE PÉREZ ROSALES,
SANTIAGO, 1822¹⁶¹

[p. 51] “La historia de los terremotos que agregó el año 22 una página más a los desastres que conmemora, me proporcionó ocasión de hacer a un [p. 52] tiempo uno y otro; pues el tal terremoto, que no fue por cierto uno de los mayores que han estremecido nuestro suelo, vino a aumentar las pruebas, ya por desgracia sobradas, de que las preocupaciones no pierden ni perderán jamás su imperio sobre el corazón del hombre poco instruido, mientras exista la humanidad sobre el mundo sublunar. El terror fue justo; la turbación, necesaria. Cubriéronse las veredas de las calles y los contornos de los patios con altos de tejas despedazadas. En medio del espanto general, de la carreras y de los encontrones que se daba el pueblo consternado por evitar el peligros, alzando al cielo el conocido grito

¹⁶¹ Vicente Pérez Rosales, *Recuerdos del pasado: 1814-1864* (Santiago, Imprenta Gutenberg, 1886), pp. 51-52.

de imisericordia!, tuve ocasión de ver debatirse en el frente de la puerta de mi casa a un asustado sacerdote que pugnaba por desprenderse de una mujer que, asida de su sotana, se arrastraba de rodillas implorando a gritos la absolución de los pecados que en alta voz le confesaba. Ocurriósele a una santa monja decir, a eso de las diez y media de aquella temerosa noche, que sabía por revelación que el temblor era precursor del fin del mundo, y que la hora del Juicio Final debía sonar a las once de la próxima mañana. A tan aterradora noticia, que se esparció por Santiago con rapidez eléctrica, contestó el pueblo saliendo de estampía hacia las plazas, plazuelas y paseos públicos, y sin darse razón de lo que hacía, el hombre ilustrado como el que no lo era, la señora y la simple fregona, todos, grandes y chicos, hicieron llevar, atropellados, a esos lugares de asilo tal copia de camas y colchones, que en un momento parte del tajamar, las plazas públicas y la reciente alameda se cubrieron con ellos.

¿Qué hubiera dicho de nosotros un hombre de ilustrado juicio traído por encanto a Santiago en esos momentos, al ver por entre colchones relumbrar los carbones encendidos de muchos braseros provistos de tachos y teteras para el vicio del mate, al notar el tembloroso ademán con que chupaban los fieles la bombilla, al mismo tiempo que imploraban el perdón de sus pecados?

Terminó al fin el angustiado plazo, y cuando, huyendo de terror, unos cerraban los ojos y otros se desmayaban, un repique general de campanas vino a anunciar al feliz Santiago que el Dios de las bondades, merced a los ruegos de las monjas, había perdonado al género humano otorgándole más años de vida”.

20 DE FEBRERO DE 1835, CONCEPCIÓN

INFORME DE MANUEL BULNES AL MINISTRO DE GUERRA,
LOS ÁNGELES, 20 DE FEBRERO DE 1835¹⁶²

[p. 2] “Son las cuatro y media de la tarde y a las once de la mañana de este día hemos sentido un fuerte temblor de tierra que ha arruinado casi generalmente todos los edificios de esta ciudad. Su duración ha sido de tres a cuatro minutos, habiéndose experimentado dos fuertes remezones unidos por un movimiento tenue de tierra. El mayor estrago los han sufrido los edificios de muralla entre los cuales se encuentran los cuarteles de esta plaza que han quedado enteramente ruinosos. Algunas casas habían principiado a incendiarse; pero el pronto auxilio de la guarnición consiguió cortar el fuego. Hasta la fecha no se ha sabido de ninguno que haya perecido. Los movimientos de la tierra continúan por intervalos y no dudo que las ciudades de Concepción y Chillán hayan sufrido también igual ruina”.

RELATO DEL INTENDENTE DE CONCEPCIÓN RAMÓN BOZA,
CONCEPCIÓN 20 DE FEBRERO DE 1835¹⁶³

[p. 3] “A las once y media de este día un terremoto tremendo ha concluido con esta población. No hay un templo, una casa pública; una particular, un solo cuarto; todo ha concluido: la ruina es completa. El horror ha sido espantoso; hoy hay esperanzas en Concepción; no hay expresiones que puedan pintar el suceso; parecerán exageradas, pero son ineficaces. Las familias andas errantes y fugitivas; no hay albergue seguro que las esconda; todo, todo ha concluido; nuestro siglo no ha visto una ruina tan excesiva y tan completa”.

¹⁶² *El Araucano*, Santiago, 6 de marzo de 1835, p. 2.

¹⁶³ *El Araucano*, Santiago, 27 de febrero de 1835, p. 3. Estas líneas fueron redactadas a las 18:30 horas del ese día 20 de febrero.

INFORME DE MANUEL PRIETO AL INTENDENTE DE LA PROVINCIA,
CHILLÁN, 20 DE FEBRERO DE 1835¹⁶⁴

[p. 2] “Un terremoto el más que se ha experimentado en los tiempos presentes ha causado la destrucción completa de esta población a las once y cuarto de la mañana de este día. La duración de este fenómeno horrible sería de tres minutos escasos, a la que pudo calcularse en medio de aquella consternación universal: el ruido horrisono y el sacudimiento que le siguió inmediatamente con la rapidez que el rayo al trueno parecía traer su origen de la parte del sur; por esto es que el suscribe al comunicar a usted infausta nueva teme que esta capital tenga que deplorar igual desgracia. ¡Quiera el cielo que esto no suceda!

La policía no ha podido recoger hasta el momento los datos necesarios para enumerar la mortalidad que ha producido este acaecimiento; sin embargo puedo asegurarse que las desgracias en las personas no han correspondido felizmente a la destrucción general de los edificios. Solamente hasta ahora se sabe que unos ochos presos han sido víctimas de este infortunio en la cárcel”.

INFORME DE JOSÉ DOMINGO BUSTAMANTE AL MINISTRO DEL INTERIOR,
TALCA, 22 DE FEBRERO DE 1835¹⁶⁵

[p. 3] “A las once y veinte minutos empezó a mecerse la tierra con alguna lentitud, sin que precediese ruido como se observa en los más temblores. Persuadidos los vecinos de que ese anuncio podía terminar en otra cosa de peores resultados, huyeron precipitadamente hasta ponerse en salvo; y al instante siguió un espantoso sacudimiento, que en menos de tres minutos bastó para arruinar casi todos los edificios de esta ciudad.

Cayeron pues todos los templos en su mayor parte, y la iglesia parroquial enteramente. Ninguno de estos edificios ha quedado capaz de servir. Las ruinas ocupan el lugar de su antigua hermosura y aseo. Los conventos de los regulares han corrido la misma suerte que las casas de los ciudadanos, que a más de haber perdido todos sus techos, no tiene una pared que no amenace ruina, a excepción de un corto número de habitaciones que no han participado del estrago común con iguales resultados. La cárcel y casa consistorial se ven hoy igualmente demolida, en circunstancias de estarse trabajando con empeño. El hospital de San Juan de Dios está concluido; el cuartel provisorio de guardias nacionales y los cuatro puentes que facilitan la comunicación del centro con el barrio de la chimba quedaron destruidos y en matado peligroso. En una palabra el terremoto ha causa tantos y tan lamentables estragos que muchas partes de los ciudadanos ha tenido

¹⁶⁴ *El Araucano*, Santiago, 6 de marzo de 1835, p. 2. Esta relación fue redactada a las 2 de la tarde de ese día.

¹⁶⁵ *El Araucano*, Santiago, 27 de febrero de 1835, p. 3.

que salir a refugiarse con sus familias en ranchos pajizos o bajo de los árboles, y otros a todo campo. Con poca diferencia han sido iguales las consecuencias del temblor en los edificios principales y templos de las subdelegaciones de estas provincias, cuyo detalle no incluyo a vuestra señoría por falta de noticias tan exactas como necesito, siendo lo único que puede consolarnos, en medio de las tribulación con que el Omnipotente ha afligido a este pueblo, el corto número de los muertos, pues no llega a doce y tres mal heridos.

Sin embargo el conflicto de los habitantes de toda la provincia y principalmente de esta ciudad es general, y muy justo en razón de la estación del invierno que ya se acerca y de la falta de recursos para proporcionarse los cuidados siquiera una habitación mediana pues la escases de materiales de construcción es absoluta.

Pero a pesar de ver al pueblo en situación tan triste, tengo la gran satisfacción de verlo mantener su moralidad y buen orden cuando las circunstancias de abandono de las casas llenas de los intereses de sus dueños, proporcionaba a la plebe aquellos lances de que sabe aprovecharse para sus robos y otros crímenes”.

INFORME DE MIGUEL BAYÓN AL INTENDENTE DE LA PROVINCIA,
TALCAHUANO, 28 DE FEBRERO DE 1836¹⁶⁶

[p. 3] “Tiembla mi mano al deber trazar a vuestra señoría el cuadro espantoso que presenta este pueblo, esperanza diez días antes de la fecha de la provincia, y hoy como un cúmulo de ruinas, sin que esperanza buena prevea su rehabilitación.

El día 20 del corriente a las once y veinte minutos fue el primer y principal temblor de tierra que en el espacio de tres minutos derrocó todos los techos, y gran parte de los edificios del pueblo, y los continuos fuertes sacudones que se le siguieron aumentaron progresivamente los estragos. A las doce y media como me presumí desde un principio, se mostró por la Boca Chile y arrimando a la costa de Tumbes un penacho de agua tan majestuosos como horroroso; vino destruyendo totalmente las innumerables poblaciones de la costa y derribando los riscos que se le oponían, llegó a consumir la obra de destrucción arrasando hasta los cimientos de los edificios del oeste del puerto. A los pocos minutos hizo la mar una retirada como de doce cuerdas dejando en seco a las embarcaciones de la bahía, y arrastrando consigo los intereses que formaban en bienestar de estos vecinos y de muchos de la provincia. No bastaba con esto, y para que los habitantes del centro y de la caleta no fuesen más favorecidos vino a una y media un golpe de agua con la mansedumbre de una taza de leche, que bañó todo lo que había escapado del primer furor, y destruyó por consiguiente y de igual modo

¹⁶⁶ *El Araucano*, Santiago, 16 de marzo de 1835, p. 3.

todo lo que nos hacía concebir la esperanza de una ruina parcial. Veinte minutos después, y al retirarse de nuevo el mar, hizo chocar a las embarcaciones y enredó sus amarras de un modo inconcebible. A la una y media se hizo ver por la Boca Grande una espaciosa barra de agua espumosa y de prodigiosa altura, que pasó por la isla de Rocuan, en donde arruinando las poblaciones ahogó también a sus pobladores y ganados, y paró su furia en el lugar de los Perales.

Esta es, señor, la relación fiel de los asombrosos efectos de este fenómeno y su resultado: que todos los edificios a excepción de los ranchos del cerro que han sufrido también considerablemente, han sido arrasados hasta sus cimientos; que nadie cuanta con lo más mínimo de sus intereses, y que descansan en paz de treinta a cuarenta víctimas que han caído bajo este golpe tan feroz como inesperado.

Las particularidades que han causado los movimientos de la tierra y del mar, son tantas y tan extrañas que me abstendré por temor de ser tachado de exagerador, de entrar en pormenores; baste con este suceso: la señora de Hogers que a la primera salida del mar, trató de embarcarse con sus hijos, tuvo la desgracia de verse arrojada a una distancia de seis cuabras hacia tierra con tres hijos en uno de los fragmentos del bote que la mar rompió, y el cuarto hijo de edad de cuatro años asido de las manitas a un pedazo que formaría la vigésima parte del bote fue hallado en las inmediaciones de Lirquén por una embarcación que se dirigía a este puerto, aunque fue tomado exánime ya está restablecida esta criatura.

He demorado en dar este parte a vuestra señoría tanto por las muchas ocupaciones consiguientes a estos días de calamidad, cuanto por hacer lo mayor exactitud”.

RELACIÓN DEL INTENDENTE DE CONCEPCIÓN RAMÓN BOZA,
CONCEPCIÓN, 5 DE MARZO DE 1835¹⁶⁷

[p. 2] “Hasta hoy siguen los movimientos de la tierra con más o menos tiempos de interrupción, pero no con la fuerza que en aquel fatal día en que el espanto que produjo en los habitantes el segundo sacudimiento hizo huir la mayor parte al cerro del Caracol, distante de la plaza pública poco más de cuatro cuabras y aun a otros montes separados de esta población. Muchos permanecieron dos o tres días sobre su cima y entre las quebradas inmediatas, reuniéndose en lugares tan desamparados que no tenían reparo alguno para defenderse de un solo tan abrazador que entonces más que nunca hizo sentir su fuerza. Las montañas parecían coronadas por las noches, de grandes fogatas, que alejando la oscuridad y las tinieblas, servía de luz de consuelo a la desesperación. Buscabanse entre

¹⁶⁷ *El Araucano*, Santiago, 16 de marzo de 1835, p. 1. También fue publicada en *El Mercurio de Valparaíso*, Valparaíso, 20 de marzo de 1835, p. 2 y más tarde reproducida en Melchor Gutiérrez, *Estadística del horrible cataclismo de agosto 13 de 1868* (Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1870), pp. 51-55.

tanto mutuamente los individuos de cada familia, a quienes el instinto de conservación obligó a tomar la dirección que ofrecía más fácil medio para salvar su existencia. ¡Cuán afligente era ver correr a los padres y madres de familia, venciendo los escombros que cerraban las calles, en medio del inmenso polvo que oscurecía la atmósfera, para salvar cada cual al hijo o al hermano ya en los colegios o en otros puntos de la población! Este espectáculo se veía repetido en todas direcciones, y las calles que llegaban a despejarse por momentos de polvo que causaba la demolición de los edificios, ofrecía a la vista un numeroso gentío que en los instantes que parecía calmar la tierra su violento impulso, cortaba lo aires con votos piadosos y lastimosos ayes, interrogando por las personas, que se estremecían la naturaleza y la amistad.

No es posible detallar las particularidades acontecidas durante el terremoto, que con estrepitoso movimiento duró el resto del día 20 y en todas las horas de la noche, ni pueden referirse en toda su extensión los males que ha caudado en esta ciudad. Reducidos a escombros todos los templos, los edificios del cabildo, tesorería, intendencia, cuarteles, instituto, almacén de pólvora y casi todas las casas de la población; han quedado solamente una u otra sin demolerse, aunque en estado de ruina, y algunas paredes en igual forma, notándose con generalidad que los edificios cuyos lados estaban colocados de sudeste a noreste, que es la dirección que tiene esta ciudad a lo largo, han ofrecido más resistencia al terremoto.

Pero a pesar de tan extraordinario estrago solo han perecido bajo las ruinas cincuenta y una personas de ambos sexos y diferentes edades, y ocho gravemente heridas por el peso de los escombros, que probablemente morirán, sin comprender en este número los que han recibido contusiones que no tendrán este resultado y entre los muertos las gentes del campo que hubieran perecido en su tránsito por las calles de la ciudad. La razón que acompaño, instruirá a vuestra señoría sobre este particular, aun no se puede tocar el término de una verdadera exactitud en los momentos en que se ha preparado, pues que gran parte de los habitantes de esta ciudad se han ausentado a las haciendas de campo, o fijado su habitación en las chozas que han salvado de la ruina a los extramuros; cuya circunstancia ha impedido saber exactamente la mortalidad causada por el terremoto.

Pasados los primeros momentos del espantoso que sus efectos produjeron en los ánimos, la intendencia consagró su atención a la necesidad de custodiar las propiedades e intereses abandonados por el terror, evitar los incendios que principiaban por el fuego de las casas demolidas, y preparar los auxilios que eran precisos para sacar de entre los escombros a los que aun respiraban sin perder la vida. La tropa de guarnición se mandó dividir en destacamentos por varios puntos de la ciudad, como se conserva todavía. Los agentes de policía de día y de noche velaban en patrullas para atender a aquellos objetos. El despacho de la intendencia y el de las demás oficinas, lo mismo que los cuarteles para las tropas, se han fijado en la plaza pública bajo de covachas formadas de tablas y de las maderas que los edificios del estado salvadas de entre sus ruinas. Aun no se

había preparado ni este reparo contra el sol abrazador que se hizo notar en los primeros días, cuando una copiosa lluvia, que duró muchas horas del quinto día, con una pequeña suspensión para continuar parte de la noche, vino a consumir la ruina que causó el terremoto. Las familias se hallaban todavía dentro del recinto de la ciudad, reunidas unas familias en los sitios baldíos, otras en las huertas que ofrecían más extensión y algunas sobre los cerros vecinos; pero sobrecogidos aun del espanto que les produjo aquel acontecimiento extraordinario, que se repetía con cortos intervalos, no habían tenido tiempo de salvar los restos de sus rotunas de entre los escombros que las ocultaban. No es calculable la pérdida sufrida por este accidente; basta decir que a los males que atraían una lluvia en circunstancias semejantes, inutilizando lo que habían respetado las ruinas de los edificios, era consiguiente el abandono de las casas reducidas a escombros para buscar un asilo en las rancherías de los extramuros, y a favor de este mismo abandono se ejecutaron algunos daños en los intereses, que no pudo evitar la vigilancia de los agentes de policía y la de los destacamentos de tropa de línea. ¿Y cuáles no serán los perjuicios causados por consecuencia de este mismo acontecimiento en las campañas, en un tiempo en que las cosechas de granos, principal producción de esta provincia, aun no se habían conservado en depósitos que las preservasen de las aguas? Pero si algo salvó de este elemento, la ruina de aquellos mismos depósitos destruyó las esperanzas de los que se habían anticipado a recoger y conservar sus frutos, según algunos avisos oficiales que he recibido.

Muy fácil es conocer la extensión y efectos de este mal, que con el resultado de la miseria, se hará sentir durante el invierno, en que a esta causa de escasez se agregará la dificultad del tránsito de los caminos, que hace impracticable la estación y que ha inutilizado ahora el terremoto. Cada día recibo avisos de ese resultado producido por el derrumbe de los cerros y montes que están formados la mayor parte de esta provincia, y en las actuales circunstancias no es tan fácil poner un pronto remedio a este mal, cuyos efectos se sentían aun antes de ahora. Pero en medio de la calamidad que señaló el día infausto para Concepción, oprimía además mi espíritu una sola consideración que ocupaba igualmente al vecindario en su desgracia. Se concibió la fatalidad de que toda la república había sido convertida en ruinas al impulso de mismo terremoto que acabamos de sufrir, fundados en la extraordinaria violencia con que se dejaron notar los primeros sacudimientos, que redujeron a escombros los edificios de esta ciudad, y en el raro movimiento de la tierra que, acompañado de un bramido espantoso, parecía hacerla marchar en forma de olas hacia nosotros desde la parte del sur, de donde trae su origen, y se advertía muy distintamente que a todos los estremecimientos del terreno, precedía un estampido, causado, al parecer, por la exposición de algún volcán fijado en aquella dirección. La fuerza de mis temores se aumentaba con las diarias noticias recibidas de las ruinas de las ciudades y villas de la provincia y de iguales efectos en la de Maule y Talca; pero inexplicables el enajenamiento que produjo en su ánimo y el júbilo universal manifestado por los vecinos de esta población, cuando se recibió por cartas particulares conducidas

por el correo, la noticia de que a esa capital no había alcanzado la violencia del terremoto. Aquellas sola excepción de la desgracia, que se creía general, hizo renacer en su espíritu el consuelo y aligerar el peso de la fatalidad que les oprimía por la ruina de sus intereses y fortunas”.

RELACIÓN ANÓNIMA,
CHILLÁN, 5 DE MARZO DE 1835¹⁶⁸

[p. 2] “Mi amado N. He llegado de Parral pocas horas antes de la salida del correo y por esta infeliz casualidad puedo acusarle recibo de su mi apreciable, y hablarle aunque ligeramente de los singulares fenómenos que han afligido al pobre sur de Chile desde el 20 del pasado. El terremoto de ese día aciago no tiene nada de común con lo que habíamos experimentado hasta entonces. El menos observador sentía correr bajo de sus pies un torrente de fluido, como podría experimentarlo el que estuviese colocado sobre una tabla en el salto de la Laja o de Itata. Ese fluido corría como a oladas que se repetían por segundos, y a cada sople seguía un sacudimiento que parecía deshacerse el globo; mas es que hasta los cimientos de los edificios saltaban a la superficie. Este movimiento espantoso y esta agonía mortal para el que lo experimentaba duraría cuatro o tres minutos y medio. Después acá con interrupción de horas han seguido pequeños movimientos que no nos han dejado olvidar el primero. Pero lo que nos ha dejado tan libres de cuidados como a los franciscanos de un temporal de seis días que han sobrevenido a inutilizar y podrir todo lo que el temblor había dejado a la intemperie o bajo los escombros. Yo fui al Parral por ver si se podía salvar algo de lo que contenían mis difuntos graneros y fui testigo de fenómenos muy singulares. Primeramente un granizo tan grande que si no llegaba al tamaño de una nuez al menos excedía al de una avellana; sus consecuencias fueron la destrucción absoluta de las chacras y el desmoronamiento de unas pilas de tiro que se estaban defendiendo de algún modo en las pampas. Siguió luego un temporal de viento que me ofreció el espectáculo siguiente: se formó en las inmediaciones de la villa un remolino tan furioso que quebraría todos los árboles por donde pasaba, [p. 3] arrebató ranchos y entre las cosas que arrebató elevó un lagar que tenía dentro muchos palos y aros. Estos se chocaban y hacían un sonido de cajas o tambores que los teólogos del país decían ser la trompeta del Juicio, y bajo esta respetable autoridad las mujeres salían en procesión por las calles pidiendo misericordia con las imágenes de santos que habían podido desenterrar. La fortuna de estas gentes fue que el remolino no pasó por la villa, que si sucede se lleva consigo una procesión de éstas. En fin amigo mío, la naturaleza aquí se ha desatado, y solo nos consuela la reflexión de que esa capital se haya librado de esta calamidad”.

¹⁶⁸ *El Araucano*, Santiago, 16 de marzo de 1835, p. 2.

CARTA DE FRAY DOMINGO GONZÁLEZ A FRAY MANUEL UNZURRUNZAGA,
CHILLÁN, 25 DE MARZO DE 1835¹⁶⁹

[p. 235] “El suceso en todas sus circunstancias fue tal que desde la conquista no se había visto otro semejante, ni aun parecido. En menos de cinco minutos no quedó ni templo ni casa parada en toda esta provincia desde el Maule hasta las fronteras de los indios. De este colegio no quedó ni una sola pared parada: iglesia, claustros, paredes que servían de clausura a la huerta, y convento no quedó una piedra en pie. Solo en el nuevo edificio, que se había nuevamente levantado, fue donde quedaron las más de las paredes paradas, aunque todas rasgadas y por lo mismo inhabitables. De los utensilios religiosos, que cada uno tenía de su uso fue poco lo que pereció; estos fueron vasos, botellas de cristal, y loza, lo mismo sucedió con los que estaban en las demás oficinas de [la] comunidad. De la iglesia nada útil se ha podido sacar. Todos los altares quedaron, y aún están sepultados debajo de los escombros. Solo el copón con el santísimo que estaba en el altar de la comulgatoria, que era el de Jesús Nazareno al norte del crucero, se pudo sacar. El que estaba en el altar mayor, y una forma. Todo lo demás del cuerpo de la iglesia están en estado de no poder sacar cosa alguna, y todo lo consideramos hecho astillas. Yo con el credo en la boca he andado de popa a proa por lo que ha quedado de paredes de toda la iglesia; y en todos los puntos me he hallado con esta inscripción: aquí fue Troya. Y aquí [p. 237] me acordé de Jesucristo profetizó de Jerusalén y de su templo. ¡Terrible castigo!

En lo que mejor libramos fue en la sacristía pues, aunque toda vino al suelo, los cajones, y cajas donde existían los ornamentos, y vasos sagrados poco pereció, todo se ha sacado casi intacto. Solo algunas alhajas de cristal, y loza perecieron, que no ha sido poca dicha. Las efigies e imágenes que había en ella todas quedaron hechas tiras. Por esta desolación puede vuestra reverencia inferir cuál habrá sido la de las demás iglesias, así de esta ciudad como en las demás de toda esta provincia habiendo sido igual la ruina. Y en Concepción ha sido peor que aquí, como que los edificios eran más altos, y suntuosos así de los templos como de los demás edificios. Por esta causa han sido en aquella ciudad más los muertos que en ésta. De allí se avisa al señor obispo haberse hallado debajo de los escombros hasta más de ciento y cincuenta muertos. Esto fue luego de sucedido el [la] catástrofe. ¡Cuántos más se habrán encontrado después! En esta ciudad el día del temblor solo se encontraron como unos diez a once muertos. Debajo de los escombros sólo se han encontrado como unos tres a cuatro. De los demás pueblos hasta Talca, que fue el último donde hizo casi el mismo destrozo, no se ha sabido cosa cierta de los muertos. En Curicó, San Fernando, y Rancagua fue el golpe del temblor minorando de mayor a menor. En la capital no dejó de sentirse, pues se sintieron algunas ruinas, aunque tenues. Solo estamos deseosos de saber que

¹⁶⁹ Carta transcrita y reproducida en Reinaldo Muñoz Olave, *Chillán: sus fundaciones y destrucciones, 1580-1835* (Santiago, Imprenta de San José, 1921), pp. 235-240.

convulsiones [p. 238] haya podido causar por esos puntos. Yo creo que no habrá llegado el golpe con tanto estruendo. El motivo lo fundo en que cuando yo fui a Valdivia por mar sentimos como en las alturas de Valdivia el golpe de un temblor que sucedió el 19 de este mes en esta provincia; y, sin embargo, de haber sido bien grande, por esos puntos no se sintió. Ojalá haya sucedido ahora lo mismo.

Si así ha sido no se habrán visto en la triste, y dolorosa situación en que nosotros nos hallamos. En la actualidad estamos metidos debajo de los tinglados formados de tablas medio paradas en punta como de compás, o tijerales. En esta situación hemos pasado los mayores huracanes de vientos acompañados de deshechos torbellinos de aguas, que vinieron con poco menos fuerza que el temblor. La fortuna fue que yo tenía acopiada una porción considerable de tablas de ciprés aserradas. Con estas sobrepuestas unas sobre otras, como los techos de tablazón de alerce en esos puntos, así pudimos salir sin mojarnos cosa mayor. A los aguaceros se han seguido unos calores tan desmedidos, que nos han dejado poco menos que chicharrones.

En la actualidad estamos disponiendo levantar un cañón de ochenta varas de oriente a poniente. Pues aunque teníamos tiradas las líneas para formar habitación en los guindos para pasar el invierno, y algo más; teniendo ya acopiados varios materiales para levantar el cañón de madera al uso de las casas misionales de esos departamentos y habiendo yo [p. 239] ido a formar el detalle, el mismo día llegó el señor intendente don José Antonio Alemparte, que se hallaba retirado por el gobierno por denuncias que había tenido de su mala comportación. Ha vuelto, si justificado o no; Dios lo sabe. *Exitus acta probant*. Ya ha empezado a formar planes la mudanza de los pueblos. A Chillán según dicen la quieren mudar como un cuarto de legua al norte en el primer llano que se encuentra de aquí al Ñuble. Es bastante espacioso; se pueden formar dos chillanes. Terreno más sólido, más plano, con abundancia de aguas, y buenas. Pero el formar planes cuesta poco, el realizarlos no es como dicen soplar, y hacer limetas. Del dicho al hecho dicen hay gran trecho. El tiempo, que es el descubridor de todo, nos lo patentizará con su curso: como nos ha patentizado por el discurso de más de un mes los enojos de un Dios en continuos temblores, que se han sentido todos los días desde el 20 de febrero. Días ha habido, que se han renovado por tres veces aunque muy mitigados, y lentos respecto de aquel. De aquí puede inferir vuestra reverencia cual habrá sido nuestra consternación.

Sin embargo no hemos cesado de acopiar materiales para levantar el claustro que llevo insinuado con los demás puestos para custodia de las alhajas que se van sacando de los escombros, así de la iglesia como del resto de los claustros, y oficinas, aunque todo bien demolido. En este estado hemos sacado de la iglesia las efigies de la Purísima del nuestro padre San Francisco de San Francisco Solano, de San Bernardino [p. 240] de Sena, de San Miguel, de Santo Domingo; de lo demás creo no podremos descubrir efigie alguna de San José, de San Ildefonso, de Jesús Nazareno, de San Antonio, y de otras que estaban en estos altares de poco bulto, como San Roque, Santa Clara, Santa Margarita de Cortona, San

Juan Evangelista, y otras de menor bulto. San Buenaventura, y San Benito de Palermo salieron sin rostro. Así ha sido que, unos han salido sin pies, otros sin cabeza, otros sin rostro, y todos hechos pedazos. Del coro solo han salido algunos breviarios, la calenda, un salterio, un cuaderno de la orden”.

RELACIÓN DE MANUEL ZAÑARTU,
LOS ÁNGELES, 2 DE ABRIL DE 1835¹⁷⁰

[p. 348] “Plaza de los Ángeles. En el fuerte de esta plaza situado en la parte del sur de la población cayeron todos los cuatro baluartes que había en los ángulos que forman el cuadro lo mismo que sucedió con las garitas portadas y nueve varas de la muralla del norte. En el cuartel que encierra el mismo fuerte se desplomaron desde los cimientos veintiocho varas de edificio que hacia martillo por el sur y ocho varas por el norte incluso el cuarto que servía de habitación al oficial de guardia cayendo a tierra una parte de los techos Sin embargo, ha quedado el resto en un regular estado.

Plaza de Nacimiento

En el fuerte de esta plaza se trizaron de arriba abajo los baluartes del lado del río y los que miran al pueblo han sido completamente destruidos pues sus murallas se arrancaron de su cimientos y apenas se distingue la línea en que estaban situadas. El cuartel que encierra el indicado fuerte ha quedado algo ruinoso por haberse trizado el mojinete del lado del sur y la muralla del corredor quedando sumamente riesgosas la puerta y ventana por estar casi zafados los umbrales de arriba. La pieza que servía de almacén ha sido también arruinada enteramente pues cayó toda y las murallas han quedado en tan mal estado que para reedificarlas sería preciso voltearlas hasta su cimiento. La puerta del cuarto que servía de almacén de víveres ha sido derrumbada, pero las murallas no han sufrido ningún mal. Por estos acontecimientos se han inutilizado treinta y un fusiles y diez carabinas.

Plaza de San Carlos

En el fuerte de esta plaza se cayeron enteramente dos garitas y se derrumbó el barranco que servía de piso a la parte del oriente.

Plaza de Santa Bárbara

En el fuerte de esta plaza no ha ocurrido la menor novedad.

¹⁷⁰ Documento publicado en *Documentos Parlamentarios. Discursos de apertura en las sesiones del Congreso y memorias ministeriales correspondientes a la administración Prieto. 1831-1841* (Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1858), tomo I, p. 348.

Plaza de Chillán

Sin embargo de que en esta plaza no había edificios pertenecientes al fisco se advierte que el cuartel de San Francisco que servía a la caballería el de la Merced a la infantería y hospital fueron enteramente destruidos”.

RELACIÓN DE ALEXANDER CALDCLEUGH,
SANTIAGO, 12 DE JUNIO DE 1835¹⁷¹

[p. 1] “Eran las 11 ½ de la mañana cuando principió el terremoto; y la atmósfera estaba tan serena y hermosa, como eran tremendas y amenazadoras las convulsiones de los elementos subterráneos. La primera oscilación, suave y acompañada de poco ruido, fue la precursora de dos ondulaciones sucesivas extremadamente violentas: el intervalo entre la primera y la última vibración fue como de 2 minutos y medio; y la dirección parecía ser como del sudoeste al nordeste. La sensación ocasionada, por los movimientos undulatorios me pareció semejante a la que se experimentaría estando de pie sobre una tabla cuyas extremidades subiesen y bajasen dos pies desde el suelo. Las pequeñas acequias que corren por las calles, se detuvieron y rebosaron sobre sus bordes. En Talca, 80 leguas al sur, fueron todavía más violentos los efectos; la oscilación principió sin el ruido sordo que suele anunciar estos tremendos fenómenos. En Concepción, donde desplegó toda su furia el terremoto, la segunda undulación fue la que causó el estrago de los edificios; y antes de ella y de los muchos sacudimientos que la siguieron, se oyó un recio estrépito, que procedía como de algún volcán en la dirección del sur. Todas las casas del puerto de Talcahuano que estaban situadas al pie de los cerros, vinieron al suelo; y como media hora después de la vibración, cuando los habitantes volvían de las alturas y lugares descampados al pueblo, se notó que el mar se había retirado a tanta distancia de sus, acostumbrados límites, que todas las rocas y bajíos de la bahía quedaron descubiertos. Volvió otra vez sobre la tierra; y otra vez se retiró, dejando en seco las naves que estaban ancladas en el puerto. Vióse entonces una ola enorme, que de la dirección de Boca Chica, se acercaba lentamente, amenazando a la malhadada población, Por diez minutos, siguió majestuosamente su curso, y dio así tiempo a los habitantes para que se refugiasen a las alturas, desde donde vieron desaparecer toda la ciudad, tragada por aquella inmensa mole de agua.

En este momento de terror, no era posible que todos se fijasen sobre la verdadera magnitud de la oleada; unos comparaban su elevación a la del más alto navío y otros a la isla de Quiriquina. Todo lo arrastró delante de sí; y según medidas exactas se levantó a 28 pies sobre la línea de pleamar. Una pequeña

¹⁷¹ *El Araucano*, Santiago, 27 de enero de 1837, pp. 1-2. Esta relación también fue publicada en Andrés Bello, *Obras completas de don Andrés Bello* (Santiago, Imprenta Cervantes, 1893), tomo xv, pp. 173-181.

goleta de 80 toneladas que estaba para ser echada a la mar, fue suspendida sobre los escombros de las paredes, y apareció después entre las ruinas a 300 varas de distancia del lugar que antes ocupaba. El reflujo de esta oleada se lo llevó todo consigo al océano. Sucedióle otra ola de mayores dimensiones, pero que, tomando una dirección más oriental, dejó en salvo los escombros de Talcahuano, y solo causó estragos en la isla del Rey. Avanzó después la cuarta y última ola, que era de menores dimensiones; pero ya nada encontró que destruir. Durante la avenida de estas grandes oleadas, se observaron dos erupciones de humo denso que salían del mar. Una como de la forma de una alta torre se presentó en el horizonte; la otra se vio en la pequeña bahía de San Vicente; y después de su desaparecimiento le sucedió un remolino hueco, de la figura de un cono inverso, como si el mar se precipitase en alguna cavidad dela tierra. En esta bahía, como en la de Talcahuano, se vieron por todas partes grandes borbollones, como si se verificase una inmensa evolución de gas: el agua se puso negra y exhaló un olor sulfúreo fétido.

En San Tomé, al otro lado de la bahía, hizo muchos estragos la oleada; y en la isla de Quiriquina, el ganado amedrentado se precipitó de los riscos. En esta isla, hubo casas, situadas a 40 pies de altura sobre la línea de pleamar, que recibieron mucho daño de la avenida; y durante los tres días siguientes se notó mucha irregularidad en el flujo y reflujo.

En la bahía de Concepción, las capas de pizarra arcillosa se levantaron visiblemente. Es muy fácil percibir esta alterada posición relativa del mar y de la tierra, por medio de una roca situada a la vista del desembarcadero, la cual, habiendo estado casi a flor de agua en pleamar antes del terremoto, se vio que después de él se había levantado tres pies; y por la boyas del banco de Belén, que tiene ahora cuatro pies de agua menos que antes. Una nave que estaba anclada, encontró una braza menos de agua a su bordo después del terremoto; pero es probable que mudara de posición. En el puerto de San Vicente, un poco al sur de Talcahuano, también se levantó la tierra cerca de pie y medio; y por toda la costa de esta última bahía quedaron, aun en pleamar, cúmulos de mariscos muertos, que comprueban la elevación de las capas.

Al sur de la entrada de la bahía de Concepción, hay una pequeña isla llamada Santa María, de unas siete millas de largo y dos de ancho. El capitán Fitz Roy examinó con gran cuidado la línea de la orilla de la ensenada del sur, como también la parte septentrional de la isla; y por la prueba evidente de las capas de mariscos muertos, por la sonda y por el testimonio oral de personas despreocupadas, parece que no admite sombra de duda, que por el último de estos dos lados la elevación de la tierra no bajaba de menos de diez pies, y que en el centro de la isla ha sido como de nueve y en la ensenada del sur de unos ocho. Este abollonamiento de la tierra casi ha destruido el puerto meridional de la isla, pues ahora apenas da abrigo a los buques, y el desembarcadero es malo. En todas partes, alrededor de la isla la sonda señala braza y media menos; y cerros de 150 a 200 pies de altura aparecen hendidos y desgarrados en todas direcciones,

y se han desgajado de ellos masas enormes. Tanto el capitán Fitz Roy, como el capitán Simpson de la marina chilena, opinan que fue mucho mayor en esta isla y en Concepción al tiempo del terremoto [p. 2] la elevación de las capas, y que las muchas oscilaciones que le siguieron pueden haberlas hecho bajar al nivel antedicho. En Subul, un poco al sureste de Santa María, la elevación de las capas parece haber sido de seis pies.

En la Nueva Bilbao, puerto del río Maule, setenta leguas al norte de Concepción, cerca de hora y media después del sacudimiento, subió el mar sobre la línea ordinaria de alta marea, y continuó en este estado por media hora, antes de suceder el reflujo. Cincuenta minutos después, el mar, terriblemente agitado, se extendió sobre la playa y subió río arriba con una violencia extraordinaria, hasta llegar a la altura de doce pies sobre la marca del agua. En esta última incursión, dos goletas que estaban ancladas en el fuerte, arrastraron sus cables, y parecieron después entre los matorrales a ciento cincuenta varas de distancia de la playa.

De allí a media hora, ocurrió otra avenida del mar, que subió a la altura de nueve pies; y por el espacio de cuarenta y ocho horas se vieron avanzar a la tierra repetidas olas, pero no con tanta violencia. En este puerto, no se percibió que se hubiese levantado la costa; pero en la barra, a la boca del río, que ha hecho siempre la entrada al puerto tan difícil como peligrosa, se hallaron dos pies más de agua; y a consecuencia de la caída de un inmenso pico de montaña en el mar, se espera, que en virtud de la nueva dirección dada a la comente, no habrá nueva acumulación de arena. En Valparaíso, se observó que el mar avanzaba y retrocedía rápidamente, pero con suavidad y sin violencia.

Sería de poca utilidad presentar a la Sociedad los tristes pormenores de las ruinas que produjo esta convulsión en las provincias meridionales de Chile. Al sur de Talca, apenas quedó pared en pie; y aun al norte de esta línea, fueron muy serios los estragos que se experimentaron en toda clase de edificios. En las provincias de Cauquenes y de Concepción, fue hendida y destrozada la corteza de la tierra en todas direcciones. En algunos parajes, se abrieron grietas de varios pies de ancho y de profundidad, que cortaban el terreno hasta distancias considerables. En una hacienda cerca de Chillán, a treinta leguas de las costa, se formaron hendiduras profundas, por donde brotaron erupciones cenagosas de agua salada, que han dejado copiosos depósitos de una toba parda pulverulenta; y en la misma hacienda, se descubrieron muchos pozos circulares de agua salada, y un gran número de nuevas fuentes termales. En muchas partes, se hinchó la tierra como una grande ampolla; y reventando luego, vertió una aguaza negra extraordinariamente fétida.

Los límites a que se extendieron las oscilaciones, fueron por el norte hasta Coquimbo, y por el este hasta Mendoza sobre la cuesta oriental de la gran cadena de los Andes. Bajeles que navegaban el Pacífico hasta cien millas de la costa, experimentaron el sacudimiento con un grado de fuerza considerable. La barca *Glenmalia*, destinada a Valparaíso, hallándose a 95 leguas de la costa y enfrente del Maule, se sintió súbitamente detenida por el agua, disminuyéndose la velocidad

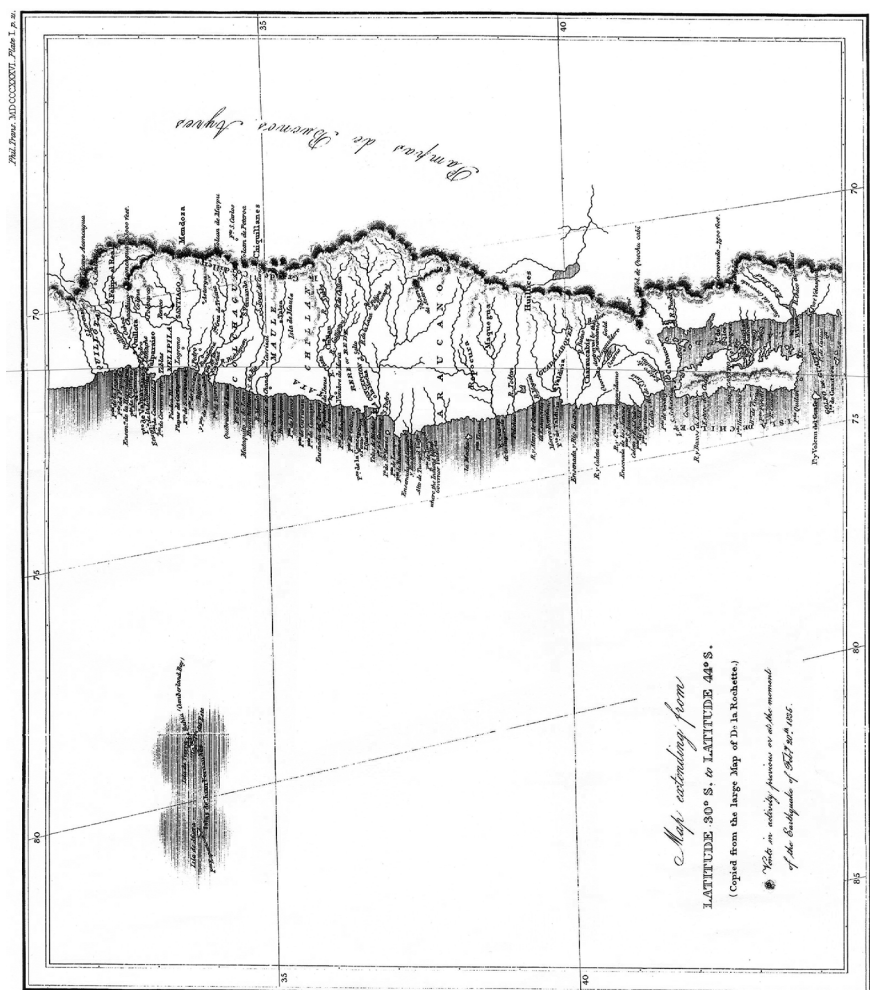
de su curso en la razón de 7 a 1, de manera que el capitán temió haber dado en un bajío de arena. El mar, fuertemente agitado, pareció levantar la nave como unos veinte pies tan grande fue la alarma, que se pensó echar los botes al agua.

La isla de Juan Fernández, masa de basalto a 360 millas de distancia de la costa, sintió el terremoto, pero no con tanta violencia el mar se elevó de la misma suerte que en Concepción, y retrocedió consecutivamente, dejando el fondo de la bahía de Cumberland ha descubierto hasta cierta distancia de la playa; y en la segunda avenida, subió quince pies sobre su nivel ordinario, llevándolo todo consigo. Al mismo tiempo, su gobernador, el mayor Sutcliffe, observó una densa columna de humo, que salía del mar como a una milla de distancia del puerto de Bacalao, y duró hasta las dos de la mañana, hora en que se sintió una tremenda explosión, que esparció en todas direcciones el agua: durante el resto de la noche, varias llamaradas que parecían proceder del mismo paraje, iluminaron toda la isla. El capitán Simpson, como un mes después, reconoció aquel sitio, y no encontró fondo a menos de 69 brazas. Es digno de notarse que el 24 de mayo de 1751, cuando fue destruida la ciudad de Concepción por un terremoto acompañado de una avenida del mar, la colonia de Juan Fernández, que empezaba entonces a levantarse, fue tragada de la misma manera por la incursión de las olas. El gobernador, su familia y treinta y cinco personas perecieron en aquella catástrofe.

Después del terremoto ocurrieron las usuales mutaciones atmosféricas. Hubo lugares en que huracanes espantosos colmaron la aflicción y desaliento de los habitantes y dieron nuevos terrores a la desgracia. Sucediéronse torrentes de lluvia, circunstancia que ocurre raras veces en esta época del año. En las fuentes termales de Cauquenes, donde el agua brota de la tierra a la temperatura de 118° de Fahrenheit, se disminuyó el calor después del terremoto hasta parar en 92°, circunstancia que se notó asimismo después del sacudimiento de 1822; pero esta disminución de temperatura, duró poco tiempo.

A riesgo de caer en una fastidiosa prolijidad, he dado a la Sociedad una relación circunstanciada de las alteraciones efectuadas en la superficie de la tierra por esta violenta convulsión. Después de examinar el extenso ámbito de sus vibraciones, después de observar la elevación de una isla y de la costa adyacente, y la erupción de un volcán submarino, es difícil dejar de creer que están todavía en actividad las mismas causas que levantaron las formaciones terciarias a su actual elevación en la gran cadena de la cordillera. A vista de estas continuadas mutaciones sobre la superficie de la tierra, no podemos menos de respetar la opinión de aquellos filósofos que han mirado la América como un continente que ha aparecido sobre las aguas en una época más reciente que el que podemos ya por eso apellidar con más propiedad Mundo Antiguo.

Con motivo de haber empezado las oscilaciones a una hora temprana del 20, perecieron comparativamente pocas vidas; pero la frecuente repetición de estas catástrofes, produciendo defectos orgánicos, puede probablemente explicar las causas de la corta duración de la existencia humana en estas regiones”.



Mapa de la parte de Chile sacudida por el terremoto de 1835, Fuente: Alexander. Caldclough, "An account of the Great Earthquake Experienced in Chile on the 20th of February, 1835", in *Philosophical Transactions of the Royal Society of London*, vol. 126 (London, 1836), p. 27.

INFORME DE AMBROSIO LOZIER, SIMÓN RODRÍGUEZ Y JUAN JOSÉ ARTEAGA
A LA INTENDENCIA DE LA PROVINCIA,
CONCEPCIÓN, 13 DE AGOSTO DE 1835¹⁷²

[f. 69] “No quedó un solo edificio ileso: el mayor número de techos se hundi6 y ayud6 a volcar las paredes: quedaron muchas de estas en pie; pero hendidas y partidas o fuera de la vertical y, en las que conservaron esta posici6n, padeci6 mucho el asiento de los materiales: estos por su mayor dureza destrizaron al barro o la mezcla que los ligaba, y los macizos quedaron m6s o menos falsos. La planta de la ciudad es un cuadrilongo: su longitud est6 en la l6nea del sudoeste, y la poblaci6n se extiende hacia el nordeste: como los fuertes vaivenes fueron en esta direcci6n los lienzos de [f. 69v] pared que estaban en ello, resistieron m6s que los transversales, y, aunque arruinados, quedaron muchos en pie.

Las 4 calles principales, con 7 de las que las cruzan en la zona del centro, eran las m6s pobladas, por consiguiente las que quedaron m6s arruinadas, con los escombros de sus casas. El ayuntamiento mand6 escombrarlas, pocos d6as despu6s del terremoto, y los vecinos ayudaron en mucho a este trabajo, por salvar una parte de sus materiales. Se hicieron transitables estas calles; pero, hasta un mes despu6s del terremoto, no fue posible vencer la dificultad que opon6an, a los esfuerzos de un corto n6mero de jornaleros, la gran masa de escombros que ocupaba las calles correspondientes a los lados de los templos principales, San Francisco, Santo Domingo, las Monjas y la catedral”.

RELACI6N DE CHARLES DARWIN,
1835¹⁷³

[p. 360] “(20 de febrero). D6a memorable en los anales de Valdivia, porque se ha sentido el m6s violento terremoto que seg6n humana memoria ha tenido lugar aqu6. Me encontraba en la costa y me hab6a tendido a la sombra, en un bosque, para descansar un poco. El terremoto empez6 de pronto y dur6 dos minutos. Pero a mi compa6ero y a m6 ese tiempo nos pareci6 mucho m6s largo. El movimiento del suelo era muy perceptible y, al parecer, las ondulaciones proven6an del Este; otras personas sostienen que del suroeste; lo cual prueba cu6n dif6cil es en ocasiones determinar las vibraciones. No se experimentaba dificultad alguna

¹⁷² Archivo Nacional Hist6rico, Fondo Varios, vol. 300, fojas. 69-69v. Este documento, cuyo t6tulo completo es “Informe presentado a la intendencia de la provincia de Concepci6n por Ambrosio Lozier, Sim6n Rodr6guez y Juan Jos6 Arteaga nombrados para reconocer la ciudad de Concepci6n y sus cercan6as despu6s del terremoto del 20 de febrero de 1835”, fue publicado en forma 6ntegra en Sim6n Rodr6guez, *Escritos de Sim6n Rodr6guez* (Caracas, Imprenta Nacional, 1954), tomo II, pp. 237-272.

¹⁷³ Charles Darwin, *Viaje de un naturalista alrededor del mundo* (Buenos Aires, Librer6a El Ateneo, 1945), pp. 360-361.

para sostenerse en pie; pero el movimiento me produjo casi un mareo semejante al mal de mar; se parecía en efecto mucho al movimiento de un buque en medio de las olas muy cortas o, mejor aún, se hubiera dicho patinar por encima de una capa de hielo de débil espesor que se doblegara con el peso del cuerpo. Un terremoto trastoca en un instante las más firmes ideas; la tierra, el emblema mismo de la solidez, ha temblado [p. 361] bajo nuestros pies como una costra muy delgada puesta sobre un fluido; un espacio de un segundo ha bastado para despertar en la imaginación un extraño sentimiento de inseguridad que horas de reflexión no hubieran podido producir. El viento, en el momento del choque agitaba los árboles de la selva; y yo no hice sino sentir la tierra temblando bajo mis pies, sin observar otro efecto.

El capitán Fitz Roy y algunos oficiales se encontraban entonces en la ciudad; allí el efecto fue mucho más notable, porque aunque las casas construidas de madera no fueron derribadas, no dejaron de ser violentamente sacudidas. Todos los habitantes, presa del loco terror, se precipitaron por las calles. Son estos espectáculos los que crean en cuantos han visto y sentido sus efectos ese indecible horror a los terremotos. En la selva el fenómeno es muy interesante, pero no produce ningún terror. El choque afecta al mar de curiosa manera; una anciana mujer que se hallaba en la playa me dijo que el agua se dirigió con gran rapidez hacia la costa, pero sin formar grandes olas, y subió rápidamente hasta el nivel de las grandes mareas; después recobró su nivel con la misma velocidad; la línea de arena mojada me confirmó lo que la anciana me dijo. Ese mismo movimiento rápido, pero tranquilo, de la manera se produjo hace años en Chiloé durante un ligero terremoto y causó una gran alarma. Durante la velada hubo muchos choques pequeños que originaron en el puerto corrientes muy complicadas, algunas de ellas bastante violentas”.

RELACIÓN DE ROBERT FITZ ROY,
1835¹⁷⁴

[p. 349] “A las diez de la mañana del día 20 de febrero, se notaron bandadas muy grandes de aves marinas, pasado sobre la ciudad de Concepción, desde el litoral, hacia el interior; y en las mentes de los habitantes, bien relacionados con el clima de Concepción, se suscitó alguna sorpresa por el cambio tan inusual y simultáneo en los hábitos de estas aves, pues no era visible ninguna señal de que se aproximara alguna tormenta, ni se esperaba alguna en esta estación. Alrededor de las once, la brisa del sur refrescaba como de costumbre, el cielo estaba claro y sin nubes. A las once cuarenta se sintió una sacudida de un terremoto, ligera en un principio, pero que aumentó con rapidez. Durante el primer minuto, muchas

¹⁷⁴ Robert Fitz Roy, *Viajes del Adventure y el Beagle: diario* (Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Universidad Austral de Chile, 2013), pp. 349-352.

personas permanecieron en sus casas; pero luego los movimientos convulsivos fueron tan fuertes que la alarma llegó a ser general, y todos se precipitaron en espacios abiertos en busca de seguridad. El hórrido movimiento aumentaba; las personas casi no podían pararse; se agitaban y temblaban los edificios; de pronto una sacudida excesiva causó una destrucción universal, y en menos de seis segundos la ciudad quedó en ruinas. El ruido atronador de las casas que caían, el horrible agrietamiento de la tierra, que se abría y cerraba con celeridad y varias veces en numerosos lugares; los desesperados clamores penetrantes (que destrozaban el corazón) de las personas; el calor sofocante, las sofocantes y enneguecedoras nubes de polvo; el total desamparo y confusión; y el extremo horror y alarma, no podían describirse ni imaginarse por completo.

[p. 350] Esta fatal convulsión tuvo lugar minuto y medio o dos minutos después de la primera colisión; y duró casi dos minutos, con igual violencia. Durante ese tiempo nadie podía ponerse en pie sin sostenerse de algo; las personas se pegaban unas a otras a los árboles, o a los poster. Algunos se arrojaban al suelo; pero allí el movimiento era tan violento que se veían obligados a extender sus brazos a casa lado, para impedir que fueran sacudidos una y otra vez. Las aves de corral corrían graznando salvajemente. Los caballos y otros animales se asustaron mucho, parándose con sus piernas extendidas, y sus cabezas hacia abajo, temblando de modo excesivo.

Después de que cesó la sacudida más violenta, las nubes de polvo que se habían levantado a causa de los edificios que caían, comenzaron a dispersarse; las personas respiraban con mayor libertad, y se atrevían a mirar a su alrededor. Cadavérica y sepulcral era la escena. Si las tumbas se hubiesen abierto y entregado sus muertos, su aspecto no había sido más espantoso. Pálidos y temblorosos, cubiertos de polvo y sudor, corrían de un lugar a otro, en busca de parientes y amigos; muchos parecían estar desposeído de razón.

Considerablemente las sacudidas continuaban acosando y alarmando a cortos intervalos de tiempo. La tierra nunca estuvo tranquila lo suficiente durante ese día o el siguiente, ni en realidad durante los tres que siguieron a la gran sacudida; y durante muchas horas después de la destrucción, hubo temblores, siendo muy frecuentes las colisiones aunque no severas. Muchas de estas, pero no todas, iban precedidas por un ruido retumbante y subterráneo como un trueno lejano. Algunas se podían compara con el sonido de una descarga distante de muchas piezas de artillería. Estos ruidos venían del cuadrante suroeste, y precedían la sacudida por uno o dos segundos; algunas veces, pero no a menudo, el sonido no estaba acompañado por colisión alguna.

Fue unánime la opinión de que el movimiento se producía del suroeste al noreste. Algunas paredes enteras, cuya dirección era del suroeste al noreste, fueron derribadas, los ladrillos aún mantenían su posición relativa, aunque de punta, sin esparcirse sobre el suelo. Estas paredes caían, sin excepción, hacia el noreste. Otras se esparcieron donde caían, pero aun así los bloques más grande de mampostería fueron arrojadas hacia el noreste. Las paredes que se hallaban

en dirección opuesta, noreste y suroeste, sufrieron menos daños: ninguna cayó del todo o en bloques; los fragmentos fueron sacudidos o arrancados, y algunas de las paredes estaban muy rajadas, pero otras sufrieron poco. Las casas construidas de adobe, se convirtieron en montones confusos, y los tejados cayeron en todas partes. La catedral, cuyas paredes, eran de 4 pies de espesor sostenidas por grandes [p. 351] contrafuertes y construidas de buen ladrillo y argamasa, sufrió más que los otros edificios. Adheridas a los restos de las paredes que quedaron las partes inferiores de algunos contrafuertes –las partes superiores de otros– y en cierto lugar un contrafuerte permaneció en su propio cimiento, separado por completo de la pared.

La ciudad de Concepción se levantaba sobre una planicie, un poco más alta que el nivel del río Biobío. El suelo de tierra es suelto y aluvial, Al este y al norte se encuentran colinas irregulares y pedregosas; desde su pie la tierra suelta se había rajado en todas partes por la gran convulsión quedando grandes grietas, de una pulgada a más de un pie de amplitud. Parecía como si removida por la sacudida, la tierra baja se hubiera separado de las colinas.

Las mujeres que lavaban en el río cerca de Concepción quedaron sobrecoídas por el repentino aumento del agua –desde sus tobillos hasta sus rodillas– y al mismo instante sintieron el comienzo de la convulsión. Se dijo que los perros previnieron la destrucción, huyendo antes de que ocurriese. Aunque se sabe con certeza que esto había sucedido en Talcahuano, falta la confirmación respecto a Concepción. De los nueve hombres que estaban rapando el interior de la iglesia, siete murieron y dos quedaron heridos de manera severa. Uno de estos pobres ciudadanos estuvo medio enterrado en las ruinas durante cinco días, con un cadáver tendido encima, que fue necesario destrozar para liberarlo. Una madre, que [p. 352] escapaba con sus hijos, vio a uno caer en un hueco; un muro cerca de ella se estaban tambaleando; empujó un pedazo de madera sobre el hueco, y siguió corriendo, la pared cayó, cubriendo el hueco con los bloques de mampostería; pero, al siguiente día, el niño fue sacado sin daño alguno. A otra mujer que perdió a un niño, vio que una pared alta se estaba tambaleando, corrió por su hijo, y lo sacó. Cuando cruzó la calle la pared cayó, pero ellos se salvaron; al llegar el tremendo estallido, la calle completa, que recién ella había cruzado, se llenó con parte de las ruinas de la catedral. Además de movimientos ondulatorios, verticales y horizontales, se sintieron otros circulares o de contorsión. Se notó en particular una piedra cúspide angular, que había sido dado media vuelta sin caer o dejar su base.

Las personas que cabalgaban durante la gran sacudida, se detuvieron en seco; algunas, con sus caballos, fueron arrojadas al suelo: otras se desmontaron, pero no podían pararse. Tan poco tiempo estuvo el suelo en reposo después de la gran destrucción, que entre el 20 de febrero y el 4 de marzo, se contaron más de trescientas colisiones”.

RELACIÓN DE THOMAS SUTCLIFFE,
1835¹⁷⁵

[p. 57] “En la tarde del 19 de febrero, oí un raro ruido retumbante, algo semejante a lo que sucede en el continente con los terremotos y pregunté si se había experimentado algo así en la isla, pero, habiéndoseme contestado negativamente, me imaginé se trataba de un soplo de viento que habría pasado por los agujeros de los tarugos de los toneles vacíos depositados muy cerca... En la mañana siguiente, a las once y media más o menos, encontrándome sobre los muros del castillo de Santa Bárbara en compañía del comandante y del abanderado Molina, daba instrucciones a algunos hombres que construían las barracas, cuando miré los botes nuevos, otros dos que flotaban en su abrigo y el muelle que estaba casi cubierto por el agua. El mar no había subido nunca a tanta altura desde mi llegada y por ser la hora de la marea baja, me alarmé, bajé lo más rápidamente posible y di orden de colocar inmediatamente los botes en un lugar seguro. Mientras estaba así ocupado, el mar comenzó a retroceder con mucha velocidad hasta el punto de dejar en seco la mayor parte de la bahía. Entonces ordené al tamborilero tocara alarma y se repicara la campa. Luego que llegó la gente, ordené se sacasen los botes del agua y me coloqué por detrás para animar a los hombres. Fue entonces que la tierra principió a estremecerse con violencia y el mar retrocedió con olas enormes oyéndose una explosión tremenda. Los prisioneros se atemorizaron tanto que abandonaron dos de los botes, aseguraron otro al tronco de una higuera cerca de la base del castillo. No es posible describir la consternación en que nos encontrábamos todos, y la gente gritaba al trepar a los cerros. Los soldados apenas si habían tenido tiempo necesario para salvar sus armas [p. 58] antes de que las aguas hubiesen cubierto literalmente toda la población. El mar al retirarse de nuevo se lo llevó todo, casas, árboles, ganado y muchos hombres y mujeres, quedando en pie solo el almacén, la cárcel y la iglesia. Escaparon al desastre, la techumbre de mi casa y la de las barracas de los soldados, habiéndose construido esto en un sitio alto, y porque ambos edificios se habían reparado poco antes. Por fortuna nuestras provisiones no fueron dañadas. Cuatro veces el mar alcanzó hasta la base del castillo y retrocedió. Luego que me aquieté, o mejor decir, me encontré menos preocupado, eché al agua el bote y recogí los hombres y mujeres que estaban a flote sobre palos, pero que estaban magullados malamente; dos de ellos fueron llevados encima del techo de una casucha. Perdí casi todo lo que poseía; pero, a riego de mi vida, salvé mi escritorio, un cajón con mis papeles y dos retratos de familia (el gobernador Greenhalgh de la casa Brandlesome y John Kay, Esq. De Bury, Lancashire, inventor de la lanzadera volante, etc.). Con excepción de los pocos cartuchos que tenían los soldados, los

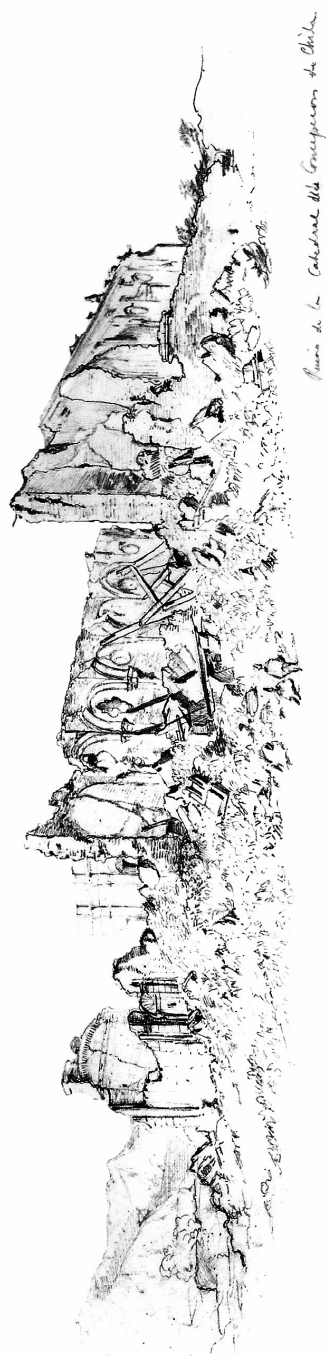
¹⁷⁵ Thomas Sutcliffe, *The Earthquake of Juan Fernandez, as it occurred in the year 1835* (Manchester, Printed at the Advertiser Office), 1839, p. 7. Aquí tomamos la traducción íntegra de esta relación publicada en Montessus de Ballore, *op. cit.*, vol. vi, pp. 57-59.

demás fueron echados a perder. Habiéndose quedado en seco y sin daños de los botes, ordené se echasen al agua de modo que se recogió mucho material en más de lo que había quedado en seco en tierra.

Poco después de la explosión, note una gran columna, algo como un surtidor de agua; se elevaba rápidamente del mar, lo que me extrañó, pues no se veía ninguna nube. Resultó que era humo que cubriendo pronto el horizonte salía de un punto llamado Punta de Bacalao, al este de la bahía. No me es posible describir con exactitud lo que sucedió, dado mi estado de ansiedad y tristeza. Se necesitaría la pluma más hábil de quien no habría tenido como lo tenía el cargo de más de 500 personas, entre las cuales 200 eran unos bandidos a quienes Dios había permitido vivir. No hay discurso adecuado para describir una escena tan terrible como asombrosa.

Lo que es difícil creer, muchos, pensando que no se trataba [p. 59] sino de pillar, pagaron su atrevimiento con sus vidas; se llevaron mis haberes con disculpa de la entrada del mar, como cómo escaparon de ahogarse, es un misterio para mí.

Estuve obligado a mantener en secreto la pérdida de las municiones aun a los soldados, en verdad con excepción de los cartuchos que poseían. Con este objeto rellené con arena dos cajones vacíos de municiones, cubriéndoles con cueros como si fuesen llenos de pólvora, porque de otra manera mi situación hubiera sido muy crítica en medio de esos presidiarios. En terreno en donde estaba ubicado el jardín y la población fueron cubiertos por la arena y sus reliquias que se encontraban por detrás. El muelle y la aguada resultaron igualmente arruinados. Puse una numerosa guardia en el castillo para salvaguardia de lo recogido y con los oficiales y tropa me acantoné en los sótanos que mis predecesores habían hecho construir para los prisioneros. Estos quedaron en libertad, habiéndose rellenado de agua su cárcel y barrido sus casuchas. Durante la noche, hasta las dos o tres se vieron con intervalos violentas erupciones que se mantuvieron despiertos a todos, temerosos de que sucediese algo peor de lo que habíamos experimentado. Desde la puesta del sol estos fenómenos habían sido precedidos por fuertes relámpagos precisamente en la dirección del punto en que había visto el humo antes mencionado. Al día siguiente, fui con un bote para sondear en lugar de donde había salido el humo, pero no hallé cambio alguno en los fondos, en consecuencia de que toda la cosa cerca de la punta Bacalao está llena de fisuras y de que en la orilla quedan las reliquias de un cráter cerca del lugar en que estalló la erupción. Había una gran cantidad de peces muertos y recogimos muchos pájaros y algunos corderos ahogados, como también varios objetos arrastrados por el mar”.



Ruinas de la catedral de Concepción por Mauricio Rugendas, 1835. Fuente: Staatliche Graphische Sammlung.

7 DE NOVIEMBRE DE 1837, VALDIVIA

INFORME ISIDORO VERGARA AL INTENDENTE DE CONCEPCIÓN,
VALDIVIA, 7 DE NOVIEMBRE DE 1837¹⁷⁶

[p. 4] “El gran terremoto que ha experimentado este pueblo en la mañana de este día, sin tocar los límites de la exageración, se puede asegurar que sea el mayor de los hasta aquí acontecidos. Principió a las 8 y 5 minutos; y terminó a las 8 y cuarto, advirtiéndome que el movimiento de la tierra en este espacio de tiempo fue tan extraordinario que con dificultad podía un hombre sostenerse en pie. Continuó en seguida hasta las 12 y tres cuartos que son actualmente, se experimentan los mismos movimientos, aunque no con igual fuerza. Las dos únicas iglesias que había en este pueblo, y todos los edificios fiscales se han arruinado completamente; y si no les han cabido igual suerte a las demás casas de esta población ha contribuido sin duda la circunstancia de ser ellas de madera, aunque por lo general han sufrido grande detrimento.

En medio de esta catástrofe, me he congratulado sin embargo al saber que no perecido una sola persona, pues las desagradables circunstancias de este aciago día me hacían esperar los peores males”.

INFORME DEL INTENDENTE DE CHILOÉ JUAN VIVES,
ANCUD, 21 DE NOVIEMBRE DE 1837¹⁷⁷

[p. 3] “El día 7 del presente a las siete y cuarto de la mañana se ha sufrido en esta provincia un terremoto, el cual a no ser la circunstancia de estar contruidos todos sus edificios de madera, hubiera sido completamente arruinada su población. El primer sacudimiento duró cinco minutos con la particularidad de haberse manifestado en su principio muy lentamente. El segundo, poco menos que el primero, y sucesivamente siguieron repitiéndose por espacio de 24 horas, con el intervalo de cuatro y ocho minutos, haciéndose aun sentir hasta la fecha con alguna frecuencia.

¹⁷⁶ *El Araucano*, Santiago, 8 de diciembre de 1837, p. 4.

¹⁷⁷ *El Araucano*, Santiago, 22 de diciembre de 1837, p. 3.

La noche antecedente al temblor se experimentó un fuerte temporal de norte y mucha lluvia, la cual duró todo el día 7, quedando siempre el tiempo achubascado en los inmediatos.

En la mar se sintió algún movimiento, pues en el espacio de media hora hizo por tres veces el flujo y reflujo con mucha rapidez pero sin pasar sus límites naturales; sin embargo en algunos puntos del archipiélago de terreno el llano salió hasta seis cuadras, pero sin causar el menor daño.

Por toda la provincia se descubren grietas hasta de dos cuadras de largo por tres cuartos de ancho, grande derrumbes de cerros e infinidad de árboles de mucho volumen arrancados de raíz. En la cordillera se me ha informado que los derrumbes han sido aun de mayor consideración.

De a isla de Quenac se me avisa haberse sentido unos ruidos extraordinarios hacia la parte de sureste.

Por los estragos que he notado en la provincia, estoy persuadido que esta catástrofe ha venido del sur.

Los daños recibidos con el referido temblor consisten únicamente en algunas casas que han caído en el interior, y algunas sementeras que han sido completamente arruinadas por la agitación y derrumbes que sufrieron de los terremotos. En esta ciudad cayó completamente la casa fiscal construida de piedra situada en la plaza, habiéndose logrado la felicidad que no pereziese ningún muchacho de más de setenta que se hallaban dentro, como local destinado a escuela de primeras letras, y por último todos los pretilos contruidos de calicanto removidos, y entre ellos los que aun servían de puntales a San Francisco.

En la isla de Quenac es donde se ha sufrido únicamente dos desgracias, la una la muerte de un individuo que con el susto del temblor se le fijó un dolor en el corazón que le hizo fallecer al tercer día, y la otra un joven de 15 años que hallándose enfermo en cama no atinaron a sacarlo en los momentos del temblor a pesar de los gritos con que lo pedía y cuando volvieron lo encontraron muerto.

Con la asta de bandera de la vigía de la Corona (punta al oeste de la bahía de Ancud) ha sucedido una cosa bien extraordinaria, pues con la fuerza del temblor se arrancó este palo tan perpendicularmente que no dejó lesión ninguna en la cavidad en que estaba colocado, la cual tenía más de tres varas de profundidad, estando sostenido en tres puntales; y fue arrojado en aquel lugar que es laderoso como a una cuadra de distancia”.

INFORME DEL INTENDENTE DE VALDIVIA ISIDORO VERGARA AL SUPREMO GOBIERNO,
VALDIVIA, 24 DE NOVIEMBRE DE 1837¹⁷⁸

[p. 3] “Hasta el día 10 del mismo mes continuaron por intervalos los temblores no cesando durante estos días la lluvia que había principado la noche del 6.

¹⁷⁸ *El Araucano*, Santiago, 12 de enero de 1838, p. 3.

La iglesia parroquial, la casa de gobierno, cuarteles y hospitales se arruinaron completamente; habiendo tenido la misma suerte dos únicas casas de murallas pertenecientes a particulares, con más de cinco de madera, sufriendo gran perjuicio el resto de la población, la que si se ha librado de los funestísimos resultados que eran consiguientes a tan terrible acontecimiento, como lo he insinuado en mi parte de aquel día, contando a más con la felicidad de que el sacristán de la Matriz aunque quedó bajo sus escombros se logró sacarle vivo sin mayor daño.

Pasados que fueron aquellos críticos momentos consideré que la medida más urgente era poner en seguro los papeles y caudales de la tesorería, y de acuerdo con la junta provincial de hacienda, dispuse que esa misma mañana se trasladasen provisoriamente a casa del ministro tesorero, por ser la única que se prestaba a propósito, para tal destino. Asimismo determiné que la compañía de artillería ocupase una de las casas de madera, de las que aún existen pertenecientes al pertenecientes al gobierno, sirviendo la otra para la intendencia; y no teniendo donde acuartelar la Compañía de Granaderos a caballo, se alquiló una casa interinamente, con el mencionado objeto. Medidas son estas, de las que no he podido de modo alguno desatenderme, aun antes de consultar al supremo gobierno, por las urgentes circunstancias que las hicieron indispensables.

Me es igualmente sensible comunicar a usted notables perjuicios que han experimentado las fortalezas de este puerto; pues siendo las principales las de Corral y Niebla, han quedado las casas de la primera enteramente inhabitables, y las segundas reducidas a escombros, bajo las cuales pereció una muchacha de doce años. Igualmente el armamento que existía en los almacenes y guarnición de esta plaza han sufrido algún detrimento; cuyos pormenores tengo el honor de dar cuenta a su excelencia por el ministerio respectivo.

Según la noticia que he recibido de los departamentos, la iglesia parroquial de Osorno y su casa de cabildo han quedado por los suelos, corriendo igual suerte las casas misiones y sus capillas respectivas, a excepción de dos o tres que no han quedado en tan mal estado por ser sus edificios de maderas.

En general el atraso de esta provincia, a consecuencia de tamaña catástrofe es la de la mayor consideración; y tanto más si se advierte a los pocos recursos con el ella cuenta. Doquiera que se extienda la vista, solo se presentan objetos que lamentar. Los caminos han quedado casi intransitables, tanto por las grandes aberturas de la tierra como por la caída de árboles enormes y derrumbes de cerros inmediatos, que presentando al viajero infinitos obstáculos retardaran la fácil comunicación.

Sin embargo, de lo expuesto yo puedo observar que ese gran movimiento de la tierra, según parecía, trajo su origen de oriente a poniente, me lisonjeaba tanto la idea de que esta Provincia fuese la unión que había experimentado en su mayor fuerza, y quizás por la mayor proximidad de algún volcán; más en este momento he recibido la desagradable noticia, aunque confuso de que en Chiloé se ha hecho sentir en igual grado que en esta, siendo por consiguiente sus efectos los mismos. Así es que el sentimiento de las desgracias de ambas Provincias, se

agregó la penosa incertidumbre en que estoy sobre la suerte que haya cabido a las demás, y principalmente a la de Santiago, en cuyos términos se servirá usted hacerlo presente a su excelencia”.

CARTA DE CLAUDIO GAY A FRANÇOISE ARAGO,
LOS ANDES, 18 DE DICIEMBRE DE 1837¹⁷⁹

[p. 21] “El 7 de noviembre a las 8 horas de la mañana, un temblor se hizo sentir en una gran parte de la República. En el norte fue bastante débil, pero en el sur, sobre todo en Valdivia y Chiloé, fue de tal manera intenso que al decir de los habitantes no puede comparársele de ninguna manera al de 1835; las personas apenas podían mantenerse en pie; la mayoría cayó. Lo que venía a aumentar más todavía su desesperación eran las fuertes y numerosas sacudidas que se sucedieron durante dos días consecutivos. Las casas de Valdivia, Osorno, San Carlos, etc., quedaron más o menos deterioradas, pero no destruidas; debieron [p. 22] su salvación a la flexibilidad de la madera de que están construidas y a su poca altura, siendo casi todas de un piso; pero las iglesias, hospitales, cuarteles, y otros edificios fiscales, edificados con piedra, quedaron enteramente derribados y destruidos.

En Chiloé este temblor fue precedido por una fuerte tempestad con abundante lluvia; el mar estuvo muy agitado, y en el espacio de media hora experimentó tres especies de flujo y reflujo con violenta rapidez. No pudo penetrar en tierra a causa de los acantilados que bordean los alrededores de San Carlos, pero en el interior, donde la playa era bastante extensa, cubrió la tierra cerca de un cuarto de legua. En la isla grande Chiloé se hallaron infinidad de grietas que alcanzaron a veces 300 pies de largo por 50 de ancho. Ahí se observaron también grandes aludes de tierra y aun de rocas que cubrieron una gran extensión de terrenos cultivados. Esos aludes fueron todavía más grandes y aún más terribles por el lado de la cordillera y precedidos de fuertes detonaciones lo que vendría en apoyo de la opinión del señor [Jean-Baptiste] Boussingault, que como usted sabe, pretende que esos ruidos son causados por grandes desmoronamientos subterráneos que sucederían en las cordilleras o en otros lugares montañosos. Sin embargo, se manifestaron con igual intensidad en varias islas del archipiélago de los Chonos y sobre todo en la de Quenac, lo que trajo consigo, en un momento, el espanto y desolación en el seno de sus pacíficos habitantes.

Pero el hecho más señalado y que pareciera probar que la fuerza ha sido perpendicular es que un gran mástil de más de 10 metros enterrado en la terraza del fuerte de San Carlos, afirmado por tres pedazos de fierro, fue de tal manera arrancado de la tierra de los contornos que no dejó ninguna desigualdad; el hoyo quedó completamente redondo y con perfecta regularidad.

¹⁷⁹ Guillermo Feliú Cruz y Carlos Stuardo (compiladores), *Correspondencia de Claudio Gay* (Santiago, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1962), pp. 21-22.

Tales son señor los detalles que hasta ahora he podido obtener acerca de este terrible fenómeno. Por lo demás, en Chile los terremotos parecen ser bastante frecuentes. Mis diarios de meteorología me indican, desde hace tres años, un número verdaderamente pavoroso, de los cuales han sido sorprendentes”.

RELACIÓN DEL PADRE LUIS MANCILLA,
1837¹⁸⁰

[p. 11] “A principios de noviembre de 1837, y estando allí, tuvo lugar el terremoto tan recordado en esta provincia por su duración y por la coincidencia de siete; pues aconteció el año 1837, el siete de noviembre a las siete de la mañana, duró siete minutos y hubo en el día siete mareas tan rápidas en su flujo y reflujo, que el pescado quedaba en seco. Todo el mes de noviembre siguió temblando, pero los remezones no eran tan fuertes como el primero en que la tierra hacia olas y nadie podía sostenerse en pie, sin embargo nadie se atrevía a vivir en sus casas por temor a ser aplastados, habitando en carpas. Muchas casas se vinieron al suelo en el primer remezón de la tierra: se abrieron grietas en ella, y se derrumbaron barrancos”.

¹⁸⁰ Luis Mansilla, *Impresiones de viaje: de Osorno a Angol, con relación a la fundación del Colegio de Castro y conventos pertenecientes a él* (Angol, Imprenta El Misionero Franciscano, 1905), p. 11.

28 DE NOVIEMBRE DE 1849, COQUIMBO

INFORME DEL SUBDELEGADO MARÍTIMO DE COQUIMBO
JUAN CABALLERO AL MINISTRO DEL INTERIOR,
COQUIMBO, 18 DE NOVIEMBRE DE 1849¹⁸¹

[p. 1] “A las 6 de la mañana de este día, se ha experimentado un movimiento de tierra sin ruido alguno que le precediese. Media hora después se puso el mar en movimiento, refluendo a alguna distancia y formando remolinos hasta quedar dos buques expuestos a tumbarse. Con una rapidez violenta se precipitó el sobre la costa, llevándose dos muelles de madera en el establecimiento de don Carlos Lambert, donde atracaban buques de gran porte, e inundando ocho hornos de fundición, de los cuales reventaron cinco que estaban cargados, causando un estruendo asombroso. Cerca de estos se encontraba una pintoresca casa de dos pisos de este señor con sus murallas de losa bien sólidas, y que no bastaron a resistir en ímpetu de las olas, que al tercer choque destruyeron la mayor parte del edificio, salvándose cómo por milagro el hijo político de Lambert, su hija y un dependiente, que se encontraba en esos momentos ocupando la parte norte de dicho edificio, y mirando a sus pies el agua se subió hasta cinco varas y tercia, arrebatándole la escala punto de comunicación.

Una bodega llena de cobre en barra evitó que la invasión del mar le arrebatase todo el edificio desde los cimientos

Caminando hacia el sur, destruyó dos murallas del edificio que sirve a la Aduana, entrando el agua hasta las bodegas y humedeciendo algunas otras piezas, por cuyo motivo ha quedado esta casas algo resentida e insegura.

Pasó el golpe del mar sobre el muelle fiscal que estropeó bastante, arrebatando una cantidad de sacos con víveres, y mojando más de quinientos que estaban amontonados sobre la plazuela.

El establecimiento de don Joaquín Edwards algo ha sufrido, porque el agua se llevó una parte del muelle y alguna cantidad de carbón de piedra.

Fuera del lugar que demarca la más alta marea, salió el mar, inundando como tres cuadras de terreno, y obstruyendo en su tránsito el canal que había acometido

¹⁸¹ *El Araucano*, Santiago, 29 de noviembre de 1849, p. 1.

el señor Lambert. Hasta este punto varó varias lanchas que se hallaban en tierra calafateándose, y a la distancia de 8 cuadras al menos.

No se tiene noticia aun de que este terremoto haya sacrificado alguna víctima, pero si se puede asegurar que corrió inminente riesgo de ahogarse el guarda que se hallaba destacado en su respectiva casucha en los muelles del susodicho Lambert.

La consternación se apoderó de este vecindario, casi no puede describirse, porque no se creían salvos ni en la cima de los cerros”.

CARTA JUAN MELGAREJO AL MINISTRO DEL INTERIOR,
LA SERENA, 29 DE NOVIEMBRE DE 1849¹⁸²

[p. 1] “El 18 del corriente a las seis y tres minutos de la mañana, se experimentó un fuerte y prolongado temblor de tierra que duró 84 segundos, el cual aunque no causó daño alguno en los edificios de esta población, sublevó el mar y lo lanzó sobre la ribera del puerto de esta ciudad, en donde hizo gravísimos males, como usted puede instruirse de ellos por el parte que acompaño.

Como este temblor no era en manera alguna parecido en fuerza y violencia al de octubre de 1847 para que hubiese sublevado el mar y causado los estragos que menciona el referido parte, no puede creerlos y los tuve por exagerados hasta que me apersoné en el puerto, y tuve que pasar por el sentimiento de persuadirme de su horrible realidad, siendo la principal víctima de ellos los edificios y hornos de fundición de don Carlos Lambert. Estos, como estaban refinando ejes y cobres al entrar el agua en ellos, reventaron, causando una explosión que se sintió en esta ciudad parecida a la descarga de una gruesa artillería.

La pérdida que ha experimentado Lambert es sus muelles de madera, en su establecimiento de fundición y en el canal que estaba abriendo, y que ha sido borrado por el mar en una extensión considerable, es incalculable, no solo por lo que ella vale en sí, sino por su trascendencia a sus demás establecimientos, que para reparar aquel, y por falta de brazos, ha tenido que paralizar estos hasta cierto punto.

Desde el 8 hasta el 21 del corriente se han experimentado diecinueve temblores, todos bajo una misma presión atmosférica, según las observaciones hechas por personas inteligentes.

Según estas observaciones la dirección del fuerte temblor de la mañana del 18, fue de suroeste a sudeste, lo que parece fuera de toda duda, si se atiende a que la sublevación del mar, según el terreno invadido, principió desde la desembocadura del río y fue creciendo en proporción hacia el puerto hasta hallarse a 18 pies de altura.

¹⁸² *El Araucano*, Santiago, 29 de noviembre de 1849, p. 1.

Se tiene conocimiento de dos salidas de mar sobre el puerto de esta ciudad, siendo la última en [1]816, que por no haber entones edificios no fue sensible.

En el departamento de Ovalle se ha sentido el temblor con tanta fuerza como aquí, según avisó el gobernador, mientras que en el de Elqui, que está al oriente de esta ciudad, casi no se ha sentido, lo que es extraño, hallándose aquel y este en una misma situación respecto de la costa”.

2 DE ABRIL DE 1851,
CASABLANCA

RELACIÓN DEL ARZOBISPO DE SANTIAGO
RAFAEL VALENTÍN VALDIVIESO,
SANTIAGO, 3 DE ABRIL DE 1851¹⁸³

[p. 636] “Ahora que todos se hallan justamente consternados a la vista de los males que ha ocasionado el recio temblor ocurrido ayer a las 6 $\frac{3}{4}$ de la mañana, nuestro deber es excitar a los fieles para que dirijan al Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, y al mismo tiempo emplear nuestro ministerio, a fin de que el Señor aleje de nosotros éste y todos los azotes que puedan sobrevenirnos”.

CARTA DE JOSEFA ARMAZA
A SU HIJO JOSÉ MARÍA MONTT,
SANTIAGO, 9 DE ABRIL DE 1851¹⁸⁴

[p. 470] “Mi querido hijo. Creo que estarás con cuidado por no saber los estragos del terremoto, pues ya sabrás las ruinas de Valparaíso, pues desde ese punto hasta aquí no ha quedado casa en pie; también las casas de las haciendas que estás por los lados de Melipilla, Renca y los alrededores de la ciudad han sufrido mucho. San Francisco y la catedral las han mandado cerrar por lo ruinosas que han quedado.

La Moneda, el Portal, las cajas y la aduna, están con muchas rasgaduras. Nuestra casa felizmente ha sufrido muy poco. Las ruinas causaron algunas muertes, y los temblores no cesan; hoy hace ocho días que principiaron.

Nosotras estábamos con mucho cuidado, hasta que llegó el vapor, por ustedes; temíamos que allá hubiera sido peor que aquí”.

¹⁸³ José Ramón Astorga (compilador), *Obras científicas y literarias del ilmo. y rmo. sr. don Rafael Valentín Valdivieso* (Santiago, Imprenta de Nuestra Señora de Lourdes, 1904), tomo III, p. 636.

¹⁸⁴ Luis Montt, *Recuerdos de familia* (Santiago, Imprenta Universitaria, 1943), p. 470.

RELACIÓN DEL HISTORIADOR BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA,
1851¹⁸⁵

[p. 445] “El 2 de abril a las 6 y 41 minutos de la mañana ocurrió en la zona especial de Santiago un verdadero terremoto que asoló por completo la población de Casablanca, y en Valparaíso y en la capital produjo daños valorizados en centenares de miles de pesos, postrándose en la última de las dos torres que adornaban la plaza y el arco vecino de la casa del coronel Urriola (que en estos precisos días se restaura) como si hubiera querido significar el destino que allí se cebaría más encarnizadamente la inminente catástrofe. Tres días después, el 5 de abril, ocurrió un violento [p. 446] temporal que duró dieciocho horas (desde las seis de la mañana a las doce de la noche) y el rayo y los truenos visitaron el quierro cielo del valle del Mapocho, con nunca visto fragor”.

¹⁸⁵ Benjamín Vicuña Mackenna, *Historia de la jornada del 20 de abril de 1851: una batalla en las calles de Santiago* (Santiago, Rafael Jover Editor, 1878), pp. 445-446.

7 DE NOVIEMBRE DE 1857

RELACIÓN DE *EL MINERO*,
COPIAPÓ, 7 DE NOVIEMBRE DE 1857¹⁸⁶

[p. 3] “A las 11 horas y 21 minutos de mañana empezó un sacudimiento lento sin hacer haber precedido ruido alguno, a los 3 segundos el movimiento crecía y la tierra temblaba con fuerza, haciendo estremecerse violentamente los edificios, árboles y las personas sentían vacilar sus pasos con la recia oscilación del suelo.

A cada segundo parecía aumentar la conmoción y los edificios desplomarse con la fuerza de la sacudida. A las calles y plazas se agolpaba la población consternada por la calamidad que afligía a la naturaleza y a los seres vivientes en el momento fue terrible. Muchas personas, mujeres especialmente, se arrodillaban implorando afligidas la misericordia del cielo. El terremoto duró en toda su fuerza hasta las 11 y 23 minutos, y gradualmente el movimiento iba calmando hasta las 11 y 24 minutos en que cesó”.

¹⁸⁶ *El Minero*, Copiapó, 7 de noviembre de 1857, p. 3.

5 DE OCTUBRE DE 1859, COPIAPÓ

CARTA DEL SUPERINTENDENTE LUIS LUBRREN
A LOS DIRECTORES DEL FERROCARRIL DE COPIAPÓ,
COPIAPÓ, 1859¹⁸⁷

[p. 75] “Debo hacer mención aquí a la espantosa catástrofe del 5 de octubre último, en cuanto tiene referencia a esta empresa, porque causó una interrupción de cuatro días en el tráfico. Hablo de gran terremoto que en menos de dos minutos destruyó innumerables casas y propiedades en esta provincia. En el camino entre Copiapó y Caldera se rasgó el suelo inmediato a los rieles por leguas enteras; todas las calzadas sufrieron un desnivel más o menos fuerte; en otros puntos desaparecieron calzadas de más de veinte pies de alto y dejando los rieles y durmientes esparcidos sobre el terreno plano. En Caldera se cayó el horno y chimenea de la fundición; el muelle sufrió un fuerte desnivel, e innumerables tapias, tanto en las estaciones como en las cercas del camino, quedaron derribadas. Menos han sufrido los edificios de la empresa que, siendo contruidos de madera y cañas, por su elasticidad, resisten mejor a los temblores”.

RELACIÓN DE HERMANN BURMEISTER,
COPIAPÓ, 1859¹⁸⁸

[p. 311] “Durante mi estadía en Copiapó, mi atención se concentró en la consideración de las consecuencias del gran terremoto que destruyó una parte de la ciudad el 5 de octubre de 1859. De personas fidedignas he recogido los informes siguientes: el terremoto comenzó a las 8 de la mañana con un fuerte movimiento ondulatorio, de resultas del cual ya se desplomaron muchas casas. Dos o tres minutos después de ese [p. 312] movimiento, se produjeron dos violentos choques seguidos, de los que el segundo fue el más intenso y echó por tierra todo lo que era susceptible de caer. Se desmoronaron todas las casas que, de acuerdo

¹⁸⁷ Comunicación reproducida en Montessus de Ballore, *op. cit.*, vol. II, p. 75.

¹⁸⁸ Hermann Burmeister, *Viaje por los Estados del Plata* (Buenos Aires, Unión Germánica en la Argentina, 1944), tomo II, pp. 311-312.

al método antiguo, estaban edificadas con gruesas paredes de tierra o barro apisonado; en cambio permanecieron en pie las construidas en forma liviana, con cañas, según el sistema mencionado anteriormente, aun cuando también a la mayoría de éstas se les produjeron grietas más o menos importantes. Después del segundo choque se sintieron de nuevo los movimientos ondulatorios que duraron, por lo menos, 5 segundos. Estos se repitieron a intervalos, debilitándose progresivamente, 68 veces durante el día hasta las 12 de la noche y en pausas de 3 a 4 horas, durante los 3 días subsiguientes, pero disminuyendo en intensidad cada vez más. Con leves alteraciones, la dirección de las ondas vibratorias era de sudoeste a nordeste; perjudicó muy poco los edificios de las calles cortas, que corren de norte a sur, en cambio fueron dañados los situados en las calles longitudinales, orientadas de este a oeste. Allí vi aún cuadras enteras de la ciudad que habían quedado reducidas a escombros. Siempre se abrían y se desplomaban las paredes para afuera, de modo que el techo caía dentro de las habitaciones. Los menos dañados fueron los edificios situados en la calle longitudinal de más al norte, por la que pasa la vía del tren; en cambio fueron muy perjudicados los de las dos calles del sur. La iglesia nueva principal sufrió poco, ni la torre de tres pisos, porque es de madera; en cambio se desplomó el altar mayor del interior de la iglesia, ejecutado en mármol blanco. La estatua de hierro de Juan Godoy, muy cercana, en el mercado, no se movió.

Fuera de la ciudad se veían evidentes señales del cataclismo. Durante los movimientos del suelo, el agua de las acequias se levantó en olas de varios pies de altura y en uno que otro sitio había salido fuera de sus canaletas, echando espuma; en el suelo se produjeron rajaduras, aun en las calles de la ciudad, las cuales quedaron abiertas, pero tan pronto fueron rellenadas, porque no eran anchas; los terraplenes del ferrocarril, en varios sitios se deshicieron como si fueran montones de arenas que se encontraran sobre una mesa sacudida repetidas veces; los rieles quedaron suspendidos en el aire. Estos terraplenes no pudieron resistir, a pesar de tener 7 a 8 años de hechos.

[p. 313] En efecto se extendió hasta muy lejos en la dirección de este a oeste, pero a poca distancia del sur a norte; en este último rumbo los movimientos no salieron del valle de Copiapó. En Caldera, su puerto, el mar retrocedió tanto de la orilla que quedó en seco el fondo a los lados del gran muelle, donde pueden atracar los vapores más grandes; cuando volvieron las olas, desbordaron, cubriendo el muelle, llegando hasta la estación del ferrocarril, pero no ocasionaron daños de consideración. En el valle cuesta arriba, quedaron a la vista muchas huellas del sismo, hasta el otro lado, al oriente, de la cordillera. En Jagüel, en el punto de salida de la cordillera del río del mismo nombre, se sintieron los remezones. Al describir el viaje por el valle cuesta abajo, he mencionado ya que San Antonio también sufrió mucho; en Juntas no se produjeron perjuicios, pero más arriba en Potrero Grande y en muchos otros lugares, se precipitaron grandes bloques de las laderas próximas al valle; Juntas quedaba al sur, fuera de la línea de choque, que parece haberse dirigido exactamente de WNW a W hacia ESE a E. Solo

ocurrieron pocos casos de muertes ocasionados por el terremoto; una anciana y algunos chicos perecieron; pero hubo muchos sustos que produjeron situaciones en parte cómicas y ridículas. Se vieron mujeres que justamente se encontraban en el baño, saltar desnudas a la calle que en las más extravagantes indumentarias, buscaban refugios en los espacios libres. No obstante, esto les tocó solo a las que se levantaban tarde, porque la primera sacudida, de las 8 de la mañana, sorprendió a la mayoría cuando se hallaba convenientemente vestida. Desde esa espantosa catástrofe, Copiapó ha sido respetada, pero la tranquilidad no durará mucho; ya se han habituado a esa idea y en parte también se han preparado a afrontar las contingencias de un nuevo desastre que pudiera ocurrir”.

13 DE AGOSTO DE 1868, ARICA

RELACIÓN ANÓNIMA,
TALCAHUANO, 14 DE AGOSTO DE 1868¹⁸⁹

[p. 49] “Escribo bajo la impresión más dolorosa. Anoche ha salido el mar de su centro, destruyendo cuanto ha encontrado a su paso.

La población entera ha sufrido perjuicios inmensos, y es muy rara la casa donde no haya penetrado el agua.

A las diez de la noche se notó el fenómeno de haberse retirado el mar como dos cuadras, lo que en opinión de las personas que presenciaron la ruina de 1835, presagiaba la próxima inundación.

En efecto, poco antes de las once de la noche pareció hincharse el mar levantándose como 3½ a 4 metros sobre el nivel anterior, y precipitándose a la playa con un ruido espantoso.

Felizmente, los habitantes de este pueblo, que saben por propia experiencia o por noticia de los que presenciaron la inundación del año 35, que no deben tener confianza en las aguas generalmente tranquilas de nuestra bahía, se apresuraron a subir a los cerros en los primeros momentos de la salida del mar, y gracias a esta previsión, no tuvimos que lamentar la pérdida de centenares de vida. Sin embargo, se sabe que han perecido ahogados cuatro individuos, y no sería extraño que hubieran algunas otras desgracias que son desconocidas aun.

Desde las doce de la noche, hasta las dos de la mañana, permaneció el mar en gran agitación, alejándose y aproximándose alternativamente; después empezó a retroceder hasta los antiguos límites.

Las bodegas han sido anegadas en su mayor parte, causando la pérdida casi total de las mercaderías y granos que contenían.

Por las calles corría el agua arrastrando muebles, mercaderías y cuanto había en las casas. Las pérdidas ascendieron a 300.000 pesos.

La angustia estaba pintada en los semblantes; los más por temor, los otros por el sentimiento de ver desaparecer bajo las olas cuanto poseían: era un cuadro desgarrador.

¹⁸⁹ Texto reproducido en Gutiérrez, *op. cit.*, pp. 49-50.

Entre otras desgracias a que no he hecho referencia, deben contarse las contusiones de más o menos gravedad que han sufrido casi todos, en los momentos de confusión para escapar. [p. 50] Las autoridades han desplegado el más laudable celo y valentía en esos tristes momentos.

Lo que más ha llamado la atención es que no ha precedido a la catástrofe, ni temblor, ni viento”.

INFORME DE L. SEÑORÉ AL INTENDENTE,
CONSTITUCIÓN, 14 DE AGOSTO DE 1868¹⁹⁰

[p. 47] “Ayer a las nueve p.m. un terrible fenómeno que la oscuridad de la noche hacía todavía más aterrador, ha atemorizado a esta población y [p. 48] puesto en inminente peligro los buques fondeados en la bahía y causado una infinidad de daños, aunque felizmente con pocas pérdidas de vidas.

A la hora dicha, en circunstancias de estar la marea bastante baja, el mar precipitó las aguas sobre las del río con gran violencia, que el vapor *Independencia*, bien amarrado a sus muertos, rompió todas las amarras y fue lanzado cuatro cuadras adelante, hasta tocar con la isla. A excepción de dos favorecidos por la situación y sus buenas amarras, el resto de los buques que había fondeados en la bahía tuvieron la mayor parte de sus cadenas rotas y cedió al ímpetu de la ola, chocando unas con las otras.

Casi todas las embarcaciones del puerto y de la ría, entre ellas unas diez cargadas de mercaderías, fueron también arrancadas de la orilla por las mismas olas, que en su retroceso arrastraron la mayor parte de ellas a la bahía, donde se perdieron.

Las mercaderías depositadas en la playa corrieron la misma suerte que las lanchas.

El flujo y reflujo del mar, cuya elevación puede calcularse en cuatro pies sobre el nivel de las altas mareas, se repitió cada media hora hasta las tres de la mañana con igual fuerza; desde entonces hasta ahora, que son las siete p. m., continua todavía pero más lento”.

INFORME DE JOSÉ STUARDO AL INTENDENTE DE LA PROVINCIA,
TOMÉ, 14 DE AGOSTO DE 1868¹⁹¹

[p. 508] “Anoche, a las nueve tres cuartos, se retiró el mar, desde la más alta área más de dos cuadras. Este acontecimiento que jamás se había [p. 509] visto, alarmó

¹⁹⁰ Carta reproducida en Gutiérrez, *op. cit.*, pp. 47-48.

¹⁹¹ Informe inserto en Aníbal Pinto, “Meteorología. Fenómeno del mar ocurrido en nuestras costas a consecuencia, según parece, del gran terremoto que destruyó Arequipa el 13 de agosto de 1868. Relaciones del este fenómeno transmitidas al Consejo de la Universidad de Chile”, en *Anales de la Universidad de Chile*, tomo XXXI (Santiago, 1868), pp. 508-509.

al vecindario a pesar que la noche era apacible. Temiendo una inundación, hice prevenir a los moradores de la rivera estuviesen listos. Como a las diez, el mar invadía la playa con oleadas bastante fuertes, y a no ser por una muralla construida al frente de la aduana, ésta habría tenido que sufrir, y el agua penetrando en los almacenes, habría destruido el edificio.

El vecindario tomó los cerros abandonando totalmente sus casas, porque el mar no cesaba de retirarse a la distancia de dos cuadras y media e invadir la playa, que si hubiese sido en la misma proporción a la que se retiraba, la inundación habría alcanzado a cubrir toda la población. La mayor parte de las casas riberañas fueron inundadas, pero como son de madera no hay pérdida alguna con este suceso.

En la bahía se vinieron a tierra algunas lanchas y botes que se han inutilizado completamente.

El mar, subiendo por el río de Collen, destruyó los manchones de un puente nuevo que se construía.

De la misma manera, subiendo el mar por el río de Bellavista, arrancó el puente del camino de Concepción y fue a quedar dos cuadras más arriba, siendo esta la causa para quedar cortado el tráfico entre este pueblo y aquella ciudad, y se hace necesario reparar inmediatamente este mal”.

CARTA ANÓNIMA,
CARRIZAL BAJO, 14 DE AGOSTO DE 1868¹⁹²

[p. 44] “Anoche a las ocho y media, y cuando menos lo pensábamos pensé yo que estábamos en San Thomas. Sin anuncio de ningún género, a esta hora principió a salir el mar lentamente hasta pasarse como cincuenta [p. 45] y tantas varas más arriba todavía de los rieles. Todos pensábamos en ser víctimas esa noche.

Los siete buques que habían, comenzaron a garrear, las lanchas a vararse, las casas contiguas a la playa a inutilizarse, la gente desesperada corriendo a los cerros y pidiendo a Dios misericordia; todo este cuadro a presencia de uno no podía son enternecer al hombre más duro, ¡ah, día fatal!

A las cinco de esta misma tarde ha salido el *Concepción*, dejando cargadas en la bahía y fondeadas siete lanchas con mercaderías. Todas perecieron; mercaderías y lanchas todo pasó por ojo. Serían las nueve y cuarto cuando ya estaba tocando en las piedras el bergantín *Delfina*; con la misma dirección venía el bergantín goleta *Veleidoso*. Todos los demás buques estaban in inminente peligro; un minuto después el *Delfina* estaba completamente destrozado, la *Veleidoso* había perdido toda su arboladura y su casco también principiaba a sufrir.

Dos barcas inglesas habían perdido su arboladura; un bergantín y una barca habían corrido la misma suerte de estos últimos.

¹⁹² Esta carta se encuentra reproducida en Gutiérrez, *op. cit.*, p. 44.

A este mismo tiempo el muelle y el pretil de la estación, como así mismo el muelle grande, eran víctimas del furor del mar.

En suma, de siete ha salvado bien parado uno; cuatro con grandes averías y dos totalmente perdidas.

Lanchas solo han salvado tres y no en muy buen estado, siendo éstas pertenecientes a don Carlos Zuleta, pues ningún otro ha salvado ninguna.

Cadáveres, solo he visto el de un inglés (del buque *Veleidoso*), pero muchos dicen que son cinco o seis.

En los edificios, las averías han sido muy ligeras; por consiguiente, ninguna apreciación se hacen de éstos, pues el pueblo ni pudo ser perjudicado por hallarse defendido por las rocas que se elevan en sus orillas”.

CARTA DEL CÓNSUL IGNACIO REY Y RIESCO
AL MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES DE CHILE,
ARICA, 15 DE AGOSTO DE 1868¹⁹³

[p. 144] “El día 13 del actual a las 5 de la tarde hubo en ésta un terremoto, que duró de 5 a 6 minutos produciendo oscilaciones que se entendían de sur a norte. Toda la población fue convertida en un montón de escombros en el momento, pues la violencia de los remezones fue grande. A las 5 y 20 minutos de la tarde principió a hincharse el mar y en un momento se extendió sobre las dos terceras partes de la población, pues la barrió desde sus cimientos. Los buques que habían fondeado en la bahía fueron destruidos todos, haciendo vuelta campana el pontón norteamericano *Fredonia* y la barca guanera peruana *Faustina Rivera*. Los vapores de guerra peruanos *América* y norteamericano *Waterree* y los mercantes barca inglesa *Chañarcillo* y el bergantín francés *Eduardo* fueron arrojados sobre la costa a más de quinientas varas de la playa, donde aún permanecen. Las tripulaciones del *Fredonia* y de la *Faustina Rivera* han perecido totalmente, salvándose el comandante del primero, pues se encontraba en tierra. De la corbeta peruana *América* han perecido como 90 hombres, entre éstos el comandante capitán de corbeta don Mariano, J. Reyes, los oficiales Demetrio Ferreyros y Herrera y el médico. Se calculan las víctimas en la bahía como en 200 hombres.

El mar barrió siete veces sobre la población y la altura de las olas se calculan en 40 pies. Hasta el momento en que pongo a usted este parte (son las doce del día) sigue temblando la tierra repitiéndose cada cuarto de hora o cada minuto [p. 145] hay remezones, habiéndose contado en la noche del 13 al 14 como 600 fuertes temblores. Tocante a las víctimas del pueblo, aunque no se sabe con exactitud, créese que no pasen de 150 víctimas los muertos aplastados por la caída de las paredes y por las inundaciones del mar. Los habitantes que se han salvado

¹⁹³ Carta inserta en *Memoria que el ministro de Estado en el Departamento de Relaciones Exteriores presenta al Congreso Nacional de 1869* (Santiago, Imprenta Nacional, 1869), pp. 144-145.

se han refugiado en los valles vecinos y en las alturas que rodean la población. Felizmente hasta ahora no han faltado víveres, pues se han obtenido de los valles vecinos y de los almacenes arruinados que el mar no destruyó completamente. Agua tampoco falta, pues los pozos de la parte alta de la población la dan muy buena. Las pérdidas sufridas en el comercio y vecindario de este puesto se calculan en 10 a 12 millones de pesos.

Hoy a las 8 de la mañana ha llegado el señor prefecto, que está dando órdenes para poner coto al saqueo escandaloso en que se ha cebado el bajo pueblo con los efectos de la aduana y almacenes particulares que el mar ha arrojado a la costa y con lo que hay existente en las tiendas destruidas solo por el terremoto. Por este señor he sabido que la línea del ferrocarril a Tacna está hundida en muchas partes y destruidos todos los puentes y destruidas las líneas como tres millas a salida de Arica, así es que no hay elementos como para trasladarse las familias a Tacna.

En Tacna hay como 60 casas destruidas, quedando casi toda la ciudad en pie; apenas hay dos o tres víctimas. Los valles de Sama y Locumba, de los cuales se tienen noticia, han sido destruidos completamente, abriéndose la tierra. La población de Locumba fue toda destruida. Aún no conocemos lo que haya sucedido en Moquegua.

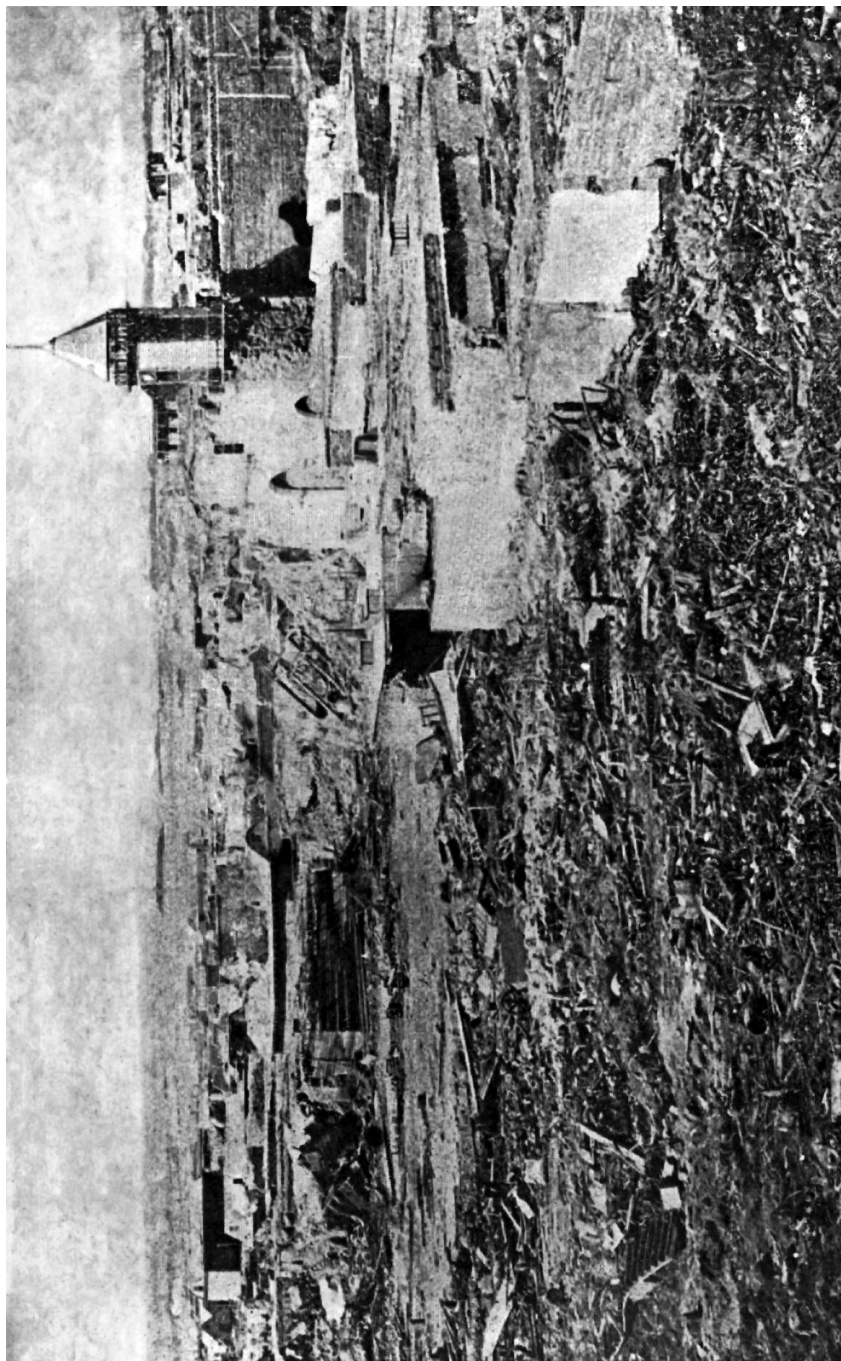
Hoy a las 8 de la mañana ha llegado a este puerto el vapor *Ecuador* procedente de Iquique e intermedios. Los efectos del terremoto e inundación del mar en Iquique, Mejillones y Pisagua han sido más funestos tocante a las víctimas, quedando sin agua para beber los sobrevivientes, a causa de la destrucción de las máquinas de destilación; y lo peor es que estos habitantes tendrán que perecer todos, pues no hay modo de mandarles agua. Tocante a desgracias en la bahía no conozco lo sucedido”.

CARTA ENVIADA A LOS EDITORES DE *EL COMERCIO DE LIMA*,
ARICA, 15 DE AGOSTO DE 1868¹⁹⁴

[p. 49] “Mí querido hermano: Te escribo esta con la impresión más fuerte que he experimentado en mi vida. Antes de ayer 13 de agosto, a las cinco se ha experimentado el terremoto más fuerte que en mi vida he visto y veré, si la providencia me concede mucha vida; porque estos casos se repiten cada siglo en esta desgraciada América.

[p. 50] Felizmente vivía en una casa hotel, todo de telar, y esta se mecía como una hamaca: corrí a unas huertas vecinas con peligro de que me cayera algo. Allí vi el espectáculo más terrible y conmovedor, todos los edificios de la ciudad caían, y en un instante la atmósfera se cubrió de polvo que no permitía ver a distancia de veinte pasos.

¹⁹⁴ Carta reproducida en Elías Pizarro, “Lo que el presente no ve: el terremoto y maremoto de Arica (1868). Fuentes para su historia”, en *Diálogo Andino*, N° 29 (Arica, 2007), pp. 49-51.



Arica luego del terremoto (iglesia de San Marcos).
Fuente: Vicente, Dagnino, El corregimiento de Arica: 1535-1784 (Arica, Imprenta La Época, 1909), entre las pp. 130-131.

El terremoto duró como cuatro minutos; pasado éste salí a la calle que es bastante ancha, y vi que todas las casas de una y otra vereda habían caído. Pensé en el mar y como autoridad que soy, me dirigí hacia la rivera y el muelle, y entonces noté que la mar había bajado considerablemente y comenzaba a llenar de la parte del sur formando remolinos en la parte del muelle. Di la voz de alarma a todas las personas que encontré, entre estas muchas conocidas y amigas. Corrimos hacia la falda del Morro y cuando no bien estaba a la altura de 30 a 40 pies, el mar invadía con tal fuerza y rapidez imponentes, arrastrando cuanto encontraba a su paso; levantando los edificios que aún quedaban en pie o inclinados por efecto del terremoto, transportándolas de un lado y otro hasta deshacerlas en su totalidad y retirándose en seguida para invadir nuevamente por cuatro o seis veces. El mar subió como 30 o 35 pies y penetró hasta la puerta de la Matriz, que está a la altura dicha. Me encontraba en el Morro, siempre subiendo y ayudando a varias familias según los ruidos horrorosos del mar, porque ya no veíamos por la oscuridad. Toda la bahía se transformó en remolinos de sur y norte y viceversa, con corrientes que pasaban de 10 millas. Los buques de guerra *América* y *Wateree*, N. A., largaron todas sus anclas, lo mismo que el pontón N, A y los mercantes, arriando toda la cadena para resistir a la corriente y remolinos, pero todo fue en vano.

En la oscuridad que comenzaba, veíamos vagar de sur y norte los buques de guerra y el pontón *Fredonia* que eran los que más afuera se hallaban, y los mercantes *Chañarcillo*, *Rosa Rivera* y *Eduardo*, comenzaban a tumbarse ya de un costado, ya de otro, por efecto de que en las resacas tocaban en el fondo y el nuevo flujo los arrojaba volteándose hasta tocarse sus palos. Se tuvo muchas esperanzas de que salvaría la *América* y el *Wateree*; principalmente la primera que se apresuraba en hacer vapor; del segundo sabíamos por sus oficiales, que su máquina estaba en compostura, pero ¿qué sucedió? que últimamente vino un flujo más fuerte que los anteriores de la parte del sur y había llevado todos los buques a tierra hacia la parte del norte llamado Chacalluta y arrojándolos como a distancia de un cuarto de milla de la rivera del mar. Solamente la *América*, toda averiada, el *Wateree* y el bergantín *Eduardo* permanecen con el casco entero, pero a la distancia que digo; los demás se han hecho pedazos que sería difícil determinar si sus restos son de un buque o de un edificio. La mañana siguiente nos presentó este espectáculo y el de las dos terceras partes de la ciudad arrasadas por la mar, como si jamás hubiese existido en aquella parte algún edificio. De 9 a 10 de la noche, comenzaron a llegar algunos oficiales de la *América* y marineros del *Wateree*, a darnos las noticias que dejó referidas, tocante a los buques. Casi una tercera parte de las tripulaciones de los buques han perecido, tanto de guerra como mercantes. De la *América*, oficiales han perecido, el comandante Reyes, teniente Herrera, alférez Ferreyros (el cojito) y el doctor. En tierra no han faltado sus víctimas; se calculan en quince o veinte; entre estas la mujer del teniente de maniobra del *Wateree* missis Jhonson.

Al amanecer del 14, el espectáculo era conmovedor; todo convertido en ruinas de los tres elementos, el mar, la tierra y el fuego porque también se declararon

dos incendios en medio de las ruinas, inmediatamente después del terremoto y en la parte que no llegó el agua. La playa desde Arica o desde el Morro hasta más allá de Chacalluta como 8 millas, está sembrado de toda clase de bultos de mercaderías, equipajes, restos de los buques, edificios, etc., etc. El pueblo desde el amanecer del 14 se entretiene en recoger lo que cree útil para sí.

Últimamente no respeta la clase de mercaderías que recoge hasta en bestias, y las va transportando a los valles vecinos. Casi nada se puede hacer con la tropa, porque habiéndose convertido el cuartel en escombros, al principio se dispersó. Hoy a las 2 horas 30 minutos ha llegado el señor prefecto con alguna fuerza de caballería. Mucho se hará para establecer el orden.

[p. 51] Las familias han emigrado al valle de Azapa casi la mayor parte; el resto permanece en la falda de los cerros. Los rieles y los puentes del ferrocarril han desaparecido hasta la distancia de 8 o 10 millas, y el resto hasta Tacna, está en muy mal estado. Esta ciudad no ha sufrido mucho: no se cuenta sino una que otra víctima y como cuarenta casas caídas. En todos los puertos del sur hasta Iquique, se ha experimentado lo mismo que en Arica. Esos puertos que no tienen más agua que la que se condensaba por las máquinas, ¿qué será de la población por la falta de este artículo y de víveres? El vaporcito *Ecuador* que llegó esta mañana, comunica estas noticias. Uno que otro buque dice haberse varado y de Iquique, haberse perdido como 100 vidas y toda la ciudad arrasada”.

CARTA DE FERNANDO LÓPEZ A VICENTE G. DE LA FUENTE,
PISAGUA, 15 DE AGOSTO DE 1868¹⁹⁵

[p. 1] “El 13 último a las cinco de la tarde se entregaba el pueblo a libaciones por el advenimiento de Balta al poder cuando un fuerte sacudón de tierra que duró como dos minutos puso a todos de pie, haciendo pensar a cada uno en su propia salvación. Las murallas de los edificios de piedra se desgajaban como hojaldres y por todas partes se levantaban nubes de polvo capaces de asustar al menos tímido. Cesó el temblor, y cuando alzábamos los ojos al cielo en señal de gracias, voces de isale el mar! volvieron a sobrecogernos; y era verdad, en menos de media hora las olas habían completado la obra principiada por el terremoto. Los pintorescos edificios que rodeaban poco antes la población habían desaparecido y con ellos el bienestar o la esperanza de honrados y laboriosos vecinos. La mayor parte de los pobladores escaparon a los cerros, pues los reyezones se sucedían y se imaginaban no tener otra salvación. Así pasaron la noche en medio de las mayores angustias y muchos sin tener más que lo puesto,

¹⁹⁵ *El Mercurio del Vapor. Revista Quincenal de Política y Comercio en español e inglés*, Valparaíso, 2 de septiembre de 1868, p. 1. Esta comunicación también se encuentra reproducida en Manuel Fernández, *Arica 1868: un tsunami y un terremoto* (Santiago, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Universidad de Tarapacá, 2007), p. 109.



Arica luego del tsunami, 1868.
Fuente: Librería del Congreso de los Estados Unidos. Imagen disponible en www.loc.gov/pictures/item/2006676645/

pues todo lo habían perdido. El aspecto que presenta la población desde ayer es espantoso. La máquina de agua había desaparecido: el muelle y casa habitación de don Pascual Soruco y Cía., lo mismo una bodega con muestras, el edificio de Devés Freres, la casa habitación de González Vélez, la casa de Martínez, la de J. Gildemeister y Cía. y una porción de otras casitas, incluidas unas piezas nuestras, las bodegas de sacos de Haysworth y Cía. Y todas estas personas salvaron con lo puesto. ¿Pero a qué tanto detalle? Baste decirte que la única casa ilesa es la nuestra y que la pérdida total no bajará de 500.000 pesos. La providencia pues nos protege, y para manifestarle mi agradecimiento no omito medio de socorrer a la gente que lo ha perdido todo: así mi casa ha sido el refugio de todos los que perdieron la suya. No faltan sus naufragios y sus víctimas. Entre los buques perdidos se cuenta el Glen Caple, en Mejillones. Entre las víctimas [en Iquique] a don G. E. Billinghamurst con toda su familia, excepto doña Jesús y una niña; el doctor Bokenham y el anciano M. Juppen. El capitán del vapor me ha dejado dos bueyes y en Iquique dejó papas y agua que es lo único de que por ahora se carece. Tarapacá y Pica, en el suelo. Estoy muerto de sueño y de fatiga: hace cuarenta y ocho horas que no pego los ojos y apenas he comido”.

CARTA DE M. DE VILLANUEVA A MANUEL GUILLERMO DE CASTRESANA,
ARICA, 16 DE AGOSTO DE 1868¹⁹⁶

[p. 362] “El 13 del presente nacimos en este pueblo los que vivimos: a las cinco de la tarde un funesto temblor trajo al suelo esta población con excepción de unos edificios como son el molino, la aduana y la estación de ferrocarril, pero en acto continuo salió el mar y arrasó con toda esta no dejando más que escombros en toda la extensión de dos cuadras al interior del pueblo; dos buques de guerra norteamericanos la corbeta de guerra *América*, y cuando buque, lancha y bote habían en esta bahía, todo vino a tierra pues las máquinas de estos buques a vapor con toda su fuerza no fue bastante para contenerse en el mar todos en tierra perdidos. Muchas víctimas apretados por los escombros o por paredes y otras ahogadas los que hemos tenido la suerte de librar estamos inutilizados como yo por ejemplo que después de elevarse el mar dos cuadras adentro de la población con infinidad de personas que estábamos en el muelle tuve la suerte de salvar; el susto, estar dos días con la ropa empapada en el cuerpo, estoy algo enfermo de las piernas, mi cama es como la de todos el suelo en la falda del Morro; y el techo el firmamento; los temblores aún siguen gracias a Dios hemos salvado el cuero aunque no tenemos una camisa que ponernos. Iquique, Pisagua y Mejillones han corrido la suerte nuestra lo mismo que el puerto de Ilo y Chala según nos dijo ayer el vapor. Me falta decirle que los establecimientos bien surtidos de

¹⁹⁶ Víctor Barriga (compilador), *Los terremotos en Arequipa: 1582-1868. Documentos de los archivos de Arequipa y de Sevilla* (Arequipa, Imprenta La Colmena, 1951), pp. 362-363.

abarrotes querido primo, terremoto, inundación del mar e incendio todo lo que el temblor ni el mar los alcanzó se incendiaron. Figúrate a un tiempo abriéndose grietas en la tierra por todas partes si uno no pediría perdón a Dios a pesar de haberlo dejado a uno sin ropa que el pellejo ni más bienes que la caridad para un plato de comida, y al fin estoy contento y en pocos días más que el ferrocarril si se llega a componer podré irme a Tacna [p. 363] a curarme que creo que es reumatismo o resfrío por la humedad aunque todo el camino de aquí a Tacna está desnivelado. El pobre Rey y Riesco ha quedado en la calle aunque librado él [y] toda su familia, su molino con todos sus edificio se los llevó el mar cuando el terremoto lo había dejado”.

CARTA DEL PREFECTO DE MOQUEGUA NICOLÁS FREIRE AL MINISTRO DE GOBIERNO,
ARICA, 16 DE AGOSTO DE 1868¹⁹⁷

[p. 359] “El 13, a las 5 horas y 2 minutos pasado meridiano, tuvo lugar un fuer-tísimo terremoto, cuya mayor fuerza, ha sido de cinco minutos. Hallábame en Tacna cuando esto sucedió. Desde entonces hasta ahora hay un ligero y conti-nuado temblor que se interrumpe cada cuarto de hora por un sacudimiento más fuerte. Ni puede imaginarse vuestra señoría, ni es posible describir con todos sus detalles, los horribles resultados de tan tremendo fenómeno. La mendicidad ha abierto sus falaces puertas para multitud de familias, y el luto ha venido también a anunciar sus desgracias.

Tacna, la capital del departamento, es la que menos comparativamente que otros pueblos. Ha perdido como unas sesenta casas, y sólo ha tenido tres heridos o contusos que a la fecha, deben haber muerto. La consternación general aumenta por la noche, a consecuencia de haberse iluminado la atmosfera. Se creyó que fuera alguna erupción volcánica del Candavare, y se aguardaba por momentos una lluvia de cenizas, como sucedió en otra época. Arica, ese importante y segundo puerto de la República no existe ya. Después del terremoto que derribó toda la población, salió el mar y concluyó de arruinar todo. Nada queda de las chacras o chimbas que había al norte del puerto. Todas las [p. 360] mercaderías de la aduana las arrebató el mar, lo mismo que las de las casas de comercio. No ha quedado una sola embarcación, pues habiendo salido el mar hasta diez cuadras fuera de su lecho casi todas ellas han sido arrojadas en pedazos a tierra firme. La corbeta *América* esta varada al norte del puerto en un punto llamado Chinchorro. Se halla a una cuadra fuera del mar. Perekieron su comandante D. Mariano Reyes, Alferez Carlos Herrera, id Demetrio Ferreyros, dr. Manuel Román y nos treinta marineros y de la guarnición. El vapor de guerra norteamericano *Wateree* está varado en el mismo lugar, pero a tres cuadras. Las baterías de San José destruidas

¹⁹⁷ Barriga, *op. cit.*, pp. 359-361.



Ruinas de la ciudad de Arica próximas al Morro, 1868. Museo Histórico Nacional.

completamente y la artillería arrastrada por el mar; no se encuentra aún en la isla del Alacrán, fue cubierta por el mar pereciendo casi toda la gente que allí se hallaba. Aún no se sabe a qué número asciende la gente muerta por el temblor y ahogada por el mar. El telégrafo no funciona, porque la oficina desapareció con la salida del mar. La estación de ferrocarril también desapareció con todas las máquinas y locomotoras.

Iquique, como casi todos los edificios de ese puerto eran de madera, el terremoto derribó algunos; pero el mar en su salida barrió o destruyó tres cuartas partes de la población. Se calcula en poco más de ciento el número de muertos. Las embarcaciones mayores poco sufrieron.

Pisagua: En este puerto menos ha seguido la misma suerte que la de Iquique. Ambos proporcionaban agua por medio de máquinas de destilación a vapor, y como todas ellas han sido destruidas carecen sus habitaciones de ella. Por el vapor de ayer se les ha mandado algunos barriles de agua, y seguiré mandándoles en adelante, así como algunos comestibles.

Mejillones: Esta caleta ha sido completamente barrida.

Moquegua: Por noticias que acabo de recibir, sé que esa importante ciudad ha sido destruida en más de la mitad de sus edificios. Todas las iglesias y edificios más notables cayeron a tierra. Las oficinas de destilación de licores completamente perdidas. Algunas personas muertas.

De otros pueblos de las provincias aún nada se sabe; pero es muy probable que hayan sufrido las consecuencias destructoras del terremoto.

Adjunto vuestra señoría algunos partes originales de los que me han pasado.

En atención a todo lo que acabo de exponer, y envista del cuadro aterrador que el pintado a vuestra señoría, comprenderá que el departamento de Moquegua [p. 361] se halla completamente en ruinas. El comercio paralizado. Muchas casas comerciales tendrán que cerrarse, indudablemente, porque tanto las mercaderías despachadas como las que estaban en almacenes fiscales han sido arrebatadas en los puertos por el mar.

Se calcula en 8.000.000 de soles las pérdidas sufridas en el puerto de Arica. Sus habitantes como los de Iquique y Pisagua moran en los cerros.

Ilo: De este puerto menor nada ha quedado. El terremoto lo derribó, y el mar concluyó toda la obra de destrucción.

Locumba. Toda la población destruida. Las vasijas de las bodegas rotas, y por consiguiente los vinos y aguardientes perdidos. Ya puede imaginarse vuestra señoría que todos o la mayor parte de los hacendados de este importante valle se han arruinado.

Los habitantes de esos puertos pronto tendrán que sufrir los rigores del hambre, pues ya no hay ocupación que darles, puesto que ni dinero tienen los que fueron propietarios para construir nuevos edificios. En tan terrible y desesperante situación, corresponde al Supremo Gobierno tender una mano protectora a los desgraciados habitantes de estos pueblos, a fin de que en pos de tan espantosa calamidad, no venga a desbaratarlos más el hambre como su sequito de crímenes.

Conviene, pues, que su excelencia el presidente de la República, de acuerdo con vuestra señoría, dicte órdenes necesarias para que venga a esta bahía uno de los buques de la Armada Nacional, cargado de víveres para auxiliar a tantos infelices, antes que el hambre los lleve al sepulcro o se entreguen a toda clase de crímenes para proporcionarse los medios de subsistencia. De aquí no se puede proporcionar el agua necesaria a los puertos del sur, porque la fuente o pozo que surtía de ella a los buques, se ha perdido con la inundación”.

INFORME DEL COMANDANTE INTERINO DE LA CORBETA *AMÉRICA* CARLOS FERREYROS
AL COMANDANTE GENERAL DE MARINA DEL PERÚ,
ARICA, 16 DE AGOSTO DE 1868¹⁹⁸

[p. 2] “A las 5 horas 15 [minutos] del 13 p. m., se sintió un fuerte terremoto y se vio ir desplomado todos los edificios de este puerto; el temblor duró 4 minutos; inmediatamente mande encender las hornillas, y como la mar estaba tranquila ordené fuese una falúa con cuatro hombres y todos los aparatos necesarios para apagar todos los incendios que se notaban en tierra y un bote por el señor comandante.

Antes que desembarcarse nuestra gente que mandé en auxilio de los de tierra, y después que comandante estaba en su guig, vino una corriente del sur tan fuerte que ambos botes eran arrastrados por ella.

Fondeé el ancla de estribor y se arriaron 60 brazas de este lado y 100 de la de babor con cual estábamos fondeados; cinco minutos duró la primera corriente, que la hice medir y era de cinco y media millas, e inundó la población; vino una segunda en sentido opuesto, es decir, del norte, y dejó la bahía casi en seco varando en su fondeadero la barca inglesa *Chañarcillo* la americana *Rosa Rivera* y todas las embarcaciones menores. Ayudados por esta corriente pudieron llegar a bordo nuestros botes y en uno de ellos el señor comandante.

Las corrientes de sur a norte se sucedían con tanta frecuencia y sus cambios eran tan rápidos que era imposible mandar embarcaciones y salvar a las muchas personas que se veían flotar sobre la palizada y que pedían auxilio.

Sin embargo del gran peligro que corría nuestra gente se mandó la chalupa a recoger unas mugres que estaban próximas; la chalupa pareció 24 horas después; sus bravos tripulantes cuyos nombres daré a usted por separado, han tenido que luchar mil veces con la muerte, y gracias a su valor y serenidad pudieron llegar a tierra trayendo a la señora cuya salvación se les había ordenado y a dos marineros del *Fredonia*, a quienes también pudieron salvar.

La *América* seguía aguantada sobre sus anclas, y los mismos oficiales ayudados por la marinería se ocupaban en trincar la artillería y alistar los masteleros de juanetes y sobre para calarlos

¹⁹⁸ Informe publicado en *El Pacífico*, Tacna, 13 de agosto de 1903, p. 2. También fue reproducido en Pizarro, *op. cit.*, pp. 51-52.

Durante los cambios de corriente perdimos todas las embarcaciones que fue imposible izarlas y salvamos al piloto del bergantín *Regalón* cuyo buque había naufragado; pudimos salvar también a un guardiamarina del *Wateree* y a varios marineros de ese buque.

Así seguíamos hasta las 6. 46 p. m., en que las corrientes aumentaban hasta nueve y media millas con la corredera y su duración era de 5 a 10 minutos; a las 7. 57 p. m., vino (según parte que me dio el teniente Freire por haberla el mismo medido); esta corriente hizo faltar nuestras dos amarras después de haber arriado toda la cadena, e inmediatamente nos fuimos sobre la playa.

Este momento fue terrible y aunque el comandante mando dar avance fue imposible que se cumpliese su orden por no tener vapor todavía y necesitarse aun 15 minutos para levantarla.

La corriente nos llevaba y no sabíamos dónde, pues se oscureció de tal modo que absolutamente nada se veía.

Cinco minutos después de estar al garete encallamos en una de las plazas de sotavento, y una de los muchos mares que pasaron sobre el buque, saco del puente al señor comandante y al alférez Herrera que estaba a su lado. Las embarcaciones fueron arrancadas de sus pescantes y ninguna se arrió debido a los esfuerzos que los oficiales hicieron para impedirlo.

Estando el buque destrozándose sobre la playa y completamente llena de agua se parte de popa, comenzó a declararse incendio en sollado y la tripulación no podía transitar por la cubierta, pues los que intentaron hacerlo o quedaban aplastados por las arboladuras que en ese momento caían o eran sacados por el mar.

En esta difícil circunstancia sin botes en que salvar y oyendo los ayes de los que espiraban y no podíamos socorrer, vino una segunda e inmensa ola que acabó de llenar de agua el buque y que fue nuestra salvación porque apagó el incendio.

Nos hallábamos en esta situación sin esperanza de salvar y pidiendo todos a Dios nos enviaran la muerte, pues que no había paciencia para sufrir tanto y ver desaparecer personas queridas, cuando secó repentinamente la mar retirándose como dos millas y dejando el buque en seco; inmediatamente todos bajamos a la playa y corriendo logramos escapar pues ya venía otra mar detrás de nosotros.

Adjunta verá usted la razón de muertos y heridos, contándose entre los primero del irreparable comandante Reyes y los excelentes oficiales y buenos compañeros, alféreces Herrera, Ferreyros y dr. Román. El vapor de guerra de los Estados Unidos *Wateree* queda cerca de una milla más a tierra que nosotros; del pontón *Fredonia* no se encuentra una tabla y los buques *Chañarcillo* (inglés) y americano *Rosa Rivera* y *Regalón* estaban también completamente perdidos. No queda un bote a flote en la bahía y de algunos de los buques no se ha salvado una sola persona.

En momentos tan apremiantes encontramos nuestra misericordia en los jefes y oficiales del *Wateree* que nos dieron alimento y nos ofrecieron cuanto necesitáramos.

Esta noble conducta es de mí deber ponerla en conocimiento de usted lo mismo que la de los doctores Dubois y Winslow, el primero de *Fredonia* y el segundo de *Wateree*; ambos con esmero y prolijidad han atendido a nuestro heridos.

En medio de tanta desgracia nos queda la satisfacción de haber presenciado el raro comportamiento de todos los subordinarlos en momentos de tanta desesperación.

Los marineros no quisieron venir a tierra a pesar de que se les ordenaba lo hicieran, hasta que auxiliaron y llevaron en hombros a todos los oficiales que estaban sumamente estropeados.

Marcha en el vapor el primer ingeniero para que haga el pedido verbal de todos los aparatos indispensables con que se debe sacarse la artillería, maquinaria y todas las cosas que se pueden utilizar. También marchan algunos de los heridos que pueden ser trasladados y prestando con la gente todos los auxilios que puedo a la población.

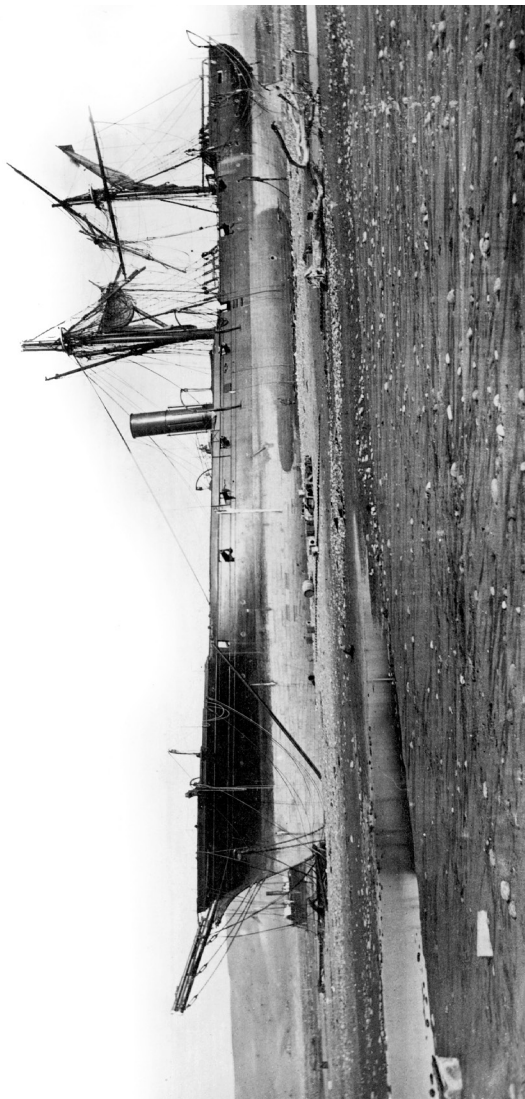
Como hasta este momento subsiste la alarma (última hora) no puedo ser más extenso ni dar a usted más detalles”.

INFORME DEL VICECÓNSUL GEORGE H. NUGENT
AL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES DE GRAN BRETAÑA,
ARICA, 16 DE AGOSTO DE 1868¹⁹⁹

[p. 176] “Milord. Aprovecho el barco correo francés para informar a su señoría del horrible desastre que ha acaecido en esta ciudad. Alrededor de las 5 de la tarde del 13 de los corrientes la tierra comenzó a sacudirse transformándose en un terrible terremoto. Apenas tuve tiempo de sacar mi familia hacia la calle cuando mi residencia se derrumbó. Digo que se derrumbó pero esa no es una expresión apropiada para describirlo. Parecía más bien que las paredes hubiesen sido lanzadas hacia afuera. Luego la tierra se abrió, en una grieta que estimo en unos diez centímetros de ancho eructando polvo acompañado de un hedor pestífero. No podía ver a mi familia que estaba a menos de un metro de distancia. Afortunadamente eso duró sólo un minuto o dos que de lo contrario habríamos sido sofocados.

Cuando regresó la claridad comenzamos nuestro éxodo desde la ciudad hacia las colinas. ¿Cómo fue que logramos atravesar por casas derrumbadas, tambaleándonos sobre el terreno como si estuviésemos ebrios, observando a personas golpeadas, otras completamente muertas, otras clamando ayuda –que no podíamos entregar– y nosotros aún incólumes? No puedo explicarlo. La providencia misericordiosa nos acompañaba.

¹⁹⁹ Documento transcrito y reproducido en Fernández, *op. cit.*, pp. 176-177.



La corbeta peruana *América* varada luego del tsunami de 1868. Fuente: Imagen disponible en <http://searcharchives.vancouver.ca/peruvian-man-of-war-america-washed-up-at-arica-south-amer-by-tidal-wave-august-1868>

[p. 177] Seguimos nuestro triste sendero cuando de improvviso un gran clamor se elevó a los cielos ¡El mar se ha retirado! Apresuré el paso y cuando apenas había llegado a las afueras de la ciudad miré hacia atrás. ¡Dios conceda a su señoría que nunca tenga que ver tal visión! Vi a todas las embarcaciones en la bahía arrastradas hacia el mar (con sus anclas y cadenas como si fuesen hilachas) probablemente a una velocidad de unos dieciséis kilómetros por hora.

En pocos minutos la gran corriente de resaca se detuvo y se elevó una poderosa ola, que estimo en unos 15 metros, que sobrevino con una velocidad espantosa llevando consigo todo lo que encontró a su paso en su terrible majestad, todas las embarcaciones que regresaban con la misma ola, algunas moviéndose en remolinos como si tratasen de eludir su destino, más todas avanzando hacia un inevitable destino fatal. Mientras tanto la ola continuó su camino, atomizó nuestro muelle y en su trayectoria arrasó con los establecimientos de la Compañía de Navegación del Pacífico (psnc), bramando aún más fuerte engulló el edificio de la aduana en el cual se habían depositado alrededor de dos millones en mercaderías, y corriendo por la misma calle arrasó con todo lo que encontró en su irresistible camino.

Los restos de mi casa, de mi propiedad, desaparecieron más rápido que el tiempo que toma un cambio de escena en una pantomima de Navidad, y así mi ruina era completa. Permanecí sin aliento mirando tan horrible escena y cada segundo duraba una vida. Mirando hacia el mar vi las embarcaciones que aún se movían hacia su fatal e inevitable destino. En pocos minutos todo había concluido.

Cada nave estaba en tierra o vuelta hacia abajo. El barco de guerra peruano *América* perdió alrededor de ochenta y cinco tripulantes. El buque de guerra de Estados Unidos *Wateree* fue transportado en su integridad sobre la cresta de la ola y aterrizó mil seiscientos metros en el interior de la tierra, pasando por encima de la vía férrea. El transporte de Estados Unidos *Fredonia* estaba dado vuelta. Todos sus tripulantes a bordo perecieron. El velero británico *Chañarcillo*, con carga plena, yacía más allá de la playa con sólo los restos de su casco. Me dicen que la mitad de su tripulación pereció pero su piloto no me entregó más detalles. Un velero norteamericano, cargado con guano, fue engullido por el agua sin dejar vestigios. El último del grupo, un bergantín peruano, fue depositado en la vía férrea, es extraño decirlo, sin la pérdida de ningún viento ni mástil.

A la lista de desastres debemos agregar el fuego, porque la parte alta de la ciudad que no fuera inundada por las aguas se incendió. Todos los elementos se declararon en nuestra contra, pero aún debo agregar a esta triste lista el pillaje, la soldadesca difícilmente controlable por sus oficiales había saqueado toda propiedad que quedaba, por pequeña que fuese. Es innecesario agregar que en el interior de mi casa la totalidad de los archivos del consulado ha desaparecido.

Considerando estos terribles eventos que he relatado a su señoría y que estoy viviendo con mi familia en las afueras de la ciudad, un mendigo, sin los elementos necesarios de supervivencia, me atrevo a solicitar a su señoría alguna ayuda en mi triste desgracia con la esperanza de que esta petición no caiga en el vacío”.



Vista general de las ruinas de la ciudad de Arica, 1868. Fuente: Imagen disponible en: <http://searcharchives.vancouver.ca/ruins-of-town-of-arica-south-america-after-earthquake-of-1868;dc>

CARTA DE DON JOSÉ ARANCIBIA A LOS SEÑORES LAFUENTE Y SOBRINOS,
IQUIQUE, 16 DE AGOSTO DE 1868²⁰⁰

[p. 1] “El 13 del corriente, jueves, a las 5 p.m. principió un pequeño remezón de tierra que duró más de dos minutos; pasados estos, principio a sacudir por tanto tiempo, que duró más de seis minutos de principio a fin y con tanta fuerza que no daba lugar a veces a sostenerse en pie, causando esta circunstancia graves daños en los edificios y despachos. ¡Pero ojalá en esto hubiese privado! Muy pronto y sobre la marcha se advirtió que el mar se estaba llenando progresivamente; la gente se alarmó con muy justa razón y disparó a los cerros.

Muy pronto se retiró el mar, que se acababa de ver lleno, dejando algunas embarcaciones en seco y luego se formó un montón de agua tan grande que vino de una oleada sobre la población, llevando y arrastrando con su ímpetu todas las casas de más valor de la población; esto es, todas las de la orilla, e internándose más de seis cuadras adentro, las dejó todas barridas, sin dejar absolutamente nada; en una palabra, se ha llevado todo lo que algo valía de la población, pues con 100.000 pesos no se hubieran pagado los jornales que se habrían necesitado para derribar lo que el mar ha hecho a lo más: las pérdidas en mi concepto, no deberán bajar de dos y medio millones de pesos. A nadie le ha dado tiempo para arrancar llevando siquiera un poco de dinero para permanecer cuatro o seis días en la pampa ni menos para poner en salvo los papeles de más valor que cada uno tiene interés en conservar.

A todas estas desgracias acompaño la de tener que lamentar una porción de víctimas; el número hasta ahora no se sabe a punto fijo, pero las calculo más o menos de 80 a 100 personas, entre ellas el doctor Bokenham, don Guillermo Billinghurst y toda su familia, con excepción de su cuñada, doña Jesús, y una niñita que del vaporcito las han tomado en un tabla; siguen don Lorenzo Rivera, don Guillermo Juppen, etc. Don Pedro Santa María ha libra con una mano quebrada, perdiendo dos dedos, siendo el juguete de las olas por más de una hora. En este estado han salvado muchos a quienes sorprendió la marejada.

Algunas embarcaciones pequeñas han venido a quedar casi al final de la población, por la parte del hospital. Por lo poco que hasta ahora he podido trazarles a la ligera y con todo el corazón dolorido en vista de tanta desgracia, pueden ustedes juzgar cuál habrá sido la desesperación general y la tribulación en que se hallaba la gente al anochecer, cuando iban subiendo el cerro para ponerse a salvo de nuevas desgracias por el estilo de las que acabamos de sufrir; ahí era precisamente el sitio en que el hombre tenía que ser muy fuerte de espíritu, a la vez que muy inestable para no conmoverse de una manera cual las circunstancias se presentaban.

²⁰⁰ *El Mercurio del Vapor. Revista Quincenal de Política y Comercio en español e inglés*, Valparaíso, 2 de septiembre de 1868, p. 1. Esta comunicación también se encuentra reproducida en Fernández, *op. cit.*, p. 109.

Todo, en una palabra era una cruel desesperación y llanto, el padre clamaba por la hija, por la esposa, por la hermana y viceversa, y éstas y los otros por los demás para juntarse y asegurarse que sus deudos estaban fuera de peligro. De aquí que el llanto continuo cuando no se encontraban tan pronto, y luego venían a sorprenderlos nuevos y continuos sacudimientos de la tierra que han seguido después para que la desesperación llegue a su colmo y a lo infinito, presentando de esta manera el cuadro más tétrico y terrible que pueda darse.

Ahora resta salvar las vidas que quedan, ponerlas a cubierto del hambre, por cuanto ha quedado la mayor parte de la población en suma indigencia, y principalmente por no haber ni dónde comprar lo suficiente que bastase a la subsistencia de tanta gente. Agua ya no hay nada: todas las máquinas corrieron la misma suerte de las casas, arrasadas, con excepción de la de Duarte que a costa de algún trabajo se logrará ponerla en aptitud de funcionar en cuatro o cinco días más. Así es que estamos expuestos a una horrible hambre si pronto no llegan algunos buques que hayan salido de esa”.

RELACIÓN DE ANÍBAL PINTO AL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE,
CONCEPCIÓN, 19 DE AGOSTO DE 1868²⁰¹

[p. 507] “En la noche del día 14 de este mes tuvo lugar en los puertos de la bahía de Talcahuano un fenómeno que, a mi juicio, merece llamar la atención de las personas competentes y que procuraré dar a usted la idea más completa y detallada que me sea posible.

A eso de las 8 horas y 5 minutos p. m., del mencionado día, principió a notarse en los puestos de la bahía de Talcahuano y en Penco, que el mar se retiraba, y se hallaba en seguida como en las más grandes mareas, haciendo el flujo y reflujo, no en el período de tiempo ordinario, sino en el tiempo de hora y media a dos horas. Después de haberse retirado mucho, 100 varas según unos, y 150 según otros, el mar [p. 508] volvió a subir, no de un modo violento sino pausadamente, y pasando los límites de las más altas mareas llegó hasta inundar en gran parte los pueblos de Talcahuano y Penco. Se retiró en seguida, y el flujo y reflujo precipitado ha continuado y continúa hasta el día en que escribo ésta, pero sin pasar del nivel del nivel de las más altas mareas, y verificándose siempre la evolución completa de llena u baja en el período de dos horas o poco menos.

La noche estaba un poco nublada, pero buena y sin viento.

El barómetro indicaba buen tiempo.

No se sintió, ni en la noche ni en el día que la precedió, ningún movimiento de tierra. El movimiento del mar tenía lugar de norte a sur, motivo por el cual los puestos de Talcahuano y Penco, fueron inundados, mientras que en el de Tomé

²⁰¹ Informe inserto en Pinto, *op. cit.* pp. 507-508.

la llena del mar no alcanzó a causar daños. En San Vicente, que está al sur de Talcahuano y muy inmediato, el mar subió poco, debido seguramente a que ese puerto está muy resguardado del norte.

En Coronel, Lota y Arauco subió también el mar, pero no hasta causar daños a los pueblos de los puertos. En Carampague tres goletas arrastraron las anclas y quedaron las anclas y quedaron varadas en la barra. Esta salida del mar no ha sido como la de febrero de 1835. Entonces, después del terremoto, el mar se retiró violentamente hasta muy adentro y volvió a subir de la misma forma. La salida del mar, que acaba de tener lugar, no ha alcanzado hasta donde llegó en el año de 1835.

A pasajeros del vapor *Valparaíso*, que salió de Valparaíso y llegó a Tomé el 14 a las 1 hora 5 minutos p. m., he oído que en la noche, a pesar de la calma que reinaba, se sentía el mar agitado”.

INFORME DEL COMANDANTE DEL *WATEREE* JAMES GILLIS
AL SECRETARIO DE ESTADO DE LA ARMADA DE LOS ESTADOS UNIDOS,
ARICA, 20 DE AGOSTO DE 1868²⁰²

[p. 220] “Su señoría. Someto a su consideración el siguiente informe detallado de las circunstancias que rodearon el naufragio de esta nave el día 13 del presente: a las 5.05 p. m., de tal día se sintió un ruido que retumbaba y que iba acompañado de una moción tremolante del buque. Ésta aumentó rápidamente su fuerza hasta el punto de indicar evidentemente que se trataba del remezón inusualmente severo causado por un terremoto, lo que me hizo salir a cubierta y, mientras estaba allí, observando la ciudad, me di cuenta que los edificios comenzaban a desplomarse y en menos de un minuto toda la ciudad no era más que una masa de ruinas sin que quedara a lo menos una casa en pie.

Di órdenes inmediatamente para que se amarrara la batería y se preparara el lanzamiento de la segunda ancla, con la cadena lista para su deslizamiento, y que las escotillas fuesen preparadas. Enseguida ordené que se preparase un bote y, puesto que no había ninguna indicación de una salida del mar, a las 5. 20 desembarqué con el doctor y el ecónomo, dando instrucciones para que nos siguiesen todos los botes lo más pronto posible, con el propósito de ofrecer toda la ayuda que se necesitase. Me encontré al capitán Doty en el molo y él me solicitó que llamásemos a todos los marineros que estuviesen disponibles para el rescate de aquellos que habían sido atrapados por las ruinas, pero ya era imposible hacer arribar los botes al molo de nuevo, puesto que se estaba produciendo en tales momentos una rápida resaca. Encontré también al comandante M. L. Johnson de nuestra nave quien me pidió ayuda para rescatar a su esposa desde las ruinas.

²⁰² James Gillis, “Detailed report of the loss of the Waterre, Arica, Peru, August 20, 1868”, in *Report of the Secretary of the Navy* (Washington, Government Printing Office, 1868), pp. 32-34. Aquí ...

Acudí con un grupo y logramos recuperar sus restos antes que el agua llegase al lugar en que ella estaba atrapada. Sin duda había fallecido instantáneamente, pero fue un consuelo para todos darle cristiana sepultura a la esposa de un oficial hermano de nuestra tripulación.

A las 5.32 el mar comenzó a alzarse rápidamente y el buque, colocado sobre una violenta corriente que se deslizaba hacia el noreste, comenzó a andar a la deriva. Inmediatamente solté la segunda ancla deslizando la cadena, lo cual produjo su equilibrio. Se destinaron cuatro marineros al timón. En tales momentos el molo fue sumergido y el mar irrumpía sobre las casas más cercanas a la playa mientras la gente corría hacia el Morro. Después de varios minutos se produjo una repentina [p. 221] resaca y el buque sufrió un balanceo hacia mar adentro mientras se maniobraba con el timón para mantener sueltas las cadenas haciéndolas deslizar libremente hasta llegar a noventa brazas a estribor y setenta y cinco a babor.

Una barca y un bergantín que estaban más cerca de la playa, con respecto al *Waterree*, quedaron en tierra; después de unos pocos minutos salió el mar nuevamente haciendo deslizar las cadenas hasta noventa y cinco brazas a babor y cien a estribor. Eran casi las 6 de la tarde. El bergantín fue impulsado hacia tierra y la barca había naufragado quedando con su cubierta en sentido vertical. El buque *Fredonia* de los Estados Unidos, la corbeta peruana *América* y la barca inglesa *Chañarcillo*, además de nuestro buque, aún se mantenían a flote.

Se produjo un reflujo y un flujo de la marea por un momento después de esto, mostrando el agua cubierta por desechos flotantes. Varios tripulantes de botes a la deriva que pasaban cerca fueron rescatados además de una lancha con ocho marineros de la barca inglesa *Chañarcillo*. Un poco antes de las seis el guardiamarina Taussig fue despachado con la primera balandra para rescatar un naufrago que estaba cerca. Entre las 6 y las 7 se produjo una elevación enorme del mar y cuando se produjo la resaca del buque fue impulsado violentamente hacia mar adentro, y luego de resistir por cerca de un minuto, las badernas de cubierta se destrozaron y las cadenas se deslizaron rápidamente de los escobenes rompiendo los compartimientos entre los casilleros y, puestos que eran contiguos, dejaron de pasar la luz a la sección inferior de la cubierta. El barco entonces comenzó a irse a la deriva rápidamente en dirección a alta mar, pasando muy cerca de la isla Alacrán, pero sin tocarla, cuando de pronto el mar comenzó de nuevo su carrera. El buque osciló violentamente y casi colisionó con la barca inglesa *Chañarcillo*; se produjo una fuerte tensión en las cadenas y aquella de estribor se rompió cerca de los escobenes, lo que hizo que el buque se fuese a la deriva hacia la playa. En esos momentos vimos la corbeta *América* que se tumbaba sobre sus costados y escuchamos los terribles lamentos y gritos que procedían de su interior. También la barca inglesa *Chañarcillo* se había tumbado sobre su costado. El cielo estaba entonces completamente cubierto. Alrededor de las 6.55 el buque se encontraba entre las olas rompientes y varias olas se abatieron contra él pero no le causaron más daños que inclinarlo hacia su costado (pero éste recuperaba su equilibrio

nuevamente), romper las protecciones de las aspas, torcer una parte de la superficie y de las abrazaderas de las aspas de estribor, atascar las mismas aspas contra los costados y llevarse los depósitos de almacenamiento de las guardia de proa y parte de las redes de las hamacas de estribor.

Los cordeles salvavidas se desplegaron a proa y popa. Un poco más tarde las cuerdas del timón se rompieron. Varias olas vinieron después de esto y, alrededor de las 7.20 el buque fue depositado en posición normal sobre un banco de arena, alrededor de cuatrocientos setenta yardas desde la línea de pleamar y doce pies por sobre encima de la misma.

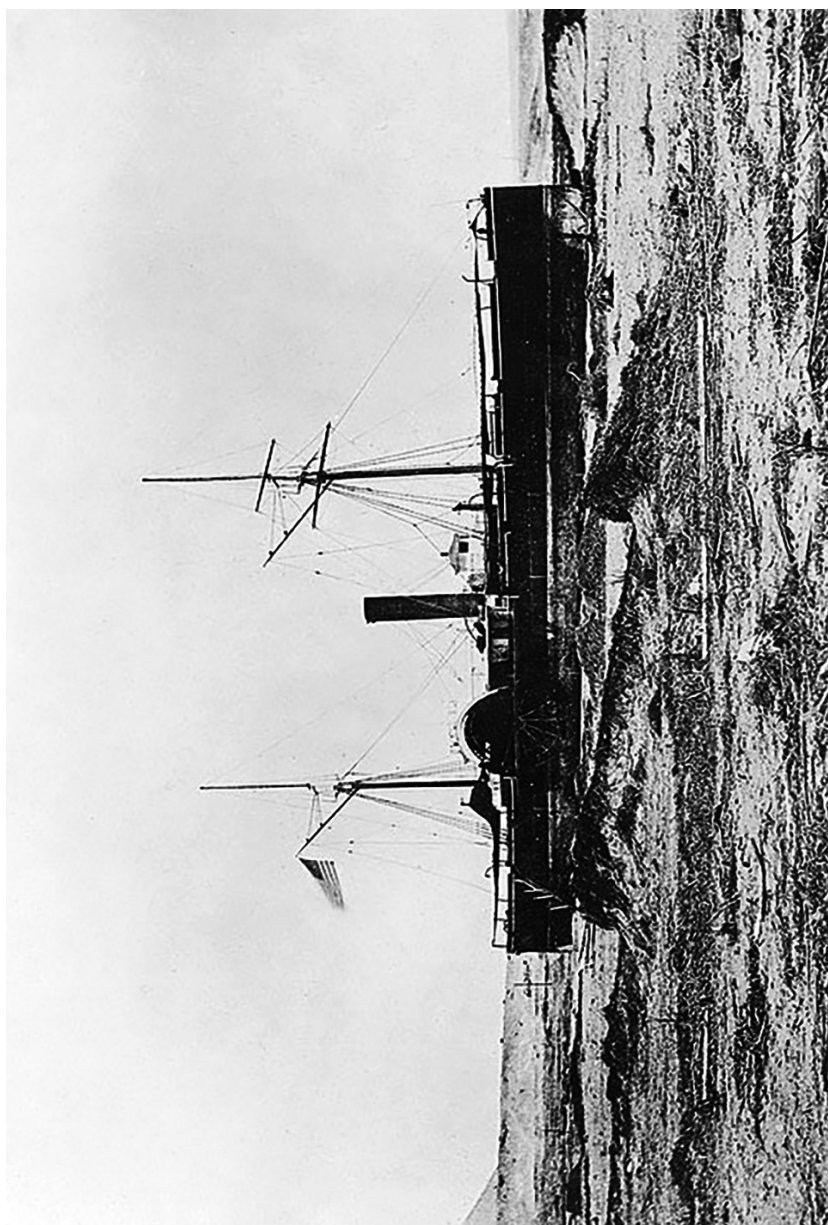
Las olas volvieron una o dos veces pero no tuvieron la altura necesaria para reflotar el buque. Cuando el buque fue llevado a tierra por primera vez, éste quedó escorado hacia el lado del mar pero finalmente fue impulsado por las olas hasta que su extremo delantero quedó mirando hacia el suroeste según la brújula, en dirección a la playa. Durante el reflujo y flujo del mar las aspas giraban suavemente agregando una leve tensión a las cadenas. Todos los botes, con excepción de las balsas, se perdieron.

[p. 222] Las bombas se hicieron funcionar frecuentemente durante esos momentos cuando se iba hacia tierra pero no se produjo ningún peligro de filtraciones. Se sintieron fuertes remezones en breves intervalos después del primer terremoto hasta la mañana siguiente. No puedo dejar de expresar mi reconocimiento por la conducta de los oficiales y marineros durante este período de prueba y es mi gran pesar no haber sido testigo directo de la conducta, pero todos expresaron el más elevado encomio del oficial ejecutivo, comandante subrogante M. S. Stuyvesant, y de parte de él mismo he recibido la confirmación de cada oficial y cada marinero cumplió fielmente con sus deberes y que en ningún momento se produjo la más mínima confusión, y cuando yo regresé al buque un poco después de las 2 a.m. todo estaba en perfecto orden, tal como era posible en tales circunstancias y que nadie podría haber supuesto que el buque hubiese pasado a través de tan terrible prueba. He procedido a registrar la altura a la cual alcanzó la parte sólida de la ola y constatamos que fue de 42 pies y 5 pulgadas y añadiendo su cresta llega a una altura de 10 a 15 pies”.

EDICTO PASTORAL DEL OBISPO DE CONCEPCIÓN JOSÉ HIPÓLITO SALAS,
CONCEPCIÓN, 1 DE SEPTIEMBRE DE 1868²⁰³

[p. 1] “Un infortunio de proporciones gigantescas ha cubierto de tristeza y de luto a una República hermana; populosas ciudades, donde ayer no más florecía la industria, el comercio y las artes, hoy presentan el doloroso espectáculo de hacinados escombros y melancólicas ruinas; pueblos a los cuales sonreía ayer

²⁰³ José Hipólito Salas, *Nos José Hipólito Salas, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, obispo de la Concepción* (Concepción, Imprenta de la Unión, 1868), pp. 1-3.



El *Waterhen* luego del tsunami de 1868. Fuente: Naval History and Heritage Command. Imagen disponible en www.history.navy.mil/our-collections/photography/numerical-list-of-images/nh-series/nh-series/NH-43000/NH-43999.html

un porvenir de prosperidad y de dicha, hoy no se cuentan en el número de los pueblos: han desaparecido de la superficie de la tierra y sepultándose en los abismos; puertos que eran el reflejo de los navegantes azotados por las tempestades del océano y el vehículo de útiles y provechosas comunicaciones, han sido arrasados y sus restos han flotado, como el débil leño, en medio de las ondas de un mar espantosamente embravecido. Nada casi ha quedado en pie en una grande extensión del litoral de esa infortunada República.

Y al contemplar ese cuadro de desolación, al ver tantas ruinas amonestadas en pocos momentos, al mirar reducidas a polvo, y en un instante, las obras de años y acaso de siglos, el corazón se oprime, y la opresión y la angustia se aumentan sin medida, cuando en esas riberas y entre los escombros de esos pueblos y ciudades se ven los más dolorosos estragos de tan terrible catástrofe, las víctimas de la muerte.

Todos esos lugares están sembrados de cadáveres, y las lágrimas de la esposa que llora la pérdida del esposo y de los tiernos hijos, que eran su consuelo y delicia; y el dolor y la pena del esposo que no encuentra a su lado a la compañera de su vida, y el llanto y los ayes de tiernas criaturas que han perdido a su padre, y huérfanas vagan por aquellos desiertos y pavorosas soledades y los pobres, los desheredados de la fortuna, lo que nada han salvado y no tienen no ocupación ni trabajo, y extenuados y macilentos por los dolores y el hambre, son presas disputadas entre la muerte y la vida, ¡oh! ¡hermanos nuestros! todo esto es un espectáculo desgarrador y profundamente triste y penoso, para que no despierte en los corazones cristianos los sentimientos de compasión por la desgracia y el infortunio, de acerba pena por la tremenda calamidad, y de llanto y duelo por los que sufren y padecen

[...] [p. 2] Más, para los pobres habitantes de los pueblos destruidos en el Perú por el terremoto del 13 de agosto el socorro es más urgente e imperioso. Por eso, en su obsequio os dirigimos estas palabras exhortando a la limosna y a la oración en favor de estas desgracias. Al efecto encargamos a los curas párrocos [p. 3] de la diócesis que promuevan entre sus feligreses colectas y erogaciones con el indicado objeto, y nos remitan a la posible brevedad lo que produjeren, para hacerlo llegar a su destino con las precauciones oportunas para que sean distribuidos”.

INFORME DEL COMANDANTE T. TURNER
AL SECRETARIO DE ESTADO DE LA ARMADA DE ESTADOS UNIDOS,
CALLAO, 3 DE SEPTIEMBRE DE 1868²⁰⁴

[p. 275] “Su señoría. El honorable secretario debe estar esperando que le entregue noticias relativas a la condición y apariencia de la ciudad de Arica, tal como la

²⁰⁴ T. Turner, “Appearance of the city of Arica, Bay of Callao, Peru, September 3, 1868”, in *Report of the Secretary of the Navy* (Washington, Government Printing Office, 1868), pp. 34-35. Aquí tomamos la traducción íntegra de esta relación publicada en Fernández, *op. cit.*, pp. 275-276.

encontré a mi arribo, producidas por el terremoto del 13 pasado, el cual asoló a una gran porción de toda esta costa.

La parte alta de la ciudad, la cual por su elevación escapó de la violencia del mar, no posee siquiera una casa o muralla que se mantenga erecta. Se encuentra transformada en una confusa masa de ruinas devastadas en cada porción, mientras que la parte baja –que comprendía fundamentalmente la mejor y más prominente construcción de edificios, incluyendo una enorme casa de aduana construida con albañilería de piedras– se puede afirmar en forma literal que ha sido arrasada completamente desde sus cimientos y pareciera que nunca hubiese existido, prestando la apariencia de desechos que hubiesen sido destrozados por la aguas de un río arrollador que arrasó con todo por la fuerza del caudal.

Los habitantes de la ciudad, desprovistos del todo, excepto la ropa que tenían puesta, se han distribuido en las laderas y cumbres que miran hacia la ciudad, refugiándose en tiendas de lona –aquellos que tuvieron la fortuna de encontrarlas– y bajo esteras hechas de material casero, sin alimentos y sin los mínimos artículos de primera necesidad, excepto aquellos que les han sido donados generosamente por la caridad y solidaridad de los extranjeros.

[p. 276] Apoyándome en la autoridad que me confiere el párrafo 158 del reglamento de la Armada, di las órdenes de ayuda a través de la distribución de amplias provisiones y vestimenta del escuadrón, la cual no solamente fue recibida con vivas demostraciones de alegría y gratitud sino que produjo una impresión profunda en las mentes y sensibilidades de la población de todo el Perú.

Tengo la satisfacción de informar al honorable secretario que tres de las naves bajo mi comando fueron las primeras entre aquellas de bandera extranjera en llegar al lugar, atendiendo a dos francesas y a un buque de guerra inglés y que los oficiales y marineros de nuestras naves en modo ejemplar competían entre ellos para prestar atención a esta sufriente comunidad, en un modo público y privado, en tal forma que han dejado un registro de honor perdurable y alta reputación como ciudadanos de un país cristiano.

Al momento de mi partida se estimaba que aún quedaban muertos bajo las ruinas, aquellos a quienes no se buscaban o que no fueron desenterrados. El pueblo agobiado por el dolor y paralogizados por el temor, parecía no tener esperanzas, fuerzas u objetivos como si se hubiesen rendido a la desesperación y a la indiferencia, perdiendo las expectativas o del deseo de reconstruir sus hogares en un ambiente que ha sido golpeado por tan horrorosa tragedia.

Espero que sea de interés para el honorable secretario, en relación con un hecho físico, recibir la información que las profundidades de Arica han sido alteradas substancialmente por esta convulsión, indicando una disminución de la profundidad desde los puntos de anclaje hacia el mar”.



Los buques de guerra *América* y *Waterae* varados a dos millas de distancia por el tsunami de 1868.
Fuente: Colección Museo Histórico Nacional.

RELACIÓN DE LUTHER BILLING,
ARICA, 1868²⁰⁵

[p. 175] “Fue 8 de agosto cuando cayó la horrenda calamidad, como una tormenta desde el cielo despejado, aplastándonos a todos en una ruina común. Me hallaba sentado en la cabina de nuestro comandante, como a las 4 de la tarde, cuando fuimos sorprendidos por un estremecimiento del buque, semejante al que se produce cuando se deja caer el ancla. Sabiendo que no podía ser eso, corrimos a cubierta. Al mirar hacia tierra, nuestra atención quedó captada inmediatamente por una gran nube de polvo que se acercaba con rapidez desde el S. E., mientras un terrible bramido crecía en intensidad; ante nuestros ojos estupefactos las colinas parecían dar cabezadas; y el suelo ondulaba como las cabrillas en un mar agitado. La nube envolvía a Arica. Y enseguida, a través de su velo impenetrable, se oyeron llamados de auxilio, el estrepito de las casas que se derrumbaron y los mil revueltos ruidos de una gran calamidad; mientras en buque se sacudía como si estuviera aferrado por una mano gigantesca. Entonces la nube se disipó.

Al irse posando el polvo poco a poco, nos frotamos los ojos y miramos una y otra vez, creyendo ser objeto de un embaucamiento. Ahí donde algunos momentos antes había una ciudad contenta y próspera, lleva de vida y actividad, no contemplábamos más que un cúmulo de fragmentadas ruinas. Apenas quedaba [p. 176] casa en pie; ninguna estaba intacta; las calles se hallaban obstruidas de despojos, entre los cuales hacían frenéticos esfuerzos los menos lesionados de los infelices que habían quedado prisioneros entre las ruinas de sus hogares; mientras rasgaban el aire quejidos, lamentos y voces de auxilio. Por sobre todo este horror, el sol brillaba sin compasión desde un cielo sin nubes; y el mar lanzaba su oleaje hacia la costa igual que antes. ¿Cuánto duró todo esto? Nadie tomó nota del tiempo. Parecía una pesadilla de la que pronto despertaríamos; pero la agonía y el sufrimiento que teníamos delante eran demasiado reales y evidentes para que fuera efecto de la imaginación. El movimiento puede haber tardado cuatro o cinco minutos en llegar a nosotros, y pasar.

Teniendo fresco el recuerdo del maremoto que siguió al terremoto de Santa Cruz y que varó en las calles una de nuestras mejores corbetas de guerra, la *Monongahela*, observamos el mar ansiosamente, por si había algo inusitado que anunciara la aparición de ese temido concomitante; pero todo estaba tan tranquilo y sereno como antes. Se lanzaron anclas adicionales, se aseguraron las escotillas, los cañones quedaron amarrados, a proa y a popa se tendieron cables salvavidas; y durante algunos momentos reinó la ordenada confusión de un buque de guerra bien disciplinado que se prepara a entrar en acción.

²⁰⁵ Luther Billing, “Some personal experiences with earthquakes”, en *The National Geographic Magazine*, vol. xxvii, N° 1 (Washington, 1915), pp. 57–71. Aquí tomamos la traducción íntegra de esta relación publicada Manuel Torres, *Varias historias de mar* (Santiago, Editorial Andrés Bello, 1988), pp. 175–180.

Al mirar de nuevo hacia tierra, vimos que los habitantes ilesos llenaban la playa y se apretujaban sobre el pequeño muelle, gritando a los de a bordo que les ayudaran a sacar a sus seres queridos de entre las ruinas y transportarlos a la aparente seguridad de los buques, que seguían tan tranquilamente anclados. No podíamos presenciar esto sin conmovernos, y se dieron órdenes de preparar a un grupo de desembarco de 40 hombres, bien equipados con palas, etc. La gran lancha de dos bancadas, con tripulación de 13 hombres, partió inmediatamente. Llegó a la costa, y desembarcó a su gente, quedando solo, como de costumbre un hombre al cuidado de la lancha. Dejamos ahora de prestar atención al grupo de desembarco, al escuchar un ruido sordo. Miramos hacia tierra y, donde apenas un momento antes era el muelle una oscura masa de seres humanos, vimos un vacío: todos habían sido barridos en un instante. En medio del estrago, la lancha con su único ocupante era arrastrada por una [p. 177] marejada irresistible hacia el escarpado frontis del Morro. El valeroso marinero trataba de dominar la corriente; pero, viendo que sus esfuerzos eran vanos y que le aguardaba una muerte segura, abandonó su inútil remo, corrió a popa al asiento del timonel, tomó la bandera del bote y la agitó como un último saludo a sus compañeros, antes de que la embarcación desapareciera para siempre entre la espuma al pie del Morro. Así perdió el *Waterre*, a uno solo de sus 235 tripulantes.

Pero nuestros problemas no hacían más que comenzar. Fuimos alarmados por un terrible ruido en tierra, como el de una tremenda descarga de fusilería, que duró varios minutos. De nuevo tembló la tierra con un movimiento de vaivén; y esta vez el mar retrocedió, dejando varado los buques, mientras que, tan lejos hacia afuera como alcanzaban nuestros ojos, veíamos el fondo rocoso, nunca antes expuesto a las miradas humanas, con peces y monstruos del abismo que se debatían en seco. Los buques de fondo redondeado quedaron tendidos de costado, mientras que el *Waterre* reposaba fácilmente sobre su fondo plano. Cuando el mar regresó, no como una ola sino como una enorme marea. Llevándose todo ante sí y haciendo rodar una y otra vez a los demás desdichados barcos, dejando a algunos quilla arriba y a otros como un montón de despojos, el *Waterre* se alzó sin dificultad sobre las aguas, sin daño alguno.

A partir de ese momento, el mar pareció burlarse de las leyes de la naturaleza. Diversas corrientes circulaban en contrarias direcciones, y nosotros éramos arrastrados de aquí para allá con una velocidad que no hubiéramos podido igualar para salvar nuestras vidas. A intervalos regulares se repetían los movimientos sísmicos, pero ninguno tan violento ni prolongado como el primero. El buque de guerra peruano *América*, el más veloz del mundo en ese tiempo, según se decía, había elevado presión rápidamente y tratado de salir a alta mar. Estaba bastante afuera cuando el retorno del agua lo dejó parcialmente a flote con la quilla rota, destruyéndole naturalmente la máquina. Mientras que sus chimeneas seguían vomitando humo negro, y al parecer enteramente controlado por sus tripulantes, el buque retrocedió hacia el desvalido *Fredonia*, que se iba en contra del Morro, como tratando de ayudarle. El teniente Dyer, comandante del *Fredonia*, vio la

maniobra y creyendo que la *América* venía en su auxilio y que la mayor aproximación serviría solo para su común destrucción, corrió a popa y le gritó, estando apenas a unas yardas de distancia: “¡Ah de la América! No pueden hacer nada por nosotros, estamos desfondados. Sálvense [p. 180] ustedes. Adiós”. Y volvió corriendo a su puesto, entre su tripulación silenciosa e impávida. Al momento siguiente el *Fredonia* quedó desecho, sin que se salvara ni uno solo de sus malaventurados tripulantes; mientras que una contracorriente cogía al buque peruano y se lo llevaba rápidamente en otra dirección.

Frente al Morro y a corta distancia de él, había un islote rocoso que sobresalía del agua unos pocos pies. Los peruanos habían excavado la roca viva para formar un fuerte, en que habían colocado cañones de 15 pulgadas y una guarnición de unos 100 hombres. Estábamos a muy corta distancia de este fuerte, y temíamos ser arrojados contra sus bordes rocosos, cuando repentinamente lo vimos perderse bajo las aguas. No podríamos decir si se hundió o si el agua lo elevó; solo supimos que se desvaneció; y cuando después de unos pocos momentos volvió a aparecer, al igual que una gran ballena, no solo había desaparecido la desdichada guarnición, sino los cañones y cureñas también. Imagínese quien pueda cómo movió el agua esas moles de hierro, que pesaban muchas toneladas y no ofrecían asidero, levantándolas de sus emplazamientos y haciéndolas caer de parapeto de ocho pies. Es un problema que nunca tendrá solución. Antes del terremoto, Arica poseía una de las mejores y más poderosas maestranzas entre el Callao y Valparaíso. Muchas de las máquinas eran muy pesadas y estaban fijadas en el concreto. Había también varias locomotoras, vagones y muchas piezas pesadas de hierro fundido. Todo desapareció; no se encontró ni un resto. Parece imposible que el mar se las haya llevado, pero ciertamente no pudieron ser encontradas en la playa.

Al empezar la conmoción habíamos echado al agua una de nuestras lanchas y la enviamos, al mando de un guardiamarina, a rescatar a varias personas que flotaban asidas a algún despojo. En este momento no había mar contraria, pero con asombro vimos que, a pesar de los esfuerzos de los tripulantes, la lancha no podía avanzar, sino que navegaba en círculos de la manera más irregular. El guardiamarina, al ver que era imposible llegar a la gente que debía salvar, trató del volver al buque. Esto tampoco fue posible; y todo terminó cuando su buque fue azotado violentamente contra el costado de la América y se rompió como una cáscara de huevo. El guardiamarina y su gente lograron trepar a bordo de ésta.

[p. 179] Cuando los últimos rayos del sol poniente caían sobre las alturas de los Andes vimos con horror como se habían abierto las tumbas donde los antiguos habían sepultado a sus muertos en la falda de la montaña, en filas concéntricas como los asientos de un anfiteatro, y que salían a la superficie las momias de los aborígenes enterrados y olvidados en el tiempo. Habían sido inhumados en posición sentada, mirando al mar. El suelo, impregnado de salitre, los había conservado muy bien; y las violentas sacudidas que desintegraban la tierra seca dejaban ahora a la vista la vieja y espantosa ciudad de los muertos.

Después de oscurecer no supimos durante algún tiempo dónde estábamos, aumentándose nuestra confusión por la falta de baliza y de las acostumbradas luces de la costa. Como a las 8:30 horas llamó desde arriba el vigía y anunció que se aproximaba una ola. Mirando mar afuera vimos una delgada línea de luz fosforescente, que subía cada vez más hasta que pareció tocar el cielo. La cresta de la ola, coronada por la luz mortecina de un resplandor fosforescente, mostraba las lóbregas masas de agua de más abajo. Anunciando por un estruendo como el de mil hojas olas combinadas, el temido maremoto se nos acercaba por fin. De todos los espantos de esos terribles momentos, este parecía ser el peor. Nosotros, inmovilizados, en la imposibilidad de huir, hechos todos los preparativos que podía sugerir el ingenio humano, solo podíamos observar cómo se acercaba la ola monstruosa, sin contar con el apoyo que uno encuentra en la acción. Nos parecía imposible que el buque sobrenadara a las masas de agua que nos iban a abrumar. No podíamos hacer más que aferrarnos a los cables salvavidas y aguardar la catástrofe inminente.

El golpe vino con estrépito y nuestro buque fue sepultado profundamente bajo una masa semilíquida de agua y arena. Por unos instantes que parecieron una eternidad estuvimos sumergidos; después, crujendo en cada uno de los maderos, el buen [p. 180] *Waterre* se empujó de nuevo a la superficie, mientras los tripulantes, faltos de aliento, seguían asidos a los cables salvavidas. Unos pocos estaban gravemente heridos, lesionados y golpeados; ninguno había muerto; ni siquiera faltaba alguno. Entonces nos pareció un milagro, y al recordarlo después de tantos años me parece doblemente un milagroso... Nuestra salvación se debió sin duda al diseño del buque. Durante un tiempo, éste fue llevado con rapidez hacia adelante. Cuando el movimiento cesó, haciendo bajar una la linterna por el costado comprobamos que estábamos en tierra, pero sin saber dónde. Algunas olas más pequeñas llegaron hasta nosotros durante un rato, pero luego terminaron. Por algún tiempo permanecimos en nuestros puestos; pero como el buque seguía estacionario y no ocurría nada nuevo, se ordenó posición de descanso, y luego que cada uno buscara su coy. Todos los que no debían montar guardia bajaron en silencio a la empapada cubierta de coyes, a dormir”.

RELACIÓN DE JUAN WILLIAMSON,
IQUIQUE, 1868²⁰⁶

[p. 7] “Aun restaba una hora de luz de ese memorable día, en la que el primer movimiento de tierra, ligero pero prolongado, avisó a los habitantes de Iquique que se aproximaba un fenómeno extraño e inesperado; y que debían buscar en las calles la seguridad personal que sus moradas les negaban. Pero el primer

²⁰⁶ Juan Williamson, *Descripción del terremoto del 13 de agosto de 1868: según acometió a Iquique* (Lima, Imprenta de El Nacional, 1869), pp. 7-8.



Restos del buque inglés *Chañarillo* luego del tsunami, 1868. Fuente: Naval History and Heritage Command. Imágen disponible en www.history.navy.mil/our-collections/photography/numerical-list-of-images/nhhc-series/nh-series/NH-00001/NH-495.html

sacudimiento se repetía con mayor intensidad, y entonces precipitaron a sentirse terrores que ningún lenguaje puede describir, y se experimentaron sensaciones de tan espantoso género, que la memoria que conserva su recuerdo puede débilmente dibujar las impresiones duraderas que han dejado [p. 8] ruinas para acabar la obra de destrucción dejada por el terremoto. Las gentes huían aterradas, en tumultuoso tropel para situarse en las eminencias y cerros, lejos de la escena. Cada cual buscaba un deudo disperso o perdido; cada uno miraba atónito a su prójimo, sin atreverse a expresar palabra sobre la suerte de sus hogares, ni menos sobre la de los ausentes.

Al empuje de las aguas levantóse una densa nube de polvo que cubría toda la población de norte a sur, exhibiendo a la mirada absorta de los que huían la forma singular de una cortina bien delineada, que a la vez imprimía la terrible idea de una providencia, inexorable en el castigo, tendía aquel oscuro manto sobre la escena de suprema agonía, mientras duraba, como en compasión a los sufrimientos, y para ocultar la operación misteriosa que su sabiduría soberana impone a las víctimas.

La obra de destrucción se había acabado con los últimos rayos del sol, cerrándose la noche sobre un campo de imponderable desgracia”.

7 DE JULIO DE 1873, VALPARAÍSO

CARTA DE CARLOS TAGLE AL MINISTRO DEL INTERIOR,
LA LIGUA, 8 DE JULIO DE 1873²⁰⁷

[p. 315] “El pueblo de la Ligua ha sido víctima de los mayores desastres ocasionados a consecuencia del espantoso temblor que tuvo lugar el día de ayer a las dos y cuarto a. m., hora en que se sintió el primero y más fuerte remezón de tierra. Felizmente hemos escapado bien con la vida, no tenemos mayores males que lamentar; pero en cambio la población ha quedado arruinada y con grandes pérdidas sufridas en el comercio. Los edificios particulares, arruinados en su mayor parte, muchos de ellos en el suelo, y los que se encuentran parados están inhabitables; hay cuadras enteras que es necesario decretar su demolición, después de oír en informe de una comisión que se nombrará para el efecto.

Los edificios públicos han sufrido considerablemente. La iglesia parroquial toda rasgada, desplomada y en parte caída, lo que es bien sensible, después de haber visto todos los sacrificios hechos por el vecindario para la construcción de este templo.

El hermoso hospital, enteramente concluido y por inaugurarse el 16 del presente, también ha sufrido perjuicios que estimo en seiscientos pesos más o menos.

La sala municipal y el despacho del gobernador, completamente desplomados y ruinosos, al extremo que creo conveniente su clausura.

El nuevo cuartel cívico y cárcel pública han recibido daños de poca consideración.

Todas las escuelas públicas del departamento, con excepción de la superior, están inhabitables y algunas reducidas a escombros.

La casas que ocupaba el juzgado de letras, en ruinas; ha sido preciso trasladarlo a una casa de horcones.

Los campos han quedado sin pirca o cierro.

Las aldeas también han sufrido las consecuencias de este desagradable suceso; algunas casas caídas y niños aplastados.

Es la 1 hora. 25 m. p. m. y sigue temblando con fuerza

La gente se encuentra acampada en la plaza”.

²⁰⁷ Carta reproducida en José Ignacio Vergara, “Apuntes sobre el temblor del 7 de julio de 1873 en Santiago de Chile”, en *Anales de la Universidad de Chile*, tomo XLVI (Santiago, 1874), p. 315.

CARTA DE S. LEÓN AL MINISTRO DEL INTERIOR,
PETORCA, 9 DE JULIO DE 1873²⁰⁸

[p. 316] “El temblor del anteayer, a las 2 horas 30 minutos de la mañana, ha hecho grandes estrangos en esta ciudad. Las murallas de la iglesia parroquial se han rasgado en varias partes, la enmaderación también ha sufrido algo, y el tejado en su totalidad en mal estado.

La cárcel, cuartel cívico, recova, matadero público y escuela superior de hombres, han sufrido más o menos como la iglesia y aún más algunos de estos edificios, porque han quedado las murallas muy ruinosas.

Edificios particulares vinieron varios al suelo, y en general en todos los techos, sin excepción alguna, han corrido las tejas hasta quedar los montones de escombros en las veredas de las calles.

Muerte no ha ocurrido ninguna; pero así muchos contusos con piernas y brazos quebrados.

Desde la noche del temblor hasta la fecha se han sentido no menos de treinta remezones más pequeños; el vecindario no duerme desde entonces.

En las poblaciones de Hierro Viejo y Chinloco, los estragos han sido menos que en ésta; pero sin embargo, casi no ha quedado pirca ni tapia en pie.

De las demás subdelegaciones aun no tengo noticias que comunicar a usted”.

CARTA DE MANUEL MONTT A VENANCIO SILVA,
SANTIAGO, 9 DE JULIO DE 1873²⁰⁹

[p. 1] “Mi apreciado amigo. Las noticias que se acaban de publicar acerca de los efectos del temblor en la Ligua me tienen con inquietud respecto a ti. Pensé al principio que los primeros anuncios fueron exagerados; pero veo que se confirman con pormenores que dan a conocer que el temblor ha sido más fuerte en esa que en cualquier otra parte de que hasta ahora se tenga noticias. No dejes pues de escribirme cuanto antes puedas si tu o tú familia han sufrido algo [...] Aquí afortunadamente el temblor, a pesar de haber fuerte y muy prolongado, no ha ocasionado ningún mal”.

CARTA DE FRANCISCO VIDAL GORMAZ A JOSÉ IGNACIO VERGARA,
SANTIAGO, 25 DE JULIO DE 1873²¹⁰

[p. 322] “En principio el fenómeno tuvo lugar a las 2 horas y 24 minutos a. m., según el reloj del hotel Colón, que supongo debía estar regularmente arreglado

²⁰⁸ Carta reproducida en Vergara, *op. cit.*, p. 316.

²⁰⁹ Biblioteca Nacional, Sala Medina, Archivos Documentales, caja 30, vol. 124, documento 56.

²¹⁰ Carta transcrita y publicada en Vergara, *op. cit.*, pp. 322-323.

al tiempo medio del lugar. Cuando yo miré el reloj eran las 2 horas y 25 minutos, pero la fuerza del movimiento no había terminado aún.

El temblor, para mí, comenzó sin ruido alguno precursor y se hizo sentir de una manera vertical y muy bruscamente. Quince o veinte segundos después del movimiento de se tornó en oscilatorio de norte a sur próximamente y con fuerza terrible. Con algunos segundos más de duración, Valparaíso habría quedado convertido en ruinas.

Las causas que me inducen a sospechar que el movimiento oscilatorio fue de norte a sur o próximo a este rumbo son las siguientes: al abandonar mi cuarto del tercer piso del hotel sufrí gran retardo por hallarme desorientado, y de igual manera por la dificultad de abrir la puerta que se cargaba y descargaba alternativamente, con suma rapidez. Durante este lapso de tiempo, que duró unos pocos segundos, el movimiento era vertical; más al salir del pasillo de comunicación que corre de este a oeste, más o menos, hube de darme algunos estrellones entre las paredes, con motivo de que el movimiento se había tornado en lateral.

La duración del temblor fue de más de un minuto y tal vez de 70 segundo; más el terreno quedó oscilando suavemente por muchas horas, de una manera bien perceptible, fenómeno que pude observar con motivo de no haber vuelo a abandonar mi alojamiento hasta después de las seis de la mañana. Pequeños ruidos subterráneos se dejaron sentir después y ligeros sacudones de tierra, con tres o cuatro que fueron de alguna intensidad, y que tuvieron lugar con una y media a dos horas de intervalo.

Al amanecer salí a recorrer el puerto y en la tarde el Almendra, pudiendo notar que la estatua de Cochrane había dado un pequeño paso hacia atrás o al norte, y no menor de cinco centímetros. En la plaza de la Victoria la hermosa pila de rulo que adorna aquella localidad, había votado hacia el sureste el jarrón que la corona y que parece destinado para que reciba el agua del tiempo. Sin embargo, en las casas y almacenes, los objetos derribados miraban ordinariamente hacia el norte o próximo a este rumbo, manifestando así que el primer impulso lateral del temblor había venido de aquella parte; pues es bien demostrado que todo golpe dado por la base hasta un objeto tiende a derribarlo por el lado que [p. 323] se le hiere, e igual cosa ocurre al descender de un vehículo en movimiento. Todo esto y la opinión general en Valparaíso, aseguran que el referido movimiento tuvo lugar primeramente en el sentido que he dicho.

Algunos capitanes de los buques surtos en la rada aseguran haber notado un reflejo rojizo en la atmósfera. Esta se encontraba un tanto entoldada, como dicen los marinos, esto es, cubierta de cúmulos poco densos y elevados, algo desparramados, fenómeno que nada predice a no ser un estado de transición del tiempo y calma completa en la región inferior de la atmósfera.

Por lo que hace al resplandor que se pretende haber observado, creo que solo habrá sido una ilusión. El despertar sorprendidos por el inusitado movimiento y ver el cielo iluminado por los rayos de la luna que debía encontrarse cerca de su ocaso, en circunstancias que solo le faltaban dos días y medio para

su lleno, me hace creer, como he manifestado, que solo ha sido una ilusión y no un fenómeno real.

La tarde del día 6 había sido, como de ordinario se dice, algo pesadas y a muchas personas les oí durante el viaje, que experimentaban algo raro en sus naturalezas. Por mi parte creo haber sufrido lo mismo, no obstante la agradable sensación que esperaba al abandonar la atmósfera de Santiago, aspirando la de la marina. Le citó esto sin comentario alguno, advirtiéndole que en aneroide del hotel Colón marcaba la presión de 767 milímetros. 5 estando colocado cerca de nueve metros sobre el nivel del mar. Hice esta lectura cuatro horas después del temblor, porque en el primer momento desconocía su existencia.

El mar, que se hallaba enteramente tranquilo, no experimentó movimiento alguno y permaneció en completa calma durante todo el día 7, contra las previsiones de los timoratos que esperaban verlo salir de sus límites e inundar la ciudad; temor ordinariamente infundado y que cuando ocurre comienza por prevenirlo por medio de un retroceso, algunos minutos después del temblor.

La corbeta de la república *O'Higgins*, hallándome de viaje en Mejillones para Valparaíso, se encontraba como a cien millas al occidente de este último puerto. La duración del temblor fue de cuarenta segundos para el citado buque, y la dirección del movimiento la creyeron de este a oeste. Las personas con quienes hablé al arribo de la *O'Higgins*, calificaron el temblor como un poco mayor de los movimientos comunes, lo que me induce a creer que el foco del movimiento del 7 ha tenido su asiento en el continente.

Hubo en Valparaíso algunas personas que sospechaban que hubiese tenido lugar una erupción del volcán Yungue en Juan Fernández; más este volcán, mucho tiempo apagado, no ha dado signos de ignición desde la noche del 20 de febrero de 1744, que lo vio arrojar llamas don Antonio de Ulloa. En cuanto a mí, aunque nada sabemos de Juan Fernández, me inclino a creer que no debemos ir a buscar a esa isla la causa del fuerte temblor del 7, cualquiera sea la teoría que aceptamos como el origen de los movimientos de tierra”.

RELACIÓN DE JOSÉ IGNACIO VERGARA,
1873²¹¹

[p. 313] “En la noche del 6 al 7 de julio último, a las 2 horas 26 minutos 20 segundos de la mañana, nuestra populosa capital fue instantánea y bruscamente despertada por un temblor de tierra cuya intensidad, muy superior a la de los que la visitan con frecuencia, alarmó de tal modo a sus vecinos, que, muchos de ellos, esperaron a cielo cubierto la vuelta del sol.

En la misma mañana, tan luego como principió el servicio de los telégrafos, se supo en Santiago que este fenómeno se había hecho sentir también, y con

²¹¹ Vergara, *op. cit.*, pp. 313-314.

mayor fuerza, en Valparaíso, Quillota, San Felipe y otros puntos, y que había interrumpido en muchas partes las líneas telegráficas, particularmente las del norte, impidiendo así las comunicaciones con un gran número de las ciudades de la República, y privándonos de recibir inmediatas sobre los efectos que el temblor había producido en ellas.

Restablecida, al día siguiente, aunque de un modo incompleto, la comunicación telegráfica desde Copiapó hasta Lota, pudimos saber que el sacudimiento se hizo sentir aún más allá de estos límites y en todos los puntos intermedios con más o menos intensidad, [p. 314] y en algunas ciudades de las provincias de Aconcagua y de Valparaíso, había producido considerables estragos”.

9 DE MAYO DE 1877, IQUIQUE

INFORME DEL PREFECTO DE TARAPACÁ AL DIRECTOR DE GOBIERNO,
IQUIQUE, 10 DE MAYO DE 1877²¹²

[f. 79] Tengo el sentimiento de participar a vuestra señoría para que haga llegar a conocimiento del señor ministro y de señor presidente, que anoche a las 8 y 15 minutos un terremoto espantoso ha reducido a la nada grandes fortunas e intereses valiosísimos, sembrando el terror y la desolación por todas partes. Como las circunstancias afflictivas en que todos nos encontrábamos, sufriendo las consecuencias de una catástrofe que deja en los ánimos dolorosas impresiones, no me permiten entrar en detalles particulares, creo conveniente referir los hechos a la ligera, reservándole, con mejor conocimiento, ampliarlo más tarde.

El terremoto tuvo lugar a la hora que dejo indicada y su duración se calcula en más de dos minutos. Según opinión de los que sufrieron el del 13 de agosto del 68, el de anoche fue más prolongado aunque no tan recio que el anterior.

Es indescriptible, señor director, el pánico que se apoderó de todas las clases sociales. No podía temerse los daños del derrumbamiento de los edificios, porque aquí todos, o casi todos, son de madera pero lo que hacía más aterradora la situación, era la idea de que el mar pudiera salir de su lecho y desarrollarse algún incendio.

Por desgracia, ambas calamidades no se hicieron esperar. El derribamiento de los andamios de los despachos arrastraron en su caída las lámparas de parafina, tenían inevitablemente que producir una conflagración. En efecto, se presentó un incendio en una pulpería distante como siete cuadras del mar, al cual dieron una actividad que supera todo [ilegible] la compañía de bomberos.

Como el lugar en que el siniestro se presentó no permitía funcionar y dar a las bombas, se situaron [ilegible], a vapor, en la playa, para darles agua a las demás mangueras. Todo trabajo fue infructuoso, pues, recogiendo el mar y precipitándose después sobre la bahía, ocultó las dos bombas. Germania y Ausonia en su cerro.

Los trabajos [f. 80] de los bomberos se concretaron [ilegible] a aislar el fuego, a cuya medida se presentaba la situación del establecimiento incendiado. Merced al tesón y actividad de todos, bomberos y pueblo, quedó extinguido el fuego y

²¹² Archivo Nacional Histórico, Fondo Intendencia de Tarapacá, vol. 56, foja 79.

alejarse, de pronto, ese destructor elemento. Por fortuna para esta población se extinguieron en su origen varias tentativas de incendio en distintas direcciones. Mientras tanto el mar comenzaba su obra devastadora”.

CARTA ANÓNIMA,
IQUIQUE, 10 DE MAYO DE 1877²¹³

[p. 468] “Eran las 8 horas 16 minutos p. m. El terremoto principio por un ruido sordo y prolongado, al que se unió un fuerte remezón que fue en aumento, hasta producir un sacudimiento tan recio que era imposible tenerse en pie.

Se calcula que duraría 2 minutos, más que menos. Fue de más duración que el del 13 de agosto de 1868, pero no tan recio como éste.

En el momento, el terror se apoderó de todos los ánimos, haciéndose más espantoso por los gritos de isocorro! incendio! ¡el mar se sale! que daban mujeres, hombres y niños.

Es indescriptible lo que pasó en ese momento en que se sentían crujir los edificios, bambolear desde su base lámparas, vidrios y botellas y cuantos objetos de cristal había en el interior de las casas.

Todos no atinaron a salvarse, abandonando cuanto tenían y dejando abiertas sus puertas.

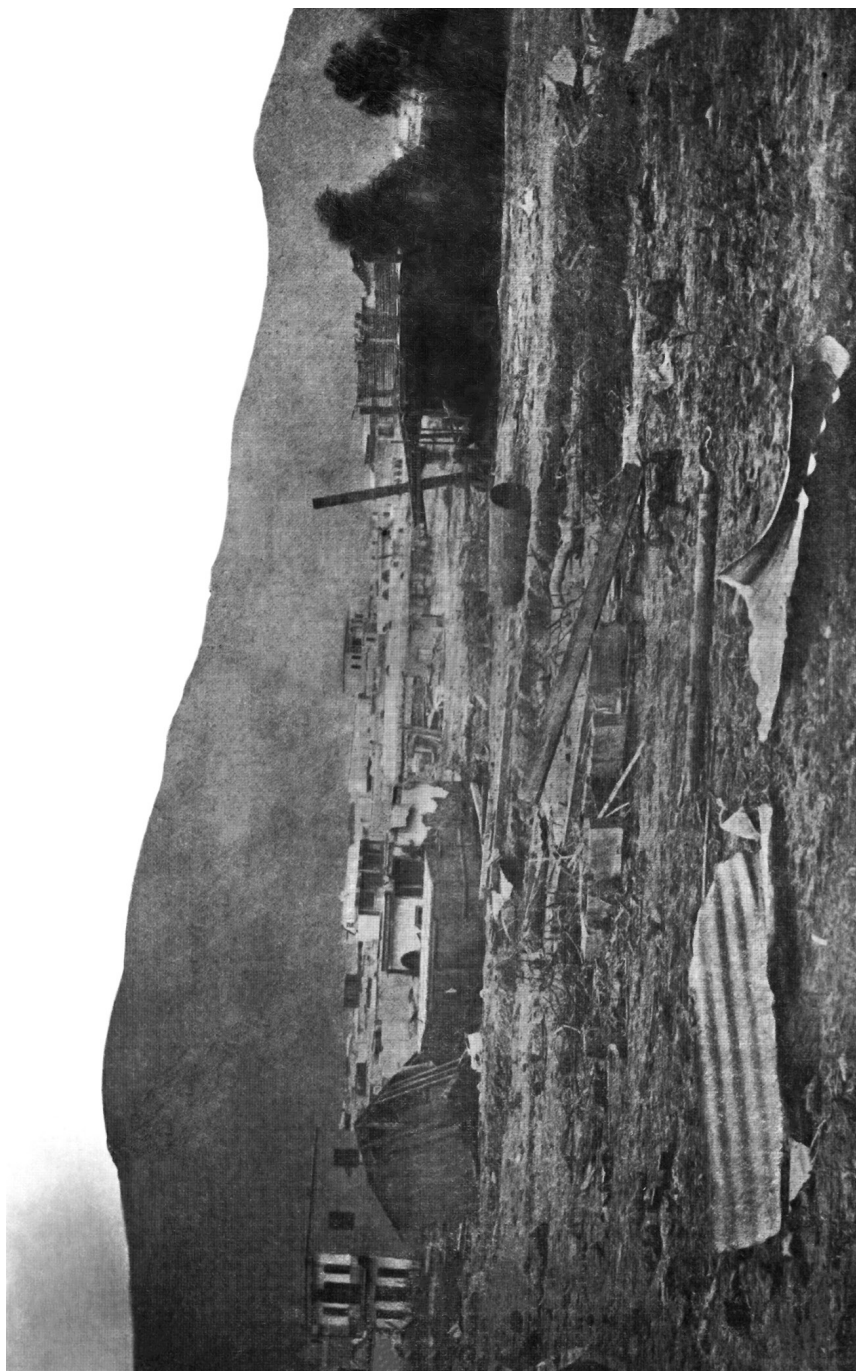
Aun se remecía la tierra al compás de un ruido subterráneo espantoso, cuando se oyeron en los cuatro ángulos de la ciudad las voces de ¡fuego! incendio!...

No podemos expresar lo que todos y nosotros sentimos, al hallarnos bajo la presión de dos calamidades que parecían disputarse la primicia; el fuego y el mar. No sabíamos si abandonarlo todo para salvarnos del mar o del fuego.

El fuego principió a 7 cuadras del mar y dos de las bombas hubieron de situarse en la playa para dar agua a las demás; pero al comenzar la operación se lanzó el grito de ¡el mar! El mar se tragó las dos bombas y sus abnegados bomberos tuvieron que huir para poner en salvo sus vidas; pues una inmensa ola que invadía la costa arrastraba con cuanto encontraba en su camino. [p. 469] El cuadro que ofrecía la ciudad y sus moradores no tienen cómo pintarse ni nuestra pluma puede hacerlo.

Ver las calles llenas de hombres, mujeres, niños y ancianos que gritan, lloran, invocan a la providencia y llamando, quién a su esposa, quién a sus hijos, quién a sus padres, no puede nunca explicar el pobre lenguaje humano. La población se acampó desde la casa denominada Gibraltar, del señor Romero, hasta la distancia de dos leguas de este puerto, en las faldas de los cerros. Solo el terror puede haber empujado a tantos a atravesar la pampa arenosa y fría y las laderas roqueñas. Los

²¹³ Carta reproducida en Francisco Vidal Gormaz, “Algunos datos relativos al terremoto del 9 de mayo de 1877, y a las agitaciones del mar y de los otros fenómenos ocurridos en las costas occidentales de Sudamérica”, en *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, tomo IV (Santiago, 1878), pp. 468-469.



Puerto de Arica después del terremoto y tsunami de 1877. Fuente: Montessus de Ballore, *op. cit.*, vol. III, p. 260 [lámina IV].

estremecimientos de la tierra continuaban de 5 en 5 minutos, más o menos alarmantes; mientras tanto el mar destruía cuando encontraba a su paso. Que noche tan espantosa, y que horas tan eternas las que pasamos hasta que vino el día”.

CARTA DE GUILLERMO MATTÀ AL MINISTRO DEL INTERIOR,
COPIAPÓ, 10 DE MAYO DE 1877²¹⁴

[p. 1] “Anoche hemos sufrido un fuerte y largo temblor de tierra, cuya duración ha pasado de tres minutos. Se dice que las ondulaciones eran, según unos, de norte a poniente; y según otros, de oriente a poniente. No hay que lamentar ninguna desgracia personal. En la ciudad han caído algunas tapias viejas y cornisas rotas. El primer movimiento de la tierra tuvo lugar a las ocho y veinte minutos. En toda la noche han seguido frecuentes conmociones. Hasta estas horas, once y media a. m., todavía se dejan sentir de cuando en cuando. En Chañarcillo y otros puntos del valle, se han hecho sentir con fuerza el estremecimiento; pero tampoco hay que lamentar desgracias ni derrumbes de faenas.

Hubo anoche natural alarma en la población, pero se ha calmado un tanto hoy en el día. Algunos me aseguran que en otras ocasiones han sentido quizás temblores de tierra mar recios, pero ninguno tan prolongado como el de anoche.

En Vallenar, Freirina y Carrizal, no han habido tampoco desgracias que lamentar, según el parte de los gobernadores que acabo de recibir”.

SEGUNDO INFORME DEL PREFECTO DE TARAPACÁ AL DIRECTOR DE GOBIERNO,
IQUIQUE, 11 DE MAYO DE 1877²¹⁵

[f. 81] “Después de mi nota fechada ayer solo tengo que comunicar a usted desconsoladoras noticias.

Expresos hechos del sur por mar y tierra nos anuncian lo siguiente. En Chanavaya se sintió el terremoto con una fuerza extraordinaria. Después de sus primeros ímpetus, se declaró un gran incendio en distintos puntos del pueblo. Contenerlo fue imposible, pues en el acto se precipitó el mar sobre la población, arrasándola por completo.

Los habitantes, corrieron hacia los cerros, en donde permanecieron a la intemperie sin más vestuario que el que tienen puesto, sin víveres y lo que es más, sin agua.

Esta mañana recibí una comisión del vaporcito *Ballestas* en demanda de auxilios. He dispuesto se compren algunas telas para ropa, abrigos, calzado, y otros objetos que he creído conveniente y les envió el agua que es posible.

²¹⁴ *Diario Oficial de la República de Chile*, Santiago, 12 de mayo de 1877, p. 1.

²¹⁵ Archivo Nacional Histórico, Fondo Intendencia de Tarapacá, vol. 56, fojas 81-82.

Como esta población carece también de ese importante elemento, me dirijo a la autoridad de Arica por medio del vaporcito *María Luisa* pidiéndole nos lo envié, así como otros recursos que son ingentes.

Se sabe que en Pabellón de Pica se perdieron como cinco buques, yéndose a pique; y el resto con grandes averías, así como los muelles de embarque con mangueras y demás materiales. Esta circunstancia paralizará el carguío por algún tiempo.

Un derrumbamiento del cerro en este puesto sepultó a sesenta trabajadores.

Los estragos en Huanillos en nada se diferencian de los acaecidos en Chanavaya. Me piden de allí agua que voy a remitirles.

[f. 82] Los pueblos de Tarapacá, Pica, Tirana y otros al sus alrededores se han destruido en su mayor parte. Hay algunas víctimas que lamentar.

Continúa la prefectura tomando todas las medias que las circunstancias aconsejan.

Anoche principió a funcional la guardia urbana con el mejor suceso. Se ha cuidado la seguridad a de la vida e intereses de los vecinos, capturándose a los merodeadores que nunca faltan en estas grande calamidades [...] Olvidaba decir a vuestra señoría que la aduana principal de este puerto se inundó perdiéndose casi en su totalidad las mercaderías que en sus almacenes asistían depositadas y sufriendo su edificio averías de inmensa consideración”.

RELACIÓN DEL GOBERNADOR DE LAS GUANERAS DE PABELLÓN DE PICA,
12 DE MAYO DE 1877²¹⁶

[p. 466] “Tengo el sentimiento de comunicar que en la noche del 9 del corriente, a las 8 horas 15 minutos p. m., se declaró en toda esta costa un fuerte movimiento que duró consecutivamente por el espacio de 5 a 6 minutos, aumentando gradualmente de fuerza, y dando por resultado el incendio casi instantáneo de Chanavaya, incendio que vino a dominar seguidamente el mar, que invadió por 6 veces la población, arrastrando en su reflujo todas las casas y edificios de la administración que están en la parte elevada; el mar no pudo destruirlos, pero han desaparecido los muelles de embarque, obras de carguío, máquina hidráulica y aguada. Todos los buques, con pocas excepciones han chochado unos con otros haciéndose averías notables; hasta la fecha se han ido a pique 6, los que fueron arrojados a la playa. Aún se ignora la especie de las desgracias personales que hayan ocurrido. En Pabellón, quedan sepultados bajo las arenas 33 peones, resultado de un derrumbe.

Los movimientos de tierra después de este terrible acontecimiento han continuado, y hasta el momento (día 12), se dejan sentir, pero disminuyendo su

²¹⁶ Texto reproducido en Vidal Gormaz, *op. cit.*, p. 466.



La iglesia de san Marcos y los efectos del tsunami de 1877. Fuente: Montessus de Ballore, *op. cit.* vol. III, p. 260 [lámina II].

intensidad. En el depósito de Punta de Lobos, se han repetido los mismos sucesos, quedando destruidas las casas de la administración sin desgracia personal; los muelles de embarque en malísimo estado y dos buques perdidos”.

RELACIÓN DE *EL NACIONAL DE LIMA*,
ARICA, 13 DE MAYO DE 1877²¹⁷

[p. 470] “Se inundó la aduana y todas las mercaderías allí depositadas se han averiado. Los muelles fueron arrancados por las olas y toda la parte baja de la ciudad hasta la línea de la iglesia, el consulado [p. 471] británico, la oficina del cable y la oficina de los vapores del Pacífico completamente destruidas. La casita del cable pérdida. Los restos del *Waterre*, vapor de guerra de los Estados Unidos de Norteamérica, perdido el 13 de agosto de 1868, arrastrado 2 millas al norte por la playa. La posición del cable ha cambiado: ha quedado a la vista en la bahía. La boya sur del cable arrastrada como un cuarto de milla hacia el norte.

La estación del ferrocarril, las máquinas, los carros y demás accesorios completamente destruidos y desparramados en distintas direcciones: solo las ruinas de la oficina del cable han quedado en pie por aquel lugar”.

RELACIÓN DE *EL COMERCIO DE LIMA*,
PISAGUA, 19 DE JUNIO DE 1877²¹⁸

[p. 469] “No hace muchos días que ha tenido lugar en este puerto un sorprendente fenómeno físico, que ha preocupado a muchos y que tiene alarmado a todos.

Las personas que presenciaron este suceso tan singular, dicen que como a 50 metros de la playa apareció en el mar una gruesa columna de humo, rodeada en su parte superior, que fue sucesivamente [p. 470] elevándose hasta una altura muy considerable, en la cual se disipó poco después sin producir ruido o detonación.

Si hemos de creer al capitán de un buque inglés, resulta que Pisagua se halla sobre un antiguo cráter, por la especial configuración de su bahía como por el excesivo e incalculable fondo que ella tiene aún cerca de la orilla.

Un práctico muy conocedor de este puerto, como que se halla en él muchos años ejerciendo su oficio, dice que se sorprendió, hace pocos días, al ver que el ancla de un buque daba fondo en 10 brazas de agua cuando antes en el mismo sitio se encontraba a 45,5 metros.

Yo y otros observamos aquí otro fenómeno: la tierra ha bajado considerablemente desde el terremoto del 9; hoy baña en las altas mareas terrenos y rocas que siempre han estado secos y con algunos edificios”.

²¹⁷ Texto reproducido en Vidal Gormaz, *op. cit.*, pp. 470-471.

²¹⁸ *Op. cit.*, pp. 469-470



Vista del morro de Arica después del terremoto y tsunami de 1877. Fuente: Montessus de Ballore, *op. cit.*, vol. III, p. 260 [lámina III].

CARTA ANÓNIMA,
IQUIQUE, 1877²¹⁹

[p. 19] “Eran las ocho y quince minutos dela noche, y sintióse de repente un terremoto espantoso, violentísimo, aterrador: principió por un ruido sordo y prolongado, al que se unió un fuerte remezón, que fue en aumento, hasta producir un sacudimiento tan recio que era imposible tenerse en pie. Se calcula que duraría más de dos minutos. En el momento del terror se apoderó de todos los ánimos, haciéndose más espantoso por los gritos de isocorro! lincendio! y iel mar se sale! que daban hombres, mujeres y hasta niños. Es indescriptible lo que pasó en ese momento en que se sentía crujir los edificios, bambolearse desde su base y romperse vidrio, lámparas, botellas y cuantos objetos de cristal había en el interior de las casas. Aun se remecía la tierra al compás de un ruido subterráneo, cuando se oyeron en los cuatro ángulos de la ciudad las voces de ifuego! incendio! No podemos expresar lo que sentimos al hallarnos bajo la presión de dos calamidades que parecían disputarse la primacía, el fuego y el mar; sin embargo, las compañías de bomberos mostraron admirable serenidad, así como aquella parte del pueblo que no tiene familia que salvar y que siempre se halla expedida para prestar importantes servicios. Unos 60 infelices trabajadores han quedado sepultados bajo los escombros de un cerro derrumbado; más de 30 mil personas se hallan hoy a la intemperie por haber perdido sus modestos albergues; los buques de Pabellón de Pica han sufrido grandes averías, y cinco se han ido a pique; las plataformas de los muelles han sido destruidas y el carguío tendrá que paralizarse por espacio de dos meses, lo menos”.

RELATO DE OTTO HARNECKER,
TOCOPILLA, 1877²²⁰

[p. 4] “Era una noche oscura; el incansable reloj marcaba las 8 y media p. m., cuando sobrevino un recio temblor; al principio no fue mayor que los que todavía se sentían varias veces de día y noche; pero aumentó rápidamente en intensidad hasta un grado tal de producir verdaderas oscilaciones y contorsiones del suelo. Nos era en esos momentos imposibles de estar de pie sin dar pasos que, como los de un hombre ebrio, debían mantener el equilibrio del cuerpo. La corteza terrestre que no es más que una débil bóveda sobre el potente mar ígneo del interior; se asemejaba en sus tremendas convulsiones al espantoso movimiento del puente de un frágil buque acosado por la tempestad.

El dominio de la destrucción hacia su entrada en esta infeliz población y se anunciaba con gran pompa. Aterrados los habitantes, abandonan el inseguro ho-

²¹⁹ *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, 15 de julio de 1877, p. 19.

²²⁰ Otto Harnecker, *Terremotos y temblores* (Santiago, Imprenta y Encuadernación Roma, 1895), pp. 4-6.

gar, olvidando algunos despavoridos en su fuga, la precaución de apagar el fuego y las luces. A causa de esto, muy luego se vio aparecer iluminado siniestramente la oscuridad la llama de varios incendios. Era el temblor que llamaba en su auxilio al benéfico fuego para convertirle en su terrible aliado de destrucción. Pero el [p. 5] fuego podía quedar aislado y sus estragos localizados y combatidos por la fuerza del hombre. No se llenaba así tal vez la medida del terrible encono de la naturaleza contra sus inofensivas criaturas. Dos elementos no eran suficientes y por esto llamó e inmediatamente obtuvo la colaboración de un tercer, del más penetrador de todos ellos: el agua. Pero no el agua fertilizadora que desciende directamente del cielo, y que chapotea humilde en los techos y respeta las casas, sino de otra procedencia mucho más terrible.

¡Qué momento aquel para este pueblo que luchaba con el sentimiento de angustia producido por el temblor y la expectativa amenazante del fuego! ¡Qué situación aquella para habitantes que vivían en la orilla del mar y acostumbrados a contemplar éste detenido dócilmente a sus pies, bañando inofensivamente sus plantas en horas de alta marea o rugiendo imponente en los días de braveza, al apercibirse en su estado de sobreexcitación, que este mismo mar se hincha y crece con más rapidez que la marea, subiendo más allá del más alto límite de ésta, y que se desborda e invade su hogar!

A partir de ese instante y de esta peligrosa observación hecha claramente por algunos vecinos, y que recordaremos más adelante al consignar los caracteres del fenómeno, no hubo personas que no se detuviesen a contemplar el conjunto de estos terribles espectáculos. Un solo sentimiento animaba a todos y apagaba cualquier otro de atrevida curiosidad o de amor a la propiedad amenazada. El instinto de conservación se puso a la vanguardia, el amor a la vida, aunque fuese desnuda, predominaba al verse amenazado por este nuevo enemigo. ¡Y con razón! Desbordado el inmenso mar por una fuerza misteriosa, libre para invadir la tierra, ¿podía alguien predecir el límite en que se detendría, nombrar la playa que no invadiera y señalar la altura a que ésta se hallaría sobre el nivel primitivo, ese nivel que el mar acababa de abandonar como por traición? ¿Quería el mar reconquistar de un golpe lo que había perdido en el transcurso de los siglos? ¿Y el impetuoso empuje que hacía salir el mar de su límite sería acaso nacido de una fuerza que guardaba proporción a la misma inmensidad del océano?

En tan cruel alternativa no había límite que no fuese posible al agua poder alcanzar, ni altura que no estuviere expuesta a ser inundada por ella. ¿Y quién podía apreciar la rapidez con que esta inundación se efectuaría? La velocidad con que la montaña se despeña impetuoso torrente, sería no más que paso de tortuga compara con la que el mar podía adquirir al abalanzarse sobre terrenos hundidos a sus pies. [p. 6] Por estas razones el paso de que huíamos hacia las alturas lo efectuábamos con toda rapidez de que no podíamos disponer. Pero, esta fuga tuvo un límite forzoso. No lo marcaba el cansancio de nuestros pies ni la fatiga mortal del pecho, sino otra cosa más temible e independiente de nuestras personas.

Todo aquel que conoce la configuración de este lugar sabe que 5 a 6 cuabras distantes de la playa, y casi sin transición intermedia de declive, cierran el horizonte empinadas faldas de una serranía escarpada que forma el primer cordón de la cordillera de la costa. Piedras, peñascos y rocas cuya base de descanso había debilitado el diente roedor del tiempo, perdían su apoyo bajo la acción del terremoto y se lanzaban con estrépito a la llanura viniendo al encuentro y destrucción segura de aquellos a quienes el mar perseguía de cerca ¡Qué situación! Algunos vecinos más temerarios que prudentes, algunos de aquellos a quienes la intensidad de un peligro inminente ciega para no percibir otro de más actualidad, lo arrojaron impunemente subiendo esas faldas con pies y manos; pero cuando se supo al día siguiente que el lugar vecino de Punta Blanca había 18 víctimas ocasionadas por estos derrumbe, conocieron que habían escapado milagrosamente”.

RELATO DE VALENTÍN LETELIER,
COPIAPÓ, 1877²²¹

[s/p] “Era hora en que la calle de Atacama, centro de la actividad de Copiapó, se ve más frecuentada por quienes buscando descanso a las fatigas del día y por quienes desean proveerse de artículos de consumo en el comercio. Los templos habían ya sido abandonados por las pocas almas sencillas que a ellos concurren; y la retreta había empezado en la plaza. De repente y sin ruido precursor alguno la tierra empezó a moverse casi imperceptiblemente; y poco a poco, poco a poco, fue aumentando el balance; los edificios comenzaron a crujir; la gente aterrorizada por la duración más que por la violencia, comenzó a precipitarse como mil torrentes a las calles; y los objetos que durante años habían permanecido sobre planos perfectamente horizontales, comenzaron a balancearse, a perder el equilibrio y caer.

Poco después, la tierra, como si se hubieran removido sus bases mismas, se balanceaba espantosamente como un océano agitado. Las campanas, como si fatídicamente hubieran querido anunciar antes de caer funerales de la ciudad doblaban con lúgubre tañido a virtud del solo movimiento de la tierra.

La gente, que había afluído casi en masa a las bocacalles y a las plazas, se apretaba estrechamente para no perder el equilibrio; o aterrorizada y movida por el sentimiento religioso, caía de rodillas, y lloraba a gritos, y a gritos pedía misericordia. Uno que otro padre, hermano y amigo, impulsado por nobles e irresistible afectos corría con peligro propio en auxilio de alguna persona querida.

Entre tanto, el espíritu de la avaricia, el egoísmo y la intriga, azuzador de fanatismo y explotador de la ignorancia y de la ancianidad, olvidándose que tenía

²²¹ Biblioteca Nacional, Sala Medina, Archivos Documentales, caja 29, vol. 117, documento 91-92.



Ruinas del puerto de Cobija luego del paroxismo de 1877.

Fuente: Isaac Arce, *Narraciones históricas de Antofagasta* (Antofagasta, Lama Industrial S.A., 1997), p. 355.

encerrado bajo llave 20 o 30 niños, inocentes, fue sorprendido por el fenómeno en el centro de la plaza; y aterrorizados por el temblor de la conciencia más que por el poder de la tierra y no juzgándose seguro un aun allí al aire libre, perdió la calma habitual, corrió a todos lados, y se retorció desesperadamente como un poseído, pidió a gritos confesión e imploró misericordia y clamó al cielo, y a los santos y al Omnipotente. ¡Conciencia! Cuán implacable eres con los malvados.

En los mismos momentos, una madre tendida sobre pobrísima una cama en una humilde habitación de la calle Rancagua y herida de muerte por el terror, exhalaba el último suspiro al dar a luz una criatura, y como si no hubiera querido desprenderse de ella y dejarla abandonada en el mundo, la ahogó al salir entre sus miembros y le arrebató la vida que acababa de darle.

En otra parte, en la calle de Chañarillo, en los almacenes de los señores Pepper y Ca., los empleados y socios todos de la casa habían salido precipitadamente.

De repente en lo más violento del terremoto, notó el señor Pepper que las lámparas y cristalería caía formando ruido espantoso, que el incendio empezaba a prender, que el gas iba a formar de un instante a otro inmensa e inextinguible hoguera; y entonces sin recelar que su almacén está asegurado, sin medir el peligro y no pensando sino en su deber se lanza dentro del edificio bamboleante, apaga el fuego, quita el gas y vuelve sereno en busca de su propia salvación.

Mientras tanto, otra escena análoga tenía lugar en el teatro.

Todo Copiapó conoce a su administrador, Martín Figueroa, pero no todos lo conocen lo que es capaz su amor al establecimiento que guarda.

He aquí un rasgo. Cuando vino el temblor, dio con toda serenidad las facilidades posibles a su señora e hijos; y en seguida, se colocó en el centro del pasillo que va a la platea como diciéndose: yo que te guardo en las circunstancias normales no te abandonaré en los momentos de peligro.

O esto otro: la municipalidad me ha colocado en este puesto y en él debo morir.

Debemos advertir que merced a su previsión, se salvó aquel edificio de un voraz incendio, pues a virtud del balance, una luz cayó en el segundo piso sobre el tablado y prendió fuego. Por fortuna, fue advertido por Figueroa y extinguido.

Rasgos como estos merecen contarse porque fueron y son contadas las personas que en momentos de peligro o fuera de él pensaron o piensan en algo más que en sí mismas.

Fuera de los estragos de que da cuenta el parte del señor comandante de policía, ha habido muchas otras pérdidas sufridas principalmente por los comerciantes. Los señores Valentín Martínez, Vigil y Ca., Rivera, Pepper, Cerda y muchos otros caballeros dueños de almacenes en que se expenden licores o cristalería han perdido centenares de pesos. En algunas de esas casas el licor derramado subió como un decímetro en el suelo.

Casi no es preciso decir que después del gran sacudimiento que puso a Copiapó al borde del abismo de su total ruina los temblores más o menos recio no han cesado hasta los momentos en que escribimos.

Durante la noche misma del terremoto contaron algunas personas más de veinte de ellos.

Otra contó anoche hasta trece. Y ayer y hoy no han cesado aunque han sido menos perceptibles. Con este motivo mucha parte de la población ha buscado refugio en los cerros circunvecinos. El cielo ayer amaneció nublado y con aspecto amenazador. Pero más tarde el sol rompió las nubes y una fresca brisa del mar acabó de barrerlas. Hoy durante la tarde ha tenido muchas alternativas; pero al fin de ella ha empezado a lloviznar, y según parece en breve ha de caer un buen aguacero, que en la circunstancia inmediata en Chile de los grandes temblores”.

RELACIÓN ANÓNIMA,
COBIJA, 1877²²²

[p. 462] “El terremoto del 9 de mayo, vino y siguió la misma dirección que el semiterremoto del 25 de octubre de 1876, es decir, de suroeste a noreste. Desde el 25 de octubre las condiciones climatológicas de Cobija habían cambiado sensiblemente. El calor era excesivo, el aire muy pesado, admirable la transparencia de la atmósfera durante la noche, la mar en calma chicha casi todos los días, las varazones de pescados muy abundantes, el olor del mar durante las primeras horas [p. 463] de la noche sumamente salino y picante, los temblores muy frecuentes, pero siempre en la mis dirección de suroeste a noreste.

El último temblor antes del terremoto tuvo lugar el 1° de mayo a las dos de la mañana. Desde el 6 de mayo la mar se mantuvo con una quietud sin precedente, el cielo encapotado y las variaciones de calor y frío muy frecuentes.

A las 8.25 p. m. del día 9 se dejó sentir un ruido sordo en dirección del mar, es instantáneamente un remezón del suroeste al noreste que conmovió profundamente a todo el pueblo de Cobija. El remezón disminuyó de intensidad por unos 5 segundos, pero aumentó terriblemente muy luego y con tan espantoso ímpetu, que muchas personas que corrían rodaban por el suelo, sintiendo casi todos los vahídos precursores del mareo. La duración del remezón debió ser de unos 2 minutos; pero no hubo nadie que tuviese la serenidad de espíritu suficiente para observarlo con escrupulosidad. Durante este tiempo y en medio de una oscuridad profunda, producida por un polvo espeso y lo encapotado del cielo, se dejaron ver sobre los cerros del este resplandores muy intensos, originados tal vez por relámpagos u otros fenómenos eléctricos, habiendo quien asegura haber visto surcar el espacio algunas ráfagas de fuego. La generalidad solo ha visto el resplandor.

A los cinco minutos del gran remezón se vio hincharse el mar tranquilamente, sin una sola ola que lo rizase: pasó los malecones e invadió las casas en medio de

²²² Texto reproducido en Vidal Gormaz, *op. cit.*, pp. 462-464.

un ruido espantoso, producido por las paredes, las tapias y divisiones de madera que cedían al propio peso del agua. Todo el pueblo exhaló un grito de suprema angustia viendo, no con los ojos que no tenían luz, sino con la imaginación y con el corazón destrozado, que ya no tenían casa ni hogar. El mar subió hasta 11,9 metros sobre su nivel ordinario y cuando se retiró con ímpetu violento, lavó las ruinas que había producido a su venida. Tres olas más se desbordaron, bajando cada una de alcance primero, hasta que el mar adquirió nuevamente su nivel. Es digno de notarse que la primera subida del mar no fue una oleada bulliciosa sino una hinchazón, como ya se ha dicho, y tan pausadamente subió, que hay personas que entraron a sus casas para sacar frazadas y otros objetos mojándose los pies y han vuelto a salir buscando otros objetos sin que el agua los apresurara demasiado. El aguaje también ha venido del suroeste al noreste.

No sería posible decir qué casas se derrumbaron con el terremoto y cuales se doblaron a la invasión del mar; lo único que se ha [p. 464] visto es que 10 minutos después de temblor ya no existían ni la plaza ni la calle del comercio (que se llamaba de Beni); habiendo desaparecido por lo tanto 97 casas de las cuales no hay más rastro que unas 20 paredes que se mantienen de pie por casualidad. Parte de las mercaderías, muelles y demás ajuares de esas casas se han hallado 10 millas al norte de Cobija. Las pérdidas por valores de casas y de mercaderías, se calcularon prudencialmente en 627 mil pesos. El día 12 comenzaron a encontrarse los cadáveres de varias personas que faltaban en el pueblo, los muertos llegaron a catorce [...] Dos días después comenzó un aguacero sin precedente en Cobija, que duró hasta la noche del 15. La humedad produjo derrumbes en los cerros, los cuales tuvieron lugar todos a la misma hora, es decir a las 2 horas p. m., del día 15”.

RELACIÓN DE RAMÓN ARANCIBIA,
ANTOFAGASTA, 1877²²³

[459] “A las 8 horas 30 minutos p. m., del día 9, la tierra comenzó a oscilar, despacio primero y arreciando gradualmente hasta el punto que los edificios se batían como un junquillo; la tierra parecía huir bajo las plantas y el crujir de las maderas, el tañer de las campanas y los gritos y llantos y plegarias de los que pedían misericordia, aterraba y hacia perder los sentidos.

El terremoto no fue precedido de ningún ruido subterráneo precursor, como suele suceder generalmente; la oscilación fue repentina y al parecer de norte a sur.

En los almacenes y casas no quedó una botella, un jarro, nada en ningún armario; todo fue al suelo haciéndose pedazos.

Según los cálculos de las personas que conservaron un poco de sangre fría, el terremoto duró de 2,5 a 3 minutos en toda su fuerza.

²²³ Texto reproducido en Vidal Gormaz, *op. cit.*, p. 459.

Apenas los habitantes del pueblo habían podido respirar, un grito aterrador se escapa de los abrumados moradores de Antofagasta: ¡el mar!..... ¡el mar sale!.....¡el mar avanza!

El mar, que en Antofagasta siempre es siempre bullicioso y agitado, [p. 460] había quedado sin movimiento; pero de repente una ola monstruosa se precipita sobre los primeros edificios que dan a la playa y arrasa con ellos.

Una casa es arrastrada intacta (era de madera como todas) hasta más de 125 metros de la costa, llevándola el mar como una simple barquilla; botes y otras embarcaciones menores fueron conducidas hasta la plaza de armas del pueblo.

Los destrozos hechos por el mar han sido inmensos, ocasionando una pérdida de 600 a 700 mil pesos. Siguió temblando de minuto en minuto con más o menos fuerza”.

RELACIÓN DE FRANCISCO VIDAL GORMAZ,
1877²²⁴

[p. 449] “A las 8 horas 30 minutos p. m., del día 9 de mayo de 1877, se dejó sentir en Santiago de Chile un movimiento oscilatorio del suelo, suave y prolongado, que duró por el espacio de un minuto o más. Muchas personas no percibieron el movimiento, pero otras experimentaron cierto desvanecimiento semejante a los primeros síntomas del mareo, e igual cosa ocurrió en la ría de Constitución y otros puntos. La dirección del movimiento se creyó ser de norte a sur, a juzgar por un péndulo que, orientado de este a oeste, detuvo su movimiento, y asimismo por la oscilación de las lámparas de gas que [p. 450] conservaron por largo tiempo su movimiento de norte a. sur, y viceversa.

El temblor, en Santiago, no fue precedido de ruido precursor, como sucede a menudo, ocurriendo igual cosa en la mayor parte de las localidades chilenas en que se percibió el movimiento oscilatorio de la tierra.

Al día siguiente (10), el telégrafo anunciaba que en Valparaíso se había experimentado el mismo fenómeno, y que, además, el mar se hallaba en continuo movimiento de ascenso y descenso, cada 15 minutos, subiendo y bajando, 2,2 metros entre el flujo y reflujo, lo que daba un exceso sobre la pleamar ordinaria de 0,7 metros. Este fenómeno continuó hasta la tarde del día 11.

El aspecto del tiempo era bueno, y despejada la atmósfera, habiendo soplado durante el día una brisa regular del sur suroeste, pero que dominaba con bastante intensidad mar afuera, el día 9 de mayo como se verá más adelante.

En seguida se anunció que en la ría de Constitución se había hecho sentir el temblor a las 8 horas 40 minutos p. m., del mismo día 9; pero como en los puntos anteriores, suave y prolongado, de norte a sur, y solo perceptible para

²²⁴ Vidal Gormaz, *op. cit.*, pp. 449-450.

pocas personas. Sin embargo, el mar comenzó a retirarse lentamente como a las 11 horas 15 minutos p. m., volviendo el flujo 20 minutos después, con gran fluido. Fue, pues, el primer flujo a las 11 horas 35 minutos, y el segundo algunos minutos pasada la media noche, y próximamente a las 12 horas 15 minutos a. m., del día 10.

Un tercer flujo, bastante grande, se verificó a las 5 a.m., del 10, en circunstancia que la pleamar de este día debía tener lugar a las 11 de la mañana. Los flujos y reflujos pequeños fueron muchos en los días 10, 11 y 12, siendo ya muy pequeños en los últimos.

Al descender las aguas del Maule antes del primer flujo, produciendo una corriente extraordinaria, bajando tanto que dejaron en seco a los buques surtos en la ría. El flujo fue asimismo violento, haciendo cortar las amarras de varios de ellos, varándoles en la ribera o en la isla. Uno de los buques fue arrastrado mar a fuera, con pérdida completa de sus amarras. Todos los buques experimentaron averías más o menos graves.

Este ras de marea y el movimiento inusitado de las aguas del mar de Valparaíso, hacía suponer que en el norte de la República podía haber ocurrido un terremoto; pues se recordaba los fenómenos vividos en nuestras costas el día 13 de agosto, con el terremoto que destruyó a Arequipa, y a varios pueblos del litoral peruano”.

1 DE FEBRERO DE 1879, PUNTA ARENAS

RELACIÓN DEL GOBERNADOR DE MAGALLANES
DIEGO DUBLÉ ALMEIDA,
1879²²⁵

[p. 279] “El 1 de febrero, a las 3.40 a.m., hubo en Punta Arenas un fuerte temblor que duró más de un minuto y que merece el nombre de terremoto. No causó daño en ninguno de los edificios porque todos son de madera y de un piso. El espanto en la población fue extraordinario. Aquí jamás había temblado y todos temían algún cataclismo. Ha continuado temblando por tres días, pero los estremecimientos de la tierra no han sido tan fuertes como el primero. Los tripulantes de la *Magicienne*, buque de guerra francés que se hallaba al ancla en Puerto Cumberland, en el Estrecho, sintieron el gran temblor. Todos a bordo creyeron que alguna explosión había ocurrido en la máquina del buque, fue tal el ruido que produjo”.

RELACIÓN DE FLORENCE DIXIE,
1879²²⁶

[p. 110] “Un fuerte y retumbante ruido se escuchó en el aire y antes de que tuviera tiempo de preguntarme que podía significar, un desplazamiento de la tierra parecido a una marejada me lanzó volando sobre mi espalda y como por arte de magia el silencioso campo volvió a la vida con gritos de temor y sorpresa mientras todos escapaban consternados de sus carpas. Las sacudidas siguieron una y otra vez pero cada vez más débiles y pasado cinco minutos habían cesado del todo. Pero pasó un rato antes de que recuperáramos la tranquilidad. Ésta era la primera vez que experimentaba un terremoto y tan enfermante sensación de desamparo que te asalta durante las sacudidas de la tierra serían –diría yo– difíciles de igualar. Nuestros guías dijeron que nunca habían sentido un terremoto en la

²²⁵ Diego Dublé Almeida, “Diario de viaje al río Santa Cruz, Patagonia”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 93 (Santiago, 1938), p. 279.

²²⁶ Florence Dixie, *A través de la Patagonia* (Punta Arenas, Ediciones de la Universidad de Magallanes, 1996), p. 110.

Patagonia anteriormente, ni habían tenido conocimiento de que hubiera habido alguno”.

RELACIÓN DE LOS OFICIALES DE LA CORBETA *MAGALLANES*
JUAN M. SIMPSON Y FEDERICO CHAIGNEAU,
1879²²⁷

[p. 83] “Día 31. [...] A las 3.45 a. m., mientras estábamos entregados al reposo, fuimos recordados por un fuerte temblor de tierra cuya duración fue de 1 minuto 30 segundos. La oscilación tuvo lugar de norte a sur, no sintiéndose ruido sino al final del primer remezón. Siguieron 2 más, pero de muy poca intensidad y con intervalos de 4 minutos el primero. Los árboles se movían como impulsados por un huracán, quedando largo rato oscilando en la dirección antedicha. La mañana estaba en calma, así es que pudimos percibir los menores detalles de este fenómeno, que pocas veces hemos sentido tan fuerte y de tan larga duración, pues la tierra quedó vibrando por algún tiempo sin poder calcular la dirección del movimiento, que solo fue apreciable en la primera sacudida”.

RELACIÓN
DEL TENIENTE RAMÓN SERRANO,
1879²²⁸

[p. 188] “Febrero 1. A las 3.50 a. m., tiempo verdadero, se sintió un prolongado temblor de tierra de fuerza extraordinaria, tanto que me temo haya sido un terremoto en alguna parte. Su fuerza fue tanta que a pesar de estar ensacado, ya que no encamado, y en el suelo, me sacudió con tanta violencia que me hizo deslizarme como 2 decímetros sobre el terreno que era algo inclinado. Fue acompañado de un fuerte ruido y puedo decir que es el más fuerte que he sentido en mi vida. Las oscilaciones parecían venir del sur y su duración la estimo en más de 1 minuto. Jamás he oído hablar de temblores ni recuerdo haberlos sentido en Punta Arenas, y hoy he preguntado a dos de los hombres que me acompañaban, los que han [p. 189] residido por más de diez años en la colonia; y ellos me aseguraron no haber sentido ni oído hablar de temblores ahí”.

²²⁷ Juan M. Simpson y Federico Chaigneau, “Diario llevado por los tenientes Simpson y Chaigneau”, en *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, tomo VI (Santiago, 1880), pp. 73-96.

²²⁸ Ramón Serrano, “Diario de la excursión a la isla grande de la Tierra del Fuego durante los meses de enero y febrero de 1879”, en *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, tomo VI (Santiago, 1880), pp. 188-189.

RELACIÓN
DEL EXPLORADOR JUAN TOMÁS ROGERS,
1879²²⁹

[p. 116] “Febrero 1. A las 3.30 a. m., de este día se sintió un largo y fuerte remezón de tierra, fenómeno muy raro en la parte austral del continente sudamericano; pues estábamos informados de que en Punta Arenas no se había dejado sentir ningún temblor de tierra desde la existencia de la colonia”.

²²⁹ Juan Tomás Rogers, “Segunda exploración de la parte austral de la Patagonia”, en *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, tomo VI (Santiago, 1880), p. 116.

15 DE AGOSTO DE 1880, ILLAPEL

INFORME DE ALBERTO LUCO AL MINISTRO DEL INTERIOR,
PETORCA, 19 DE AGOSTO DE 1880²³⁰

[p. 174] “El 15 del actual, a las 8 horas 27 minutos a. m., se hizo sentir en esta [p. 175] ciudad un recio temblor, precedido de un fuerte ruido, causando males de suma consideración. El movimiento de vibración y oscilación que produjo el fenómeno fue extraordinario. Su duración aproximativa, cincuenta y dos segundos.

Casi la totalidad de los edificios particulares han quedado inhabitables y otros arruinados por completo. La cárcel pública, cuartel, recova, matadero, locales de escuelas, en una palabra, los edificios fiscales y municipales, en muy mal estado.

Las poblaciones vecinas de Chincolco y Hierro Viejo han sufrido perjuicios análogos a los de esta ciudad.

El barómetro marcaba lluvia en segundo grado. Si llueve los males serán irreparables.

No ha habido desgracias personales que lamentar.

Debo prevenir a usted que inmediatamente después de verificado este suceso, envié expreso a La Ligua para comunicar a usted por telégrafo lo ocurrido; lo que no se efectuó por interrupción de las líneas telegráficas”.

INFORME DE J. DE D. MORANTE AL MINISTRO DEL INTERIOR,
ILLAPEL, 20 DE AGOSTO DE 1880²³¹

[p. 169] “Después de una lluvia de dieciséis horas consecutivas, a las 8 horas 45 minutos a. m., del día 15, Illapel fue conmovido por un espantoso temblor que ha dejado a esta ciudad en completa ruina, más de una tercera parte de los edificios han sido destruidos completamente, incluyendo en estos los dos templos; y los que quedan en pie están en mal estado, que muchos de sus moradores temen habitar en ellos.

²³⁰ Texto reproducido Miguel Machado, “El terremoto de Illapel”, en *Boletín del Museo Nacional de Chile*, tomo II, N° 1 (Santiago, 1910), p. 174.

²³¹ Texto reproducido en Machado, *op. cit.*, pp. 169-170.

Los edificios municipales de la cárcel, gobernación, municipalidad, notaría, juzgado, recova, hospital y en general todos los edificios que ocupan las escuelas, han sido destruidos casi enteramente.

Pasan de seiscientas las familias y pobres que han quedado sin asilo y sin recursos. La caridad pública les proporciona hasta ahora los auxilios más indispensables, y el patriótico vecindario de La Serena ha enviado por de pronto y por conducto del señor intendente, la cantidad de dos mil pesos para atender a esas necesidades.

Las propiedades se encuentran hoy en común unas con otras por haber sido destruidas sus murallas y paredes divisorias, y necesitan una pronta reparación para evitar los perjuicios que esta inseguridad podría ocasionar.

Hasta diez leguas a la redonda de esta ciudad han reventado [p. 170] muchos huracanes de agua; unos grandes y otros pequeños, sin causar perjuicios de consideración.

Los hornos de fundición completamente destruidos y las minas sentadas casi en su totalidad. Felizmente por ser día festivo, no hubo desgracias personales. Los operarios no trabajaban, (no comprendemos porque el señor gobernador no indica en su parte las desgracias personales que hubieron a consecuencia del terremoto).

De Salamanca y Chalinga aún no tengo noticias oficiales; pero por personas que me merecen entera fe, sé que estas poblaciones han sufrido perjuicios de consideración; muchas casas caídas y otras amenazando ruina.

Los templos han sufrido bastante.

No se tiene noticias de desgracias personales. Las haciendas han quedado rasas. La gobernación ha tomado todas las medidas del caso para resguardar las propiedades y para evitar desgracias. Atendiendo al estado de pobreza y miseria en que ha quedado la mayor parte de la gente indigente, y según la limosna que se ha repartido en estos días pasados, dándosele cuarenta centavos para cada familia, ha ascendido por cada día a la suma de 240 pesos, incluyendo en este número muchas familias vergonzantes.

Esto solo, señor ministro, ha servido para proporcionarles un pan diario, teniendo la gobernación el sentimiento de no poder socorrer otras mil necesidades que son de suma urgencia, que han sido causadas por la catástrofe de que han sido víctimas las numerosas familias de que he hecho mención. Usted en vista de los datos de que he hecho referencia y tomando en consideración la situación del erario, podrá calcular cual sea la cantidad con que el supremo gobierno se digne favorecer para satisfacer las más premiosas y urgentes necesidades a tantos infelices”.

SIGLO XX

16 DE AGOSTO DE 1906, VALPARAÍSO

CARTA DEL INTENDENTE DE VALPARAÍSO ENRIQUE ALCALDE A GERMAN RIESCO,
VALPARAÍSO, 18 DE AGOSTO DE 1906²³²

[f. 76] “Tengo el sentimiento de comunicar a usted que el 16 del presente a las 7:55 p.m., se produjo en esta ciudad un gran terremoto, causando la pérdida casi total de esta población y sus alrededores.

La destrucción abarca toda la ciudad siendo de mayor intensidad en la parte comprendida entre las calles de Errázuriz por el norte e Independencia por el sur y entre el estero de la Delicias y la plaza Aníbal Pinto.

Las calles transversales de esta zona están igualmente destruidas.

Hasta el momento, los muertos pasan de trescientos y los heridos de ochocientos; es imposible determinar el número exacto de víctimas que es según datos obtenidos numerosos, debido, a que la destrucción, abarca todo el radio de la ciudad, es más exagerado afirmar, que éste pueda cubrir a más del doble del indicado.

No considero necesario detallar por el momento cada de los innumerables perjuicios [f. 76v] ocasionados en la ciudad, bástame solo decir a usted que Valparaíso ha sido destruido casi totalmente y que lo poco que queda en pie está de tal modo destrozado que solo puede considerarse como un montón de ruinas.

Todos los habitantes se encuentran acampados en las plazas, avenidas, cerros y buques de la bahía pues el estado de las calles, la constante repetición de los temblores y la multitud de murallas desplomadas que quedan en pie ha causado tal pánico que hace que recurran a los sitios indicados que son los únicos que ofrecen seguridad.

El orden público ha logrado ser mantenido hasta ahora habiéndose tomado desde el principio medidas energías y severas.

Las fuerzas de la plaza están al mando del capitán de navío señor Luis Gómez Carreño declarándola ocupada militarmente.

En vista de que llegaba el tercer día sin obtener comunicación con Santiago en la imposibilidad de prestar auxilio alguno inmediato, por considerar a la capital

²³² Archivo Nacional Histórico, Fondo Fernández Larraín, vol. 153, fojas 76-77v. Este oficio también fue inserto Gajardo y Rodríguez, *op. cit.*, pp. 180-183.

en el mismo estado que el de esta ciudad, ordené regresar al departamento al crucero *Blanco Encalada* y *Esmeralda* y la traslación a ésta de las guarniciones de La Serena y Copiapó, enviando los vapores *Uarda* y el inglés *Perú* a Coquimbo y Caldera.

El *O'Higgins*, *Prat* y *Chacabuco* se encuentran en esta. No obstante, necesito encarecer a usted la necesidad de reforzar esta guarnición, especialmente con fuerzas [f. 77] de caballería e ingenieros militares que se destinaran al resguardo de los cerros y demolición de los escombros peligrosos.

Se ha ordenado la instalación de carpas y la construcción de grandes barracas en la avenida Brasil a fin de albergar las familias que han perdido sus hogares.

Viveres, se calcula que habrá suficientes en plaza para el consumo de la población durante un mes en los cargamentos cuyo envío han anunciado los comerciantes; se reparten gratuitamente a todos los que lo soliciten.

El agua potable escasea, debido a la destrucción de la parte de la cañería matriz.

El ingeniero de la obra estima que desde mañana puede dar agua, aun cuando para ello sea necesario desparramarla en las calles para que el público pueda aprovecharlas.

Ha sido difícil la sepultación de los cadáveres, curación de los heridos, demolición de los escombros por la escases de brazos, que por causa del pánico se concentraban en atender sus familias y buscar sus deudos perdidos.

En la ciudad no hay más luz que la de los incendios, calculándose que en quince días podrá ser restablecido en algunas de las calles principales.

Los reos de la cárcel han podido mantenerse en sus mismos locales custodiados por fuerzas exteriores.

Las poblaciones de Viñas del Mar, Casablanca, Limache, Quillota y Llay Llay han sufrido más o menos [f. 77v] los mismos destrozos.

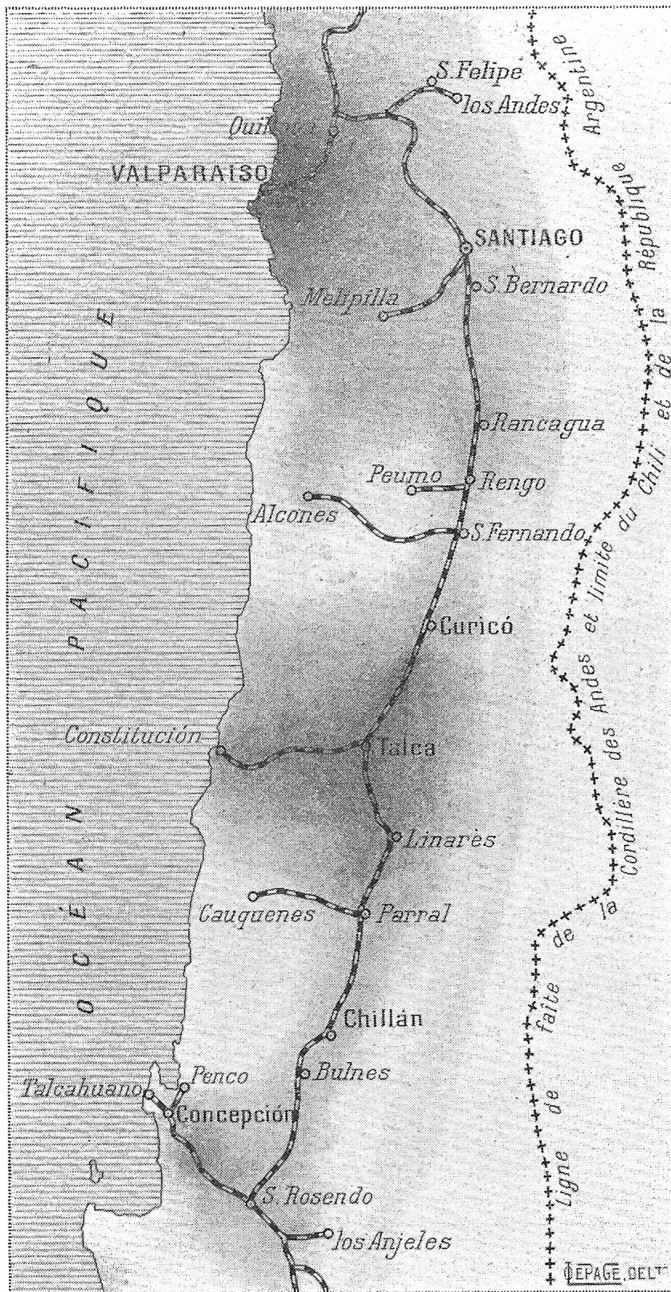
La comunicación del ferrocarril con ellos se hace casi imposible desde luego; la línea está removida en grandes extensiones hay derrumbes enormes y algunos puentes en mal estado.

Es de temer que antes de un mes no esté lista, plazo que considero indispensable para continuar el abastecimiento de víveres a la población.

En la bahía se han notado algunos cambios en las profundidades cercanas al muelle fiscal, lo que es exigirá, tan pronto como sea posible, una rectificación de sondeos.

La destrucción de las boticas de la ciudad, ha dejado a la población sin los medicamentos y desinfectantes necesarios para atender a los heridos y enfermos.

Ha quedado constituida en una de las carpas de la plaza de la Victoria de la oficina de la intendencia, donde se reúnen las juntas de vecinos designadas para atender los servicios urgentes".



La región del terremoto. 400.000 km² de tierra removidos.
Fuente: *L' Illustration, Journal Universel* (Paris, 13 octobre 1906), p. 233.

RELACIÓN DE *LA VOZ DE PETORCA*,
PETORCA, 19 DE AGOSTO DE 1906²³³

[p. 1] “El jueves a las 8 p. m., se dejó sentir un horrible remezón que en menos de un minuto produjo la destrucción casi completa de la ciudad, edificios y murallas de sus alrededores.

A este se han seguido otros tan o más fuertes que el primero, que han mantenido al vecindario durante esa noche y los días viernes y sábado fuera de sus casas esperando, por momentos ver desapareces sus vidas e intereses.

Los habitantes en medio de la más tremenda consternación salían a las calles en donde unidos, estrechados si se quiere, entonaban tristes oraciones que más que una plegaria semejaban a un gemido de espanto. Sería inútil prescindir describir todas las escenas que se desarrollaron, bástenos afirmar que muchos hogares han quedado en la más horrible miseria.

Felizmente no hubo desgracias personales que lamenta, lo que concurre en parte muy principal a disminuir los horrores de esta catástrofe.

Para definir en pocas palabras la magnitud de los perjuicios sufridos, nos basta solo expresar que la totalidad de las casas particulares, edificios públicos, almacenes, tiendas y despachos quedaron inhabilitados y que las pérdidas ocasionadas por la destrucción de muebles, objetos de loza, cristalería, etc., es casi total en todo el pueblo [...] El espectáculo que presenta Petorca hace recordar a Herculano y a Pompeya y nos trae a la memoria el triste y penoso canto del bíblico Jeremías cuando describía las ruinas del gran Jerusalén.

Hasta la hora de entrar nuestro periódico su prensa continúan los temblores, pero menos fuerte”,

CARTA DE ENRIQUETA CARVALLO DE MERINO A SU HIJA MARÍA MERINO,
VALPARAÍSO, 20 DE AGOSTO DE 1906²³⁴

[p. 1] “¡Gracias a Dios! Hemos salvado con vida y sin el más mínimo accidente. No tenemos palabras con que dar gracias y alabanzas a Dios por su visible protección.

La noche del terremoto la pasamos en la Gran Avenida sentados en bancas frente a nuestra casa, que es uno de los pocos edificios en pie, aunque desplomado, agrietado y con las murallas del octavo piso abiertas.

Don Gregorio Escobar, señora y familia, que estaban a nuestro lado, nos dieron abrigo para cubrirnos del frío, el piso estaba empapado, no teníamos más que lo encapillado y se nos ha secado con el viento y el sol.

Al día siguiente, fuimos ambas familias a la estación de bodegas del Barón y nos instalamos en un carro de carga, donde dormimos 15 personas. A media

²³³ *La Voz de Petorca*, Petorca, 19 de agosto de 1906, p. 1.

²³⁴ *La Unión*, Valparaíso, 29 de agosto de 1906, p. 1.

noche hubo incendio frente a frente caían chispas con el viento y tuvimos que emigrar a la Avenida otra vez.

Cuando paso el peligro volvimos a nuestro home y concluimos la noche viendo el incendio de la iglesia de San José, frente a nosotros. Al día siguiente vimos a María Teresa Brown con Adolfo Brunet que vino a saber de nosotros. Pasaron el temblor en casa de Mañungo todos dentro, y cuando pasó la primera ruina, salieron. La casa está en pie, pero todos los muebles en el suelo.

Anita Brown de Jackson y Rosita Carvallo, fueron sacadas de los escombros de la casa, que se cayó completamente. Rosita tiene una pierna fracturada y ayer han ido Guillermo, Mañungo y María Teresa a Miraflores donde viven en la carpa del Lawn Tennis en el jardín de Anita. La nueva casa de Federico Carvallo, y la de Guillermo Brown en el suelo.

En Valparaíso los edificios de los padres y monjas francesas cayeron; dos niñas murieron en las monjas francesas. Los niños salvaron todos y están en el jardín de los padres. Valparaíso es una ruina. Hay cuadras sin una casa, y cuadras enteras incendiadas. No recuerdo el cúmulo de personas aplastadas.

José Manuel Donoso, nuestro primo, había llevado su niño mayor al puerto, y cuando llegó a su casa se encontró con que sacaban los cadáveres de los escombros. Está desesperado.

Hemos sabido que Elena M. de Merino y familia han salvado, pero no sabemos dónde se encuentran. Cómo los escombros deben de cubrir miles de cadáveres el intendente desea que la gente salga cuanto antes porque se temen epidemias por la corrupción del aire.

Ayer tuvimos misa frente a nuestro home, la ofició el señor cura de San José. En la tarde nos confesó a todos, y hoy comulgamos en misa, la que tendremos diariamente. Ese inmenso consuelo, y la fuerza única para afrontar esta situación tan dura y terrible. Dios ha mandado la prueba por [ilegible] y debemos someternos humildemente a su voluntad. Todo el tiempo implorábamos a Dios.

La misma noche del terremoto pasó el padre Castro, superior de los padres franceses, y nos dio la buena noticia de que todos los niños estaban perfectamente

Es increíble la calma que todos han tenido en esta inmensa catástrofe. Dios ha dado fuerzas excepcionales.

Benjamín se portó como hombre. ¡Calma, calma! decía. Ninguno se mueva. Se hizo lo que dijo y nos llevó al umbral de la mampara. Cuando siguió el tremendo y larguísimo remezón, nos llevó al umbral de la puerta de la calle, y cuando se derrumbó a la barraca y todo el edificio de la huerta, dijo: ¡a salvar la vida!

Con paso firme y con toda la calma nos condujo a la Gran Avenida, llevándome del brazo y cuidando, como padre, que todos estuviesen agrupados frente a mí.

Una vez en la Gran Avenida nos acomodó en sofás. Después vino el señor Escobar que ha sido una providencia visible. Demos pues, gracias a Dios por su misericordiosa protección. Nos ha conducido de su mano, nos ha guiado en el peligro y nos ha colmado de beneplácitos, librándonos hasta el más mínimo rasguño.

Aquí somos un campamento con los innumerables niños. Los grandes han comido pan con queso y una taza de café de almuerzo, los niños una taza de caldo. Cada día será más difícil proporcionarse alimento, por eso el señor intendente desea que salga la mayor cantidad de gente que sea posible. ¡Esto es la desolación de las desolaciones! El cementerio es una ruina. Todas las sepulturas hechas pedazos y los cadáveres han subido con las oscilaciones del suelo”.

RELACIÓN DE ALBERTO GUTIÉRREZ,
VALPARAÍSO, 20 DE AGOSTO DE 1906²³⁵

[p. 1] “Momentos antes de las 8 p. m., se sintió un fuerte temblor, pero dio tiempo a salir de las habitaciones. El segundo temblor fue el que ocasionó la catástrofe, y el número de muertos se debe a que muchos de los edificios se cruzaron sobre las calles y sepultaron en las ruinas a la mayor parte de los que perecieron.

La ciudad quedó a oscuras desde el primer momento; de suerte que la primera luz que iluminó ese cuadro indescriptible fue la gran hoguera producida por el incendio del Teatro Nacional, que iba a funcionar esa noche.

En el acto, volvió a iluminar el espacio el incendio de los edificios de cinco pisos de la calle Victoria, de propiedad de los reverendos padres de la Merced. Así fueron sucediéndose los incendios, que en su mayor parte se han extinguido por falta de combustible.

El fuego ha destruido en su totalidad todos edificios de la Avenida Brasil y todos los almacenes de la calle Blanco, con salida a la avenida Errázuriz, hasta la altura de la calle Pudeto.

Los efectos de los terremotos y los incendios han destruido sin exageración, el 90% de los edificios de la parte central de Valparaíso.

Durante el terremoto, según me han referido los guardianes de la avenida Errázuriz, de servicio en ese momento, el mar se retiró más de media cuadra del malecón, a cuya orilla fueron ellos a guarecerse.

Al notar este fenómeno, los guardianes en dirección a los cerros, creyendo que al volver el mar morirían irremediablemente. Pero el mar volvió tranquilo a cubrir el lecho que había abandonado.

Es imposible que sin haber presenciado la catástrofe, pueda tenerse en cuenta el cuadro siniestro que presentaba Valparaíso la noche del 16.

La polvareda de los edificios derrumbados, el resplandor de los incendios en distintos puntos, el grito herido de los que con vida sí, pero inconscientes, imploraban auxilio o misericordia; en una palabra eso que se puede sentir cuando se ve, pero que no se puede describir ni imaginar, fue el drama que la naturaleza representó la memorable noche del jueves último”.

²³⁵ *El Mercurio*, Santiago, 20 de agosto de 1906, p. 1.



Ruina de una de las calles del puerto, 1906. Fuente: Archivo Fotográfico, Dirección de Arquitectura del Ministerio de Obras Públicas.

CARTA DE ARTURO BENAVIDES A ROBERTO PERAGALLO,
VALPARAÍSO, 20 DE AGOSTO DE 1906²³⁶

[p. 2] “Mi querido amigo: comprendo desearía tener noticias de éste, y deseoso de comunicarme con los buenos amigos, le escribo la presente

La catástrofe que Valparaíso ha experimentado es horrorosa: toda idea que se forje es pálida ante la realidad. Habíamos dejado mi casa de Viña del Mar y nos encontrábamos en la casa de la calle Condell media cuadra de la plaza de la Victoria. El jueves pasado Blanca enfermó, estuvo muy grave hasta el 15. Me encontraba en el primer piso cuando vino el terremoto, la tierra se movía que era imposible tenerse en pie.

Pasado el primer remezón subí a ver a Blanca. La encontré en el comedor y vino el otro remezón también fortísimo. Arturito estaba en su cama y lloraba. La luz se había extinguido desde el primer momento.

El señor Carlos Jara Torres y su hermano me fueron a auxiliar. Abrimos con dificultad la pieza de Arturito, y nos encontramos con un hacinamiento de escombros, pero Arturito lloraba; nos procuramos velar y no alumbrándoles los Jara empezaron el salvamento.

Imagínese la dificultad habiéndose caído el techo y uno tabique, pero ellos, exponiendo su vida, emprendieron la tarea. Una viga estaba atravesada sobre su cuna y lo protegía.

Después de grandes esfuerzos lo sacaron ileso pero completamente cubierto de polvo. La cuenca de sus ojos no se conocía ni las ondulaciones de la cara. Nos dirigimos a la plaza con Blanca y el niño.

Al día siguiente, mandé por las niñas a las monjas y quedé reunido con los míos. Todos los edificios se han caído o incendiado, pero la población está acampada en las plazas y avenidas.

Desde ayer se están destruyendo algunos edificios con dinamita. El Teatro de la Victoria, esta mole, cayó en el primer momento. El Espíritu Santo agrietado y con la torre ladeada. En una palabra todo destruido, todo.

Si viene la lluvia sería la catástrofe mayor de los tiempos modernos, pues vendrá el derrumbamiento de los edificios en pie y la población no tendrá donde guarecerse. ¡Qué Dios tenga misericordia de este pueblo! Las autoridades se han portado muy bien. Con algunos escarmientos de fusilar a algunos rateros, no hay robos.

Desde el primer momento se estaban preocupando de los heridos y se atiende lo mejor posible. Se han hecho destruir los licores de manera que no habrá borrachos; el tráfico no se permite sino con limitaciones, se ha armado a muchos jóvenes y bomberos para guardia del orden. Luis Gómez Carreño tiene el mando y manda bien. El intendente al hacer este nombramiento ha hecho un bien inapreciable a la ciudad. Falta agua, pero se trabaja por restablecer las cañerías y se

²³⁶ *El Porvenir*, Santiago, 22 de agosto de 1906, p. 2.

piensa en alumbrar los campamentos con luz eléctrica, no sé, valiéndose de que medios. Los cadáveres, que son muchos y están en todas partes, se ha ordenado recogerlos y quemarlos. Los temblores continúan y algunos muy fuertes”.

CARTA DEL PÁRROCO DE SAN ANTONIO AL DIARIO *EL PORVENIR*,
SAN ANTONIO, 21 DE AGOSTO DE 1906²³⁷

[p. 1] “Solo ahora me resuelvo mandar a Melipilla, pues el empleado del correo y telégrafo huyó de la población a Puerto Nuevo, dejándonos, una semana, ya sin ninguna comunicación, puedo decirle algo del terrible terremoto que arruinó totalmente el puerto de San Antonio.

El primer sacudón lanzó un cerró de arena sobre la plaza, sepultado cinco casas, entre otras la parroquial, y siendo sus víctimas toda la familia Balboa, hermana del cura de Alhué, compuesta de tres hermanas, el marido de una, una, una guagua y una sirviente.

Hay además ocho muertos más. La gente no tiene qué comer, no hay abrigo no hasta ahora nos ha llegado ningún auxilio. No se olvide de pedir para nosotros alguna ayuda, antes que el pueblo perezca de hambre y frío.

Toda la gente está acampada en la hacienda de Llolleo, viviendo en pequeñas casuchas que se han fabricado con los escombros.

Puedo asegurar que, si no hubiera sido que el techo que aquí usan en las casas de zinc, habríamos perecido, no del terremoto, sino de la miseria e indolencia con que nos han abandonado sin prestarnos ningún auxilio.

El que suscribe, valiéndose de gran caridad que tiene el distinguido señor don Vicente García Huidobro, a quien presento lo agradecimientos de todo el pueblo, pudo trasladar el pueblo con los elementos de su hacienda. Llolleo, a otro lugar e instalarlo en donde se encuentra.

El pueblo de San Antonio ha sido abandonado, actualmente está todo inundado por el estero, que lo cortó la arena en su caída. Creo que quedará para siempre el abandono y que el pueblo pensará en establecerse en otro lugar”.

RELACIÓN DE LA REVISTA *ZIG-ZAG*,
SANTIAGO, 26 DE AGOSTO DE 1906²³⁸

[s/p] “Esa noche aciaga del 16, tan llena de horrores y conmovedoras escenas, figurará al lado de los días tétricos de nuestra historia patria.

Los fuertes estremecimientos de la tierra hicieron bambolear las casas como débiles y diminutas construcciones de madera y sus moradores, poseídos del

²³⁷ *El Porvenir*, Santiago, 23 de agosto de 1906, p. 1.

²³⁸ *Zig-Zag*, Santiago, 26 de agosto de 1906, s/p.



Ruinas del Teatro de la Victoria. Fuente: Colección Museo Histórico Nacional.

más espantoso horror, huyeron de los techados en busca de un refugio en donde poder escapar de la catástrofe.

En un momento las calles, las plazas y los paseos, se poblaron de una confusa aglomeración de gente que llenaba el aire con sus desgarradoras imprecaciones de angustia y dolor. Todos creyeron llegada su hora postrera y muchos creyentes, en un acceso de furor religioso, caían de rodillas, invocando el nombre del Hacedor e implorando conmiseración de su infinita bondad, con el recogimiento y el fervor religiosos propios de los instantes supremos.

Era un cuadro desgarrador, imposible de describir el que formaban los aterrizados habitantes de Santiago, bajo un cielo inclemente que llovía a cantaron y sobre un suelo barroso y lleno de agua. Los relámpagos con sus fugaces destellos iluminaban de tiempo en tiempo, la ciudad dando a los rostros, en todos los cuales se advertía una palidez mortal, un tinte lúgubre y extraño. Al mismo tiempo, el cielo cargado de nubes de tempestad, tomó una coloración rojiza.

Este cúmulo de circunstancias que parecían haberse confraguado para sembrar el espanto en esa noche del 16, aumentó la consternación y sobrecogía todos los espíritus. De todas partes se oían imprecaciones dolorosas; ya era un grupo de mujeres que se habían unido instintivamente, ante el peligro, como un rebaño de ovejas en un día de tempestad, el que elevaba en voz alta, una oración incomprensible; ya una madre que nombraba a su hija y pedía su salvación, en medio de un confuso murmullo de plegarias y exclamaciones de dolor. Y mientras tanto, los sacudimientos de la tierra sacudían y aumentaban su intensidad.

Innumerables señoras fueron preses de prolongados síncope y hubo algunas que sufrieron accesos de arrebato y gritaban sin darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor, como verdaderas enajenadas. Muchas huían sin saber dónde refugiarse y corrían cuadras enteras lanzando gritos de horror.

Después del cataclismo la gente quedó poseída de un pánico inconcebible y como las oscilaciones de la tierra continuaban a intervalos, nadie pensó en volver a sus domicilios y acampó esa noche en medio de las calles, de las plazas y los paseos. Felizmente la lluvia torrencial de que fue acompañado el terremoto, cesó una hora después, y dio lugar a que la población pudiese instalar sus alojamientos al aire libre y esperar fuera de sus casas la llegada de un nuevo día”.

CARTA DEL ARZOBISPO DE SANTIAGO MARIANO CASANOVA A GERMÁN RIESCO,
SANTIAGO, 27 DE AGOSTO DE 1906²³⁹

[f. 78] “A las grandes calamidades que ha permitido la divina providencia, empieza a hacerme más dura la crueldad de los hombres, y de varias partes me llegan justísimas quejas. Se ha apoderado de las autoridades subalternas un loco

²³⁹ Archivo Nacional Histórico, Fondo Fernández Larraín, vol. 153, fojas 78-78v.

entusiasmo por destruir, con y sin razón; y yo mismo al llegar al palacio que vi que estaban demolidos, lo que alcancé a detener en parte. Pero clama al cielo la conducta del gobernador de Rengo, y ruego a vuestra excelencia detener su furia irreligión. Yo reclamo alguna instrucción para [f. 78v] que las iglesias no sean demolidas según el capricho del primero que pasa, sino que se dé algún tiempo para salvar lo que sea posible. Será pavor que le agradeceré mucho.

Según los diarios, el gobernador de Rengo es un tirano y piden sea destituido. Yo no puedo decir tal, y quedo confiado en la justicia de vuestra excelencia”.

INFORME DEL PRESBITERO CRISTÓBAL VILLALOBOS AL INTENDENTE DE VALPARAÍSO,
VALPARAÍSO, 1906²⁴⁰

[p. 8] “Una de las primeras órdenes que recibí del señor doctor Grossi, jefe de la Sección de Sanidad, bajo cuya dirección me puse incondicionalmente pocos momentos después del terremoto, fue la de recoger en el templo del Espíritu Santo los cadáveres que se iban trayendo de todas partes a la plaza de la Victoria. A la llegada de cada uno de ellos gran cantidad de gente que creía poder reconocer algún deudo o amigo, y en cada caso se producían escenas conmovedoras que hacían aumentar más el pánico de que todos estaban poseídos. Creo que un número no inferior a cincuenta se recogieron en aquella triste noche y en las primeras horas de la mañana.

La parte más pesada, o mejor dicho, toda la carga fue tomada sobre sí por el activo doctor Grossi, quien no se dio descanso ni de día ni de noche, rodeado de mil atenciones urgentísimas. Me constituí en su cooperador en la pequeña e insignificante parte que pude ayudarle, y como testigo ocular y absolutamente imparcial, puedo decir a vuestra señoría que el nombre de este abnegado caballero debe colocarse al lado de los otros de quienes con tanta justicia la opinión pública y la prensa, hacen cumplidos elogios.

Viendo el sr. Grossi que era trabajo sobrehumano poder atender la Dirección de Sanidad y a la Extracción e Identificación de Cadáveres, me pidió en nombre de vuestra señoría que me hiciera cargo, en calidad de jefe, de esta segunda parte de su sección, en la cual estaba sirviendo yo en calidad de último soldado. La acepté, pero con la condición de proceder en todo de acuerdo con él, como lo he hecho. La primera medida que creyó el sr. Grossi debía adoptarse, fue la de recoger los centenares de cadáveres [p. 9] que se encontraban visibles, produciendo el espanto de los transeúntes.

Después se siguió removiendo escombros con trabajo muy pesado para los abnegados compañeros que acudieron al llamado que hice en nombre de la religión y de la humanidad a dedicarse a esta obra de cristiana caridad. Digo muy

²⁴⁰ Informe reproducido en José Grossi, *Servicio médico de un terremoto (Valparaíso, 16 de agosto de 1906)* (Valparaíso, Litografía e Imprenta Moderna, 1907), pp. 8-9.



El Cardenal en medio de los damnificados. Fuente: Archivo Fotográfico y Digital de la Biblioteca Nacional de Chile.

pesado, porque muchas veces después de medio día de trabajo, resultaba que el cadáver que buscábamos afanosamente en los lugares que indicaban los deudos o vecinos, eran encontrados a media cuadra de distancia de donde le habían ido a sorprender los escombros, o en la carrera de escapada.

Creo que en número de cadáveres enviados a los cementerios, asciende a 1500 más o menos, pues aunque algunos días se decía que habían sepultado 20, 30 o más, era completamente imposible conocer el número exacto, ya que fueron muchas las carretonadas de restos humanos; cabezas, manos, pies de cuerpos que se encontraban unos carbonizados y otros, sobre todo en los últimos días, en completo estado de putrefacción, lo que producía en los que los veían, escenas que la pluma se resiste a describir. Pero, gracias a Dios, no ha habido en la mayor parte de los voluntarios que se dedicaban a esta obra de caridad cristina, la más difícil de las que se registran entre las obras corporales, ni un momento de vacilación, a pesar de estar expuestos cien veces a ser sepultados ellos mismos por los vacilantes escombros, metidos en sótanos infestos, cargando sobre sus hombros restos...que los dejaban con sus ropas y sobre todo con sus olores trasminados durante días y noches, y sin más recompensa que el “Dios se lo pague” de la caridad cristina con que los despedía al caer la tarde, para volver al amanecer del siguiente día a seguir cumpliendo su humanitaria y difícil labor..”.

RELACIÓN DE JOAQUÍN EDWARDS BELLO,
VALPARAÍSO, 1906²⁴¹

[p. 55] “A las 7:45 de la noche se oyó un ruido como de tren avanzando sobre las ciudad. En seguida, vino la primera sacudida, vertical y circular, de cuarenta y cinco segundos. Siguió otro remezón, y un tercero, de sesenta. Eso duró cuatro minutos. A las 8:06 p. m., siguió el segundo terremoto, de un minuto, y poco después, otro más fuerte, de igual duración. Se escuchaba el “santo, santo” por todas partes. Mujeres enloquecidas confesaban pecados a gritos, pero no todos. Siguió temblando durante la noche y al día siguiente. Se contaron cincuenta y seis sacudidas en veinticuatro horas”.

RELACIÓN DE AUGUSTO D’HALMAR,
CONCÓN, 1906²⁴²

[p. 301] “Noche cerrada y sin resquicio para una escapatoria, sulfúricamente caliginosa, de aguacero pertinaz. Cuando amainó aquella interminable y formidable sacudida, los sobrevivientes se preguntaron cuánto tiempo podía haber durado. Alguien lo

²⁴¹ Joaquín Edwards Bello, *Recuerdos de un cuarto de siglo* (Santiago, Editorial Zig-Zag, 1966), p. 45.

²⁴² Augusto D’Halmar, *Recuerdos olvidados* (Santiago, Editorial Nascimento, 1975), pp. 301.



Retrato del comandante Luis Altamirano junto con el Jefe de la Plaza Luis Gómez Carreño, el doctor José Grossi y un capitán en la en la Plaza Victoria de tras el terremoto de 1906. Fuente: Colección Museo Histórico Nacional.



Una esquina de la calle Victoria luego del terremoto. Fuente: Archivo Fotográfico, Dirección de Arquitectura del Ministerio de Obras Públicas.

calculó en una hora; otro habló de tres cuartos; tratando de Cristián de sobreponerse al pavor y mostrarse ecuánime, transigió en unos veinte minutos. Cuatro, habían sido, exactamente, con 50 segundos, lo cual viene a ser o hacer [p. 302] uno de los más prolongados y memorables movimientos sísmicos. Entonces pensó el joven en salvar de incendio aquella casa para él abierta en pleno invierno y, junto con gritarle a Ignacio, el cocinero, que pusiera en salvo las lámparas de petróleo de la cocina, él acudió a la del comedor y, encaramándose en un piso, recién bajaba con ella y salía apenas del umbral, cuando la habitación y el edificio entero hundiéronse con rumor ensordecido, como embotado por tantos estrépitos y resonancias, por vibraciones subterráneas o etéreas o sobrenaturales, agrupados desalados a los pájaros que vuelan y las aves de corral, empujando entre las piernas de las gentes a los perros bravos, haciendo saltar trabas o saltar barreras a potros y toros, presas de un pánico ancestral insuperable y, cosa inesperada, buscando socorro y refugio en regazo humano.

Y siguiéronse las oscilaciones y los derrumbes hasta parecer aquella playa, a la vera de aquellas olas, una embarcación mal anclada, presta a quebrantar amarras. Las marejadas invadían el arenal, no como para arrasarlo, sino para arrancarlo de cuajo. Era como el fin del mundo.

Y era el fin del mundo. Luces tenebrosas, empañadas por la humedad brillantadas por el agua, ascendían hasta Concón Alto. Eran los pescadores de Concón Bajo, sepultado íntegro entre las arenas. Del otro punto cardinal, de Valparaíso, a esa dos de la madrugada del 17 de agosto, despuntó el alba. Era indudablemente el fin del mundo.

Y es que nuestro puerto ardía unánime, como una [p. 303] sola pira, hoguera acrisoladora. ¿De qué había de purificarnos? EL pequeño país novicio, forjado del agua al fuego y del fuego al agua, desaparecía en las entrañas sin entrañas de esta archivieja y resquebrajada aún no curtida corteza terrestre. La naturaleza, con mayúscula, sobreponíase una vez más a la civilización artificial. Todavía volvía a su cauce y ojalá que las mareas pacientemente desplazadas, no recuperan el suyo, su lecho de siempre, pues, en tal caso nos tragaría el mar”.

RELACIÓN DE SERGIO “PINCHO” OJEDA,
SANTIAGO, 1906²⁴³

[p. 12] “En la calle donde vivía mi familia estaban instalando el alcantarillado, la calzada llena de hoyos; llovía torrencialmente y en el momento de los más fuertes sacudones, aquello era un diluvio. Frente a cada casa, enormes pozas de agua.

¡Anda a sacar a Sergito! fue el grito angustioso de mamá a mi tía Sara, mientras ella corría hacia la calle con Mario en los brazos, en medio de las ondulaciones del piso, el sacudimiento de los muros y la vibración y quebrazón de los vidrios. El mundo parecía derrumbarse.

²⁴³ Sergio Ojeda, *Recuerdos de 80 años* (Santiago, Editorial Universitaria, 1986), p. 12.

Doña Elena tuvo suerte, porque en breves segundos estaban en medio de la calle, sin problemas; no así mi tía Sara que, con el nerviosismo del momento, dio un tropezón y fue a dar conmigo en los brazos en una de las tales pozas. En medio del caos, lanzaban unas invocaciones de auxilio, que deben haberse escuchado a diez cuadras a la redonda, ¡y no era para menos! ¡Me ahogo con el niño, me ahogo con el niño! Entre dos de mis tíos, después de muchos esfuerzos, lograron sacarla en vilo de aquel charco de agua barrosa en medio del diluvio. ¡Un susto para no olvidarlo!”.

RELACIÓN DE ALBERTO RIED,
SANTIAGO, 1906²⁴⁴

[p. 47] “Bastó que apareciera en el diario *Las Últimas Noticias* un lacónico mensaje emanado por la Oficina Meteorológica de la Armada, firmado por el capitán Arturo Middleton, para que numerosas personas se sintieran en estado de alamar. El pronóstico de marras había sido escrito por este oficial y decía textualmente: “Pronóstico sobre fenómenos atmosféricos. La sección de meteorología de la dirección del territorio marítimo ha pronosticado fenómenos atmosféricos y sísmicos para el día 16 del presente mes, basado en las siguientes observaciones: el día fijado habrá conjunción de Neptuno con la Luna, y *máximo* de declinación de norte a este. A causa de estas situaciones de los astros, la circunferencia del círculo peligroso pasa por Valparaíso y en el punto crítico formando con la del Sol en las inmediaciones del puerto. Firmado: Arturo Middleton”.

Durante la hora de la comida, tanto mis familiares, como nuestro tío, el almirante Alberto Silva Palma, quien vivía jubilado en nuestra casa, no hicimos otra cosa que hablar del amenazante augurio, que mereció las más duras críticas y repudio de nuestro avezado tío, quien consideró tal pronóstico, como el mayor de los absurdos.

Pese a todo lo dicho y comentado, a las 7:55 de aquella tarde, sobrevino bruscamente el cataclismo, que nos dejó, de inmediato en [p. 48] las tinieblas, que dificultaron nuestra huida hacia una terraza interior, ubicada en el segundo piso de nuestra casa, cuyas murallas y tabiquería se zarandeaban con ciega violencia en medio del relampagueo provocado por la corriente eléctrica del alumbrado bruscamente interrumpido”.

RELACIÓN DE BENJAMÍN SUBERCASEAUX,
SANTIAGO, 1906²⁴⁵

[p. 79] “Eran como las ocho de la noche. Habían anunciado la comida. Daniel junto a su madre observaba como ésta se lavaba las manos en el lavatorio de

²⁴⁴ Alberto Ried, *El llamado del fuego* (Santiago, Cuerpo de Bomberos de Ñuñoa, 2008), pp. 47-48.

²⁴⁵ Benjamín Subercaseaux, *Daniel (niño de lluvia): relato* (Santiago, Ediciones Ercilla, 1942), pp. 79-81.

plaqué. La veía alta y hermosa, escobillándose las uñas con prolijidad. Fue ella quien dijo la primera: Está temblando!.

Daniel no entendía o no recordaba esta palabra. Nada había sentido que mereciera un casillero aparte en la experiencia. Ahora, un leve ruido y algo como una inquietud en las piernas lo hacían alzar la cabeza con mirada interrogante.

¡Mira!, dijo la madre, y señaló la lámpara de gas con sus cuatro tulipas rosadas y sus dos pesas colgantes: la lámpara oscilaba débilmente. De pronto, con una brutalidad contenida, vino un empellón horizontal como una resbalada del piso, tan inesperada, que el pequeño Daniel se aferró al peinador mientras la madre, enloquecida, apoyando una mano sobre la mesa para no caer, estrechaba fuertemente al niño con la otra. El estrépito se hacía general y ensordecedor. ¡Salgan hasta el umbral! ¡El umbral gritaba la tía, que venía arrastrándose con sus muletas y apoyándose en los muros, cada vez más oblicuos. [p. 80] Daniel no sabía que pensar. Su corazón latía con fuerza como si quisiera escapársele. Inconscientemente miraba hacia el cielo enrojecido por ver si caían los astros. Después casi perdió el sentido del tiempo. Recuerda que la tierra, enfurecida, comenzó a dar unos tremendos golpes que parecían desclavar las tablas del piso. La lámpara, violentamente, cogió una cimbra de pared a pared, y una catarata de polvo se desprendió del techo. Un alarido de angustia se elevó de toda la casa y de las vecinas, mientras las paredes y las vigas lanzaban quejidos en cada empellón.

Todo fue tan rápido que Daniel no tuvo tiempo de verlo en la realidad. El último remezón lo había precipitado de cabeza en el ensueño antes de que alcanzara a aferrarse a la vida. Después ha pensado que las muertes súbitas han de ser así: una caída vertiginosa en un horror que nos espanta, pero que nos deja ajenos: algo que le está ocurriendo a los demás.

Fue así que vio al abuelito cogerlo en brazos y, tambaleándose como un ebrio sobre el piso que se contraía y ondulaba, llevárselo hasta el zaguán de la calle. La casa había quedado a oscuras. A la luz incierta de una candileja vio un grupo de personas: la madre, la abuela, la tía, las sirvientas, y una que otra cara desconocida. El abuelo [p. 81] por centésima vez, había vuelto al interior para apagar alguna lámpara olvidada. Seguía temblando y desmoronándose los terrones de polvo. La atmósfera era irrespirable. De la calle venían gritos de auxilio. Se hablaba en voz baja o se lloraba. Aquello seguía y parecía no querer detenerse nunca. ¿Qué ocurrió en Daniel en aquel instante? ¿Será posible que un niño pueda sentir el abandono en que vive el hombre sobre la tierra? Su familia no era exageradamente religiosa. Sin embargo, vuelve a sentir ahora el calor de su espíritu y la lluvia de seguridad lo invadió cuando dijo con voz muy grave: mamá ¿recemos? Estas palabras en boca de un niño parecían la voz del Más Allá: todos se pusieron de rodillas y oraron. Afuera caía una lluvia fina, monótona. Las sacudidas disminuían, solo un ligero vaivén hacía estremecer todavía las puertas y las ventanas. Las noticias comenzaron a circular y las mejillas a recobrar sus colores: en Santiago solo hay heridos. Valparaíso no responde. Valparaíso destruido. Valparaíso ardiendo”.



Aspecto general de las calles del puerto luego del terremoto. Fuente: Archivo Fotográfico, Dirección de Arquitectura del Ministerio de Obras Públicas

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

Abrantes, Manuel, 97
Alcalde, Enrique, 303
Alcedo y Herrera, Dionisio de, 130, 144
Alemparte, José Antonio, 205
Alvarado, Alonso de, 27-28
Amunátegui, Miguel Luis, 14
Anrique, Nicolás, 20
Arago, François, 222
Arancibia, José, 256
Arancibia, Ramón, 291
Aranda, Diego de, 27-28
Arias de Pardo, 36
Armaza, Josefa, 229
Arteaga, Juan José, 212
Azoca, Lope de, 41
Azocar y Quiroga, Isabel, 96

B

Bahamonde, Alonso, 73
Baides, 75
Barra, Gabriela de la, 113
Barreda, Francisco de, 121
Barrio, Paulino del, 15
Barros Arana, Diego, 15, 20
Barros, Alonso, 20
Basauri, Simón de, 45
Bayón, Miguel, 199

Benavides, Arturo, 310
Berenguel, Francisco, 184
Bezanilla, Joaquín, 184
Bilbao, 184
Billing, Luther, 265
Billinghurst, Guillermo, 246, 256
Bladh, Carlos Eduardo, 192
Bobiller, Carlos, 18
Bokenham, 246, 256
Boussingault, Jean Baptiste, 222
Boza, Ramón, 197, 200
Brand, 176
Bravo de Saravia, Miguel, 184
Briceño, José Antonio, 184
Briseño, Ramón, 20
Brown de Jackson, Anita, 307
Brown, Guillermo, 307
Brown, María Teresa, 307
Brüggen, Juan, 19
Brunet, Adolfo, 307
Bulnes, Manuel, 197
Burmeister, Hermann, 233
Bustamante, José Domingo, 198
Bustos Navarrete, Julio, 18
Byron, John, 145

C

Caballero, Juan, 225
Cabiedes, 81

Caldcleugh, Alexander, 207

Calderón, M., 34-35

Canales de la Cerda, Tomás, 109

Cancino, Elena, 73

Cano y Aponte, Gabriel, 114

Cañas, Alejandro, 16

Cañol, Manuel, 184

Carminati, Tomás de, 147

Carrasco de Saavedra, Bernardo, 101

Carrillo, 179

Carvalho de Merino, Enriqueta, 306

Carvalho y Goyeneche, Vicente, 143

Carvalho, Federico, 307

Carvalho, Rosita, 307

Casanova, Mariano, 313

Castresana, Manuel Guillermo, 246

Castro, 307

Caz, Martín de, 28

Cimbrón, Dionisio, 90-91, 97

Cisternas, Marco, 20

Cobo, Bernabé, 47

Cochrane, Thomas, 190

Conchalí, Inocencio, 15

Cood, 175, 176

Córdoba y Figueroa, Pedro de, 27

Córdoba, Diego de, 86

Córdoba, Valentín de, 83

Cornejo, Martín, 83

Cortés, Francisco, 81

Cortés, Leonardo, 36

Cueva, Nicolás de la, 57

Cuevas, Luis de las, 83

Ch

Chacón de Quiroga, Antonio, 80

Chacón, Antonio de, 85

Chaigneau, Federico, 296

D

D'Halmar, Augusto, 316

Darwin, Charles, 212

Devés Freres, 246

Díaz, Diego, 27, 28

Dixie, Florence, 295

Donoso, Enrique, 18

Donoso, José Manuel, 307

Doty, 258

Dublé Almeida, Diego, 295

Dubois, 252

Dyer, 266

E

Echeverría, Joaquín de, 181

Edwards Bello, Joaquín, 316

Edwards, Joaquín, 225

Eraso, Juan de, 73

Escandón, Antonio Francisco de, 117, 128, 131

Esclavón, Nicolás, 36

Escobar, Gregorio, 306

Espejo, Francisco de, 152

Eyzaguirre, José Alejo de, 182-183

Eyzaguirre, José Ignacio de, 183

Eyzaguirre, María Juana de, 182

F

Fernández de Heredia, Antonio, 81

Fernández de Herrera, Antonio, 85

Ferreiros y Herrera, Demetrio, 240, 247

Ferreiros, Carlos, 250, 251

Feyjó Pedro, 34

Figueroa y de la Cerda, Bernardino, 85

Figueroa, Martín, 289

Fitz Roy, Robert, 213

Flores Lisperguer, Nicolás, 81
Freire, Nicolás, 247
Fuente, Vicente G de la, 244

G

Gálvez, Francisco de, 37
García Huidobro, Carlos, 16
García Huidobro, Vicente, 311
García Villamil, Alonso, 45
Gay, Claudio, 15, 222
Gildemaister, J, 246
Gillis, James, 258
Godoy, Manuel, 171
Gómez de Lagos, 27-28
Gómez de Vidaurre, Felipe, 9, 154
Gómez Pardo, Pedro, 62
Gómez, Luis, 303, 310
Góngora y Marmolejo, Alonso de, 25, 29
González Chaparro, Juan, 68
González de Agüeros, Pedro, 143
González de Güemes, Pedro, 85
González Vélez, 246
González, Domingo, 204
González, Luis, 53
Gorigoitía, Nicolás, 11
Gormaz, Diego, 184
Graham, María, 179
Greenhalgh, 216
Greve, Federico, 19
Grossi, 314
Guido, Tomás, 175
Gutiérrez de Espejo, Pedro, 109
Gutiérrez de Valdivia, Francisco, 27
Gutiérrez, Alberto, 308
Gutiérrez, Pedro, 28
Guzmán, Antonio de, 73
Guzmán, Joseph de, 81

H

Harnecker, Otto, 285
Haysworth, 246
Heredia, Antonio de, 72, 84
Hernández Parker, Luis, 19
Herrera, Carlos, 243, 247, 251
Herrera, Francisco de, 73
Heuland, Cristiano, 171
Hogers, 200
Huelva, Fernando de, 27-28
Huerta, Juan de la, 64, 85

I

Ihl, Pablo, 19
Irrarázaval y Andía, 130

J

Jara Torres, Carlos, 310
Jara, Diego, 73
Jauregui y Carrera, Melchor de, 127
Jhonson, 243
Johnson, M L, 258
Juppen, Guillermo, 256
Juppen, M, 246

K

Karzulovic, Juan, 19
Kay, Jhon, 216

L

Lafond de Lucy, Gabriel, 188
Lafuente, 256
Lago, Luis de, 83
Lagos, Marcelo, 20
Lambert, Carlos, 226
Lancashire, 216

Lanza, Carlos, 20
 Lazale, Enrique, 192
 Le Gentil, Barbinais, 107
 León Portocarrero, Pedro de, 49
 León, S., 272
 Lerpa, Miguel del, 63
 Letelier, Valentín, 287
 Lillo de la Barrera, Pedro, 80
 Lisperguer, Juan Rodolfo, 73
 Lizárraga, Reginaldo de, 51
 Lobera, Pedro de, 39
 Lomnitz, Cinna, 19
 Longueville, Richard, 191
 López Pintado, Manuel, 131
 López, Bartolomé, 81
 López, Fernando, 244
 Lozano, Antonio, 27-28
 Lozier, Ambrosio, 212
 Lubren, Luis, 233
 Luco, Alberto, 299

M

Macera, 74
 Mancilla, Luis, 223
 Manns, Patricio, 20
 Manso de Velasco, José Antonio, 152
 Manso, Joseph, 144
 Marán, Francisco José de, 171
 Mariño de Lobera, Pedro, 38
 Márquez de la Plata, Manuel, 190
 Martín de Toledo, Antonio, 144
 Martínez de Peralta, Diego, 27
 Martínez, José, 176
 Matta, Guillermo, 280
 Melgarejo, Juan, 226
 Mellafe, Rolando, 21
 Merino, Elena M de, 307

Merino, María, 306
 Middleton, Arturo, 320
 Molina, 216
 Molina, Cosme de, 34
 Molina, Juan Ignacio, 9, 153
 Molina, Leonardo de, 84
 Montessus de Ballore, Fernando, 7, 16, 18
 Montt, José María, 229
 Montt, Manuel, 272
 Montt, Pedro, 16
 Moraga, Fernando de, 60
 Moraga, Lorenzo de, 73, 83
 Moraleda, Juan Manuel de, 169
 Morante, J de D, 299
 Moreno, Pedro, 144
 Moyano, Pedro, 76
 Mújica, Martín de, 59, 65, 82, 85
 Murúa, Martín de, 50

N

Navarro, Marcos, 73
 Navarro Santaella, Juan, 152
 Neira, Andrés de, 83
 Nugent, Gorge H, 252
 Núñez de Peralta, Diego, 28

O

O'Higgins, Bernardo, 180, 191-192
 Ocaña, Diego de, 49
 Ojeda, Sergio "Pincho", 319
 Olave, Hernán, 19
 Olivares, Miguel de, 127
 Onetto, Mauricio, 11, 21
 Ordóñez de Cárdenas, Juan 76
 Ordóñez Delgadillo, Pedro, 34
 Ordoño de Aguirre, 45
 Ortega, Pedro de, 86

Ortiz de Rozas, Domingo, 147, 149, 151
 Ovalle, Alonso de, 68, 74
 Ovalle, Francisco de, 76

P

Pantoja, Pedro, 27-28
 Peragallo, Roberto, 310
 Pérez Rosales, Vicente, 194
 Perochena, José de, 109
 Perrey, Alexis, 20
 Petit-Breuilh, María Eugenia, 11, 22
 Pinto, Aníbal, 257
 Piwonka, Gonzalo, 21
 Pizarro, Cristóbal, 73
 Polanco de Santillana, Nicolás, 67, 82, 85
 Porter Casanate, Pedro, 91-92, 95
 Pozo y Silva, Alonso del, 120
 Prego, Dimas, 34
 Prieto, Manuel, 198
 Prince, 191

Q

Quiroga, Ana de, 60, 73
 Quiroga, Rodrigo de, 38

R

Ramírez, Francisco Javier, 95
 Ramón, Emma de, 21
 Recabarren, Margarita Josefa, 150
 Redondo, Pedro Martín, 34
 Rey y Riesco, Ignacio, 240, 247
 Reyes, Mariano, 243, 247, 251
 Ried, Alberto, 320
 Riesco, Germán, 303, 313
 Riquelme, Daniel, 15
 Rivera, Lorenzo, 256

Rivera, Matías de la, 99
 Roco de Carvajal, Juan, 73
 Rodríguez, José Antonio, 181
 Rodríguez, Simón, 212
 Rogers, Juan Tomás, 297
 Rojas y Fuentes, José Basilio, 95
 Rojas, Diego de, 36
 Román, Manuel, 247, 251
 Romero, Fernando, 27-28
 Romo, Antonio, 148
 Rosales, Diego de, 92
 Rosario y Azoca, María Magdalena del, 62
 Ruíz de Gamboa, Martín, 37

S

Saint Amand, Pierre, 19
 Salamanca, Manuel de, 113, 118, 131, 133
 Salas, José Hipólito, 260
 Santa Cruz, Ignacio de, 109
 Santa María, Pedro, 256
 Seco, Francisco, 125
 Segura, Gerónimo de, 73
 Señoré, L, 238
 Serrano, Ramón, 296
 Silva Palma, Alberto, 320
 Silva, Gregorio de, 73
 Silva, Ignacio, 20
 Silva, Miguel de, 60, 73
 Silva, Venancio, 272
 Simpson, Juan M, 296
 Sobrecasas, Juan Francisco, 152
 Solar, Miguel del, 113
 Soloaga, Gerónimo de, 73
 Solórzano y Velasco, Alonso de, 89
 Soruco, Pascual, 246
 Soto y Aguilar, Agustín de, 148-149
 Soto, Carlos de, 149

Soza, Francisco, 172
Stewart, 175-176
Stuardo, José, 238
Stuyvesant, M.S., 260
Subercaseaux, Benjamín, 320
Sutcliffe, Thomas, 210, 216

T

Tagle, Carlos, 271
Taulis, Enrique, 18
Thomson, Diego, 190
Thurn, Carlos, 185
Toribio Medina, José, 10
Toro Mazote, Manuel de, 85
Torres de Vera, Juan, 27-28
Torres Reinoso, 53
Torres, Bernardo de, 92
Turner, T, 262

U

Ulloa, Francisco de, 73
Unzurrunzaga, Manuel, 204
Urbina, Francisco de, 73
Uriona, Santiago de, 36
Urriola, 230
Urrutia, Rosa, 20

V

Valdivia, Pedro de, 143
Valdivieso, Rafael Valentín, 229
Valenzuela, Francisco de, 36

Valenzuela, Jaime, 21
Valladares, García de, 90
Vallejo, José Joaquín, 176
Varas, Juan Nicolás, 171
Vázquez de Espinoza, Antonio, 55
Venegas, Juan de, 73
Vera, Laureano de, 90
Vergara Carvajal, Alonso de, 45
Vergara, Isidoro, 219-220
Vergara, José Ignacio, 272, 274
Veyl, Carlos, 19
Vicuña Mackenna, Benjamín, 15, 20, 230
Vicuña, Tomás, 183
Vidal Gormaz, Francisco, 272, 292
Viedma, José de, 73
Villalobos, Cristóbal, 314
Villanueva, M de, 246
Villarroel, Gaspar de, 14, 61, 63, 70, 75, 85
Vives, Juan, 219

W

Watanabe, Takeo, 19
Weischet, Wolfgang, 19
Williamson, Juan, 268
Winslow, 252

Z

Zabala, Ascencio de, 85
Zañartu, Manuel, 206
Zapata, Jorge, 85
Zenteno, José Ignacio, 185

ÍNDICE

Presentación.....	9
Antecedentes para un estudio “telúrico” en Chile.....	13
La historiografía chilena sobre los terremotos	14
Siglo XVI	
8 de febrero de 1570, Penco	25
Relación del cronista Alonso de Góngora y Marmolejo, 1570	25
Relación de los miembros del cabildo de Concepción, Con- cepción, 1570.....	26
Relación del maestro de campo Pedro de Córdoba y Figueroa, 1570.....	27
17 de marzo de 1575, Santiago	29
Relato del cronista Alonso de Góngora y Marmolejo, 1575	29
16 de diciembre de 1575, La imperial	31
Relato anónimo, Valdivia, 16 de diciembre de 1575	31
Relación anónima, Valdivia, 1575	32
Carta de Pedro Feyjó al licenciado M. Calderón, Valdivia, 28 de diciembre de 1575.....	34
Carta del cabildo de la Imperial al licenciado M. Calderón, La Imperial, 8 de enero de 1576	35
Carta del Martín Ruíz de Gamboa al Rey, Concepción, 12 de febrero de 1576.....	37
Carta de Francisco de Gálvez al Rey, Santiago, 21 de febrero de 1576	37
Relación del gobernador Rodrigo de Quiroga, Santiago, 26 de febrero de 1576.....	38
Relación del cronista Pedro Mariño de Lobera, 1575	38
7 de agosto de 1580, Santiago.....	41
Carta de Lope de Azoca al Rey, Santiago, 11 de agosto de 1580.....	47
Siglo XVII	
24 de noviembre de 1604, San Marcos de Arica.....	45
Acuerdo del corregidor y de los oficiales reales, Arica, 5 de di- ciembre de 1605.....	45
Relación del cronista jesuita Bernabé Cobo, 1604	47

Relación de Pedro de León Portocarrero, 1604.....	49
Relación del fraile Jerónimo Diego de Ocaña, 1604.....	49
Relación del fraile mercedario Martín de Murúa, 1604	50
Relación del fraile dominico Reginaldo de Lizárraga, 1604	51
16 de septiembre de 1615. Arica.....	53
Informe de Torres Reinoso al virrey del Perú, Arica, 23 de sep- tiembre de 1615	53
Acuerdo de Gobierno, Arica, 1 de septiembre de 1621.....	53
1618 (sin día ni mes. Arica)	55
Relato del cronista carmelita Antonio Vázquez de Espinosa, 1681	55
6 de septiembre de 1643. Santiago.....	57
Relación de los miembros del cabildo de Santiago, Santiago, 7 de septiembre de 1643	57
13 de mayo de 1647. Santiago	59
Carta de la audiencia al gobernador Martín de Mujica, San- tiago, 15 de mayo de 1647.....	59
Carta de los religiosos de San Agustín al rey, Santiago, 21 de mayo de 1647	61
Carta de la religiosa del convento de la Limpia Concepción María Magdalena del Rosario y Azoca al Rey, Santiago 22 de mayo de 1647	62
Carta de Pedro Gómez Pardo al Rey, Santiago, 22 de mayo de 1647	62
Carta del tesorero de audiencia Miguel del Lerpa al Rey, San- tiago, 23 de mayo de 1647	63
Carta del fiscal de la audiencia Juan de la Huerta al Rey, San- tiago, 25 de mayo de 1647	64
Carta del gobernador Martín de Mujica al Rey, Concepción, 28 de mayo de 1647.....	65
Carta del oidor Nicolás Polanco de Santillana al Rey, Santia- go, 7 de junio de 1647	67
Carta del padre Juan González Chaparro al padre Alonso de Ovalle, Lima, 13 de junio de 1647	68
Carta del obispo de Santiago fray Gaspar de Villarroel al Con- sejo de Indias, Santiago, 9 de julio de 1647.....	75
Relación del escribano del cabildo de Santiago Manuel de To- ro Mazote, Santiago, 1647.....	85
Relación del cronista franciscano fray Diego de Córdoba, 1647.....	000
15 de marzo de 1657, Penco.....	89
Relación de los miembros del cabildo de Santiago, Santiago, 17 de marzo de 1657	89

Relación del oidor Alonso de Solórzano y Velasco al Rey, Santiago 2 de abril de 1657	89
Carta de don García de Valladares y Laureano de Vera al Rey, Concepción, 8 de abril de 1657.....	90
Carta del obispo de Concepción Dionisio Cimbrón al Rey, Concepción, 27 de abril de 1657	91
Carta de la audiencia de Santiago al Rey, Santiago, 9 de junio de 1657	91
Carta del gobernador Pedro Porter Casanate al Rey, Concepción, 12 de julio de 1659	91
Relación del cronista agustino Bernardo de Torres, 1657.....	92
Relato del cronista jesuita Diego de Rosales, 1657.....	92
Relación del cronista José Basilio Rojas y Fuentes, 1657.....	95
Relación del cronista franciscano Francisco Javier Ramírez, 1657.....	95
10 de marzo de 1681, Arica	99
Relación del archivo de la ciudad, Arica, 10 de marzo de 1681	99
9 de julio de 1690, Santiago	101
Carta pastoral del obispo de Santiago Bernardo Carrasco de Saavedra, Santiago, 13 de julio 1690.....	101
Relación de los miembros del cabildo de Santiago, Santiago, 15 de julio de 1690.....	101
(Entre el 29 de octubre y el 4 de noviembre) de 1691, Santiago.....	103
Relación de los miembros del cabildo de Santiago, Santiago, 9 de noviembre de 1691	103
SIGLO XVIII	
1715, Arica.....	107
Relato del capitán Barbinais Le Gentil, 1715.....	107
24 de mayo de 1722, Santiago.....	109
Relación de los miembros del cabildo de Santiago, Santiago, 26 de mayo de 1722.....	109
20 de noviembre de 1727, Santiago.....	111
Relación de los miembros del cabildo de Santiago, Santiago, 23 de noviembre de 1727	111
8 de julio de 1730, Valparaíso	113
Carta de Manuel de Salamanca, Concepción, 10 de julio de 1730	113
Relación de los miembros del cabildo de Santiago, Santiago, 19 de julio de 1730	114
Carta del gobernador Gabriel Cano y Aponte al virrey del Perú, Santiago, 20 de julio de 1730.....	114
Carta del obispo de Concepción Francisco de Antonio Escandón al Rey, Concepción 20 de agosto de 1730	117

Relación de los miembros del cabildo de Concepción, Concepción, 3 de enero de 1731	120
Informe del obispo de Santiago Alonso del Pozo y Silva al Rey, Santiago, 20 de febrero de 1731.....	120
Relación de <i>La Gaceta de México</i> , abril de 1731.....	124
Carta del religioso franciscano Francisco Seco al Rey, Santiago, 12 de agosto de 1731	125
Carta del cura Melchor de Jáuregui y Carrera al Rey, La Serena, 14 de abril de 1733	127
Relación del cronista jesuita Miguel de Olivares, 1730.....	127
Relación del historiador Dionisio de Alcedo y Herrera, 1730	130
Relación anónima, 1730	131
4 de diciembre de 1737, Valdivia.....	143
Relación de sacerdote franciscano Pedro González de Agüeros, 1737	143
Relación del cronista Vicente Carvallo y Goyeneche, 1737	143
Relación del historiador Dionisio de Alcedo y Herrera, 1737.....	144
22 de abril de 1742, archipiélagos de los Chonos	145
Relato del capitán John Byron, 1742	145
24 de mayo de 1751, Penco	147
Carta de Tomás de Carminati al gobernador Domingo Ortiz de Rozas, Arauco, 25 de mayo de 1751	147
Carta del gobernador Domingo Ortiz de Rozas al virrey del Perú, Santiago, 28 de mayo de 1751	148
Carta de Agustín de Soto y Aguilar al gobernador Domingo Ortiz de Rozas, Chillán, 29 de mayo de 1751	149
Carta de la abadesa de las Monjas Trinitarias Rita de Santa Gertrudis al gobernador Domingo Ortiz de Rozas, Concepción, mayo de 1751	149
Carta de Margarita Josefa de Recabarren a su hermano Joseph, Santiago 7 de junio de 1751.....	150
Segunda carta del gobernador Domingo Ortiz de Rozas al virrey del Perú, Santiago, 5 de julio de 1751.....	151
Carta virrey José Antonio Manso de Velasco al marqués de la Ensenada, Lima 11 de Agosto de 1751	152
Relación de Juan Francisco Sobrecasas, Juan Fernández, 1751	152
Relación del abate Juan Ignacio Molina, 1751	153
Relato del cronista jesuita Felipe Gómez de Vidaurre, 1751	154
Relación anónima (1), 1751	155
Relación anónima (2), 1751	160
11 de febrero de 1787. San Carlos de Castro	169
Relato de José Manuel de Moraleda, 1787	169

30 de marzo de 1796, Copiapó	171
Carta de Cristiano Heuland a Manuel Godoy, Santiago, 14 de de junio de 1796	171
Carta del cura Juan Nicolás Varas al obispo Francisco José de Marán, La Serena, 1796.....	171
SIGLO XIX	
3, 4 y 11 de abril de 1819, Copiapó.....	175
Relación del <i>El Telégrafo</i> , Santiago, 7 de mayo de 1819.....	175
Relación de Tomás Guido, Santiago, 9 de mayo de 1819.....	175
Relación de José Joaquín Vallejo, 1819.....	176
19 de noviembre de 1822, Valparaíso	179
Relato de María Graham, Quintero, 20 de noviembre de 1822.....	179
Relato de Bernardo O'Higgins, Valparaíso, 20 de noviembre de 1822.....	180
Relación de Joaquín de Echeverría y José Antonio Rodríguez, Santiago, 22 de noviembre de 1822.....	181
Carta de María Juana de Eyzaguirre a José Alejo de Eyzagui- rre, Santiago, 28 de noviembre de 1822.....	182
Carta de José Ignacio de Eyzaguirre a José Alejo de Eyzagui- rre, Santiago, 28 de noviembre de 1822.....	183
Carta de Miguel Bravo de Saravia a su hijo, Illapel, 1 de di- ciembre de 1822.....	184
Relación del <i>Mercurio de Chile</i> , Santiago, 2 de diciembre de 1822	185
Carta de Carlos Thurn a José Ignacio Zenteno, Valparaíso, 30 de diciembre de 1822	185
Relato de Gabriel Lafond de Lucy, Valparaíso, 1822	188
Relato de Lord Thomas Cochrane, Valparaíso, 1822	190
Relación de Diego Thomson, 1822.....	190
Relación de Richard Longueville, 1822	191
Relación de Carlos Eduardo Bladh, Santiago, 1822	192
Relación de Vicente Pérez Rosales, Santiago, 1822	194
20 de febrero de 1835. Concepción	197
Informe de Manuel Bulnes al ministro de guerra, Los Ánge- les, 20 de febrero de 1835.....	197
Relato del intendente de Concepción Ramón Boza, Concep- ción 20 de febrero de 1835.....	197
Informe de Manuel Prieto al intendente de la provincia, Chi- llán, 20 de febrero de 1835.....	198
Informe de José Domingo Bustamante al ministro del Interior, Talca, 22 de febrero de 1835.....	198
Informe de Miguel Bayón al intendente de la provincia, Tal- cahuano, 28 de febrero de 1836.....	199

Relación del intendente de Concepción Ramón Boza, Concepción, 5 de marzo de 1835	200
Relación anónima, Chillán, 5 de marzo de 1835	203
Carta de fray Domingo González a fray Manuel Unzuñunza- ga, Chillán, 25 de marzo de 1835	204
Relación de Manuel Zañartu, Los Ángeles, 2 de abril de 1835	206
Relación de Alexander Caldcleugh, Santiago, 12 de junio de 1835.....	207
Informe de Ambrosio Lozier, Simón Rodríguez y Juan José Arteaga a la intendencia de la provincia, Concepción, 13 de agosto de 1835.....	212
Relación de Charles Darwin, 1835	212
Relación de Robert Fitz Roy, 1835	213
Relación de Thomas Sutcliffe, 1835.....	216
7 de noviembre de 1837, Valdivia	219
Informe Isidoro Vergara al intendente de Concepción, Valdi- divia, 7 de noviembre de 1837	219
Informe del intendente de Chiloé Juan Vives, Ancud, 21 de noviembre de 1837	219
Informe del intendente de Valdivia Isidoro Vergara al Supre- mo Gobierno, Valdivia, 24 de noviembre de 1837	220
Carta de Claudio Gay a Françoise Arago, Los Andes, 18 de di- ciembre de 1837	222
Relación del padre Luis Mancilla, 1837	223
28 de noviembre de 1849, Coquimbo	225
Informe del subdelegado marítimo de Coquimbo Juan Caballe- ro al ministro del interior, Coquimbo, 18 de noviembre de 1849	225
Carta Juan Melgarejo al ministro del Interior, La Serena, 29 de noviembre de 1849	226
2 de abril de 1851, Casablanca	229
Relación del arzobispo de Santiago Rafael Valentín Valdivieso, Santiago, 3 de abril de 1851	229
Carta de Josefa Armaza a su hijo José María Montt, Santiago, 9 de abril de 1851.....	229
Relación del historiador Benjamín Vicuña Mackenna, 1851	230
7 de noviembre de 1857	231
Relación de El Minero, Copiapó, 7 de noviembre de 1857	231
5 de octubre de 1859, Copiapó.....	233
Carta del superintendente Luis Lubren a los directores del fe- rrocarril de Copiapó, Copiapó, 1859.....	239
Relación de Hermann Burmeister, Copiapó, 1859	239

13 de agosto de 1868, Arica	237
Relación anónima, Talcahuano, 14 de agosto de 1868	237
Informe de L. Señoré al intendente, Constitución, 14 de agosto de 1868.....	238
Informe de José Stuardo al intendente de la provincia, Tomé, 14 de agosto de 1868	238
Carta Anónima, Carrizal Bajo, 14 de agosto de 1868.....	239
Carta del cónsul Ignacio Rey y Riesco al ministro de Relacio- nes Exteriores de Chile, Arica, 15 de agosto de 1868.....	240
Carta enviada a los editores de <i>El Comercio de Lima</i> , Arica, 15 de agosto de 1868	241
Carta de Fernando López a Vicente G. de la Fuente, Pisagua, 15 de agosto de 1868	244
Carta de M. de Villanueva a Manuel Guillermo de Castres- ana, Arica, 16 de agosto de 1868.....	246
Carta del prefecto de Moquegua Nicolás Freire al ministro de gobierno, Arica, 16 de agosto de 1868.....	247
Informe del comandante interino de la corbeta América Car- los Ferreyros al comandante general de Marina del Perú, Ari- ca, 16 de agosto de 1868.....	250
Informe del vicecónsul George H. Nugent al ministerio de Re- laciones Exteriores de Gran Bretaña, Arica, 16 de agosto de 1868	252
Carta de don José Arancibia a los señores Lafuente y Sobri- nos, Iquique, 16 de agosto de 1868	256
Relación de Aníbal Pinto al rector de la Universidad de Chile, Concepción, 19 de agosto de 1868.....	257
Informe del comandante del <i>Wateree</i> James Gillis al secretario de Estado de la Armada de los Estados Unidos, Arica, 20 de agosto de 1868.....	258
Edicto pastoral del obispo de Concepción José Hipólito Salas, Concepción, 1 de septiembre de 1868	260
Informe del comandante T. Turner al secretario de Estado de la Armada de Estados Unidos, Callao, 3 de septiembre de 1868	262
Relación de Luther Billing, Arica, 1868	265
Relación de Juan Williamson, Iquique, 1868.....	268
7 de julio de 1873, Valparaíso	271
Carta de Carlos Tagle al ministro del Interior, La Ligua, 8 de julio de 1873.....	271
Carta de S. León al ministro del Interior, Petorca, 9 de julio de 1873	272
Carta de Manuel Montt a Venancio Silva, Santiago, 9 de julio de 1873	272

Carta de Francisco Vidal Gormaz a José Ignacio Vergara, Santiago, 25 de julio de 1873.....	272
Relación de José Ignacio Vergara, 1873.....	274
9 de mayo de 1877, Iquique.....	277
Informe del prefecto de Tarapacá al director de Gobierno, Iquique, 10 de mayo de 1877.....	277
Carta anónima, Iquique, 10 de mayo de 1877.....	278
Carta de Guillermo Matta al ministro del Interior, Copiapó, 10 de mayo de 1877.....	280
Segundo informe del prefecto de Tarapacá al director de Gobierno, Iquique, 11 de mayo de 1877.....	280
Relación del gobernador de las guaneras de Pabellón de Pica, 12 de mayo de 1877.....	281
Relación de <i>El Nacional de Lima</i> , Arica, 13 de mayo de 1877.....	283
Relación de <i>El Comercio de Lima</i> , Pisagua, 19 de junio de 1877.....	283
Carta anónima, Iquique, 1877.....	285
Relato de Otto Harnecker, Tocopilla, 1877.....	285
Relato de Valentín Letelier, Copiapó, 1877.....	287
Relación anónima, Cobija, 1877.....	290
Relación de Ramón Arancibia, Antofagasta, 1877.....	291
Relación de Francisco Vidal Gormaz, 1877.....	292
1 de febrero de 1879, Punta Arenas.....	295
Relación del gobernador de Magallanes Diego Dublé Almeida, 1879.....	295
Relación de Florence Dixie, 1879.....	295
Relación de los oficiales de la corbeta <i>Magallanes</i> Juan M. Simpson y Federico Chaigneau, 1879.....	296
Relación del teniente Ramón Serrano, 1879.....	296
Relación del explorador Juan Tomás Rogers, 1879.....	297
15 de agosto de 1880, Illapel.....	299
Informe de Alberto Luco al ministro del Interior, Petorca, 19 de agosto de 1880.....	299
Informe de J. de D. Morante al ministro del Interior, Illapel, 20 de agosto de 1880.....	299
SIGLO XX	
16 de agosto de 1906, Valparaíso.....	303
Carta del intendente de Valparaíso Enrique Alcalde a German Riesco, Valparaíso, 18 de agosto de 1906.....	303
Relación de <i>La Voz de Petorca</i> , Petorca, 19 de agosto de 1906.....	306
Carta de Enriqueta Carvallo de Merino a su hija María Merino, Valparaíso, 20 de agosto de 1906.....	306
Relación de Alberto Gutiérrez, Valparaíso, 20 de agosto de 1906.....	308

Carta de Arturo Benavides a Roberto Peragallo, Valparaíso, 20 de agosto de 1906	310
Carta del párroco de San Antonio al diario <i>El Porvenir</i> , San Antonio, 21 de agosto de 1906	311
Relación de la revista <i>Zig-Zag</i> , Santiago, 26 de agosto de 1906	311
Carta del arzobispo de Santiago Mariano Casanova a Germán Riesco, Santiago, 27 de agosto de 1906	313
Informe del presbítero Cristóbal Villalobos al intendente de Valparaíso, Valparaíso, 1906.....	314
Relación de Joaquín Edwards Bello, Valparaíso, 1906	316
Relación de Augusto D'Halmar, Concón, 1906	316
Relación de Sergio "Pincho" Ojeda, Santiago, 1906	319
Relación de Alberto Ried, Santiago, 1906	320
Relación de Benjamín Subercaseaux, Santiago, 1906.....	320
Índice onomástico	323

EDICIONES
DE LA
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA

TÍTULOS PUBLICADOS

1990-2016

40 años, 40 historias. Exiliados chilenos y solidaridad en Holanda (Santiago, 2015, 193 págs.).

A 90 años de los sucesos de la escuela Santa María de Iquique (Santiago, 1998, 351 págs.).

Adler Lomnitz, Larissa, *Lo formal y lo informal en las sociedades contemporáneas* (Santiago, 2008, 404 págs.).

Álbum *de Isidora Zegers de Huneeus*, con estudio de Josefina de la Maza, edición en conmemoración del bicentenario de la Biblioteca Nacional de Chile (Santiago, 2013).

Alcázar Garrido, Joan de, *Chile en la pantalla. Cine para escribir y enseñar la historia (1970-1998)* (Santiago, 2013, 212 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, tomo I, 347 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, tomo II, 371 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, tomo III, 387 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, tomo IV, 377 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, tomo V, 412 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2001, tomo VI, 346 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2001, tomo VII, 416 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2002, tomo VIII, 453 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2002, tomo IX, 446 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2002, tomo X, 462 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2003, tomo XI, 501 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005, tomo XII, 479 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005, tomo XIII, 605 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005, tomo XIV, 462 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005, tomo XV, 448 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, tomo XVI, 271 págs.).

Bascuñán E., Carlos, Magdalena Eichholz C. y Fernando Hartwig I., *Naufragios en el océano Pacífico sur* (Santiago, 2003, 866 págs.).

Bascuñán E., Carlos, Magdalena Eichholz C. y Fernando Hartwig I., *Naufragios en el océano Pacífico sur*, 2ª edición (Santiago, 2011, tomo I, 838 págs.).

Bascuñán E., Carlos, Magdalena Eichholz C. y Fernando Hartwig I., *Naufragios en el océano Pacífico sur* (Santiago, 2011, tomo II, 940 págs.).

- Bauer, Arnold, *Chile y algo más. Estudios de historia latinoamericana* (Santiago, 2004, 228 págs.).
- Blest Gana, Alberto, *Durante la Reconquista. Novela histórica* (Santiago, 2009, 926 págs.).
- Bianchi, Soledad, *La memoria: modelo para armar* (Santiago, 1995, 275 págs.).
- Biblioteca de Fundamentos de la Construcción de Chile, cien volúmenes disponibles en www.centrobarrosarana.cl (Santiago, 2007-2013). En preparación.
- Caffarena Barcenilla, Paula, *Viruela y vacuna. Difusión y circulación de una práctica médica. Chile en el contexto hispanoamericano 1780-1830* (Santiago, 2016, 232 págs.).
- Cartes Montory, Armando, *BIOBÍO. Bibliografía histórica regional* (Santiago, 2014, 358 págs.).
- Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, *La época de Balmaceda. Conferencias* (Santiago, 1992, 123 págs.).
- Contreras, Lidia, *Historia de las ideas ortográficas en Chile* (Santiago, 1993, 416 págs.).
- Cornejo C., Tomás, *Manuela Orellana, la criminal. Género, cultura y sociedad en el Chile del siglo XVIII* (Santiago, 2006, 172 págs.).
- Chihuailaf, Elicura, *El azul de los sueños* (Santiago, 2010, 193 págs.).
- Devés Valdés, Eduardo, *Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950). El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad* (Santiago y Buenos Aires, 2000, tomo I, 336 págs.).
- Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)* (Santiago y Buenos Aires, 2003, tomo II, 332 págs.).
- Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad. Las discusiones y las figuras del fin de siglo. Los años 90* (Santiago y Buenos Aires, 2004, tomo III, 242 págs.).
- Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, *Catálogo de publicaciones, 1999*, edición del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana (Santiago, 1999, 72 págs.).
- Dirección de Obras Municipales, I. Municipalidad de Santiago, *Santiago sur. Formación y consolidación de la periferia* (Santiago, 2015, 308 págs.).
- Donoso, Carlos y Jaime Rosenblitt (editores), *Guerra, región, nación: La confederación Perú-Boliviana. 1836-1839* (Santiago, 2009, 369 págs.).
- Ehrmann, Hans, *Retratos* (Santiago, 1995, 163 págs.).
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. 1891-1924. Chile visto a través de Agustín Ross*, 2ª edición (Santiago, 2000, vol. I, 172 págs.).
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. Durante la república*, 2ª edición (Santiago, 2000, vol. II, 201 págs.).
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. En torno de Ricardo Palma*, 2ª edición (Santiago, 2000, vol. III, 143 págs.).
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. La primera misión de los Estados Unidos de América en Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, vol. IV, 213 págs.).
- Fernández Canque, Manuel, *ARICA 1868 un tsunami, un terremoto* (Santiago, 2007, 332 págs.).
- Fernández Canque, Manuel, *Arica de antaño en la pluma de viajeros notables. Siglos XVI-XIX* (Santiago, 2016, 598 págs.).

Fernández Labbé, Marcos, *Bebidas alcohólicas en Chile. Una historia económica de su fomento y expansión, 1870-1930* (Santiago, 2010, 270 págs.).

Fondo de Apoyo a la Investigación 1992, *Informes*, N° 1 (Santiago, julio, 1993).

Fondo de Apoyo a la Investigación 1993, *Informes*, N° 2 (Santiago, agosto, 1994).

Fondo de Apoyo a la Investigación 1994, *Informes*, N° 3 (Santiago, diciembre, 1995).

Fondo de Apoyo a la Investigación 1995, *Informes*, N° 4 (Santiago, diciembre, 1996).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 1998, *Informes*, N° 1 (Santiago, diciembre, 1999).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 1999, *Informes*, N° 2 (Santiago, diciembre, 2000).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2000, *Informes*, N° 3 (Santiago, diciembre, 2001).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2001, *Informes*, N° 4 (Santiago, diciembre, 2002).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2002, *Informes*, N° 5 (Santiago, diciembre, 2003).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2003, *Informes*, N° 6 (Santiago, diciembre, 2004).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2004, *Informes*, N° 7 (Santiago, diciembre, 2005).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2005, *Informes*, N° 8 (Santiago, diciembre, 2006).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2006, *Informes*, N° 9 (Santiago, diciembre, 2007).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2007, *Informes*, N° 10 (Santiago, diciembre, 2008).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2008, *Informes*, N° 11 (Santiago, diciembre, 2009).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2009, *Informes*, N° 12 (Santiago, diciembre, 2010).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2010, *Informes*, N° 13 (Santiago, diciembre, 2011).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2011, *Informes*, N° 14 (Santiago, diciembre, 2012).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2012, *Informes*, N° 15 (Santiago, diciembre, 2013).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2013, *Informes*, N° 16 (Santiago, diciembre, 2014).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2014, *Informes*, N° 17 (Santiago, diciembre, 2015).

Forstall Comber, Biddy, *Crepúsculo en un balcón: ingleses y la pampa salitrera* (Santiago, 2014, 427 págs.).

- Gazmuri, Cristián, *La persistencia de la memoria. Reflexiones de un civil sobre la dictadura* (Santiago, 2000, 156 págs.).
- Gazmuri, Cristián, *Tres hombres, tres obras. Vicuña Mackenna, Barros Arana y Edwards Vives* (Santiago, 2004, 163 págs.).
- Gazmuri, Cristián, *La historiografía chilena (1842-1970)* (Santiago, 2006, tomo I, 444 págs.).
- Gazmuri, Cristián, *La historiografía chilena (1842-1970)* (Santiago, 2008, tomo II, 526 págs.).
- Gay, Claudio, *Atlas de la historia física y política de Chile* (Santiago, 2004, tomo primero, 250 págs.).
- Gay, Claudio, *Atlas de la historia física y política de Chile* (Santiago, 2004, tomo segundo, 154 págs.).
- González Miranda, Sergio, *Hombres y mujeres de la pampa. Tarapacá en el ciclo de expansión del salitre*, 2ª edición (Santiago, 2002, 474 págs.).
- González V., Carlos, Hugo Rosati A. y Francisco Sánchez C., *Guamán Poma. Testigo del mundo andino* (Santiago, 2003, 619 págs.).
- Guerrero Jiménez, Bernardo (ed.), *Retrato hablado de las ciudades chilenas* (Santiago, 2002, 309 págs.).
- Herrera Rodríguez, Susana, *El aborto inducido. ¿Víctimas o victimarias?* (Santiago, 2004, 154 págs.).
- Humboldt, Alexander von, *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo* (Santiago, 2011, 964 págs.).
- Hutchison, Elizabeth Q., *Labores propias de su sexo. Género, políticas y trabajo en Chile urbano 1990-1930*, traducción de Jacqueline Garreaud Spencer (Santiago, 2006, 322 págs.).
- Jaksic, Fabián M., Pablo Camus, Sergio A. Castro, *Ecología y Ciencias Naturales. Historia del conocimiento del patrimonio biológico de Chile* (Santiago, 2012, 228 págs.).
- Kordic R., Raïssa, *Topónimos y gentilicios de Chile* (Santiago, 2014, 313 págs.).
- León, Leonardo, *Los señores de la cordillera y las pampas: los pehuenches de Malalhue, 1770-1800*, 2ª edición (Santiago, 2005, 355 págs.).
- León, Marco Antonio, *Construyendo un sujeto criminal. Criminología, criminalidad y sociedad en Chile. Siglos XIX y XX* (Santiago, 2015, 185 págs.).
- Lira, Rodrigo, *Proyecto de obras completas* (Santiago, 2003, 153 págs.).
- Lizama, Patricio, *Notas de artes de Jean Emar* (Santiago, RIL Editores-Centro de Investigaciones Barros Arana, 2003).
- Lizama Silva, Gladys (coordinadora), *Modernidad y modernización en América Latina. México y Chile, siglos XVIII al XX* (Santiago-Guadalajara, 2002, 349 págs.).
- Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *Las suaves cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1814-1932* (Santiago, 1999, 338 págs.).
- Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *Las ardientes cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1932-1994* (Santiago, 2000, 601 págs.).
- Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *El espejismo de la reconciliación política. Chile 1990-2002* (Santiago, 2002, 482 págs.).
- Mercedes Marín del Solar (1804-1866). *Obras reunidas*, compilación, estudio preliminar y notas críticas de Joyce Contreras Villalobos (Santiago, 2015, 642 págs.).

- Marsilli, María N., *Hábitos perniciosos: religión andina colonial en la diócesis de Arequipa (siglos XVI al XVIII)* (Santiago, 2014, 156 págs.).
- Martínez C, José Luis, *Gente de la tierra de guerra. Los lipes en las tradiciones andinas y el imaginario colonial* (Lima, 2011, 420 págs.).
- Mazzei de Grazia, Leonardo, *La red familiar de los Urrejola de Concepción en el siglo XIX* (Santiago, 2004, 193 págs.).
- Medina, José Toribio, *Biblioteca chilena de traductores*, 2ª edición, corregida y aumentada con estudio preliminar de Gertrudis Payàs, con la colaboración de Claudia Tirado (Santiago, 2007, 448 págs.).
- Mistral, Gabriela, *Lagar II* (Santiago, 1991, 172 págs.).
- Mistral, Gabriela, *Lagar II*, primera reimpresión (Santiago, 1992, 172 págs.).
- Mitre, Antonio, *El dilema del centauro. Ensayos de teoría de la historia y pensamiento latinoamericano* (Santiago, 2002, 141 págs.).
- Moraga, Pablo, *Estaciones ferroviarias de Chile. Imágenes y recuerdos* (Santiago, 2001, 180 págs.).
- Morales, José Ricardo, *Estilo y paleografía de los documentos chilenos siglos XVI y XVII* (Santiago, 1994, 117 págs.).
- Muñoz Delaunoy, Ignacio y Luis Ossandón Millavil (comps.), *La didáctica de la Historia y la formación de ciudadanos en el mundo actual* (Santiago, 2013, 456 págs.).
- Muratori, Ludovico Antonio, *El cristianismo feliz en las misiones de los padres de la Compañía de Jesús en Paraguay*, traducción, introducción y notas Francisco Borghesi S. (Santiago, 1999, 469 págs.).
- Mussy, Luis de, *Cáceres* (Santiago, 2005, 589 págs.).
- Oña, Pedro de, *El Ignacio de Cantabria*, edición crítica de Mario Ferreccio P. y Mario Rodríguez (Santiago, 1992, 441 págs.).
- Parra, Antonio, *Descripción de diferentes piezas de historia natural las más del ramo marítimo, representadas en setenta y cinco láminas*, edición facsimilar. Acompañada de un estudio de Armando García González, *El naturalista portugués Antonio Parra. Su obra científica* (Santiago, 2016, 370 págs. y 244 págs.).
- Pinto Rodríguez, Jorge, *La formación del Estado, la nación y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión*, 2ª edición (Santiago, 2003, 320 págs.).
- Piwonka Figueroa, Gonzalo, *Orígenes de la libertad de prensa en Chile: 1823-1830* (Santiago, 2000, 178 págs.).
- Plath, Oreste, *Olografías. Libro para ver y creer* (Santiago, 1994, 156 págs.).
- Puig-Samper, Miguel Ángel, Francisco Orrego, Rosaura Ruiz y J. Alfredo Uribe (eds.), *“Yammerschuner” Darwin y la darwinización en Europa y América* (Madrid/Santiago, 2015, 350 págs.).
- Recabarren, Floreal, *La matanza de San Gregorio 1921: Crisis y tragedia* (Santiago, 2003, 117 págs.).
- Rengifo S., Francisca, *Vida conyugal, maltrato y abandono. El divorcio eclesiástico en Chile, 1850-1890* (Santiago, 2012, 340 págs.).

- Retamal Ávila, Julio y Sergio Villalobos R., *Bibliografía histórica chilena. Revistas chilenas 1843-1978* (Santiago, 1993, 363 págs.).
- Rinke, Stefan, *Cultura de masas, reforma y nacionalismo en Chile, 1930-1931* (Santiago, 2002, 174 págs.).
- Rojas Flores, Jorge, *Las historietas en Chile 1962-1982. Industria, ideología y prácticas* (Santiago 2016, 549 págs.).
- Rosenblitt, Jaime (editor) *Las revoluciones americanas y la formación de Estados Nacionales* (Santiago, 2013, 404 págs.).
- Rubio, Patricia, *Gabriela Mistral ante la crítica: bibliografía anotada* (Santiago, 1995, 437 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael (ed.), *Biblioteca Nacional. Patrimonio republicano de Chile* (Santiago, 2014, 209 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael, *La gira del Presidente Balmaceda al norte. El inicio del “crudo y riguroso invierno de un quinquenio (verano de 1889)”* (Santiago, 2001, 206 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael (ed.), *Ciencia-mundo. Orden republicano, arte y nación en América* (Santiago, 2010, 342 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael y José Ignacio González Leiva, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español* (Santiago, 2004, 944 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael, José Ignacio González Leiva y José Compan Rodríguez, *La política en el espacio. Atlas histórico de las divisiones político-administrativas de Chile 1810-1940* (Santiago, 2016, 334 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael y Rodrigo Moreno Jeria (coordinadores), *El Mar del Sur en la historia. Ciencia, expansión, representación y poder en el Pacífico* (Santiago, 2015, 562 págs.).
- Salinas C., Maximiliano, Daniel Palma A, Christian Báez A y Marina Donoso R., *El que ríe último... Caricaturas y poetas en la prensa humorística chilena del siglo XIX* (Santiago, 2001, 291 págs.).
- Salinas C., Maximiliano, Micaela Navarrete A., *Para amar a quien yo quiero. Canciones femeninas de la tradición oral chilena recogidas por Rodolfo Lenz* (Santiago, 2012, 234 págs.).
- Salinas, Maximiliano, Tomás Cornejo y Catalina Saldaña, *¿Quiénes fueron los vencedores? Elite, pueblo y prensa humorística de la Guerra Civil de 1891* (Santiago, 2005, 240 págs.).
- Scarpa, Roque Esteban, *Las cenizas de las sombras*, estudio preliminar y selección de Juan Antonio Massone (Santiago, 1992, 179 págs.).
- Sepúlveda Llanos, Fidel, *El canto a lo poeta: a lo divino y a lo humano. Análisis estético antropológico y antología fundamental* (Santiago, 2009, 581 págs.).
- Sepúlveda Llanos, Fidel, *El cuento tradicional chileno. Estudio estético y antropológico. Antología esencial* (Santiago, 2012, 522 págs.).
- Sepúlveda Llanos, Fidel, *Patrimonio, identidad, tradición y creatividad* (Santiago, 2010, 173 págs.).
- Sepúlveda Llanos, Fidel, *Patrimonio, identidad, tradición y creatividad*, 2ª edición (Santiago, 2015, 178 págs.).
- Serrano, Sol, *Universidad y Nación* (Santiago, 2016, 308 págs.).
- Stabili María Rosaria, *El sentimiento aristocrático. Elites chilenas frente al espejo (1860-1960)* (Santiago, 2003, 571 págs.).

- Steffen, Hans, *Problemas limítrofes y viajes de exploración en la Patagonia. Recuerdos de los tiempos del litigio limítrofe entre Chile y Argentina*, traducción y notas al margen Fresia Barrientos Morales y Wolfgang Staub (Santiago, 2015, 314 págs.).
- Tafra, Sylvia, *Diamela Eltit: El rito de pasaje como estrategia textual* (Santiago, 1998, 102 págs.).
- Tampe, Eduardo S.J., *Catálogo de jesuitas en Chile (1593-1767)* (Santiago, 2008, 304 págs.).
- Tesis Bicentenario 2004* (Santiago, 2005, vol. I, 443 págs.).
- Tesis Bicentenario 2005* (Santiago, 2006, vol. II, 392 págs.).
- Timmermann, Freddy, *Violencia de texto, violencia de contexto: historiografía y literatura testimonial. Chile, 1973* (Santiago, 2008, 195 págs.).
- Tinsman, Heidi, *La tierra para el que la trabaja. Género, sexualidad y movimientos campesinos en la Reforma Agraria chilena* (Santiago, 2009, 338 págs.).
- Toro, Graciela, *Bajo el signo de los aromas. Apuntes de viaje a India y Paquistán* (Santiago, 1995, 163 págs.).
- Torres, Isabel, *La crisis del sistema democrático: las elecciones presidenciales y los proyectos políticos excluyentes. Chile 1958-1970* (Santiago, 2014, 421 págs.).
- Urbina Carrasco, M^a Ximena, *La frontera de arriba en Chile colonial* (Santiago, 2009, 354 págs.).
- Uribe, Verónica (editora), *Imágenes de Santiago del nuevo extremo* (Santiago, 2002, 95 págs.).
- Urrutia, María Eugenia, *Rosamel del Valle, poeta órfico* (Santiago, 1996, 119 págs.).
- Valle, Juvencio, *Pajarería chilena* (Santiago, 1995, 75 págs.).
- Varas, Augusto y Felipe Agüero, *El proyecto político-militar* (Santiago, 2011, 261 págs.).
- Vico, Mauricio, *El afiche político en Chile, 1970-2013* (Santiago, 2013, 185 págs.).
- Vico, Mauricio, *Un grito en la pared: psicodelia, compromiso político y exilio en el cartel chileno* (Santiago, 2009, 215 págs.).
- Vicuña, Manuel, *Hombres de palabras. Oradores, tribunos y predicadores* (Santiago, 2003, 162 págs.).
- Vicuña, Manuel, *Voces de ultratumba. Historia del espiritismo en Chile* (Santiago, 2006, 196 págs.).
- Viu Antonia, Pilar García, *Territorios del tiempo, historia, escritura e imaginarios en la narrativa de Antonio Gil* (Santiago, 2013, 270 págs.).
- Villalobos, Sergio y Rafael Sagredo, *Los Estancos en Chile* (Santiago, 2004, 163 págs.).
- Virgilio Maron, Publio, *Eneida*, traducción castellana de Egidio Poblete (Santiago, 1994, 425 págs.).
- Whipple, Pablo, *La gente decente de Lima y su resistencia al orden republicano* (Lima, 2013, 220 págs.).
- Y se va la primera... conversaciones sobre la cueca. Las cuecas de la Lira Popular*, compilación Micaela Navarrete A. y Karen Donoso F. (Santiago, 2010, 318 págs.).

BIBLIOTECA DARWINIANA

- Darwin, Charles, *Observaciones geológicas en América del sur*, traducción de María Teresa Escobar Budge (Santiago, 2012, 464 págs.).

- Fitz Roy, Robert, *Viajes del “Adventure” y el “Beagle”. Apéndices* (Santiago 2013, 360 págs.).
- Fitz Roy, Robert, *Viajes del “Adventure” y el “Beagle”. Diarios*, traducción de Armando García González (Santiago 2013, 584 págs.).

COLECCIÓN FUENTES PARA EL ESTUDIO DE LA COLONIA

- Vol. I *Fray Francisco Xavier Ramírez, Coronicón sacro-imperial de Chile*, transcripción y estudio preliminar de Jaime Valenzuela Márquez (Santiago, 1994, 280 págs.).
- Vol. II *Epistolario de don Nicolás de la Cruz y Bahamonde. Primer conde de Maule*, prólogo, revisión y notas de Sergio Martínez Baeza (Santiago, 1994, 300 págs.).
- Vol. III *Archivo de protocolos notariales de Santiago de Chile. 1559 y 1564-1566*, compilación y transcripción paleográfica de Álvaro Jara H. y Rolando Mellafe R., introducción de Álvaro Jara H. (Santiago, 1995-1996, dos tomos, 800 págs.).
- Vol. IV *Taki Onqoy: de la enfermedad del canto a la epidemia*, estudio preliminar de Luis Millones (Santiago, 2007, 404 págs.).
- Vol. V *Escribanos de Santiago de Chile. Índice descriptivo (1559-1600)*, estudio preliminar de Marcello Carmagnani (Santiago, 2014, dos tomos 1016 págs.).

COLECCIÓN FUENTES PARA LA HISTORIA DE LA REPÚBLICA

- Vol. I *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 351 págs.).
- Vol. II *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 385 págs.).
- Vol. III *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1992, 250 págs.).
- Vol. IV *Cartas de Ignacio Santa María a su hija Elisa*, recopilación de Ximena Cruzat A. y Ana Tironi (Santiago, 1991, 156 págs.).
- Vol. V *Escritos del padre Fernando Vives*, recopilación de Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 524 págs.).
- Vol. VI *Ensayistas proteccionistas del siglo XIX*, recopilación de Sergio Villalobos R. y Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 315 págs.).
- Vol. VII *La “cuestión social” en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, 1995, 577 págs.).
- Vol. VII *La “cuestión social” en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T., primera reimpresión (Santiago, 1997, 577 págs.).
- Vol. VIII *Sistema carcelario en Chile. Visiones, realidades y proyectos (1816-1916)*, compilación y estudio preliminar de Marco Antonio León León (Santiago, 1996, 303 págs.).
- Vol. IX *“... I el silencio comenzó a reinar”. Documentos para la historia de la instrucción primaria*, investigador Mario Monsalve Bórquez (Santiago, 1998, 290 págs.).
- Vol. X *Poemario popular de Tarapacá 1889-1910*, recopilación e introducción, Sergio González, M. Angélica Illanes y Luis Moulián (Santiago, 1998, 458 págs.).

- Vol. XI *Crónicas políticas de Wilfredo Mayorga. Del “Cielito Lindo” a la Patria Joven*, recopilación de Rafael Sagredo Baeza (Santiago, 1998, 684 págs.).
- Vol. XII *Francisco de Miranda, Diario de viaje a Estados Unidos, 1783-1784*, estudio preliminar y edición crítica de Sara Almarza Costa (Santiago, 1998, 185 págs.).
- Vol. XIII *Etnografía mapuche del siglo XIX*, Iván Inostroza Córdova (Santiago, 1998, 139 págs.).
- Vol. XIV *Manuel Montt y Domingo F. Sarmiento. Epistolario 1833-1888*, estudio, selección y notas Sergio Vergara Quiroz (Santiago, 1999, 227 págs.).
- Vol. XV *Viajeros rusos al sur del mundo*, compilación, estudios introductorios y notas de Carmen Norambuena y Olga Ulianova (Santiago, 2000, 742 págs.).
- Vol. XVI *Epistolario de Pedro Aguirre Cerda (1938-1941)*, recopilación y notas Leonidas Aguirre Silva (Santiago, 2001, 198 págs.).
- Vol. XVII *Leyes de reconciliación en Chile: Amnistías, indultos y reparaciones 1819-1999*, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2001, 332 págs.).
- Vol. XVIII *Cartas a Manuel Montt: un registro para la historia social y política de Chile. (1836-1869)*, estudio preliminar Marco Antonio León León y Horacio Aránguiz Donoso (Santiago, 2001, 466 págs.).
- Vol. XIX *Arquitectura política y seguridad interior del Estado. Chile 1811-1990*, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2002, 528 págs.).
- Vol. XX *Una flor que renace: autobiografía de una dirigente mapuche, Rosa Isolde Reuque Paillalef*, edición y presentación de Florencia E. Mallon (Santiago, 2003, 320 págs.).
- Vol. XXI *Cartas desde la Casa de Orates*, Angélica Lavín, editora, prólogo Manuel Vicuña (Santiago, 2003, 105 págs.).
- Vol. XXII *Acusación constitucional contra el último ministerio del Presidente de la República don José Manuel Balmaceda. 1891-1893*, recopilación de Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2003, 536 págs.).
- Vol. XXIII *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, editores Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (Santiago, 2005, tomo 1: Komintern y Chile 1922-1931, 463 págs.).
- Vol. XXIV *Memorias de Jorge Beauchef*, biografía y estudio preliminar Patrick Puigmal (Santiago, 2005, 278 págs.).
- Vol. XXV *Epistolario de Rolando Mellafe Rojas*, selección y notas María Teresa González F. (Santiago, 2005, 409 págs.).
- Vol. XXVI *Pampa escrita. Cartas y fragmentos del desierto salitrero*, selección y estudio preliminar Sergio González Miranda (Santiago, 2006, 1054 págs.).
- Vol. XXVII *Los actos de la dictadura. Comisión investigadora, 1931*, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2006, 778 págs.).
- Vol. XXVIII *Epistolario de Miguel Gallo Goyonechea 1837-1869*, selección y notas Pilar Álamos Concha (Santiago, 2007, 810 págs.).
- Vol. XXIX *100 voces rompen el silencio. Testimonios de ex presas y presos políticos de la dictadura militar en Chile (1973-1990)*, compiladoras Wally Kunstman Torres y Victoria Torres Ávila (Santiago, 2008, 730 págs.).
- Vol. XXX *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, editores Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (Santiago, 2009, tomo 2: Komintern y Chile 1931-1935, 482 págs.).

- Vol. xxxi *El mercurio chileno*, recopilación y estudio Gabriel Cid (Santiago, 2009, 622 págs.).
- Vol. xxxii *Escritos políticos de Martín Palma*, recopilación, estudios Sergio Villalobos R. y Ana María Stiven V. (Santiago, 2009, 422 págs.).
- Vol. xxxiii *Eugenio Matte Hurtado. Textos políticos y discursos parlamentarios*, compilación, estudio introductorio y notas Raimundo Meneghello M., prólogo Santiago Aránguiz P. (Santiago, 2010, 372 págs.).
- Vol. xxxiv *Pablo Neruda-Claudio Véliz, Correspondencia en el camino al Premio Nobel, 1963-1970*, selección, estudio preliminar y notas Abraham Quezada Vergara (Santiago, 2011, 182 págs.).
- Vol. xxxv *Epistolario de Alberto Blest Gana*, recopilación y transcripción dirigidas por José Miguel Barros Franco (Santiago, 2011, tomo I, 804 págs., tomo II, 1010 págs.).
- Vol. xxxvi *Diccionario de los militares napoleónicos durante la independencia. Argentina, Chile y Perú*, compilación e investigación Patrick Puigmal (Santiago, 2013, 340 págs.).
- Vol. xxxvii *Calles caminadas, anverso y reverso*, estudio y compilación Eliana Largo (Santiago, 2014, 552 págs.).
- Vol. xxxviii *Domingo Santa María González (1824-1889). Epistolario*, estudio y compilación Álvaro Góngora Escobedo (Santiago, 2015, 1136 págs.).
- Vol. xxxix *Diccionario de los militares napoleónicos durante la independencia de los países bolivarianos (Colombia, Venezuela, Panamá, Bolivia y Ecuador)*, compilación e investigación Patrick Puigmal (Santiago, 2015, 432 págs.).
- Vol. xl *Epistolario de Manuel Montt (1824-1880)*, estudio preliminar, recopilación, transcripción y notas Cristóbal García-Huidobro Becerra (Santiago, 2015, tomo I, 1082 págs., tomo II, 960 págs.).

COLECCIÓN SOCIEDAD Y CULTURA

- Vol. I Jaime Valenzuela Márquez, *Bandidaje rural en Chile central, Curicó, 1850-1900* (Santiago, 1991, 160 págs.).
- Vol. II Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *La Milicia Republicana. Los civiles en armas. 1932-1936* (Santiago, 1992, 132 págs.).
- Vol. III Micaela Navarrete, *Balmaceda en la poesía popular 1886-1896* (Santiago, 1993, 126 págs.).
- Vol. IV Andrea Ruiz-Esquide F., *Los indios amigos en la frontera araucana* (Santiago, 1993, 116 págs.).
- Vol. V Paula de Dios Crispi, *Inmigrar en Chile: estudio de una cadena migratoria hispana* (Santiago, 1993, 172 págs.).
- Vol. VI Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)* (Santiago, 1993, 190 págs.).
- Vol. VII Ricardo Nazer Ahumada, *José Tomás Urmeneta. Un empresario del siglo XIX* (Santiago, 1994, 289 págs.).
- Vol. VIII Álvaro Góngora Escobedo, *La prostitución en Santiago (1813-1930). Visión de las élites* (Santiago, 1994, 259 págs.).
- Vol. IX Luis Carlos Parentini Gayani, *Introducción a la etnohistoria mapuche* (Santiago, 1996, 136 págs.).

- Vol. x Jorge Rojas Flores, *Los niños cristaleros: trabajo infantil en la industria. Chile, 1880-1950* (Santiago, 1996, 136 págs.).
- Vol. xi Josefina Rossetti Gallardo, *Sexualidad adolescente: Un desafío para la sociedad chilena* (Santiago, 1997, 301 págs.).
- Vol. xii Marco Antonio León León, *Sepultura sagrada, tumba profana. Los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 1883-1932* (Santiago, 1997, 282 págs.).
- Vol. xiii Sergio Grez Toso, *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)* (Santiago, 1998, 831 págs.).
- Vol. xiv Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile* (Santiago, 1997, 279 págs.).
- Vol. xiv Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 312 págs.).
- Vol. xv Larissa Adler Lomnitz y Ana Melnick, *Neoliberalismo y clase media. El caso de los profesores de Chile* (Santiago, 1998, 165 págs.).
- Vol. xvi Marcello Carmagnani, *Desarrollo industrial y subdesarrollo económico. El caso chileno (1860-1920)*, traducción de Silvia Hernández (Santiago, 1998, 241 págs.).
- Vol. xvii Alejandra Araya Espinoza, *Ociosos, vagabundos y malentretenidos en Chile colonial* (Santiago, 1999, 174 págs.).
- Vol. xviii Leonardo León, *Apogeo y ocaso del toqui Ayllapangui de Malleco, Chile* (Santiago, 1999, 282 págs.).
- Vol. xix Gonzalo Piwonka Figueroa, *Las aguas de Santiago de Chile 1541-1999* (Santiago, 1999, tomo I: "Los primeros doscientos años. 1541-1741", 480 págs.).
- Vol. xx Pablo Lacoste, *El Ferrocarril Trasandino* (Santiago, 2000, 459 págs.).
- Vol. xxi Fernando Purcell Torretti, *Diversiones y juegos populares. Formas de sociabilidad y crítica social Colchagua, 1850-1880* (Santiago, 2000, 148 págs.).
- Vol. xxii María Loreto Egaña Baraona, *La educación primaria popular en el siglo XIX en Chile. Una práctica de política estatal* (Santiago, 2000, 256 págs.).
- Vol. xxiii Carmen Gloria Bravo Quezada, *La flor del desierto. El mineral de Caracoles y su impacto en la economía chilena* (Santiago, 2000, 150 págs.).
- Vol. xxiv Marcello Carmagnani, *Los mecanismos de la vida económica en una sociedad colonial: Chile 1860-1830*, traducción de Sergio Grez T., Leonora Reyes J. y Jaime Riera (Santiago, 2001, 416 págs.).
- Vol. xxv Claudia Darrigrandi Navarro, *Dramaturgia y género en el Chile de los sesenta* (Santiago, 2001, 191 págs.).
- Vol. xxvi Rafael Sagredo Baeza, *Vapor al norte, tren al sur. El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo XIX* (Santiago y México D.F., 2001, 564 págs.).
- Vol. xxvii Jaime Valenzuela Márquez, *Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709)* (Santiago, 2001, 492 págs.).
- Vol. xxviii Cristián Guerrero Lira, *La contrarrevolución de la Independencia* (Santiago, 2002, 330 págs.).
- Vol. xxix José Carlos Rovira, *José Toribio Medina y su fundación literaria y bibliográfica del mundo colonial americano* (Santiago, 2002, 145 págs.).

- Vol. xxx Emma de Ramón, *Obra y fe. La catedral de Santiago. 1541-1769* (Santiago, 2002, 202 págs.).
- Vol. xxxi Sergio González Miranda, *Chilenizando a Tunupa. La escuela pública en el Tarapacá andino, 1880-1990* (Santiago, 2002, 292 págs.).
- Vol. xxxii Nicolás Cruz, *El surgimiento de la educación secundaria pública en Chile (El Plan de Estudios Humanista, 1843-1876)* (Santiago, 2002, 238 págs.).
- Vol. xxxiii Marcos Fernández Labbé, *Prisión común, imaginario social e identidad. Chile, 1870-1920* (Santiago, 2003, 245 págs.).
- Vol. xxxiv Juan Carlos Yáñez Andrade, *Estado, consenso y crisis social. El espacio público en Chile 1900-1920* (Santiago, 2003, 236 págs.).
- Vol. xxxv Diego Lin Chou, *Chile y China: inmigración y relaciones bilaterales (1845-1970)* (Santiago, 2003, 569 págs.).
- Vol. xxxvi Rodrigo Hidalgo Dattwyler, *La vivienda social en Chile y la construcción del espacio urbano en el Santiago del siglo xx* (Santiago, 2004, 492 págs.).
- Vol. xxxvii René Millar, *La inquisición en Lima. Signos de su decadencia 1726-1750* (Santiago, 2005, 183 págs.).
- Vol. xxxviii Luis Ortega Martínez, *Chile en ruta al capitalismo. Cambio, euforia y depresión 1850-1880* (Santiago, 2005, 496 págs.).
- Vol. xxxix Asunción Lavrin, *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*, traducción de María Teresa Escobar Budge (Santiago, 2005, 528 págs.).
- Vol. xl Pablo Camus Gayán, *Ambiente, bosques y gestión forestal en Chile 1541-2005* (Santiago, 2006, 374 págs.).
- Vol. xli Raffaele Nocera, *Chile y la guerra, 1933-1943*, traducción de Doina Dragutescu (Santiago, 2006, 244 págs.).
- Vol. xlii Carlos Sanhueza Cerda, *Chilenos en Alemania y alemanes en Chile. Viaje y nación en el siglo xix* (Santiago, 2006, 270 págs.).
- Vol. xliii Roberto Santana Ulloa, *Agricultura chilena en el siglo xx: contextos, actores y espacios agrícolas* (Santiago, 2006, 338 págs.).
- Vol. xliv David Home Valenzuela, *Los huérfanos de la Guerra del Pacífico: el 'Asilo de la Patria'* (Santiago, 2006, 164 págs.).
- Vol. xlv María Soledad Zárate C., *Dar a luz en Chile, siglo xix. De la "ciencia de hembra" a la ciencia obstétrica* (Santiago, 2007, 548 págs.).
- Vol. xlvi Peter DeShazo, *Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile: 1902-1927*, traducción de Pablo Larach (Santiago, 2007, 390 págs.).
- Vol. xlvii Margaret Power, *La mujer de derecha: el poder femenino y la lucha contra Salvador Allende, 1964-1973*, traducción de María Teresa Escobar (Santiago, 2008, 318 págs.).
- Vol. xlviii Mauricio F. Rojas Gómez, *Las voces de la justicia. Delito y sociedad en Concepción (1820-1875). Atentados sexuales, pendencias, bigamia, amancebamiento e injurias* (Santiago, 2008, 286 págs.).
- Vol. xlix Alfredo Riquelme Segovia, *Rojo atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia* (Santiago, 2009, 342 págs.).

- Vol. I Consuelo Figueroa Garavagno, *Revelación del subsole. Las mujeres en la sociedad minera del carbón 1900-1930* (Santiago, 2009, 152 págs.).
- Vol. LI Macarena Ponce de León Atria, *Gobernar la pobreza. Prácticas de caridad y beneficencia en la ciudad de Santiago, 1830-1890* (Santiago, 2011, 378 págs.).
- Vol. LII Leonardo León Solís, *Ni patriotas ni realistas. El bajo pueblo durante la Independencia de Chile, 1810-1822* (Santiago, 2011, 816 págs.).
- Vol. LIII Verónica Undurraga Schüler, *Los rostros del honor. Normas culturales y estrategias de promoción social en Chile colonial, siglo XVIII* (Santiago, 2013, 428 págs.).
- Vol. LIV Jaime Rosenblitt, *Centralidad geográfica, marginalidad política: la región de Tacna-Arica y su comercio, 1778-1841* (Santiago, 2013, 336 págs.).
- Vol. LV Pablo Rubio Apiolaza, *Los civiles de Pinochet. La derecha en el régimen militar chileno, 1983-1990* (Santiago, 2013, 346 págs.).
- Vol. LVI Stefan Rinke, *Encuentro con el yanqui: norteamericanización y cambio cultural en Chile 1898-1990* (Santiago, 2013, 586 págs.).
- Vol. LVII Elvira López Taverne, *El proceso de construcción estatal en Chile. Hacienda pública y burocracia (1817-1860)* (Santiago, 2014, 336 págs.).
- Vol. LVIII Alejandra Vega, *Los Andes y el territorio de Chile en el siglo XVI: descripción, reconocimiento e invención* (Santiago, 2014, 324 págs.).
- Vol. LVIX Jaime Valenzuela Márquez, *Fiesta, rito y política. Del Chile borbónico al republicano* (Santiago, 2014, 470 págs.).
- Vol. LX William Sater, *Tragedia Andina. La lucha en la Guerra del Pacífico. 1789-1884* (Santiago, 2016, 415 págs.).

COLECCIÓN ESCRITORES DE CHILE

- Vol. I *Alone y los Premios Nacionales de Literatura*, recopilación y selección de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1992, 338 págs.).
- Vol. II *Jean Emar. Escritos de arte. 1923-1925*, recopilación e introducción de Patricio Lizama (Santiago, 1992, 170 págs.).
- Vol. III *Vicente Huidobro. Textos inéditos y dispersos*, recopilación, selección e introducción de José Alberto de la Fuente (Santiago, 1993, 254 págs.).
- Vol. IV *Domingo Melfi. Páginas escogidas* (Santiago, 1993, 128 págs.).
- Vol. V *Alone y la crítica de cine*, recopilación y prólogo de Alfonso Calderón S. (Santiago, 1993, 204 págs.).
- Vol. VI *Martín Cerda. Ideas sobre el ensayo*, recopilación y selección de Alfonso Calderón S. y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1993, 268 págs.).
- Vol. VII *Alberto Rojas Jiménez. Se paseaba por el alba*, recopilación y selección de Oreste Plath, coinvestigadores Juan Camilo Lorca y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1994, 284 págs.).
- Vol. VIII *Juan Emar, Umbral*, nota preliminar, Pedro Lastra; biografía para una obra, Pablo Brodsky (Santiago, 1995-1996, cinco tomos, c + 4134 págs.).
- Vol. IX *Martín Cerda. Palabras sobre palabras*, recopilación de Alfonso Calderón S. y Pedro Pablo Zegers B., prólogo de Alfonso Calderón S. (Santiago, 1997, 143 págs.).

- Vol. x *Eduardo Anguita. Páginas de la memoria*, prólogo de Alfonso Calderón S. y recopilación de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 2000, 98 págs.).
- Vol. xi *Ricardo Latcham. Varía lección*, selección y nota preliminar de Pedro Lastra y Alfonso Calderón S., recopilación de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 2000, 326 págs.).
- Vol. xii *Cristián Huneeus. Artículos de prensa (1969-1985)*, recopilación y edición Daniela Huneeus y Manuel Vicuña, prólogo de Roberto Merino (Santiago, 2001, 151 págs.).
- Vol. xiii *Rosamel del Valle. Crónicas de New York*, recopilación de Pedro Pablo Zegers B., prólogo de Leonardo Sanhueza (Santiago, 2002, 212 págs.).
- Vol. xiv *Romeo Murga. Obra reunida*, recopilación, prólogo y notas de Santiago Aránguiz Pinto (Santiago, 2003, 280 págs.).

COLECCIÓN SE ANTROPOLOGÍA

- Vol. i Mauricio Massone, Donald Jackson y Alfredo Prieto, *Perspectivas arqueológicas de los Selk'nam* (Santiago, 1993, 170 págs.).
- Vol. ii Rubén Stehberg, *Instalaciones incaicas en el norte y centro semiárido de Chile* (Santiago, 1995, 225 págs.).
- Vol. iii Mauricio Massone y Roxana Seguel (compiladores), *Patrimonio arqueológico en áreas silvestres protegidas* (Santiago, 1994, 176 págs.).
- Vol. iv Daniel Quiroz y Marco Sánchez (compiladores), *La isla de las palabras rotas* (Santiago, 1997, 257 págs.).
- Vol. v José Luis Martínez, *Pueblos del chañar y el algarrobo* (Santiago, 1998, 220 págs.).
- Vol. vi Rubén Stehberg, *Arqueología histórica antártica. Participación de aborígenes sudamericanos en las actividades de cacería en los mares subantárticos durante el siglo XIX* (Santiago, 2003, 202 págs.).
- Vol. vii Mauricio Massone, *Los cazadores después del hielo* (Santiago, 2004, 174 págs.).
- Vol. viii Victoria Castro, *De ídolos a santos. Evangelización y religión andina en los Andes del sur* (Santiago, 2009, 620 págs.).

COLECCIÓN IMÁGENES DEL PATRIMONIO

- Vol. i. Rodrigo Sánchez R. y Mauricio Massone M., *La Cultura Aconcagua* (Santiago, 1995, 64 págs.).

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS DEL FOLKLORE

- Vol. i *Aunque no soy literaria. Rosa Araneda en la poesía popular del siglo XIX*, compilación y estudio Micaela Navarrete A. (Santiago, 1998, 302 págs.).
- Vol. ii *Por historia y travesura. La Lira Popular del poeta Juan Bautista Peralta*, compilación y estudio Micaela Navarrete A. y Tomás Cornejo C. (Santiago, 2006, 302 págs.).
- Vol. iii *Los diablos son los mortales. La obra del poeta popular Daniel Meneses*, compilación y estudios Micaela Navarrete A. y Daniel Palma A. (Santiago, 2008, 726 págs.).

Vol. IV *Si a tanta altura te subes. "Contrapunto" entre los poetas populares Nicasio García y Adolfo Reyes*, compilación y estudios Micaela Navarrete A. y Karen Donoso F. (Santiago, 2011, 530 págs.).

COLECCIÓN ENSAYOS Y ESTUDIOS

Vol. I Bárbara de Vos Eyzaguirre, *El surgimiento del paradigma industrializador en Chile (1875-1900)* (Santiago, 1999, 107 págs.).

Vol. II Marco Antonio León León, *La cultura de la muerte en Chiloé* (Santiago, 1999, 122 págs.).

Vol. III Clara Zapata Tarrés, *Las voces del desierto: la reformulación de las identidades de los aymaras en el norte de Chile* (Santiago, 2001, 168 págs.).

Vol. IV Donald Jackson S., *Los instrumentos líticos de los primeros cazadores de Tierra del Fuego 1875-1900* (Santiago, 2002, 100 págs.).

Vol. V Bernard Lavalle y Francine Agard-Lavalle, *Del Garona al Mapocho: emigrantes, comerciantes y viajeros de Burdeos a Chile. (1830-1870)* (Santiago, 2005, 125 págs.).

Vol. VI Jorge Rojas Flores, *Los boy scouts en Chile: 1909-1953* (Santiago, 2006, 188 págs.).

Vol. VII Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX* (Santiago, 2006, 117 págs.).

Vol. VIII Marcello Carmagnani, *El salariado minero en Chile colonial su desarrollo en una sociedad provincial: el Norte Chico 1690-1800* (Santiago, 2006, 124 págs.).

Vol. IX Horacio Zapater, *América Latina. Ensayos de Etnohistoria* (Santiago, 2007, 232 págs.).

Se terminó de imprimir esta primera edición,
de quinientos ejemplares, en el mes de diciembre de 2016
en Salesianos Impresores S.A.
Santiago de Chile